



N.º 66

BIBLIOTECA NACIONAL  
CHILE  
SECCION  
DIBUJOS, PINTURAS Y  
FOTOGRAFIAS

*Paral*  
*flodos*  
M. R.

\$ 1.20



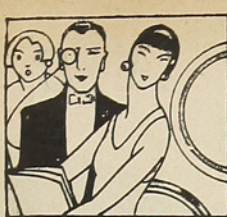




El sol, el polvo y el  
viento no logran  
dañar la frescura  
y belleza del cutis de las damas del volante gracias  
a la imponderable

*Crema del Harem*





# PARA TODOS

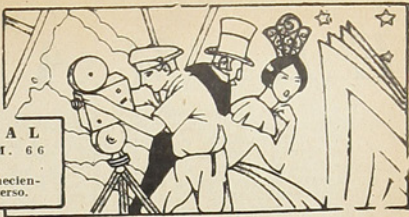
REVISTA QUINCENAL

AÑO III

NUM. 66

Santiago de Chile, 15 de abril de 1939.

Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag», perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo.



## La Triste Novela de una Princesa Vienes

Pocos conocen en Santiago a la princesa Ida, hija de José María Sukovsky, rico aristócrata austriaco ya fallecido. Esta dama, que en otros tiempos fuera hermosa y envidiada, hoy se halla maltrahada y viciada. Cuenta 48 años de edad, tiene el pelo gris y de su pasado sólo le resta su silueta y sus maneras, llenas de distinción.

Una tarde, el azar me puso frente a tan extraordinaria mujer. Ha sido en un parque, sentados en un banco.

—Mi padre—comienza diciéndome la princesa—el príncipe Sukovsky, conoció a mi madre en Viena, cuando actuaba como 1.º tiple de ópera en el teatro Karl. Se enamoraron los dos y al poco tiempo se casaban contra la voluntad de la familia de él. Esta, soberbia y ambiciosa, terminó por repudiarle. Así y todo, el incidente no hubiera tenido importancia si mi padre, en vez de hacer vida de ostentación y despilfarro, se hubiese moderado sus lujos y caprichos. Consecuencia de éstos fue el que su familia le recluyera en un manicomio y nombrara un tutor para cuidar sus bienes.

—¿Y eran muchos los de su padre?

—Una renta anual de 50,000 francos, millares de acres de tierra en Bankota, pueblito cerca de la ciudad húngara de Arad, y un gran palacio en Budapest, que contenía infinidad de objetos y cuadros de infinito valor.

—¿Cuál fué su primer marido?

—San der Taganyi, abogado del pueblo citado, y que llegó a ser más tarde miembro del Parlamento.

Hay una pausa. La princesa se entristece y luego sonríe con melancolía para continuar de esta guisa:

—Pasó el tiempo y fui haciéndome mayorcita junto al calor de mi madre. Vivíamos modestamente. Con lo que nos daba nuestro tutor no teníamos para nada. A tal extremo, que en más de una ocasión nos vimos precisadas a empeñar y vender algunos objetos y prendas artísticas que guardábamos en el castillo como estimable recuerdo de mi padre, el príncipe José María.

—¿Cuál fué su primer marido?

—Siendo ya mayor de edad, me casé con mi tutor, el abogado Taganyi, que me entregó millón y medio de guineas y todos los «acres» de tierra, en Bankota. No obstante sus delicadezas y galanterías, sufría lo indecible por su carácter ordinario e irascible, que me violentaba constantemente. Un día, no pudiendo resistirle más, extendí la demanda de divorcio y al poco tiempo nos separábamos.

—Una vez alejada de su primer marido, ¿qué vida hizo?

—Volví al lado de mi madre y al palacio de Budapest. Esta, entonces, me comunicó la trágica muerte de mi padre—se halla seccionado la yugular en su celda del manicomio—y que su familia habían arrebatado todos los pocos bienes que de él quedaban. Lloré mucho la pérdida de mi padre, y pocos años después, ya alejada definitivamente de mi madre, volví a contraer matrimonio con un alemán: el conde Schmoen, que había sido procesado en varias ocasiones. Yo ignoraba la clase de criminalidad que encerraba mi esposo; pero un día quedé asustada al leer los periódicos que publicaban su fotografía y dedicaban largo espacio a su última hazaña. Co-

mo usted puede suponer, me divorcé también de él, inmediatamente.

—Ante tal escándalo, ¿permaneció en Viena?

—No. Quería olvidar y me di a viajar por distintos países de Europa. Viví un tiempo en París y tuve amigos numerosos y simpáticos que poco a poco me hicieron ir disipando tan tremendo fracaso.

—¿Allí contrajo de nuevo matrimonio?

—Tuvo probalidades de haberlo hecho; pero la nostalgia que sentía hacia mi país me empujó otra vez a Viena. Me refugie en un gran hotel y poco después averiguaba que mi madre había muerto de pena y sufrimientos, luego de haber sido expulsada del castillo de Budapest.

El aro de un niño ha tropezado en las piernas de la princesa. Cuando viene el niño por él, se deja acariciar sus rubios cabellos por la mano de mi interlocutora. Luego, aquél, un poco cohibido y asombrado ante las palabras que ella le prodiga, vuelve a sus juegos.

—¿Le gustan los niños, princesa?

—Oh, mucho! Si Dios hubiera querido darme uno, sería ahora la mujer más feliz de la tierra.

Calla de nuevo. Me mira fijamente y asoma de nuevo la sonrisa amarga a sus labios.

—Como le iba diciendo... Pasé un tiempo apesadumbrada y llena de melancolía. Ansiaba encontrar un amor que compensara mis muchos sufrimientos y desgracias, cuando apareció a mi vista un hombre gallardo y, al parecer, bueno, que pretendía complacerme. Se llamaba Ivo Kunovsky, rico propietario polaco de envidiable popularidad. A los pocos meses me hizo su esposa y otros tantos tardé en conocer su conducta nada halagüeña para mí. Ivo, además de tirar a dinero alegremente y mantener a tres mujeres, era incontinente y pendenciero. Fué tarde cuando comprendí mi error, pues había ya dilapidado casi toda la fortuna que me legaron mis anteriores maridos.

—Presumo que se divorciaría de él, ¿no?

—No tuve fuerzas para ello. Era al que más había querido de todos, y, además, él me abandonó. Desde entonces mi vida hubo de tomar otro rumbo más triste y doloroso que el que había llevado hasta entonces. Se me agotaron los recursos y decidí ganarme el sustento lo más decorosamente posible.

—¿Qué profesiones ejerció?

—En París, desde señorita de compañía hasta dependiente de un almacén de calzado; desde mecanógrafa hasta fregar pisos en las casas. En Bucarest fui asistente muy solicitada por las familias aristocráticas; pero nadie sabe que la señora Kunovsky fuera la princesa Ida.

—Y ahora, ¿qué le ha traído a Barcelona?

—Quería ver España antes de morir, y lo he conseguido.

—¿Así que dispone de algún dinero todavía?

—Sonríe Ida actuando ahora más su sonrisa.

—¡Dínero! ¡Tal vez no me alcance para vivir un mes!

Nos hemos despedido de la princesa Ida cuando ya las risas y canciones de los chicos han huido del Parque... La tarde, como una gran cortina, comienza a cubrir el sol...





# EL MAR ESTABA ESPERANDO,

Por ELIZABETH  
BENNECHE PETERS

El pueblo de Kristiansund sabía cuando cambiaban las estaciones, por el jardín de Kari Veage. Los que pasaban, veían que se acercaba la primavera, cuando, entre la nieve que aún persistía, se alzaba gloriosa la primera flor; luego, las amapolas anunciaban el verano y cuando Kari se ponía triste y ya no se la veía en el jardín, todos sabían que ya estaba muy cerca el invierno. Causaba admiración el jardín de Kari, porque en esa parte de la costa de Noruega el viento del mar devastaba toda plantación. Kari tenía 17 años cuando dejó Romsdalen, ciudad llena de arroyos y flores, donde existía el amor y había quien robaba besos a la luz de la luna. Pasaron los años y Kari sentía la nostalgia de Romsdalen; entonces fue cuando empezó a cuidar su jardín. Al principio, le costó mucho y le dió muchos sinsabores, pero, poco a poco, fue su alegría y su orgullo. Cuando siguió Sigurd Astrup pasaba por ahí en su camino para la oficina, parece que no podía quitar los ojos de esa flor tan hermosa que para él se transformaba en una muchacha encantadora; por que Sigurd se había enamorado de Kari recién llegó de Romsdalen. Una noche de verano ella escuchó la dulce canción de Sigurd, lloró de gozo y, sin embargo, Kari se casó con Peter Veage. Amó mucho a su marido; pero no podía olvidarse de Sigurd aun cuando nació su hijo... Cuando se encontraba con Sigurd, él miraba a otro lado para no ver al niño. Su mujer no tenía niños. Cuando Erling, el hijo de Kari, se fue para América, Sigurd fue padre de un niño: Reidar. Reidar creció, oyendo los cuentos de piratas, de buques, de aventuras. Un día pasando con su padre cerca del jardín de Kari, esta le regaló un ramillete de no-me-olvides y Reidar dijo:—Me gusta la dueña de las flores, padre.

Y nunca supo por qué su padre cambió de ruta y jamás volvió a pasar por delante del hermoso jardín.

Erling se había ido hacía diez años y el marido de Kari había muerto, cuando una mañana llegó Astrid al jardín. Kari la vio desde la ventana y pensó que así había sido ella de niña. Astrid preguntó:—¿Es usted Kari Veage? ¿Usted es mi abuelita?

—Seguramente que te llamas Astrid—contestó la pobre mujer tan emocionada.

—Así es—dijo la chica, palmoteando—y tengo seis años.

Kari la tomó en brazos y la llevó dentro de la casa. Era hijita de Erling, que muy luego había descubierto que en América las calles no están pavimentadas con oro. Su mujer había muerto y él mandó a su niñita a la casa materna, seguro de que su madre la acogiera.

Kari conoció horas dulces en compañía de Astrid. Pasaron los años y ahora un tercero llegaba con frecuencia a la casa de Kari a compartir el pan y la leche. Y era Reidar que desde que vio a Kari, la linda muchacha, se pasaba horas a su lado. Para él, sólo había dos amores: los buques y Astrid.

Un día le dijo:—Eres tan hermosa, Astrid, como un buque.

—Un buque no es hermoso—protestó ella—un buque con palos sucios y velas rotas. Yo no soy así.

Reidar la miró desconcertado; la había ofendido. ¿Cómo podía hablarle de lo que él sentía cuando ella se reía y no lo comprendía?

Un día Reidar llevó a Astrid donde su viejo amigo Hans, que vivía en un buque.

Estaban los dos muchachos revolviendo la cómoda del viejo, llena de cosas raras, conchas de perlas, sedas de países desconocidos, cuchillos, dagas japonesas, una multitud de curiosidades, cuando entró Sigurd y al verlos, gritó:—¿Qué significa esto, Hans? ¿Cuántas veces te he dicho que no permitas subir a un extraño? Y tú, Reidar, que mal ojo tienes para elegir compañera. Tú, un Astrud, escogiendo la hija de un aventurero.

Las lágrimas de Astrid empezaron a correr. No podía defenderse contra la rabia de ese hombre y, como sintió a su abuelita que la llamaba, se fue donde ella. Kari exclamó:—Vergüenza para ti, Sigurd Astrud. Un hombre debe de pensar en otras cosas que en molestar a una muchacha.

Todo el mundo empezó a hablar sobre el hijo de Kari, que sólo le había dado disgustos a su madre y que ésta, para enviarle dinero, había cerrado su jardín, y vivía ahora en sólo tres piezas en la ciudad. Resultó que un día al ver sus flores abandonadas, Kari no pudo resistir más y una tarde, después de comida, se fue con Astrud y llegando al jardín se puso a trabajar como en otros tiempos. Era tarea dura sacar las malezas, arreglar las matitas nuevas, podar, cortar, corregir. Astrud empezó a regar y de pronto, por sobre el muro, divisó la cabeza de Reidar. Se juntaron y el muchacho, tomándole las manos, murmuró:—Astrud, te quiero...—Ella le contestó con una dulce sonrisa. De nuevo volvieron a ser felices en el jardín. Pasaron un tiempo en que se arrancaban del lado de Kari y pasaban horas deliciosas entre las flores; pero el mar estaba esperando y Reidar sabía que ese era su destino.

El día que Reidar se embarcó, Astrud se encontró con Sigurd en la calle y en sus ojos brillaba el triunfo. Era preferible que su hijo se fuera, a que se casara con la hija de un aventurero fracasado. En dos años que estaría afuera, seguramente la olvidaría.

Astrud se fue andando sola hasta el sitio donde se había despedido de Reidar. Había tormenta el día que él se fue; pe-



ro ella no tenía miedo estando con él. Nunca se habían sentado tan juntos; Reidar la tomó en brazos y la besó repetidas veces en los ojos.

—¡Astrud!—decía con ternura—¡Astrud!... ¡Astrud!...

—Dos años es mucho tiempo—dijo ella.

—Pero cuando pasen, estaremos juntos para siempre...—La muchacha lloró al pasar por el camino que habían recorrido juntos la víspera; ya nunca más volvería esa hora tan triste, pero tan dulce de la despedida.

Los días pasaban lentamente; pero llegó un collar de ámbar que Reidar mandaba para Astrud; luego, otro vapor, trajo seda de la China y cartas del viajero. Astrud se consolaba yendo donde el viejo Hans, que la entretenía con sus historias. Entonces Astrud le escribía; muchas veces las lágrimas empapaban el papel; hasta que un día, esperando noticias de él, sintió que alguien se reía a sus espaldas, y al darse vuelta vio que era Reidar en persona que la tomaba en brazos, besándola una y otra vez. Días después se encendieron los viejos candelabros de cristal que hacía años no se usaban en la casa de Sigurd Astrud. Había regresado el hijo y el padre celebraba este acontecimiento con un baile.

Astrud estaba en pie desde el alba, concluyendo el vestido de seda que Reidar le trajo. Cuando llegó la invitación del viejo, apenas pudo creer la muchacha; pero sus lágrimas de dicha se habrían cambiado en llanto de pena si hubiera sabido que para obtener esa invitación, Reidar primero había peleado con su padre.

Al fin, Astrud se paró, saltando, delante del espejo, mientras Kari le entregaba el lazo de cinta y un ramo de rosas en los hombros. Suspiraba la abuelita, pensando que ella también, una noche, fue así, joven y hermosa, a encontrar a su amado.

Cuando Reidar vino a buscar a Astrud, ella sonreía encantada.

—¡Qué linda eres!—exclamó el joven, pareces un sueño; tu traje hecho de mar y tus cabellos rayos de luna.

—Mañana seré como todos los días—dijo ella.—El sueño concluirá esta noche junto con mi vestido verde-mar.

Cuando entró Kari con el abrigo, Reidar sacó uno suyo de piel, y poniéndoselo a la muchacha, dijo:

—Ese tuyo es muy delgado; esta noche habrá tormenta, por eso traje el mío.

Efectivamente, afuera soplaban un fuerte viento y caía la lluvia.

—¿Ves—¡mimó Astrud—cómo el mar te llama y te espera? ¿No sientes cómo ruge?

—Ni aún el mar puede separarme de ti. ¿Crees tú?

—Bueno. ¿Me lo prometes, Reidar?

Pero el viento soplaban fuerte y bramaba el mar, de modo que él no la oyó.

Después de esa tarde, todo era confusión en la mente de Astrud. Música, baile, las flores entre sus cabellos, la furia de un viento y los besos de un hombre. Bailó con Reidar y, tan absorto estaba uno en el otro, que no se dieron cuenta que la música se interrumpió y que todos los convidados rodearon a la joven pareja. Luego, el viejo Hans y una mujer, envuelta en un chal, penetraron a la sala.

—No puedes permitir que se embarque esta noche—decía ella—van a la muerte y mi hombre que tiene tres niños.

Sigurd Astrup, con voz que resonaba más fuerte que la tempestad que afuera rugía, contestó:

—Si tu hombre es un cobarde, puede quedarse; pero mi buque sale al mar esta noche.

—Pero, señor, necesitas de su trabajo y he oído decir que su buque no está preparado para los temporales.

Reidar se acercó a su padre.—No puedes mandar al Troll King al mar, esta noche, padre; debes estar loco para pensar así.

—El buque saldrá; ya di mis órdenes. Ha soportado peores temporales.

—Si, en sus buenos tiempos; pero ahora tiene hasta su ancla rota.

—Mi buque saldrá esta noche.

Por un momento, padre e hijo se miraron sin hablar; luego Reidar contestó:—Me voy a bordo, esta noche.—Astrud corrió como loca, gritando:—¡Reidar no te vayas, tengo miedo, Reidar, no te vayas!...

—Pero ya la puerta se había cerrado. Hasta la mañana del domingo no se tuvieron noticias del Troll King. Grupos de mujeres esperaban ansiosas a la orilla del mar. Astrud, parada en una roca, divisó a un hombre viejo que se acercaba sólo y que la miró humildemente; solamente después que pasó, vio que era Sigurd Astrup.

—¡Perdóneme!—clamó—he sido orgulloso y duro, y es por mi culpa que se han perdido todos vuestros hombres. Toda mi vida me he colocado delante de los otros y ahora mi ambición me cuesta lo que tengo de más querido; ¡mi hijo!...

Se detuvo y un sollozo salvaje hinchó su pecho. En ese momento las campanas cambiaron de tono y rasgaron el aire con sonidos de alegría; todo el mundo salió fuera, gritando, mientras Astrud se acercaba al viejo, murmuró con dulzura:—¡Sigurd!...

—¡Sigurd!...—El Troll King entraba a la bahía. La felicidad es tan difícil de sobrellevar como el dolor. Astrud no supo si vivía o moría cuando Reidar desembarcó y la tomó en brazos...

(Continúa en la pág. 79).



# ARREPENTIMIENTO

Por E. M. DELAFIELD

La señora Caley era tan infatigable como asidua en los trabajos del hogar, pero también tenía sus ratos de descanso. Y estos los empleaba en lo que ella misma llamaba su "pequeño vicio". Tenía una verdadera pasión por las revistas ilustradas, y las leía sin pasar por alto ni los anuncios, porque todo le interesaba. Los cuentos sentimentales, las crónicas de deportes, las instalaciones de pisos a la moderna, asuntos históricos de relativa amenidad: todo, en fin. Pero lo que más le agradaba eran las novelas cortas, en las que a grandes rasgos se reflejaba la vida real.

La señora Caley confesaba francamente que le faltaba tiempo para dedicarlo a la lectura, porque el cuidado de sus hijos y el de su esposo no le permitían malgastar las horas en su "vicio".

Era lo que se llama una madre de familia que podía citarse como un modelo perfecto.

Su hijo mayor, Miguel, cursaba el segundo año en la Facultad de Medicina. Le seguía Juana, la cual ya empezaba a frecuentar algunas reuniones familiares. Catalina y Pedro, los menores, iban aún al colegio.

El señor Caley era de esos padres que aman a sus hijos, pero que están siempre dispuestos a criticar sus faltas.

Con bastante frecuencia, y despreciando de sus ahorritos, solían Miguel y Juana comprar las mejores revistas, con las cuales obsequiaban a su querida madre, sabiendo que aquellos eran los mejores regalos que podían hacerle.

—Pero por qué hacéis eso? ¿Por qué os gastáis el dinero que tenéis para vuestros caprichos?—les solía decir. A lo que le contestaba Miguel:—¿No son las revistas ilustradas lo que más te agrada?

—No te lo puedo negar.

—Pues a nosotros lo que más nos gusta es verte contenta y satisfecha.

Y terminaba el corto diálogo con las más fervientes caricias por parte de los tres.



riendo siempre lo que me menos salda tenía.

Los masajistas la calificaban de vieja loca al querer transformar su nariz por medio de fricciones.

El cuento terminaba viéndolo claramente la protagonista el ridículo en que estaba, y por fin volvió a la realidad; abandonó sus monomanías y fue desde entonces la señora de respeto, que por su edad merecía toda clase de consideraciones.

No fue interés, sino emoción, lo que sintió la señora Caley al leer el cuentecito, entre cuyas líneas se veía retratada, llegando hasta a creerse la heroína de la fábula.

Verdaderamente, la señora Caley exageraba, porque aún no había recurrido a procedimientos de cirugía plástica ni de otro modo grandes cantidades en trajes de calle o *soirée*. Sin embargo, se reconocía culpable de haber comprado una colección de preparados de tocador de madame Emerald Florentine. Tenía pendiente de pago la cuenta del peluquero, en la cual aparecía más de una vez la aplicación *henné*, tinte especial para el cabello. Tenía también su rodillo para el masaje. Más todavía: aunque las faldas le pasaban de las rodillas, había que convenir en que eran demasiado cortas.

Tal vez sus hijos se sentían tan abochornados como los de la heroína del cuento, pero la señora Caley los tenía tan bien educados que no exteriorizaban su disgusto. ¿Quién era capaz de adivinar sus pensamientos? Pero no admitía nada que sus hijos soñaban con una madre respetable, con sus hijos que sus hijos soñaban con una madre reposado, y luciendo los de plata en el cabello, con su andar reposado, y luciendo

vestidos de terciopelo negro, sin adornos que llamaran la atención.

Esa era la madre buena.

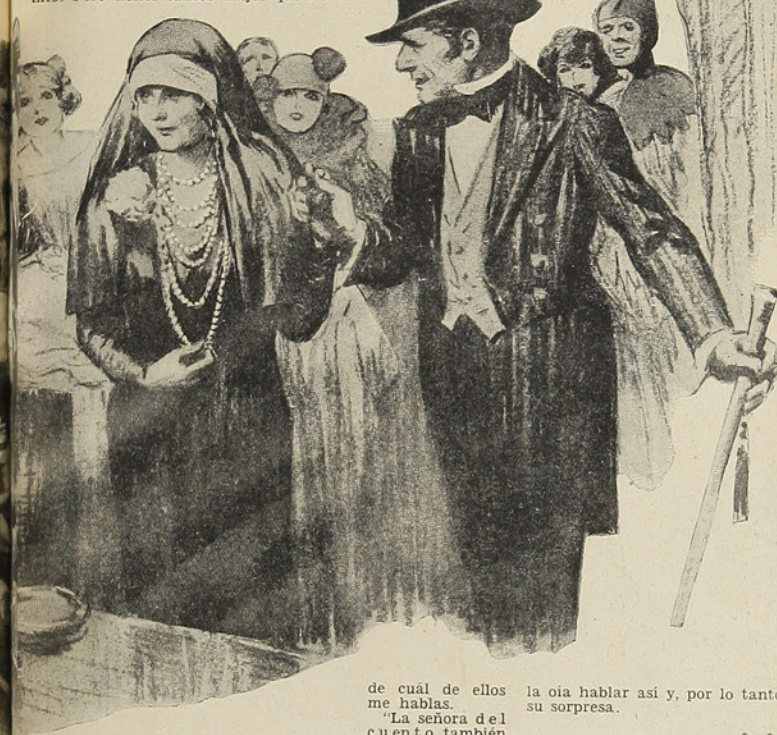
...

Todas las ilusiones habían terminado para la señora Caley. El cuento de la revista ilustrada le había abierto los ojos. Con objeto de poder confirmar sus sospechas sobre el ridículo en que ella misma se ponía, había aquella noche con su esposo. —Oye, Carlos—le dijo—¿Te gustó el traje que estrené el domingo?

—No sé a cuál te refieres.

—Al verde, con cinturón dorado y cuello de piel.

—¡Ah, sí! Me parece que era muy bonito. Pero tienes tantos trajes que no sé



de cuál de ellos me habías.

—La señora del cuento también tenía muchos trajes—recordó la

señora Caley. Y añadió, dirigiéndose a su esposo:—¿Te parecen demasiados vestidos?

—No, mujer. Aún podemos gastar... No estamos arruinados ni mucho menos.

—Pero eso no quiere decir que yo no sea una manirrota gastando sin tasa.

El señor Caley la miró, sorprendido. Nunca se preocupó de lo que su mujer gastaba, pero le pareció que perdía una magnífica oportunidad si no aprovechaba aquella ocasión.

—Muy bien, querida esposa—le dijo.—Ya sabes que a mí me gusta que todos tengáis lo que os haga falta, pero no debes olvidar que no somos ricos; los chicos están creciendo y los gastos aumentan, como es natural. Sin embargo, creo que convendría que Juana luciera mejores trajes, porque su edad así lo requiere.

La señora Caley comprendió la indirecta. Su esposo le hacía saber que lo que ella gastaba de más, dados sus años, debía pasar a mejorar las necesidades que tiene una joven al presentarse en sociedad.

La esposa del señor Caley se acabó de resolver. Tenía que obrar como la dama del cuento y conformarse con dejar en paz a la naturaleza.

La tintura de los cabellos iría poco a poco desapareciendo hasta que paulatinamente se presentarían las canas como la cosa más natural del mundo.

¡Fuera la tintura!... Después quitó del tocador el lápiz para los labios, los polvos de color y los cosméticos que tan caros le costaban.

Tenía un corte de traje negro y ella misma pensó en su arreglo, con la mayor modestia.

Se acercaba el verano y era cuestión de hacer las compras. El señor Caley deseaba pasar la temporada en Folkestone, y como casi todas las noches había baile en el hotel, se hacía necesario comprar un par de trajes para ella y otros dos para Juana, sombreros y un traje de *soirée* para cada una.

Este era el momento decisivo.

Juana y Miguel se avergonzados ante las ridículas pretensiones de su madre y confiaban en que tendrían el talento suficiente para aceptar el cambio, sin hacer comentarios.

La señora Caley envió a Juana para que hiciera las compras, dándole las debidas instrucciones, según la resolución que ya había tomado.

Ya de regreso la joven, le dijo a su madre con cierto aire de duda:

—No sé si te gustará lo que he comprado.

—¿Y por qué no ha de gustarme?

—He visto cosas muy bonitas. Un hermoso traje de color amarillo para jugar al *tennis*, cuyo precio era de veinticinco chelines, y un fular malva muy propio para ti. ¿Por qué no me has acompañado?

—Es lo mismo, hija mía; yo tengo ya el traje que necesito. Cuando una persona llega a mi edad... Y aquí su voz se debilita, hasta quedarse afónica al observar la sorpresa que estas palabras produjeron en Juana.

Era la primera vez que la oía hablar así y, por lo tanto, no había que extrañarse de su sorpresa.

...

El día de salir para Folkestone llegó al fin. Empezaba la durísima prueba para la señora Caley, pero esto no la arredraba; al contrario, estaba más firme que nunca.

Sus cabellos ya no tenían nada de *henné*, las ondas eran tan poco pronunciadas que le bastaba peinarse con el cabello algo tirante para hacerlas desaparecer por completo. Empezaba a ser otra.

No le faltaba más que ponerse el traje de seda negro y un collar de cuentas de ámbar para representar el tipo que se había imaginado de madre seria y sin pretensiones.

Cuando llegaron al hotel donde les tenían reservadas las habitaciones, como estaban cansados del viaje, no asistieron al baile aquella noche, pero Juana encontró a una amiga de colegio y se apresuró a presentarla a su hermano y a la demás familia.

Su madre estaba encantada, gozando con la alegría de sus hijos, los cuales ya hacían planes para el día siguiente.

—Iremos al parque, donde acaban de notificarme que están preparando un magnífico baile de trajes—dijo Miguel.

—¡Claro que iremos!—dijeron todos alegremente.

—Yo me quedaré aquí con vuestro padre—manifestó la señora Caley.

—¿Y por qué nos hemos de quedar?—preguntó el esposo con cierto disgusto.

—Me parece que...

(Continúa en la pág. 79).





## Greta Garbo, la Expresiva

« Encuentro con Ibsen.— Greta y su padre se acomodan en su localidad. Un marino y una niña en el teatro. Cierta, los espectadores no llegan en coches ni llevan diamantes sobre las sortijas. Aserradores, ferroviarios, marinos, gentes de ba-

rrío, gozosas de humildad y de buena salud. Nada es un marino y una niña. Nada. Como el comerciante y su mujer. Como el empleado y su hermana. Como el tonelero y su sue-

(Continúa en la pág. 77).



# Cómo se Conquista a un Hombre

La atracción es como cuando los dos polos magnéticos—positivo y negativo—se acercan uno a otro. Tan pronto entran en el radio de acción, un irresistible deseo impulsa al negativo a precipitarse sobre el positivo y fundirse con él. La influencia de que ahora hablamos es también como una fuerza magnética que tiene el mismo intenso poder de atracción. Llámenlos "ello" a esa influencia.

Una persona tiene o no tiene "ello". Y esta extraordinaria cualidad, ¡ay!, no depende en modo alguno del carácter, ni de la bondad, ni de ninguna virtud más elevada.

La heroína de una de mis novelas lo describe así, y yo

no puedo hacer nada mejor que repetir sus palabras:

"Consiste en un especial estado de semiinconsciencia, de confianza plena en una misma, de indiferencia a gustar o no gustar, y un algo que se desprende de la persona y que da la sensación de que no es fría, de que si quisiera sería deliciosamente amorosa, de que gozaría en realidad con los besos del hombre amado... todo esto constituye el "ello", el "no sé qué" indefinible, el magnético don de atracción, que anticipa a la imaginación una sensación de gozo, de alegría, de dicha."

Un hombre o una mujer que tenga "ello" no necesita para nada mis consejos. La Naturaleza le ha dotado de todo lo preciso para despertar amor, y la duración de la pasión dependerá de seguro de su propio gusto. Si detrás del "ello" hay una inteligencia corta, o un carácter mezquino, o un temperamento vicioso, estos defectos pueden eventualmente atenuar los efectos de la atracción magnética... aunque no siempre lo logran. No hay, pues, que ocuparse de los felices seres a quienes la Naturaleza dotó de bien tan exquisito. Mas, ¿cómo los hombres y las mujeres vulgares atraerán el amor de aquellos por quienes se interesen y que no hayan dado aún muestras de que la divina chispa haya prendido en ellos?

Place aux dames!

Hay actualmente docenas y docenas de muchachas que pasan la mayor parte de las horas de su vida en despachos y oficinas; muchas de ellas son compañeras de trabajo de otros tantos hombres, para los que, por regla general, han perdido el encanto, el misterio que pudieran tener, siendo sólo entre sí "buenos compañeros", "buenos camaradas". No obstante, estas muchachas de quienes hablamos tienen el mismo anhelo de amor y de felicidad que las afortunadas criaturas dotadas de "ello". Nada en sus vidas ha contribuido a darles confianza en sí mismas, y tienen plena conciencia de que forman parte de un rebaño cuyo probable fin es el celibato gris y desolado.

Muchas de ellas procurarán engañarse diciendo que sus vidas han sido llenas por su labor en pro de la Humanidad, del arte o de la literatura... Pero no, no... ¡Todo esto son "engañifas"! El supremo significado de la vida y la uni-

ca suprema felicidad de una mujer está en encontrar un compañero digno de serlo.

Ahora bien: ¿cómo hacer para inspirar a un hombre el deseo de inclinarse hacia Celia, por ejemplo? (Celia es el personaje de quien voy a tratar en el presente capítulo; la joven vulgar a quien es preciso que ayudemos.)

Lo primero que Celia debe hacer es preguntarse a sí misma, sin vaguedades, qué es lo que en realidad desea.

Lo que Celia desea es atraer a Enrique hasta el punto de que le ame y la pida en matrimonio.

¡Bien! Pues si es esto, Celia no debe desviarse del objetivo marcado

ni permitir que otros asuntos ajenos al principal y otras aspiraciones más bajas obstruyan su camino. Debe fijar su inteligencia y su voluntad estrictamente en el punto que le interesa y desplegar para lograrlo tanta habilidad como emplearía para ganar un partido de golf o de tennis. Pues es preciso recordar que ahora tratamos del modo de atraer a un hombre que no ha manifestado sentir hacia Celia esa instantánea e irresistible atracción que, de haberla sentido, haría innecesario todos sus consejos.

Es preciso, ante todo, no perder de vista el fundamental principio de que las jóvenes feas o desprovistas de atractivo, deben aprender a agradar o se quedarán para vestir santos.

Enrique ha llegado a "saberse de memoria", a cansarse tal vez de la "buena compañera" que ha demostrado toda clase de excelentes cualidades para el trabajo. La ha visto retratada en otras cien... Y probablemente conoce también otras cien muchachas alegres—muchachas "Jazz" les llamo yo, a falta de nombre mejor—de las que le ayudan a pasar el tiempo en las horas de descanso. Acaso si Enrique hubiera visto a Celia muy de tarde en tarde y con dificultad le hubiera parecido encantadora, pero Enrique está cansado de verla durante años y años, sin que ella se haya tornado más interesante, y ha llegado a considerarla como un buen compañero, como un socio que le entretiene, sin obligarle a un excesivo ejercicio mental.

Celia, prototipo de las muchachas de su clase, se ha hecho con los años, fatalmente, un poquito egoísta, algo tosca y bastante independiente, y como la Naturaleza no le ha dado esa fascinación que hace que algunas mujeres no pierdan "nunca" su atractivo, y como su belleza y su juventud declinan, pues se acerca a los veintiocho años, parece no tener grandes probabilidades de éxito, ¿verdad?

Lo cierto es que Celia no posee magnetismo alguno. Es consciente y no siente verdadera confianza en sí misma, aunque trate de aparentarla. No tiene "ello" y lo sabe. Conoce a Enrique de haberlo visto en su trabajo, en época en que ya no era para él más que un "camarada", y ahora, al ver verle

(Continúa en la página 73).





# Experiencias de Mujer: Cultivad Vuestra Inteligencia

Vivía con mis padres y mis hermanos, en una posición muy modesta.

Tenia mi madre una hermana casada con un ingeniero, hombre cultísimo que ahora comprendo no pudo ser feliz con mi tía, mujer muy buena, pero completamente vulgar.

Mi tío Agustín perdió un hermano que al morir dejó a una niña sin fortuna ni más amparo que el de mi tío, y éste quiso llevársela con él para hacerla una muchacha capaz de valerse por sí misma más tarde. Su mujer se opuso tenazmente a recibir en su casa a la niña, y cuando al fin cedió fue con la condición de que habían de adoptar también a una sobrina suya. Y me eligieron a mí.

La huertanita se llamaba Victoria; era delgada, bajita, más bien fea.

Yo, en cambio, hacía volver la cabeza a todos cuantos se cruzaban conmigo en la calle. Para mí eran los elogios, los vestidos bonitos, las preferencias, y pronto me acostumbré a crearme superior en todo a Victoria. Únicamente en la escuela dudaba de esta superioridad. La sobrina de tío Agustín era la primera de la clase, y yo, que no pensaba más que en arreglarme y parecer más bonita, quedaba siempre rezagada.

Llegaron los exámenes. Victoria mereció todas las distinciones por parte del tribunal, y yo, en cambio, no supe contestar acertadamente ni a una sola pregunta de cuantas me dirigieron. Cuando llegué a casa llorando y conté a mi tía mi fracaso, aquella equívoca mujer me dijo:

—No te apures; hoy es el último día que vas a la escuela. Está bien que Victoria se preocupe del porvenir porque no tiene que agradecer nada a la naturaleza, pero ¿tú? Con esa cara que Dios te ha dado ¿qué necesidad tienes de romperte la cabeza aprendiendo cosas que no te han de servir después para nada? Dentro de poco tendrás los pretendientes a montones y elegirás un buen marido. Ya sabes medianamente leer y escribir; yo te haré una buena ama de casa y no necesitas más para ser feliz.

¡Pobre tía! ¡Qué error más grande el suyo! Al término de aquellas vacaciones yo no volví a la escuela, y Victoria fue enviada por su tío a un buen colegio de Madrid; después pasó una larga temporada en otro de Suiza, y cuando volvió al pueblo era una sin ningún atractivo físico, pero que se hacía extraordinariamente simpática a cuantos la trataban. Yo estaba contentísima con mi suerte; en todos los sitios causaba admiración mi belleza, y empecé a recibir con frecuencia declaraciones amorosas de muchachos considerados en el pueblo como buenos partidos. Por entonces murió mi buen tío y, como no tenía más que la carrera, su viuda quedó reducida a una pensión corta. Victoria marchó a Barcelona a buscar colocación, que halló pronto; yo no tuve más trabajo, para solucionar mi vida, que elegir marido entre los que aspiraban a mi mano, y el elegido fue Rafael Merdina, un muchacho que estaba accidentalmente en el pueblo haciendo unos estudios sobre arte, pues era escritor y crítico. Cuando marchó a Madrid, donde vivía, yo le dije que me iba a dar vergüenza escribirle, pues lo hacía muy mal.

—No importa — me contestó. — Con tal que me digas en las cartas que me quieres mucho me tiene sin cuidado que pongas amor con hache. Me basta con que seas bonita y me

tengas en orden la casa cuando estemos casados.

—Ya ves — me dijo mi tía cuando se lo conté — como tenía yo razón. A los hombres les cargan las mujeres sabiduras. De bastante le sirven a Victoria todas sus bachillerías; no tendrá nunca como tú un marido enamorado de ella.

Me casé y era feliz, aunque apenas veía a mi marido;



trabajaba siempre fuera de casa: en las bibliotecas, en el círculo... Cuando salía conmigo, muy raras veces, era para llevarme a exposiciones y conferencias, donde yo me aburría. El final fue decirle que prefería quedarme en casa, donde casi siempre tenía una labor (inútil y pesada) emprendida. Y él, naturalmente, acabó prescindiendo por completo de mí. Un día recibí carta de Victoria: venía destinada a Madrid como secretaria de una importante casa editora y quería que yo le buscara alojamiento. Yo guardaba de Victoria

(Continúa en la pág. 77).



# El Aneurisma



Y no ostentaba abiertamente su hermosura sino en las noches de baile.

—Un discurso de Dotres,—añadió Garnica—no haría más que corroborar lo que acabo de decir. Mi castigo no se hubiera hecho esperar.

—Vamos a ver,—preguntó un poeta melenudo que dejaba flotar su talento por encima del mugriento cuello de su levita,—era un exordio?

—Sí—contestó Garnica.

—Entonces, te escuchamos, lúgubre metafísico.

Cesaron los gritos y los murmullos.

El «Lugubre Metafísico», como le llamaban sus contertulios, tenía el don de interesar a su acostumbrado auditorio de «guasones»; y se le perdaban los exordios, como se tolera a los actores de fama ciertos defectos que valdrían una silba a los pobres comparsas.

Una vez entrado en materia, comunicaba tal intensidad de vida a sus relatos, que cautivaba a todo el mundo, así por el interés del asunto como por la emoción sostenida con que lo exponía.

No faltaba quien afirmase que Garnica era a veces el protagonista de las historias que contaba y que había llevado una accidentada vida de bohemio afortunado en amores.

—Julia Mendoza,—refirió Garnica—era una mujercita anémica. Su palidez y su clorosis exhalaban efluvios apasionantes de misticismo. Era rubia y vaporosa como una alemana de Goethe, y poseía, además, el atractivo de esas madrileñas enloquecedoras que no dibujan un sonrisa, ni aún siquiera en presencia de personas indiferentes, sin darle un excesivo vapor de vagar promesas. Exquisita naturaleza de sensitiva, se arrojaba en su pudor bajo las ardientes miradas de los amigos de su esposo, y no ostentaba abiertamente su hermosura, de ordinario incierta, sino en las noches de baile, en medio de millares de luces reflejadas en bronce, mármoles y cristales y en medio del brillo de los diamantes de las demás mujeres.

Julia era coqueta; pero la cantidad mensual que le entregaba su marido para el sostenimiento de la casa, no daba bastante para excesos de lujo. Leonardo Igual, su marido, se complacía, sin embargo, en dejarse arrancar mensualmente un crédito suplementario, que excedía, a veces, al del presupuesto corriente.

Otros hubieran pagado mucho más caro el amor de Julia, si ésta hubiese querido.

Pero Julia no quería, al decir de todo el mundo.

Leonardo Igual no recibía más que a un amigo, Carlos Oltra, amigo íntimo, amigo como hay pocos, afortunadamente.

Porque Oltra se había apoderado del corazón de Julia, que le llamaba su querido poeta, pues Carlos había empleado el ritmo y el consonante como principales medios de seducción.

Y como Oltra no estaba mejor organizado para la poesía (Continúa en la pág. 78).

—Yo creo,—decía Garnica—que toda falta lleva en sí misma su castigo, como en el pecado se lleva la penitencia; creo que nadie escapa a las consecuencias del mal que causa a sus semejantes, y que rige el mundo moral una gran ley ineluctable, que viene a ser un producto, un resultado matemático. El orden trastornado se venga. Lo que llamáis casualidad o coincidencia no es más que el choque de dos elementos puestos durante más o menos tiempo en presencia uno de otro en la naturaleza.

—¡Uf!—exclamó Dotres.—Eso necesita explicación. Encendiendo tu linterna.

—Creo,—continuó Garnica—que si el hombre es a veces el instrumento que castiga, después de las deliberaciones públicas de los «Señores del Tribunal», es casi siempre el castigador de miserables cuyos crímenes ignora. Un ser que martiriza a otro ser, es a su vez, tarde o temprano, víctima de alguien, y...

—¿Por ejemplo?

—¡Si, venga un ejemplo!

—¡Ejemplo al canto!

Exclamaron los tertulianos de la cervicería en que Garnica llevaba la batuta, dejando vagar una indefinible sonrisa en medio del humo de su cigarro. Sin abandonar su imperturbable calma, éste continuó:

—Creo...

—¡Ya no están de moda las profesiones de fel!—interrumpió Dotres.

—Basta de Credos!—exclamaron varios tertulios. Garnica, sin inmutarse, prosiguió:

—Creo en un castigo más directo, más inmediato, que emana inesperadamente de los hechos mismos, de las circunstancias que han rodeado el crimen y del medio en que éste se ha cometido.

—¿Crees también divertirnos con tus metafísicas?—vociferó Dotres.—Voy a impedirte el uso de la palabra, apelando al sistema del obstruccionismo.

—¡Que hable Dotres!—gritaron en tono burlón algunos parroquianos de la cervicería.



# AMOR DE ARTISTAS

Los marqueses de Guzmán sucumbían al dolor de la mayor desgracia.

El hijo único, heredero de timbres nobiliarios que seguramente acrecentarían sus talentos y de caudales fabulosos con que sostener la magnificencia proverbial de ilustres antepasados, apenas cumplidos los quince años, edad de las más atrevidas esperanzas, fue víctima de enfermedad gravísima cuyos efectos alcanzaron al más preciado de los sentidos.

La ciencia logró, no sin esfuerzo, arrebatarse a la muerte una segura presa; pero el mal hizo grandes estragos en la vista del joven marquésito, y a la progresiva debilidad sucedió un triste amauecer en que el sol no consiguió impresionar aquellos ojos nacidos para la contemplación de una felicidad segura.

Desde ese día, el palacio de Guzmán cerró al mundo sus puertas, reduciéndose los padres amantísimos de Alfredo al exclusivo cuidado del hijo querido, a mitigar con la solicitud del verdadero cariño la desdicha indescriptible que supone vivir condenado a las tinieblas quien gozó una vez de la contemplación de la naturaleza.

La que hasta entonces fue mansión favorita de la dicha, convirtiéndose rápidamente en templo del dolor. Y ya no pensaron los infortunados padres sino en ocultar su llanto y distraer cuanto posible fuera la vida de su hijo, sin renunciar jamás, por supuesto, a la esperanza de que la ciencia lograra devolver a la cámara oscura de aquellos ojos mortecinos la impresionabilidad retentiva que ya enviando incansablemente al álbum de la memoria cuantos clisés produce la contemplación de la naturaleza y de la vida.

Alfredo aceptó resignadamente su desdicha, y como gran aficionado de la música, encontró en el divino arte alguna compensación a los plagas que le robaba la ceguera.

Alternando con el constante ir y venir de los más eminentes oculistas del mundo entero, reuniéndose en torno del marquésito una corte de maestros y compatriotas, artistas famosísimos, que pronto hubieron de considerarle camarada. Como siempre, el arte suplenó a la ciencia, y sus consuelos pródigos ahuyentaban a veces del espíritu de Alfredo el triste recuerdo de lo perdido.

A cada desahucio médico correspondía un sensible progreso en el manejo del violín, que satisfacía la pasión artística del cieco, y las substituyeron a los rayos del sol, la armonía al colorido los motivos a los cuadros plásticos de la vida, los grandes poemas musicales a los sublimes espectáculos de la naturaleza. El sonido triunfó de la luz, contra la ley física que consigna mayor vibración del éter en este segundo fenómeno, y Alfredo llegó a considerarse feliz cuando con el arco improvisaba melodías dulcísimas y pasajes épicos, inspirados a veces en el recuerdo de su misma desgracia.

Consagrado al absoluto al estudio pasó todo el primer invierno de la eterna noche de su vida, y apenas algunas flores anunciaron la proximidad de la primavera, los marqueses de Guzmán determinaron fortalecer al ciego niño obligándole a la actividad corporal en la más hermosa de sus residencias veraniegas.

Trasladáronse a un antiguo castillo, recuerdo histórico de la nobleza del apellido, situado en orillas del Océano, entre bosques cuya espesura creyérase buscada para ocultar a la profanadora curiosidad la irreparable desgracia de inspirar compasión quien hasta entonces sólo despertó la envidia de todos los campesinos comarcanos.

Aun allí, alejado de sus relaciones artísticas, continuó Alfredo consagrado a su pasión favorita. Durante las horas de calor repasaba en el piano las óperas que oyó cantar en el

Real a los más célebres artistas de la época en aquellos tiempos que como sueños se representaban a su imaginación, juzgándolos, cuando más, recuerdos de otra vida ya extinguida que por la transmigración sin duda del espíritu encarnaba ahora a su ser. Y a la caída de la tarde solían padre e hijo hacer largas expediciones por los lugares inmediatos, bien a orillas del mar, bien por los bosques que abundaban en la comarca, deteniéndose frecuentemente para rendir Alfredo algún tributo a su delirio artístico, pues ni aun en aquellos momentos consentía separarse del violín, único consuelo de su desdicha.

Era entonces cuando su inspiración llegaba a más felices concepciones, improvisando bellísimas armonías en que combinaba los sublimes ruidos de la naturaleza con el estado de su espíritu entristecido: cantos de un ruiseñor que aun ciego quisiera saludar el despertar del día.

Una tarde hicieron alto en las frondosas cercanías de antigua casa solariega, convertida en casa de alquiler por sus modernos y plebeyos propietarios.

Allí, como en todas partes, Alfredo buscó en el violín alguna expansión a su alma, y comenzó a tocar el dúo de Lohengrin. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando a sus oídos llegaron ecos de lejanos acordes de un piano en que, como cosa de sueños, Elsa respondía a las demandas de amor del fantástico personaje!

Fue extraordinaria la emoción que a Alfredo produjo aquella inesperada y gratísima conjunción artística.

En vano el padre intentó calmar la excitación nerviosa del ciego niño, reduciendo el suceso a las más modestas proporciones de la realidad.

Alfredo tan sólo replicó que adivinaba un gran artista. Pero quedose, para sus adentros con la segura impresión de que era una mujer, sin duda hermosa y de pólicas inclinaciones, quien tan oportunamente había respondido al protagonista de su ópera favorita.

Aún más, adivinaba que aquella mujer también sufría, también como él, buscaba un amor que ocupara el vacío de su alma. Y no fue desconocida, bajara del cerebro al corazón de Alfredo, violentando la resignación de su espíritu.

Durante varias tardes repitió la misma prueba, siempre con igual alagüeño resultado. Al canto de *Rahul* respondió *Valentina*; al de *Radames*, *Aida*; al de *Sansón*, *Dalla*; al de *Hámlet*, *Offelia*.

Y una tarde hubo un momento en que *Margarita* y *Fausto*, salvando las distancias, llegaron a confundir sus melodías con precisión verdaderamente matemática. Las notas sembraban invisibles emisarios de amor que iban a encontrarse en el espacio, las ondas sonoras se cruzaban en abrazos de infinita pasión, dirigiendo sus vibraciones al corazón aun más que a los oídos; y los desconocidos amantes, excitados por el indescifrable misterio de su inesperada conjunción artística, tuvieron instantes de esa fiebre que inmortaliza a los elegidos.

Pero Alfredo, dichoso en sus conversaciones musicales con la mujer adivinada, al regresar al castillo sentía en su espíritu, cada día con mayor violencia, el deseo de verla, estériles protestas surgidas por el recuerdo de más felices días.

Los padres, alarmados, hicieron venir al lugar a los más reputados oculistas extranjeros, en tanto calmaban la febril impaciencia del hijo con una esperanza de una próxima operación que había de reintegrarle la plenitud de los sentidos.

Mientras este día llegaba, Alfredo no faltó una sola tarde a la cita tácitamente convenida entre los amantes artistas. Iba ya seguro de que la imaginación no le engañaba.





Por referencias de la servidumbre sabía que habitaba la antigua casa solariega un aristócrata matrimonio inglés, cuya hija, de diez ocho bellísimos acriles, buscaba en las playas meridionales algún alivio a la tisis inicial que minaba su débil naturaleza.

La imaginaba rubia, fina, esbelta, tipo ideal de una raza en que la mujer encarna la suprema elegancia, y artista, además, artista de corazón ardiente y grande fantasía, revelados en la facilidad de acomodarse a la diversidad de emociones estéticas a que él la había sometido como prueba de la imprevisibilidad de su temperamento.

—¿Cuándo es la operación?, preguntaba sin cesar, desde entonces, Alfredo.

—Pronto, hijo, pronto, replicaba el padre casi automáticamente, violentando la sinceridad de su corazón desengañado para sostener la esperanza de aquel otro pedazo de corazón, esclavo irredimible, al parecer de la desgracia.

Y así transcurrirían pesadamente días y semanas, renovándose padre e hijo las mismas fantásticas esperanzas.

Por fin, a las constantes demandas de los padres, presentose un día en el castillo un oculista inglés, más sabio o más acaudalado que otros especialistas igualmente famosos, cuyas promesas llegaron a inspirar absoluta confianza.

El milagro lo realizaría una operación sencillísima que en

perando en vano el eco de un amor ideal en que cifró todas sus esperanzas.

A veces iniciaba en el piano algunas de las melodías favoritas, tanto como gritar: "¿Estás, bien mío?" Pero se asomaba de nuevo, y el solemne roncar de la naturaleza parecía responder a sus oídos de tísica: "¿Quién piensa en románticas fantasías?"

Una madrugada pasó cerca del jardín la ronda de mozos tocando las guitarras. "¡Ya está!", se dijo. Saltó de la cama, se asomó... y llorando su decepción quedóse en el balcón medio dormida, sin darse cuenta de la frialdad del viento tempestuoso que azotaba los árboles. Ni de la lluvia torrencial que empapaba su débil ropaje. Pasó así largo rato, hasta que un brusco escalofrío la volvió a la realidad, y calenturienta cerró el balcón mecánicamente y se acostó murmurando entre sollozos: "¡Me ha olvidado!"

Pocos días después, en el castillo de Guzmán todo era dicha.

Los padres tiritaban de emoción ante la gran seguridad del doctor famoso; este preparaba con orgullosa calma, atento a los más mínimos detalles de la mise en scene la solemne demostración de su gran triunfo; y Alfredo repetíase aún en las convulsiones de su esperanza incierta: "¡Por fin podré verla! ¡Iré a buscarla!"



pocos días devolvería la vista al infeliz enamorado.

—¡La verá! ¡La verá! ¡Podré buscarla!, repetíase sin cesar el ciego.

Idea fija que hubiera acabado con su razón a prolongarse la esperanza.

Y así aguardó encerrado en su gabinete, convertido en cámara oscura, ocho días de impaciencia mortal exigidos por el médico para asegurar el éxito de la curación que constituiría la felicidad a aquella familia entristecida.

El padre constituyóse en incansable enfermero. La madre vivió aquella semana en la capilla. Y el oculista dedicó sus diarias visitas a conservar el fuego sagrado de la esperanza.

A la inglesa, que ignoraba en absoluto la suerte de su soñado amor, parecía eterna la ausencia del artista desconocido.

Pasaba las noches asomada a los balcones del jardín, castigando su débil pecho en la férrea dureza de la barandilla, clavada la cabeza en las manecitas con frecuencia ocupadas en enjugar las avenidas de su corazón desbordado por los desengaños, atenta a cuantos rumores llegaban a su oído, es-

Quitó el doctor las vendas al ciego, levantó los recortes azules que tapaban sus ojos, y abriendo tímidamente la ventana, le dijo con imperio:

—¡Mira!

Gritó el vidente, loco de alegría; cerró en seguida los ojos como miedo del mundo ya olvidado, y al volver a abrirlos, intentó volar en ellos de una vez el universo, por si acaso de nuevo se cegaban.

Un espectáculo tristísimo vino casualmente a contrarrestar la alegría del increíble triunfo.

En aquel momento atravesaban la carretera varios sacerdotes entonando el fúnebre pregón de la muerte, seguidos de una carroza del color de la inocencia.

Al marquésito se le saltaron violentamente las lágrimas, y un fatal presentimiento le obligó a preguntar:

—¿Entierran a una joven?

—Sí, contestó el médico. Una infeliz compatriota mía, gran artista: estaba tísica. ¡Pobre Lady Betty!

—¿Lady Betty!, rugió Alfredo.

¿Acaso la conocías?, exclamaron los padres sorprendidos.

—No, les replicó, cayendo desvanecido. ¡La adoraba!

R. AGUILERA Y ARJONA



# La Moda del Momento



Ha pasado el invierno y la moda definitiva se ha formado por eliminación, como siempre. La clientela exigente—y la parisien lo es más que ninguna—de secha extravagancias y bizarreries para quedarse sólo con lo mejor que le ofrecieron.

Hay modelos—como uno de terciopelo negro de Lanvin, largo y distinguido, o como el de tul grueso alforzado con volantes en la falda, de Hartnell—que parecen haber cautivado a la mayoría.

Y sombreros como el turbante en corduroy de Reboux, o el casquete de Jane Blanchet que han tenido tanto éxito que hay señoras que se los han hecho hacer en varios tonos.

La cuestión del talle está ya decidida y sea de día o de noche su lugar es siempre en su sitio natural.

El largo de la falda, otro factor importante de la moda de ahora, parece tomar también standard. Y se acepta como bueno que los trajes de sport y de calle bajen tres pulgadas más abajo de la rodilla, mientras los de tarde quedan a doce pulgadas del suelo, a diez los trajes de interior, y sobre el tobillo los de restaurants.

Los de noche son largos hasta el suelo y con cola por detrás, y mientras más ininterrumpida tengan la línea del dobladillo, es mejor. Se permite una ligera caída a los lados o la cola formal, pero el largo desigual formado por godets o vuelos de corte aplicados, se considera demode.

La amplitud sale desde el mismo talle y en los trajes de día se recoge en

pliegues sobre la cadera que caen sin plancharse.

La blusa gana en importancia de día en día y en la Riviera se ven constantemente sin la compañía del saco que hasta ahora fué su inseparable.

El Conde Armand de la Rochefoucauld decidió distraer su aburrimiento dedicando a restaurant un pabellón de su Castillo de Enmenonville, heredado recientemente—y que hace el noveno en su colección—y ocupándose el mismo de su dirección.

Por ser de él tuvo asegurada la clientela más chic de París desde sus comienzos, la primavera pasada, y como Rousseaux vivió en el castillo y hasta tuvo





su tumba allí antes de su traslado al Panteón, se le dió el nombre de Hostellerie Jean Jacques.

Siempre tiene gente y sobre todo el domingo a la hora de almuerzo.

Allí, quizás mejor que en otros lados, se puede juzgar lo que es elegancia de la mujer francesa y su inigualable sentido de propiedad en el vestir.

Greta Garbo ha impuesto en América del Norte la melena larga y recogida sobre el cuello. Y como París se apresura en adoptar las cosas de América—diganlo sino el jazz, los cantadores ne-

gros y la hora del cocktail—la moda de Greta americanizada ha sido copiada también. Madame Dalmau, la esposa cubana del famoso dibujante, nos la muestra en una fotografía que aparece en este artículo, con gracia y distinción insuperables.

En el Agulla Rusa—el restaurant de noche más chic de París—un suceso ha causado más sensación que las canciones formidables de Cora Madou: una señora apoyaba, bailando, su mano blanquísima sobre el frac de su compañero y

(Continúa en la pág. 55).



# Pequeña

por Concha Espina



—Aquí vive Pequeña—advirtió el médico Juan Luque, señalando una casita blanca y menuda, apenas visible entre el follaje.

—¿Todavía?

El asombro de Andrés al pronunciar esta palabra de interrogación era excesivo y agudo.

—¡Hombre!... ¿Cómo que «todavía»? No se ha muerto: es muy joven... ¡y muy bella! ¡Ay!—suspira el doctor.—Pero ¿no fue novio tuya?... Creo que sí.

¿Novia?

Y Andrés Martival, recién llegado de América, ansioso de revivir el tiempo de su primera juventud en Villanoble, parecía decidido a responder sólo con preguntas. Acaso al rumiar sus memorias en la conversación de este paseo recordatorio, el nombre de Pequeña le solicitaba como lo único afirmativo y temible del pasado: por eso no lo quería pronunciar.

Pero, huyendo de él, lo evocaba en el foco de luz de aquella antigua inclinación, que en la ausencia había tomado caracteres de supersticioso remordimiento, pena escondida, tanto por el mal causado como por el miedo a un castigo misterioso...

Y en resumen, ¿qué? Las promesas de amor hechas a una chiquilla ignorante y humilde, sin importancia ninguna, repetidas luego a mujeres de todas las categorías en distintos mundos: frases para siempre olvidadas, costumbres irreverentes de galanteador. Hasta que un día el tranquilo viajero tuvo que casarse. Aun aquella falta y prudencia le dolió muy poco. Abandonó a su esposa y siguió ecuaníme, sonriente, el camino triunfal de las conquistas. Pero nunca, ni antes, ni después del tropiezo matrimonial, consiguió olvidarse de Pequeña, la niña de la playa, la insignificante persona que hasta en el nombre era tenue como un cachón de sepuma, simple como algo que apenas tenía mérito y valdeor.

Los dos amigos siguen paseando con lentitud a través del pueblo en esa hora oscura del anochecer, tan propicia a las confidencias.

—Novia tuya, sí—insiste Luque, ya picado de la curiosidad ante la turbación de Andrés.—Por cierto que cuando te marchaste, la pobre chica estuvo como loca. Y acaso desde entonces el carácter se le ensombreció hasta el punto de aislarla y casi recluirse sola con su abuelo, que ha ido acartanándose, muy bien cuidado por ella, según dicen, y está hecho un fantasma.

—¿De modo que vive aún don Martín?

—Y da alguna sombra a su nieta, aunque parece un árbol falto de quimas. Aquí se medra hasta sin jugos naturales, al oro alimenticio del bosque y del mar.

—A ese señor —murmura Andrés, meditabundo— le recuerdo siempre muy anciano; a ella, muy niña, con las trenzas largas, el vestido corto, las pupilas azules, llenas de amargura, húmedas tal vez por el agua salobre del Cantabrico.

—Y qué más?

—Nada; me gustó mucho. Tenía en esencia una fuerte realidad de mujer, que se me aparecía en estado vibrante y luminoso, y yo la trasuntaba de su propia lumbre en mis primeros versos, alentando su rara devoción por mí. Llegó a querermelo con una manía obcecada, atento el espíritu a cuanto me interesaba, sin que yo diera a su ternura otro valor que el de un episodio juvenil. Fue la musa de mis

ensayos poéticos, la novia impúber que nos mira como un arcángel, al que nunca podemos desprender en absoluto de la memoria porque nos ha suscitado ansias indefinibles...

—Pues aquí la tienes, soltera y bonita, huraña y singular, como ninguna otra muchacha de Villanoble.

—¿No ha tenido pretendientes?

—Muchos, pero sin correspondencia; es muy esquiva y al mismo tiempo soñadora. Cae en éxtasis invencibles, que le duran como una enfermedad incurable. Consiste en una languidez extraña, una calentura secreta, y le mantienen en los ojos un fuego que se pudiera tomar por una mórbida insolación.

—Hablas de ella con entusiasmo.

—Es que... también me gusta a mí, inútilmente.

—¿Se los has dicho?

—¡Ya lo creo!... Y ahora, de pronto, al oírte hablar, se me ocurre si la habrás seducido para su vida con tu aureola de poeta y el interés errabundo de tu vida. Acaso pertenece a esa raza exquisita y triste de los enamorados leales. Te descubro mis cavilaciones porque ya no eres un rival peligroso.

Andrés palideció, bajando la cabeza. En la iluminación brusca de sus pensamientos, la muchacha se erguía radiante, fiel a un solo cariño, sensible a un enorme rencor, un poco embrujada de soledad, un poco enloquecida por los secretos de la selva y de las olas; muda entre los dos colosos de la orilla, el monte y el mar; nutriendo su atención, reconcentrada, en los salvajes gritos inhumanos.

—¿En qué piensas —preguntó su amigo.— En que ya es tarde para emprender el retorno a ese amor, ¿verdad?

—Nunca es tarde cuando bien se ama—responde Martival, levantando ahora la frente con todo el empaque de su orgullo.—Pienso que, si ella me quiere tanto como tú dices... no me perdona. Y temo su odio, su venganza, mantenidos en el silencio durante nueve años.

—¡Miedo tú a una mujer!...

—¡Bah! No me comprendes. Yo hice daño a muchas y he temido a esa niña por lo mismo que lo era. La he odiado profundamente, y al dejarla en una repentina desahucio no la supe consolar ni la quise sostener. Fue lo más placable sin mala intención... Pero ya no es posible borrar del tiempo

(Continúa en la pág. 55).



# El Amor de los Chinos

POR

ARRETTA L. WATTS

El amor — la cosa más discutida y menos comprendida, según el Dr. Sum Nung Au-Young, sabio chino moderno, poeta, viajero y filósofo — es un arte que la mujer china sabe apreciar mucho mejor que la occidental. Está convencido el doctor Sum, después de muchos años de estudiar tanto la civilización de Occidente como la de su país que la mujer occidental podría aprender muchas cosas acerca del matrimonio de su hermana del extremo Oriente.

Este filósofo chino, que conoció siendo muy joven al doctor Sun Yat Sen, fundador de la República de China y más tarde a muchos pensadores de Europa y América, habiendo residido en Nueva York durante dos años para continuar sus estudios de filosofía, tiene una comprensión más que científica de las relaciones domésticas que fomentan la felicidad duradera. Tan exactos parecen sus juicios y su profunda visión de tales problemas que se ha convertido como si dijéramos, en un «director espiritual» de muchos.

«Cómo retener al marido» dice el doctor Au-Young, es una frase que se usa con demasiada frecuencia, en tono de broma, en Norteamérica donde se les enseña poco a las jóvenes acerca del amor. En China se toman esas cosas en serio. En realidad, considerando de la mayor importancia semejante enseñanza.

«La joven china cultiva una perfección de coquetería por medio de la cual, con sus otras cualidades, hace atrayente la relación matrimonial. Dicha coquetería viene a ser parte integrante de su carácter, y la practica con tal naturalidad que le añade nueva gracia y nuevos encantos.

«La joven china comprende el valor que tiene el llegar a dominar al marido, pero sabe hacerlo de modo exquisito. Es adaptable, intuitiva, esquiva cuando conviene, y sutil: todas estas características se encuentran en la mayoría. La modestia es muy estimada por ella y utilizada como una fuerza de pri-

mera, pues no sólo se viste convencionalmente, sino que también no le gusta hacerse demasiado conspicua, ni es muy demostrativa.

«En China una mujer no da por sentado que podrá retener al marido, única y exclusivamente por el lazo matrimonial que la une. Comprende que al hombre hay que ganárselo continuamente a la mente. Siempre está alerta, estudiando sus diversas cualidades y dones en el arte del amor. Comprende que el amor es la esencia de la vida y que vivir para el amor significa una digna, verdadera y perdurable misión.

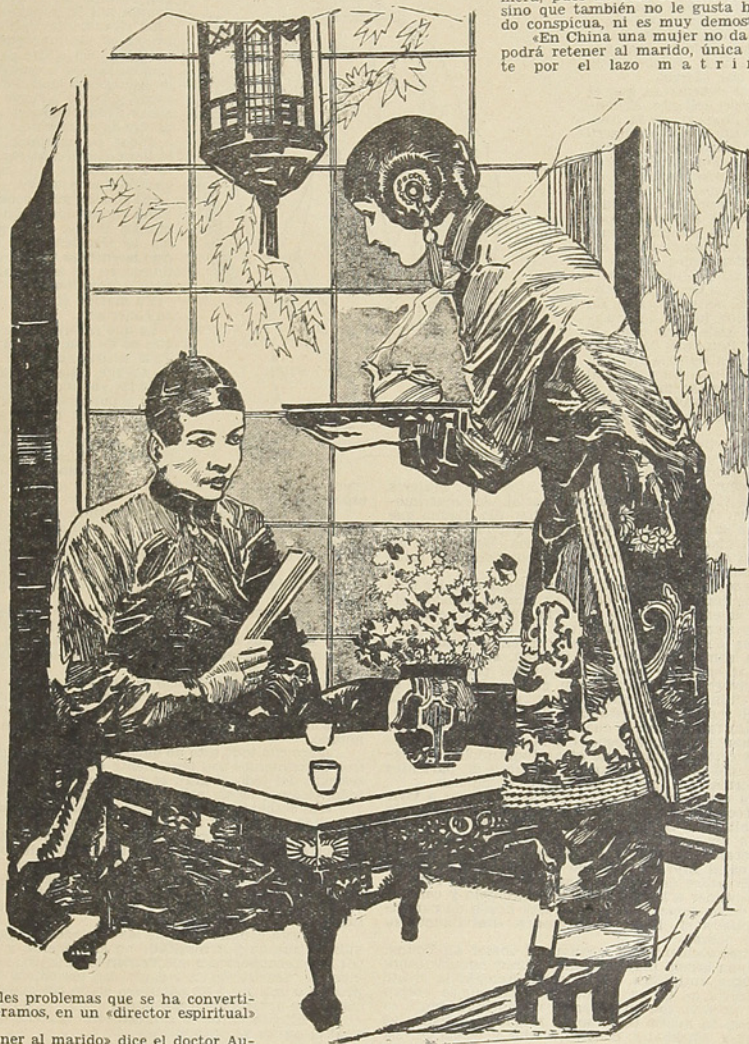
«Se supone comúnmente que los chinos son una raza poco o nada emotiva. Juzgando por nuestra calma exterior, nuestra ecuanimidad que casi nunca perdemos, se cree que no somos lo que es ser demostrativo o sensuales en el amor. Es una impresión totalmente errónea.

«Desde la niñez se enseña a los chinos a considerar impropio cualquier publicación de demostración de sus sentimientos. Acaso en este respecto seamos demasiado vanos. En la santidad del hogar la ternura tiene suma importancia.

«Tanto los hombres como las mujeres, en China, hacen un estudio profundo del amor, con el resultado de que comprenden su belleza mucho más que otros pueblos.

«En la prisa y el torbellino de la civilización moderna — particularmente de la civilización occidental — el amor no solamente pierde mucho de su encanto y de su gracia, sino también mucho de su esencia vital: su paciencia, su bondad, su cortesía y su desprendimiento. El amor es paciente, sereno y pacífico. Sufrir mucho y lo soporta todo, cree en todas las cosas, lo espera todo.

«Los chinos entienden como ninguna otra nación el arte de enamorarse. Tienen una apreciación cultural basada en la meditación y la delicadeza que es característica de la raza a pesar de su naturaleza inflamable. Esta apreciación es la cla-





ve de las felices relaciones matrimoniales de los chinos.

Sir Robert Hart, ex Inspector General de las Aduanas Marítimas Chinas, residente en aquel país durante más de cincuenta años, comparando la institución del matrimonio en aquella tierra y en Occidente, dice:

"En el Occidente el matrimonio es como quitar de la candela una cafetera de agua hirviendo y ponerla a un lado a que se enfíe, mientras que en China el matrimonio es como poner a la candela una cafetera de agua fría para que hiervas".

"La belleza del sistema es que el agua sigue siempre caliente. El matrimonio es el comienzo, no la consumación del amor. El vasto número de divorcios y matrimonios desdichados que hay en Norteamérica y el correspondiente vasto número de matrimonios dichosos que hay en China demuestra que los métodos norteamericanos no son del todo buenos ni los chinos completamente malos. La idea fundamental que informa a los matrimonios chinos es más amplia y más profunda que la que respalda a los del Occidente, donde el individuo se considera solo. En China es la familia lo que se considera alente de toda otra cosa. Y, después de todo, hemos de reconocer que la unión del varón y la hembra no es cosa individual. Su principal objeto, mírese como se mire, es la continuación de la especie, el impulso más fuerte, más verdadero de la raza".

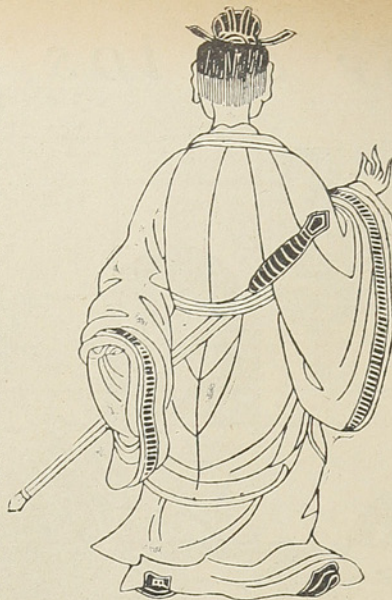
El problema del divorcio, que ha alcanzado vastas proporciones en Norteamérica, se resuelve fácilmente, según el doctor Au-Young, si los hombres y las mujeres norteamericanos tuvieran idéntica apreciación del matrimonio de los chinos. Aunque en China hay hoy día alguno que otro divorcio, no es cosa que se lleve a los tribunales y se le de mucha publicidad. En Norteamérica. Basta con un simple sueldo en el periódico anunciando que fulano y fulana no son ya marido y mujer.

"Los chinos son una raza orgullosa, y ninguna mujer china se humillaría hasta aceptar de su ex marido pensión alguna. En lugar de eso, en caso de divorcio, vuelve al techo de su padre, donde siempre es recibida con los brazos abiertos."

"Los jóvenes de Norteamérica que tienen libertad para escoger el o la compañera de toda la vida, suelen hacerlo muchas veces al calor de cualquier capricho pasajero. Los tribunales de divorcio muestran con cuánta frecuencia se equivocan. En China el matrimonio es más una cosa de la familia que del individuo, ajustándose los detalles a satisfacción de la casa familiar en la cual la suegra viuda suele ser la figura dominante. Sin embargo, el contenido y la satisfacción familiar es como un ímán que atrae juntándola no solamente a la familia sino a un grupo numeroso de parientes con el que se forma una fuerte vida patriarcal, de clan."

"Como es la costumbre, el joven trae a su esposa a vivir con el bajo el techo paterno. Si el padre es pobre, se da a la pareja una habitación. Si es rico, dispondrán de un amplio departamento o un pabellón en la casa paterna. En China los padres, generalmente, mantienen a los hijos, para que todo el dinero que el hijo gane pueda gastarlo pródigamente en su esposa. El padre de familia asume también la responsabilidad de mantener a los pobres de su parentela y con suma frecuencia da de comer a una verdadera horda de parientes. De esta manera el chino rico comparte literalmente su fortuna con los pobres."

"En sus países occidentales", prosigue el doctor Au-Young, "parece existir una broma muy extendida y muy popular sobre la suegra, siempre antipática e indeseable. Semejante chiste no se comprendería en China, porque allá, aunque la suegra viuda gobierna la casa con su superior sabiduría, siempre es muy cariñosa con su nuera. Se pone de su parte en todas las rencillas, disputas, sinsabores, contrariedades y dolencias. La



suegra siempre es generosa, pródiga; se convierte en una segunda madre para la esposa de su hijo."

"La mujer occidental parece incapaz de comprender cómo es posible que dos mujeres adultas sean dichosas y señoras las dos bajo el mismo techo. Esta situación no es en ningún sentido un problema en China, porque allí la posición de cada cual está claramente definida. La una ras veces se inmiscuye en las cosas de la otra. Como parte de su educación, la joven esposa ha aprendido los deberes convencionales de una nuera y los de cortesía y de las esperadas demostraciones de afecto a la madre de su marido."

Todas las mañanas al levantarse le lleva personalmente una taza de té a su suegra y le pregunta si ha pasado buena noche."

"El dinero muy contadas veces se toma en consideración en los matrimonios chinos como ocurre en tantos del Occidente. En China el marido le entrega todo a la mujer, confiando en su habilidad y su viveza para aprovisionar la casa."

"Un marido chino es universalmente generoso."

Lo que es suyo es de su esposa y lo que es de ella, de ella sigue siendo. Esta actitud también caracteriza a la suegra, quien, al llegar la recién casada, abandona las riendas de la casa y puede entonces llevar una vida de menos responsabilidad."

Se retira a segundo término pero a un segundo término muy dichoso."

"En la China antigua la popularidad así como el status social de la esposa dependía del número de hijos que trajera al mundo, especialmente los varones."

Semejante idea todavía se estima en mucho en nuestro país. Después que los hijos han llegado a hombres suele haberse se de la madre generalmente con el de una mujer santa y muchos aún creen que su proximidad, misma por cierto misterioso influjo da suerte a otras esposas que deseen hijos."

Por lo tanto, a una madre no le faltan nunca invitaciones cordiales."

"Aunque muchos chinos son pobres y no tienen la oportunidad de ir a la escuela, todos aprenden las máximas de Confucio. Hasta los obreros más pobres y los culies, aunque generalmente analfabetos, recuerdan y practican las máximas que se les enseña en la niñez."

"Confucio dijo: 'Tengo al hoy en la mano, acaso no veré al mañana'. Predicó también en favor de los matrimonios tempranos, y como resultado de sus predicas, en China hay menos solterones de ambos sexos que en ningún otro país del mundo."

"Pero con todo esto no quiero hacerle creer que todos nuestros matrimonios son igualmente dichosos. Todavía no hemos resuelto del todo el gran enigma del sexo. Porque, después de todo, el amor es un arte y el matrimonio una ciencia."

"He descubierto que los chinos más que ninguna otra nacionalidad, son más normalmente equilibrados en la vida sexual, lo que explica su contenido y su felicidad. La búsqueda de consorte en la vida, es la más imperativa de todas las necesidades. Es aún más imperativa que el hambre."

"El amor perfecto significa una inteligencia, una comprensión perfecta. Confieso que el amor perfecto es muy raro en la vida real, pero los chinos como nación se acercan más que ninguna otra a dicha comprensión."

"Es esta comprensión de las verdades fundamentales de la vida lo que da por resultado en el contenido y la indiferencia por las preocupaciones que sienten los chinos, lo que para el Occidente constituye un enigma. Un periodista norteamericano preguntó una vez a un patriarca chino por qué era que los chinos no se preocupaban por nada."

El filósofo chino le contó que esa era una cosa por la cual él nunca se preocupaba."

## LA ENVIDIA

La historia demuestra que la envidia ha sido siempre el factor más detestable en la marcha de la humanidad. Se la encuentra en el fondo de todas las grandes trastornos sociales y políticos. La envidia ha causado más daños que la miseria.

Si las clases dominantes hubiesen sabido resistir a los falaces encantos de la envidia, la humanidad habría segui-

do una marcha diferente a la que hoy sigue.

Los que se complacen en sembrar la envidia, no pueden dudar de su influencia venenosa. Ella humilia, rebaja y agria los caracteres. Una vez arraigada en el alma, la domina como la mala hierba en terreno cultivado, ahogando el crecimiento de la buena simiente.

Los sentimientos de justicia, de bondad y de simpatía, bajo la influencia

de la envidia parecen cual la hierba al contacto del viento del desierto.

Si es funesta para la dicha individual, lo es aún más para la felicidad colectiva; porque la envidia engendra el odio y éste, a su vez, exagera y paraliza la voluntad.

Las luchas sociales emanan, con frecuencia, de la miseria de los pobres; pero casi siempre se fundan en la ceguera moral de los ricos. —J. F.



# TEMAS MEDICOS

## LA TRANSPIRACION

La transpiración es indispensable al organismo, y por medio de ella librase el cuerpo de elementos tóxicos arrastrados por el sudor. Es, por lo tanto, una función saludable que es peligroso combatir.

Tan saludable, que numerosas enfermedades son combatidas fomentando la transpiración.

Es la limpieza del organismo hecha de adentro para afuera. No hay, pues, razón para librarlo, a título de limpieza y comodidad, de uno de sus elementos de defensa.

El concepto erróneo que muchas personas tienen de la higiene y la propensión a imitar, en muchos de nuestros actos, al proceder del avestruz, que esconde la cabeza y cree que no lo ven... induce a proceder contra el buen sentido y la lógica más elemental.

Un falso razonamiento nos lleva a discurrir de esta manera: si elimino el sudor, no tendré necesidad de bañarme y siempre es más cómodo espolvorearse que tomar el baño. Además, no habrá razón para cambiarse de ropa tan a menudo porque no se ensucia. También me economizaré lavado y aplanchado de ropa. Y como la limpieza tiene una doble base, puesto que limpieza es no ensuciar y limpieza es lavar, barrer, sacar lo sucio, no puede tacharse de persona sucia a la que parezca cumplir con el requisito que constituye una de las bases.

Si el sudor, en vez de ser incoloro tuviera un tinte achocolatado, estarían estas consideraciones de más; los hechos hablarían con sobrada elocuencia.

Véase si no qué es lo que más preocupa: la fetidez, el olor intensamente penetrante de la transpiración. Y no por la molestia que produzca, sino porque delata a distancia a la persona, que no cuida debidamente de la más elemental higiene de la piel.

El sudor no se ve pero se huele. He aquí la primera preocupación y la primera pregunta que se le formula al médico: ¿Cómo podría sacarme el olor del sudor? Porque por más que me bañe...

No tratemos de engañarnos a nosotros mismos. El baño y el cambio de ropa es lo primero que se impone. Una frecuente renovación de las prendas interiores y la limpieza de la piel son indispensables.

Las molestias de la transpiración encuentran un alivio notable según la ropa usada.

Aquellos tejidos que empanan el sudor impiden que el líquido se deslice por la piel y los enfriamientos cuando, estando transpirados, nos situamos en plena corriente de aire. El talco perfumado es el complemento de todo baño.

Otra consideración merece el sudor de las manos, así que la excesiva transpiración de los pies. Dándose fricciones tres o cuatro veces por día de la siguiente fórmula:

Borato de sodio...	4 gramos
Acido salicílico...	4 "
Acido láctico...	1 "
Glicerina...	10 "
Alcohol diluido...	16 "

Quedaré combatida la transpiración local que tan molesta se hace para quienes tienen necesidad de tocar cosas delicadas como papel, tejidos, dibujos, etc.

Para los pies, puede usarse con éxito una mezcla en la siguiente forma:

Perborato de cinc o de sodio...	20 partes
Talco...	80 "
Esencia a gusto de la persona...	C/S.

Las axilas, como los pies, necesitan una limpieza más escrupulosa, luego de la cual pueden empolvase con tanino o ácido salicílico, al que se añade talco, un poquito de mentol y el perfume preferido.

Por el contrario, cuando deseamos provocar una transpiración abundante como primera medida, habrá que acostarse a la cama y, luego de un rato, tomar una tisana, sea de flor de tilo, de saúco, de violetas, etc., o bien vino caliente y aromatizado. Luego habrá que permanecer quieto hasta que haya pasado la acción del sudorífico y no desabrigarse.

La transpiración excesiva no suele ser sintoma de buena salud; no obstante, no es el enfermo a quien corresponde tomar la iniciativa para combatirla; debe ser el médico, el que, tras un minucioso examen, habrá de indicar el régimen a que deberá ajustarse el paciente.

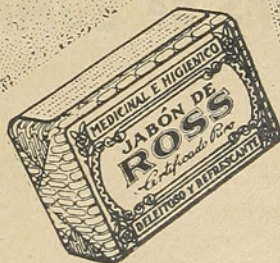
El abuso de las bebidas en la estación estival es otro círculo vicioso. El sudar continuo debe ser lógicamente reparado y la sed insaciable clama por esa reparación, pero también el continuo beber hace sudar y sudar. ¿Cómo poner freno?

El limón en una taza de té clarito apagará más la sed que las bebidas heladas.

Para Todos.— 3



Para  
rejuvenecer  
y conservar  
la frescura  
de la piel



JABON  
DE  
ROSS

Certificado Puro

M. R.

The Sydney Ross Co. — Newark, N. J.





## FAJAS de GOMA

¿DESEA USTED hermostear su cuerpo? Pues, use las famosas fajas y sostén-senos IDEAL de goma. Reducen la gordura conservando al mismo tiempo la línea natural, respondiendo así a las exigencias de la moda actual. Pase a ver los distintos modelos y elija el que más le convenga. El material es de primera calidad, de mucha duración y los precios de \$ 90.— hasta \$ 120.— ÚNICA FABRICA EN EL RAMO, que tiene mucha práctica. A provincias se remite contra reembolso.

De parte de mis clientes recibo a diario los más elogiosos agradecimientos por los resultados obtenidos.

También soy fabricante de los maravillosos rodillos para automasajes "SOUG-ROLLER", para combatir la gordura.

**PRECIOS: DESDE \$ 40.—**

**FABRICA DE ARTICULOS DE GOMA de Julio Heerwagen**

Santo Domingo, 2048  
Teléfono 88915

SANTIAGO  
Casilla 3665

RECHACE  
LAS  
IMITACIONES



## EL DOLOR DE MORIR

Por VICTOR DOMINGO SILVA

¿No lo crees? Yo vivo  
perpetuamente enfermo  
del miedo de morir. Ni cuando escribo  
escapo a la obsesión, ni cuando duermo.  
¡Me siento tan inerte y tan desnudo!  
Yo, que fui tan rebelde y tan activo,  
me sorprendo a menudo  
llorando sin motivo.

¿Sin motivo? No, no. Porque yo siento  
dentro de mí el tormento  
de una pena muy íntima y muy vieja,  
que, ansia de lo más puro y lo más sano,  
cuando llega a mis labios se hace queja,  
cuando llega a mis ojos se hace llanto.

No sé lo que será. Quizá el peso  
de los días lejanos... Quizá nada:  
el perfume de un beso,  
la luz de una mirada,  
la caricia furtiva  
con que solí al calor de una velada;  
lo que he adorado, lo que habré perdido  
cuando esté muerto — ¡cuando ya no viva!—,  
bajo la tierra helada,  
¡voraz como el olvido!

¡Yo no quiero morir! Yo amo la vida  
tal como existe, tal como la veo:  
inaccesible, extraña, dolorida,  
brutal; hoy, ascensión; luego, caída:  
hecha a mitad de hastío y de deceo.

La ilusión que rió junto a mi cuna,  
junto a mi tumba ha de llorar; yo siento  
que, obra de esa ilusión, se irá mi aliento  
en un rayo de luna,  
en un soplo de viento...

Y nada más. Y mientras tanto, peno  
de una pena sin fin. Pasa a mi lado  
el raudal de la vida, ya sereno,  
ya desencadenado.

¡Pasa, mientras cautivo en la ribera,  
yo miro deslizarse la corriente  
en la actitud de aquél que cuando espera  
sabe que ha de esperar eternamente!

La vida fluye en mi redor. Borbota  
en el chorro temblante y cristalino;  
hecha perfume en el ambiente flote,  
y es, hecha luz y nota,  
tinte en la flor y música en el trino.

¡Yo la siento, la siento!  
¡Quisiera retenerla, hacerla mía,  
para que fuese claridad de día,  
eternidad de amor y de alegría  
para mi corazón siempre sediento!

No le temo a la vida, y sí a la muerte:  
la horrible muerte, que vendrá algún día,  
como el dolor, sombría,  
como el hastío, inerte.  
Sufro de envejecer, porque si he amado,  
puse en amar el corazón entero:  
¡llámalo tú pecado;  
yo lo llamo pasión...

Ya sé que muero;  
ya sé que me despidió  
melancólicamente;  
ya sé que viene prematuro olvido  
a aletear en torno de mi frente.

¡Pero, alma a flor de labio, te confieso  
que en el terror de la agonía, nada  
pondrá tanto esplendor en mi mirada,  
como el recuerdo del sabor de un beso  
sobre una boca ardiente y adorada!



MUJERES DE OTRA EPOCA.

# Olimpia de Gouges

Retrocedamos un siglo y medio, antes de la Revolución, cuando el romanticismo literario y el feminismo político en el limbo no habían alcanzado, ni con mucho, nuestras múltiples maneras de hablar y de conducirnos.

Henos aquí, en 1789, en un teatro, en el cual asistimos a la primera representación de un drama en prosa que se llama «La esclavitud de los negros».

El tema es completamente nuevo, porque entonces no había sido aún tratado en forma magistral por la novelista inglesa Becher-Stowe, en «La cabana del Tío Tom».

El autor de esta novísima pieza,—nos referimos a «La esclavitud de los negros»—es un a mujer, cuya vida aventurera, la facundia meridional y las escapadas han desencadenado la crónica escandalosa parisiense, bastante menos despojada de prejuicios de lo que piensan las honradas y prudentes personas de la burguesía. Esta se ampara muy voluntariamente y con una crueldad y una curiosidad muy particulares, en los hechos y gestos reales o inventados, de las actrices y las mujeres de letras.

El diálogo tiene del estilo grandioso y de la palabra trivial. La presuntuosa filosofía es nebulosa, obra de una Corina poco cultivada, pésima gramática, pero animada de intenciones generosas y largamente convertida a la libertad, a la igualdad y a la fraternidad, principios que se proponen unir en una felicidad universal, las razas y los pueblos.

Estas ideas son expuestas con fuego, pero estamos en Francia, en la patria de los Corneille, Racine y Voltaire, letrados que acordaron en cadencia sintética, los nobles sentimientos y los versos armoniosos.

«La esclavitud de los negros» desarrolla una tesis fraternal, con descabelladas escenas de gritos. Es la aurora de un arte dramático que triunfará con el romanticismo, cincuenta años más tarde.

Por el momento, esta presentación poco académica de sentimientos exasperados permanece incomprendida para un público que vive una página demasiado dolorosa de su historia, demasiado dolorosa, para interesarse en las desgracias de los negros de América, de África y de Australia. El ridículo surge de las situaciones y del diálogo; se ríe, cuando el autor quiere hacer llorar. Se llora, pero a fuerza de desternillarse.

Los actos son interminables, las situaciones embrolladas, sin ninguna luz al final. ¡Qué desastre para el autor y para sus intérpretes!

Sin embargo, la joven y hermosa Julia Candeille, una actriz de la clase de la admirable Simone, avanza hacia el proscenio para nombrar al inventor de ese galimatías.

—El autor de la pieza que acabamos de representar, es la ciudadana Olimpia de Gouges,—pronuncian los purpúreos labios de sabia dición.

Entonces, como un diablo mecánico que saliera de una caja embrollada, por un resorte, un busto salió del primer palco a la derecha de la escena. ¿Es Guignol o su cocinera? El personaje lleva un enorme sombrero de tartalana, fea y ridícula adaptación del gorro fricio a la moda. Los brazos de azitan, y una vez gruesa por la cólera grita agriamente, con todas las fuerzas de que es capaz:

—Olimpia de Gouges soy yo ciudadana. Si mi pieza os ha parecido mala, es que ha sido horriblemente representada.

Una inmensa carcajada de la muchedumbre respondió a esta sabrosa improvisación, inesperada conclusión de un drama que no volvió a ser jamás representado por los indignados actores.

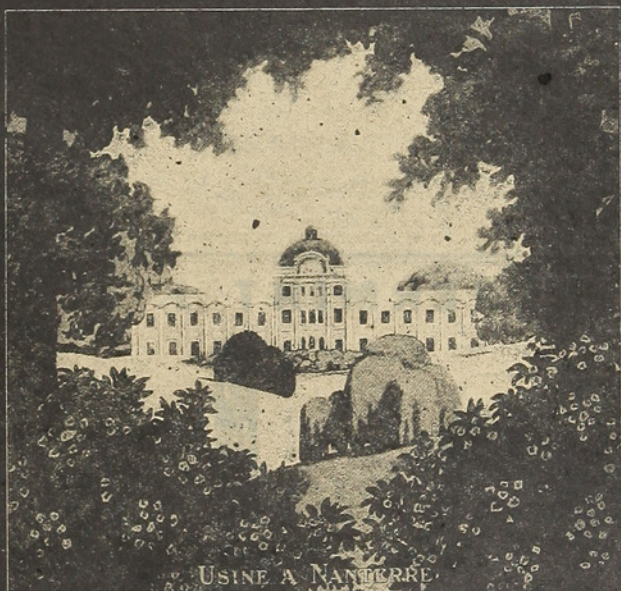
Pero la divertida escena en la sala, cara a los vaudevillistas y clowns, estaba creada.

El destino de Olimpia de Gouges fué el ser una innovadora en todos los puntos.

Nacida en Montauban, en 1748; hija de un carnicero, se casó contra su voluntad en 1764, con un cierto Aubry, cocinero, de sesenta años.

La muchacha, a quien llamaban «Babichón» era, a juicio de sus conciudadanos, un prodigio de gracia y de viveza.

La ambición golpeaba ese cerebro de quince años, y bien pronto, descontenta del estado de su padre, contó a todos una historia que la daba por padre a un académico notorio, Le



## PARFUMS FORVIL

LES 5 FLEURS.—LE CORAIL ROUGE.—LA PERLE NOIRE.

120, CHAMPS - ELYSEES - PARIS

Son los Perfumes de alta calidad, de aromas finos, incomparables, que más se usan hoy en el mundo entero por las personas de gusto refinado.

ESENCIAS, LOCIONES, COLONIAS, POLVOS, TALCO, CREMAS

Se venden en todas las buenas Perfumerías y Boticas del país

\*\*\*\*\*

Agencia en Chile: PARFUMS FORVIL. — Casilla 1798. — Santiago

Distribuidores: S. A. DROGUERIA FRANCESA.—Huérfaños, 840.—Santiago



# Fume Piccardo

TABACO  
SIEMPRE  
IGUAL

Franc de Pompiñan. En seguida, abandonó marido y familia y se vino a París con un bebé, que la muchacha ligera, buena madre sin embargo, no abandonó jamás.

Proteo femenino, cambió muchas veces de estado, de amo, de servidores y de opiniones.

Las excentricidades de esta amazona figuran a menudo en picantes relatos en «El año de damas nacionales», colección capzosa, a manera de los cuentos del viejo Brantome.

Los principios de Olimpia de Gouges como mujer de letras, se sitúan en 1778. Una de sus piezas, «L'hercule naufrage», fue admitida en la Comedia Francesa. Algunos años más tarde, «Moliere chez Ninón» fue rehusada.

El autor Fleury se manifestó particularmente hostil a esta mujer de letras, cuyo genio carecía de talento, y cuyas desgarradas maneras disgustaban a sus bellas amigas, las damas de San Amaran, titulares de un salón literario donde se debatían los méritos privados de sus concurrentes.

«¿Qué de orejas habría cortado!»—escribe Olimpia a un amigo respecto del rechazo de «Moliere en casa de Ninón».

La verdad es que Olimpia de Gouges apenas sabía escribir, y no lo ocultaba. Dictaba sus obras y se la podía ver, inflamada por la inspiración, crear en seis días una pieza de numerosos actos.

—La marca natural del genio está en todas mis producciones—solía decir con un orgullo inmenso.—Yo dicto con mi alma, jamás con mi espíritu.

Olimpia deja ver, con una admirable tranquilidad, su ignorancia, su aturdimiento, su buen corazón, su sensibilidad, sus dones de profeta. Ella quiere hacerse notar absolutamente, ya sea por sus méritos, ya por sus defectos.

Publica por su cuenta libelos y afiches que no carecían

algunos de valor. Maldiciendo a la vez la realza y la revolución, traduce bastante fielmente las incertidumbres de un pueblo perdido, temeroso y furioso, ni más ni menos que la manada que pierde a la vez pastor, perro y albergue.

Pero Olimpia fué la única que, en el momento de declararse los derechos del hombre, habló de los derechos de la mujer. Leopoldo Lacour, historiador, le atribuye la maternidad del feminismo contemporáneo.

Lanzó un affiche solicitando la investigación de la paternidad, el acceso de la mujer a los empleos y a los estudios.

Hela aquí en sus investidas a Robespierre, que propone el referéndum a las tres urnas: Monarquía, República, Federalismo.

Su panfleto termina en provocación:

«Soy yo, Maximiliano Robespierre, quien es el autor de esto, yo, Olimpia de Gouges».

Detenida el 20 de julio de 1793, fué ejecutada el 3 de noviembre, a pesar de su estado de embarazo que ella invocó, en vista de una liberación que le fué denegada.

Escribió una carta suprema a su hijo Pedro Aubry, a quien adoraba.

«Muero, hijo mío, mi querido hijo, muero inocente».

En el momento de morir, la desgraciada se acusó de su fatal deseo de renombre.

«He querido ser algo»—murmuró con acento arrependido.

Olimpia de Gouges fué alguien, al margen heroico de las grandes figuras de la Revolución.

Si hubiera nacido hombre, habría podido representar un papel útil y brillante en lugar de aparecer ridícula a los ojos de sus conciudadanos.

¡Qué de librados, en épocas convulsivas, dan la medida de un genio natural, muchas veces empleado y reconocido!

Hay que convenir en ello, para ser justos respecto de Olimpia de Gouges. A despecho de las laras adquiridas e innatas, esta ardiente patriota debe ser colocada en la élite, al menos por el corazón y la inteligencia. La activa falange de mujeres modernas, que todo lo han conquistado, excepto el derecho a votar, le debe una reparación.

## PIPPERMINT J. L.



JOSE LAPLACE

(TALCAHUANO.)

## Una Noticia para Uds.

En el mundo entero, los SALES KRUSCHEN (M. R.) están siendo cada día más aceptados por las mujeres que desean una figura atractiva, libre de gordura, de tal manera que llegarán a provocar la admiración de todos. He aquí la receta para hacer desaparecer la gordura y dar realce a los atractivos naturales en toda mujer.

Cada mañana, antes del desayuno, tome la cuarta parte de una cucharadita de las de té de los SALES KRUSCHEN en un vaso de agua caliente o en una taza de té. No deje de hacer esto TODAS LAS MAÑANAS, pues esta "pequeña dosis diaria es la que le quitará la gordura". No omita una sola mañana. Del hábito de tomar KRUSCHEN (M. R.) resulta que los desperdicios nocivos, ácidos y gases dañinos son expulsados del sistema. Al mismo tiempo, el estómago, hígado, riñones e intestinos son tonificados y la sangre pura y fresca — conteniendo las seis sales vivificantes de la naturaleza — es llevada a cada órgano, glándula, nervio y fibra del cuerpo; luego viene el "BIENESTAR DE KRUSCHEN", que trae salud, actividad y energía reflejadas en ojos brillantes, cutis claro, vivacidad feliz y una figura encantadora. De venta en todas las boticas.

Base: Sales de Sodio Potasio y Magnesio.

Representante en Chile:

H. V. PRENTICE

LABORATORIO LONDRES

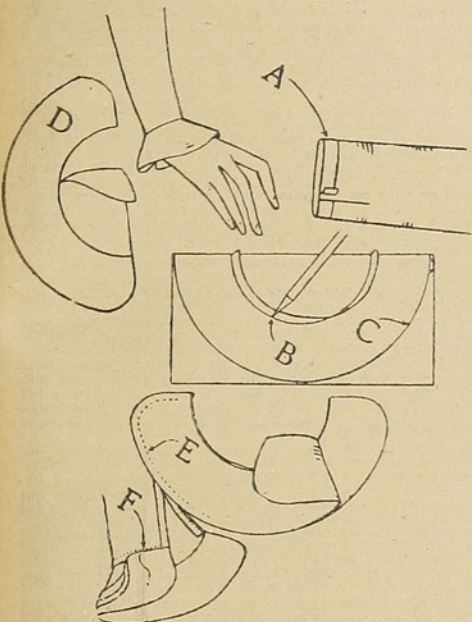
VALPARAISO



## Remate Semicircular Para Mangas Ajustadas

La estación impone la manga larga para los trajes de calle y continúa la boga de las ajustadas, conservando su originalidad en los puños o remates.

El que ofrecemos hoy a nuestras lectoras es muy fácil de confeccionar, además, la ventaja de que favorece mucho la mano.



Para cortar un patrón de este volante en forma se empieza por cortar una tira de papel fuerte, de unos 3 centímetros de ancho y lo bastante larga para dar la vuelta a la manga, como señala la A. Esta tira se colocará de canto y en forma de semicírculo sobre un pliego de papel, siguiendo su línea con un lápiz, cual demuestra la B. Hecho esto, se traza otro semicírculo a la distancia de 10 centímetros del primero (C), y se corta el papel por las dos líneas, según indica la D, redondeando ligeramente las puntas, como vemos en el dibujo.

Este volante en forma debe ser doble, y, colocado el patrón sobre la tela doble, se deja una pestaña de un centímetro de ancho por ambos lados para las costuras. Ya cortadas las dos hojas, se ponen una sobre otra, con el derecho hacia dentro, y se cosen a máquina tal y como enseña la E. Vuélvanse al derecho y, después de aplanchado el borde, no falta más que pegar el volante a la manga en la forma que nos enseña la F.

## SOBRE LA MUJER

Creo firmemente que si amásemos a una jorobada, no veríamos su joroba, aunque ésta fuese tan grande como una montaña. ¡Y se pregunta por qué el amor es ciego!

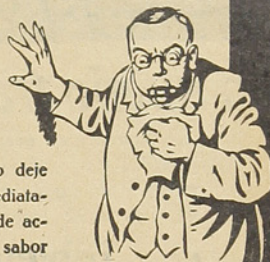
Una mujer desea todo, hasta lo que no mira. No existen mujeres distraídas.

Una campaña basta para transformar a una ingenua en un general experto.

Admiramos a la mujer fiel; pero existen mujeres modestas que no gustan ser admiradas.

## ¿Está Usted resfriado?

¿Se siente Usted atormentado por tos pertinaz, ronquera y molestias de las vías respiratorias? Si es así no deje Usted de tomar inmediatamente el preparado de acción infalible y sabor agradable



# CRESIVAL

(M.R. - Solución de sulfocresolato de calcio al 3%)

y verá Usted que el efecto bienhechor es casi instantáneo.



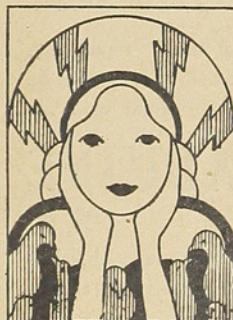
## Señora:

Cuide y hermosee su cutis científicamente. Para ello son indispensables tres requisitos fundamentales:

Limpia

Tonifica

Hermosea



AURENTIA

LOS PRODUCTOS

## "AURENTIA"

SON LOS UNICOS QUE CUMPLEN ESTAS CONDICIONES ESENCIALES

PROXIMA APERTURA DEL SALON DE VENTAS Y TRATAMIENTOS EN

MERCED, 729



# VIDA SOCIAL

## Fumadoras

A nadie se le ocurriría, en nuestros días, criticar a las mujeres que fuman. El derecho de intoxicarse y molestar muchas veces a los otros, ha dejado de ser el privilegio masculino y han pasado los tiempos en que una dama, no habría osado jamás encender un cigarrillo, no solamente en un sitio público, sino en su propio salón, aunque ella sólo tuviera un visitante o una visitante.

En estos tiempos de libertad femenina, las mujeres fuman en todas partes y a veces sin medida. No es mi intención ni nada lograría con ello, de disuadirles de esta costumbre, exponiéndoles las razones de higiene y de estética, que deberían moderar su gusto por el tabaco. Me limitaré a indicarle en que momentos pueden entregarse a él, libremente sin faltar a la educación.

Este gusto, por otra parte, no data de hoy día, si vamos a creerle a Saint-Simón. ¿No nos cuenta él, que Luis XIV, que detestaba el olor del tabaco, descubrió un día a las princesas de la sangre instaladas en el cuerpo de guardia de Versalles, fumando la detestada planta en las pipas de los oficiales? El rey Sol a la vista de las grandes damas que lanzaban en torno de ellas mal olientes nubes, manifestó una cólera violenta y reprendió a las delinquentes con la más terrible severidad. Saint-Simón no dice si ellas manifestaron mucho arrepentimiento, pero tampoco dice que ellas no volvieron a recomenzar.

Entre el hecho de fumar después de las comidas, por ejemplo, después que se toma el café, y el de encender un cigarrillo inmediatamente después que el que se tenía en los labios se ha extinguido, hay la misma diferencia que existe del gusto al vicio, porque esta manía es un vicio, porque es realmente un vicio el fumar sin cesar, vicio que engendra una necesidad, y provoca enfermedades si no se le satisface. No hablemos de aquellos y de aquellas para quienes el vicio del cigarro se ha vuelto tan indispensable como el pan y la sal, sino solamente de las personas que fuman sin exceso, y que por consecuencia pueden privarse de incomodar a sus relaciones. Ya hemos dicho que, después de comer y luego de servirse el café, es muy natural que una dama fume un cigarrillo o que un señor encienda un cigarro. La dueña de casa debe, por consecuencia ofrecer el uno y el otro a sus invitados, o hacerles pasar las cajas por la persona que atiende el servicio.

Cuando los convidados han cogido, sea el cigarrillo, sea el cigarro, las cajas deben permanecer abiertas a disposición de los que deseen fumar de nuevo. Pero, aunque la misma del tabaco da testimonio que el humo no es desagradable para vuestra hueste, es preciso, por una palabra o por un gesto, pedir permiso para encender el cigarro o cigarrillo. El tacto más elemental exige que, si se sabe que entre las personas allí reunidas, hay alguna a quien el olor del tabaco vuelve realmente enferma, se abstenga de fumar, mientras se está en la habitación de aquella a quien daña el tabaco, sin hacer la menor alusión a la pequeña privación que nos hemos impuesto. Por otra parte, si, porque no fumamos nosotros nos vamos a volver intolerantes al gusto de los otros, cometeríamos una grave descortesía suprimiendo el placer que ellos esperaban. Bajo ningún pretexto debe fumarse durante la comida. En Rusia se veía, hace todavía pocos años encender su cigarrillo a los fumadores entre cada plato, y yo me acuerdo del aspecto singular y un poco fúnebre que ofrecían los restaurantes a la hora del almuerzo, cuando en pleno día todas las mesas tenían una bujía encendida que servía para que los clientes encendieran allí sus cigarrillos y cigarrillos.

Nosotros no hemos alcanzado todavía ese grado de manía tabagística, pero ya estamos bastante cerca de ello para que pensemos en ponernos en guardia y defendernos. A las mujeres toca el impedir resueltamente la enojosa costumbre de mezclar el perfume venenoso de la nicotina al sabor de los alimentos, y pueden hacerlo, sin ser tratadas de remilgadas y escrupulosas, con solo no dar el ejemplo!

Siempre es mejor que una mujer evite el fumar en un sitio público, no por respeto humano que felizmente no es de nuestro siglo, sino por que el humo impregna sus cabellos y sus vestidos, arrebatándole una gran parte de su seducción. En cuanto a las muchachas, deben abstenerse, en cuanto les sea posible de una costumbre que es susceptible de crear mal entendidos en su futura vida conyugal, porque por el momento, el número de hombres que no fuman, es tan grande como el de mujeres que no tienen el gusto del tabaco. Si en una reunión, después de haber pedido el consentimiento, permiso, se saca el estuche de cigarrillos, es preciso ofrecerlo a las personas con quienes nos encontramos, comenzando por las damas. Un hombre bien educado, desde el punto en que ve a una mujer aprestarse para llevarse a los labios un cigarrillo, debe darle fuego, si no fuma, pero si él fuma le está prohibido por el buen gusto, ofrecerle su propio cigarrillo para que con él encienda el de ella, a menos que los fósforos falten totalmente, y en este caso, debe excusarse y tender su cigarrillo a la dama, que lo cogerá utilizándolo y devolviéndolo en seguida, lo más delicadamente posible.

MARGARITA MORENO.

## Un sueño tranquilo

es bienhechor para los nerviosos y para los que trabajan sin descanso, fortalece y da nueva vitalidad. Para conseguir un sueño tranquilo se emplean las

## Tabletas de Adalina

M.R.: a base de Bromodietilacetilurea

¡No tiene los efectos nocivos del Bromuro!



## SU NIÑO TIENE RAZON

rehusando tomar tan repugnante medicamento como lo es el aceite de higado de bacalao, cuando existe la

## PANGADUINE

M. R.

que bajo una forma agradabilísima encierra todos los principios activos de dicho aceite.

DOS FORMAS:

Elixir Granulado

de venta en todas las farmacias.



Sucedáneo del Aceite de Hígado de Bacalao. A base de: Extracto de Hígado de Bacalao; Glicerina; Jarabe de grosellas y vino de Opoteo.



# Medicina y Belleza.

## El Supremo Medicamento del Silencio.

El silencio es oro, dice un proverbio. Pero desde el punto de vista únicamente terapéutico donde yo me coloco, no sólo es de oro, sino de platino, de diamante!

Para un organismo fatigado por el surmenage o deprimido por una causa cualquiera, (convalecencia de enfermedad) por ejemplo, el silencio es el más activo de los tónicos y reconstituyentes, en el sentido que pone el cuerpo en estado de reparar sus fuerzas perdidas. La naturaleza es una gran farmacia y el hombre puede encontrar en ella casi todos los remedios. Ella ha puesto el silencio al alcance de todos, el silencio, es decir, la ausencia de ruidos ordinarios que nos rodean con su caos ensordecedor.

Si, el silencio es un medicamento. Es el complementario del reposo, el cual es ilusorio en medio del ruido. No os equivoquéis: cuando dormís en medio del estruendo de una ciudad vuestro sueño no tiene la calidad del sueño llevado a cabo en medio de una calma absoluta. Se vive mientras se duerme, y nosotros continuamos inconscientemente sintiendo todos los ruidos que golpean nuestros oídos. Sin duda, la costumbre en ese medio, hace que no percibamos sino parte de esos sonos, pero si escapan a nuestra conciencia, influyen en nuestras células nerviosas a manera de un traumatismo. I se trata justamente de hacer reposar durante nuestro sueño a estas células nerviosas.

La célula muscular no es tan susceptible. Se repara fácilmente en medio del ruido que le basta con la sola ausencia de acción.

En otro término, un intelectual, un trabajador cerebral, tiene necesidad de un sueño impregnado de silencio. Un Labrador puede dormir en cualquier parte. En cuanto a los deprimidos se encuentran en el caso del intelectual, porque son sus cé-

Los lujosos vapores que unen a Valparaíso con el resto del mundo son famosos por su excelente cocina.

En casi todos los transatlánticos se usa exclusivamente la Sal de Mesa Cerebos, lo mismo que se halla en el "home" de toda ama de casa inteligente del mundo entero.

La Sal de Mesa Cerebos nunca desmiente su merecida fama. Sólo hay una calidad—la mejor—para los comedores de este lujoso transatlántico—y para usted.

**SAL DE MESA**  
**Cerebos**

LECHE CONDENSADA  
"MIRAFLORES.."

**EL MEJOR PRODUCTO**  
AGENTE GENERAL/  
**GRAHAM, ROWE & Co.**

lulas nerviosas, tocadas, sea por la fatiga, sea por las toxinas, las que necesitan silencio.

El silencio, según mi humilde parecer, forma parte de la convalecencia de todas las enfermedades infecciosas, y muy particularmente de la gripe, enfermedad especialmente deprimente. He creído notar, por ejemplo, que las convalecencias de la gripe son mucho más largas en la ciudad que en el campo. ¿Por qué? A causa del silencio.

El campo, recinto encantado del silencio! Es su gran virtud.

El oxígeno? Pero si también le hay en la ciudad. I no es un decir mío Se ha analizado el aire de Montmartre, por ejemplo, y el de pleno campo. El oxígeno existía en ambos más o menos en igual proporción. ¿La alimentación? Es menos sana en las ciudades donde los alimentos se consiguen menos frescos. Sin embargo, los que quieren pagarlos, pueden obtener también en una ciudad, alimentos de frescura absoluta y de primera calidad.

Persisto pues en creer que la gran acción del campo sobre los organismos deprimidos, se debe al silencio. Qué de gentes que quieren rehacer su organismo, piden la salud a preparaciones misteriosas, encerradas en botellas de prometedoras etiquetas. Ya se trata de una píldora, de un líquido, de un polvo, la palabra "fortificante" impresa sobre la caja, las atrae, las himnotiza. I ya son las dos cucharadas de té o los dos cachetitos tomados cada día, antes o después de las comidas. Todos estos arsenicos, todas estas estricninas, se sabe por donde entran, pero no lo que se hacen dentro. ¿Cómo asimilamos esas sustancias? Mejor harían los dominados por la fatiga nerviosa, bebiendo silencio.

Pero el silencio se hace cada vez más raro. Es preciso hoy día buscarle en ciertos rincones perdidos, para dar con él. I todavía la gente se empeña en arrojárselo a todas partes conduciendo, donde sea, fonos y radios. Ante ese silencio de los campos, interrumpido por los aparatos musicales, me acuerdo de esas palabras de Capus.

En una soirée, una niña se pone al piano y comienza a cantar el célebre romance:

Le soir ramene le silence...  
—Entonces, ¿por qué canta ella?—dijo Capus.

DOCTOR FOVARY.



# La Aguja Cuento de Niños. Por Andersen

Había una vez una gruesa aguja de coser esteras, tan convencida de ser delgada y fina que casi se creía aguja de coser telas de hilo.

—¡Cuidado! ¡Ténganme bien! — dijo a los dedos que la tomaban. — Si me dejan caer será difícil encontrarme. Soy tan fina.

—¡Bah! ¡No importa! — dijeron los dedos, — y tomaron la aguja por la mitad del cuerpo.

—¿Ven? Ahora salgo con mi largo séquito — dijo la aguja de esteras. — Y salió, en efecto, seguida por una hebra muy larga. Pero el hilo no tenía ruido. Los dedos clavaron la aguja en una botella vieja que tenía la caña descosida. Necesitaba un par de puntadas.

—Es un trabajo demasiado grosero — murmuró la aguja. — No podré hacerlo.

Y luego exclamó:  
—¡Voy a romperme! ¡Voy a romperme!

Y se rompió, en efecto.  
—¿No lo dije? Soy demasiado fina... Demasiado fina...

—Ya no sirve para nada — dijeron los dedos; — pero debieron sostenerla un momento más para que la cocinera dejara caer una gota de lacre en un extremo roto y hiciera así un alfiler para prenderse el chal.

—Heme convertido en un alfiler de señora — dijo la aguja de esteras. — Estaba segura de que haría carrera. Cuando se tiene algo en sí, siempre se llega a algo.

Y sonrió discretamente, con aire de satisfacción. Lastima que nosotros no podamos ver la sonrisa de las agujas. Y se erguía muy orgullosa en su nuevo puesto, mirando altivamente, como si manejara una carruaje de cuatro corceles.

—Disculpe la pregunta: ¿usted es de oro? — dijo la aguja a un alfiler vecino. — Su aspecto es bastante satisfactorio. Se conoce que tiene cabeza, aunque no es muy grande. Sería bueno que se esforzara por crecer. No todos tienen la

suerte de que les caiga en la cabeza un trozo de lacre.

Y la aguja alzó la cabeza con tanta altanería que se desprendió de la pañoleta de la cocinera y cayó precisamente en el caño de la piletta.

—Heme partido para un largo viaje — se dijo. — ¡Con tal de que no me pierda!...

Su temor resultó confirmado: la aguja se perdió.

—En verdad soy demasiado fina para este mundo — pensaba mientras yacía en el fondo del abañal. — Pero, por lo menos, me conozco a mí misma, y esto es siempre un consuelo.

Así la aguja de estera conservó su orgullo y no perdió el buen humor. Pasaban, flotando sobre su cabeza, toda clase de objetos: harapos, pajitas, trozos de periódicos.

—Fíjense cómo navegan — decía la aguja. — No sospechan quién está debajo. Yo me quedé aquí muy tranquila. Allí va un trapito. Se diría que no ha encontrado en el mundo nada mejor que pensar en sí mismo. Ahora una pajita...

No hace más que dar vueltas sobre sí misma. Piensa en otra cosa, hijita. Cuando uno no tiene ojos sino para sí, corre el riesgo de ir a pegar en una piedra. Allí va un pedazo de periódico. Hace rástros que ha sido olvidado lo que tiene escrito, y sin embargo, ¡qué tono se da! En cuanto a mí, me quedo aquí tranquila y pacientemente. Sé quién soy y quedo como soy.

Un día se detuvo a su lado algo que brillaba. La aguja creyó que era un diamante, si bien no era más que un pedacito de vidrio de botella. Y como brillaba tanto, la aguja le dirigió la palabra dándose a conocer como alfiler de corbata.

—Supongo que es usted un diamante.

—Sí; algo parecido...

Y cada uno creyó que el otro era un objeto de gran valor; y comenzaron a hablar de las cosas del mundo con cierto desdén.

—Vivia en una caja perteneciente a una señora — refirió la aguja. — Esta señora era cocinera y tenía cinco dedos en cada mano: ¡jamás he visto gente más fatidiosa que esos dedos. No había más que ellos para sacarme de la caja y para ponerme en ella.

—¿Eran por lo menos, de buena familia? ¡Brillaban por alguna virtud? — preguntó el trocito de botella.

—¿Cómo no? — replicó la aguja. — Pero de una soberbia insufrible... Eran diez hermanos, todos de la familia de los dedos, y vivían muy unidos, aunque eran de diversa estatura. El mayor don Pulgar, individuo rechoncho, no tenía más que una articulación en el espinazo y no sabía, por consiguiente, hacer más que una reverencia; sin embargo, sostenía que él faltaba en el mango, el hombre no podía ir a la guerra. El segundo, don Lameplatos, hurgaba en todo, en lo agrio y en lo dulce, se permitía señalar el sol y la luna y pretendía que eran suyos los signos que el hombre deja al escribir. Don Largo, el tercero, miraba a los demás por encima del hombro. El cuarto, Fajadeoro, se pavoneaba porque llevaba un cinturón dorado, y el último, don Pebete, se pasaba el día sin hacer nada, lo que no impedía que se diera aires de importancia. ¡Oh, le aseguro que en esa familia no andaba escasa la vanidad! Por eso me fui.

—Y ahora estamos aquí y brillamos — dijo el trocito de vidrio.

En eso entró en el abañal tal cantidad de agua que arrastró al trozo de vidrio y a la aguja.

—Este pobre ya está otra vez en camino — pensó la aguja. — Yo, en cambio, aquí me quedé. Soy demasiado fina. Pero este es mi orgullo. Estoy por decir, al verme tan sutil, que nací de un rayo de sol. Y hasta me parece que los rayos de sol, mis hermanos, me están buscando aquí, debajo del agua. Si tuviera todavía el ojo que perdí al romperme, lloraría de emoción... Mejor dicho, no; no lo haría: llorar no es cosa propia de gente distinguida.

Un día dos chicleños se pusieron a revolver el fondo del abañal con la esperanza de hallar clavos viejos o alguna moneda.

—¡Oh! — exclamó de pronto uno de ellos que se había pinchado con el pedazo de aguja. Aquí tienes algo para ti.

—No soy «algo»; soy un caballero — dijo la aguja.

Pero no le hicieron caso. El pedazo de lacre se había desprendido y la aguja se consideraba más fina que antes.

—Mira: ahí viene flotando una cáscara de huevo — dijo uno de los chicleños.

Y clavó la aguja en el centro de la cáscara, y puso a ésta en el agua sucia que corría por la calle.

—Bien; bien — pensó la aguja. — Las paredes blancas hacen resaltar el vestido negro. Ahora se me verá más. Con tal de que no me dé mareo...

Pero no le dio mareo y la aguja se dijo:

—Contra el mareo, lo mejor es un estómago de acero y la conciencia de ser más que los otros. La gente distinguida es la más resistente...

—¡Crac! — hizo de pronto la cáscara de huevo, aplastada por la rueda de un carro.

—¡Oh, cielos! ¡qué catástrofe! — exclamó la aguja. — Ahora sí que me dará mareo. ¡Ay! ¡Voy a romperme!

Pero no se rompió, aunque la rueda le pasó por encima. Allí se quedó tendida y allí debe estar todavía.

## GYRALDOSE

M. R.

para la higiene íntima de la mujer



Antiséptico  
y Perfumado

La GYRALDOSE

se presenta en forma de polvo o de comprimidos. Es un producto antiséptico, no es tóxico ni cáustico, desinfectante y desodorante, a base de polvos, de ácido tímico, de triclosol y de alumbre sulfatado. Lo emplea mañana y tarde toda mujer recien de su higiene.

Establecimientos CHATELAIN  
Proveedores de los hospitales  
de París  
2 bis, Rue de Valenciennes  
Paris, y todas las farmacias

Agentes:  
ARDITI & CORRY  
643 Moneda  
SANTIAGO

Comunicación  
a la Academia de Medicina  
(14 de Octubre de 1913)

La GYRALDOSE da belleza y frescura

Base: Ácido Tímico y Polvos.



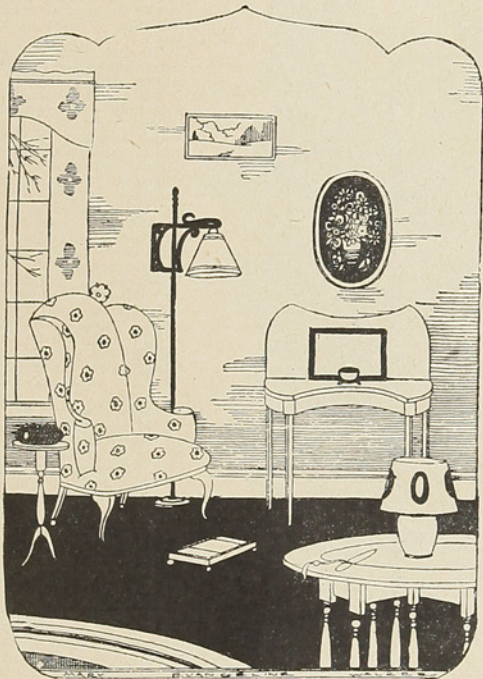
# IMPORTANCIA DE LOS COLORES EN LA DECORACION

El color ha llegado a tomar una boga tan predominante en la decoración de nuestros interiores, que muchas veces se emplean sin el discernimiento necesario acerca de la armonía de sus contrastes. Para un hábil decorador cada color tiene su significado especial en el decorado de una casa, y se combinan para obtener resultados específicos.

Los colores que por sí mismos son luminosos se emplean para imitar el reflejo del sol y están muy indicados para comunicar luz y alegría a los aposentos orientados al norte. Este es su pro-

la vista y cuya acción es pasiva sin estimular ni deprimir. Su propia insignificancia y falta de definición les permite armonizar con todos los tonos y mobiliarios. Si bien las tintas neutrales son de inmenso valor en el decorado de los interiores, debe evitarse el prodigarlas para no caer en un defecto de monotonía, cuyo resultado inmediato sería causar una reacción desagradable sobre la vista y los nervios.

**Una necesidad actual.** — Nunca como ahora ha sido tan imperiosa la necesidad de que una ama de casa conozca el



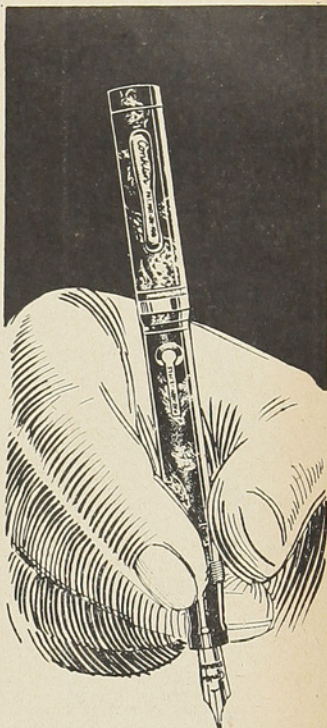
posito material. Pero esos mismos tonos pueden ejercer una saludable influencia en la persona que los habite, siendo causa de una favorable reacción, y en esto consiste su valor psicológico.

**Colores oscuros.** — Los colores oscuros son necesarios para atenuar los tonos vivos a fin de que éstos no lleguen a molestar la vista de las personas que hayan de vivir entre ellos y también para evitar el que una decoración resulte demasiado ostentosa. Los colores oscuros son esenciales en las habitaciones llenas de sol. Por un fenómeno de óptica parece que acercan las paredes, y, así, deben emplearse cuando se desee que un aposento disimule el ser demasiado grande para el objeto a que se le destina. Si el mobiliario es rico y dominan en él los matices vivos, un fondo oscuro en paredes y suelo será lo que más haga resaltar el valor del conjunto.

**Colores discretos.** — Se designa así a los colores neutrales, que nunca ofenden

acertado empleo de los colores si quiere dar un sello artístico a su hogar. Los violentos contrastes, llamados orgía de colores, deben ser empleados con grandes reservas y únicamente en el caso de que la estancia sea de vastas dimensiones y toda su decoración y mobiliario armonicen con dicho estilo. Desde luego, las paredes pintadas hoy día sólo pueden permitirse si toda la elegancia del aposento está en consonancia con este refinamiento o en habitaciones de un estilo especial.

**Indicaciones que se han de tener en cuenta.** — Antes de proceder al decorado de una habitación, el ama de casa debe estudiarla detenidamente y, sin perder de vista los muebles que han de ir en ella, decidir qué grado de tonos vivos puede soportar y qué cantidad de matices neutrales son necesarios para producir la deseada armonía, que esté tan distante de la tendencia caótica como de la insulsa monotonía.



## Suavidad en la Escritura

La pluma fuente “CONKLIN” le prestará útiles servicios durante toda su vida.

La “CONKLIN” “Endura” está fabricada con un material irrompible, denominado “Piroxilina”, que por su fuerte consistencia y liviandad, constituye la mejor garantía de duración.

El servicio gratuito de reparación, que sus fabricantes ofrecen por intermedio de sus agentes distribuidores, constituye el mejor SEGURO DE DURACION INDEFINIDA.

Unicos Distribuidores:

**UNIVERSO**  
SOCIEDAD IMPRINTERIA Y LITOGRAFIA

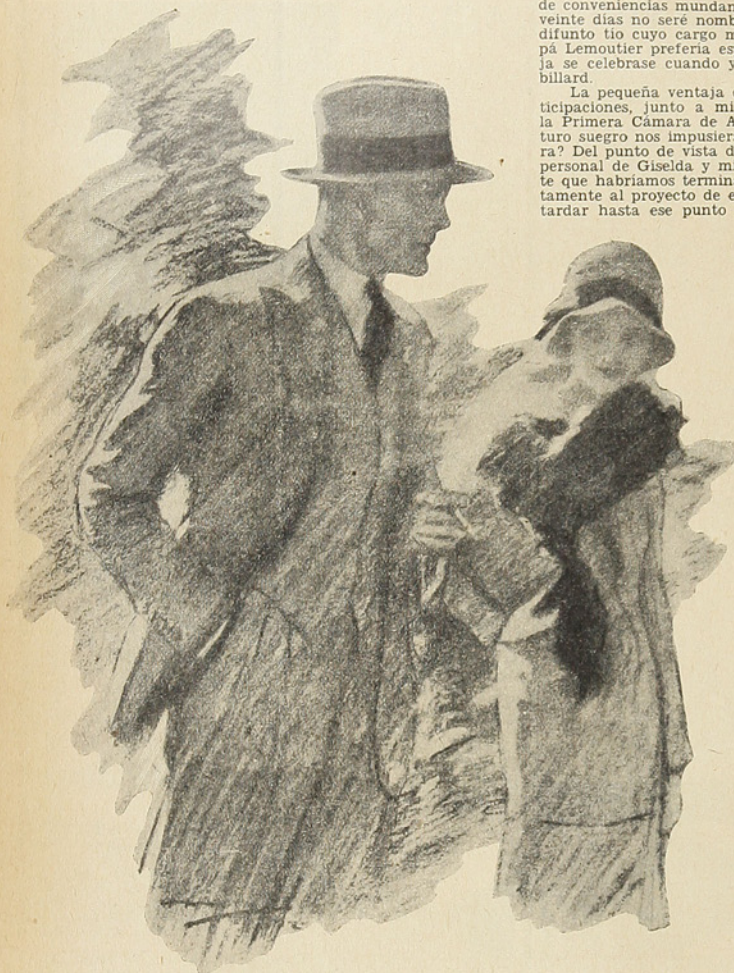
Casilla 102 V.

Valparaíso

**Conklin**  
**ENDURA**



# Ruptura de Relaciones



de conveniencias mundanas. En efecto: hasta dentro de unos veinte días no será nombrado camarista en reemplazo de mi difunto tío cuyo cargo me correspondía por escalafón. Y papá Lemoutier prefería esperar para que mi unión con su hija se celebrase cuando yo fuese ya el camarista doctor Robillard.

La pequeña ventaja de poder hacer imprimir en las participaciones, junto a mi nombre, la mención "Miembro de la Primera Cámara de Apelaciones", ¿justificaba que mi futuro suegro nos impusiera a Giselda y a mí semejante espera? Del punto de vista de la "galería", quizá; pero del punto personal de Giselda y mí, ciertamente que no. Y es evidente que habríamos terminado, ella y yo, por oponernos resueltamente al proyecto de este excelente papá Lemoutier de retardar hasta ese punto el momento en que podríamos, por fin, amarnos sin testigos, sí... sí... sí en un día reciente no hubiésemos contraído la costumbre — un poco censurable, desde luego, pero tan dulce — de vernos intermitentemente, a ocultas, distantes de todos.

¿De qué manera procedíamos? Debes figurártelo. Todas las mañanas, cuando Giselda preparaba con su madre el empleo del tiempo del día, ella proyectaba ir a pasar un momento, por la tarde, en casa de ésta o aquella amiga. Y por la tarde, en lugar de trasladarse efectivamente a casa de su amiga Berta o de su amiga Susana, iba a reunirse conmigo en un lugar que ambos habíamos determinado con antelación (varada de omnibus, estación de subterráneo, etc.), desde donde iniciábamos deliciosos paseos a pie, de bracet, a través de las callejuelas desiertas de un barrio excéntrico, o deliciosas excursiones al Bois, amorosamente estrechados el uno contra el otro dentro de un taxi.

Y, de esta manera, las cosas se desarrollaban de acuerdo con los deseos de todos, inclusive de papá Lemoutier.

Mas, he aquí que hoy...

(Me interrumpo, pues hago mal en querer precipitar así, subitamente, la cadencia de mi narración. Respetemos el arte de las preparaciones, administremos nuestros "efectos", ¡qué diablo!)

Hoy, pues, como los días precedentes, estaba citado con Giselda a las cinco de la tarde, en una estación del subterráneo, en la estación de la plaza del Teatro Francés. De allí partimos en taxi para el Bois, y lo recorrimos en todas direcciones por espacio de dos horas. Luego, a las siete, dejé a mi querida novicita en las proximidades de su casa; sí; a las siete y no más tarde, pues, como todo buen novio, ceno diariamente en

casas de mis futuros suegros y necesitaba pasar antes por mi apartamento...

Ahora bien, generalmente, cuando llego a casa de Giselda alrededor de las ocho de la noche, es a ella a quien encuentro en el salón, esperándome y preparada a recibirme con una sonrisa de complicidad. "¡Ah, qué tarde tan dichosa hemos pasado! ¡Chist! ¡Callémonos. ¡Podrían oírnos..." Pero hoy, por excepción, ha sido con papá Lemoutier con quien me he encontrado cara a cara, apenas introducido en el salón; con un papá Lemoutier muy diferente del que yo había conocido hasta entonces, con un papá Lemoutier de una frialdad desconcertante.

— ¡Ah, es usted, señor!... — se ha sonreído agratamente al verme entrar. — ¡Celebro ver! Le esperaba... ¡Tengo que hablarle!

— ¿Tiene usted que hablarme, mi querido papá suegro? — he interrogado, vagamente inquieto... — ¿Y... de qué se trata?

— ¿De qué se trata?... Papá Lemoutier se ha tornado más frío y distante, si ello era ya posible. Y ha proseguido en estos términos:

(Continúa en la página 62)

¡Ay, mi buen camarada! ¡En qué fastidio se ve envuelto tu pobre amigo mientras te escribe estas líneas!

¿Qué me sucede? Escucha: Tú sabes que yo estaba comprometido con Giselda Lemoutier, la hija del escribano doctor Lemoutier; tú sabes que debíamos casarnos dentro de tres semanas; tú sabes que nos adorábamos... Pues bien, desde hace exactamente dos horas, mi matrimonio ha quedado probablemente deshecho; en todo caso, mi noviazgo ha sido roto... y bien roto.

¿La causa de este cataclismo?... Es toda una historia, una historia estúpida como... una historia estúpida, pero de la que, ¡ay!, no

veo por el momento la forma le escabullirme lecorosamente...

Creo haberte dicho ya que nuestro enlace no había tenido lugar con anterioridad por razones

Exija  
películas  
de esta  
marca

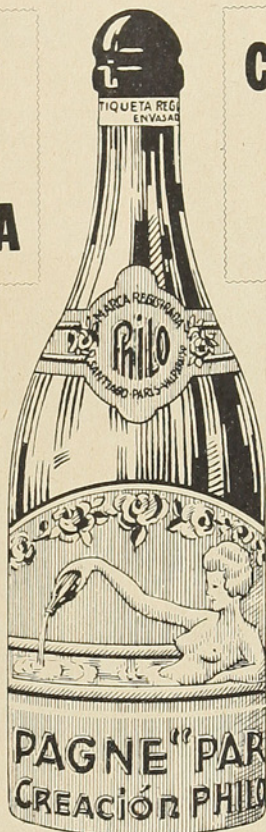


Son las  
mejores  
del  
mundo



**LA MEJOR  
AGUA  
DE COLONIA**

**CHAMPAGNE  
PARA  
EL BAÑO**



NOMBRE Y ETIQUETA REGISTRADOS

**CREACION "PHILO"**

SANTIAGO  
Huérfanos, 1020

**CASA PHILO**

VALPARAISO  
Condell, 213

Precio de la botella: \$ 12.00. La remite al interior, contra reembolso, la Droguería Francesa, Huérfanos, 840, y la Casa Philo.

DE VENTA EN TODAS PARTES



# El marqués D' EON, o el secreto del caballero o mujer

Hace algún tiempo, una de nuestras lectoras nos preguntó respecto de la verdadera e histórica personalidad del marqués d'Eon. Nosotros no teníamos noticia alguna de este personaje, y no pudimos complacerla. He aquí ahora lo que hemos sabido, gracias al interesante libro del señor Charmain, que ha venido a informarnos sobre el personaje de la película que vimos el año pasado y que tanto llamó nuestra atención. Cuando se lee, ya en las memorias de la época o ya en libros como en el del señor Charmain, que se han consagrado a este personaje, la extraordinaria vida de la "marquesa de Eon", se pregunta uno con admiración, cómo, en una época de policía, se pudo durante tanto tiempo mantener el engaño sobre el verdadero sexo de este antiguo capitán de dragones, que se hizo mujer por obra y gracia de la mayor parte de sus contemporáneos.

Tan manifiesto error parece increíble. Se acaba por dudar del buen sentido de Luis XVI y de Luis XV. Y, sin embargo, un hecho diverso muy reciente que ha tenido a Inglaterra por cuadro, no nos da cuenta de que una mujer, Mrs. Smith se transformó en "coronel Barker", llevaba uniforme, contraía deudas, llegó en su audacia hasta contraer matrimonio con una distinguida señorita?

Ahora si los ingleses, que han gozado siempre de un espíritu positivo, han sido mistificados en pleno siglo XX por una aventurera disfrazada de hombre, ¿qué tiene de sorprendente que los franceses — y los ingleses también, del siglo XVIII — hayan creído en la autenticidad de un aventurero disfrazado de mujer?

Entonces aquello fué un misterio. Hoy ya no lo es. Los documentos aquellos han sido puestos al día y aclarados todos los puntos oscuros de la peregrina historia. Después de otros muchos, la biografía que acaba de darnos el señor Charmain acaba de quitar definitivamente el velo a la verdad. La marquesa de Eon fué en realidad el marqués de Eon. Pero por razones de qué sorprendente azar, ¡por qué inimaginables circunstancias!

El verdadero nombre de este personaje era Carlos Genoveva, Luis, Augusto, Andrés, Timoteo d'Eon de Beaumont. (Advertir que una fantasía no premeditada de su familia había colocado entre sus nombres el de Genoveva, que es tan esencialmente femenino. Nació en Tonnerre en 1728. Su padre era director de los dominios del rey. Su infancia y su juventud transcurrieron como la de todos los muchachos. Después de sólidos estudios adquirió el título de doctor en Derecho y fué abogado del Parlamento de París. ¡Abogado! Segunda indicación del destino. Hubo de llevar faldas. Pero es de creer que esta falda negra sin atractivos no le gustó, porque no tardó en abandonarla, primero para hacerse agente secreto de Luis XV en Rusia y luego para entrar en la Armada. Y la futura marquesa, entonces capitán de dragones, se reveló en la

batalla de Cassel y en varios otros sitios, un soldado muy bravo.

Probablemente, d'Eon habría seguido la carrera de las armas, pero el destino lo dispuso de otra manera.

Luis XV se acordaba de los servicios prestados por su agente secreto en Rusia, y entonces lo envió a representar el mismo rol en Inglaterra. Y fueron los ingleses los primeros en feminizar al antiguo capitán a pesar suyo.

En Londres, d'Eon fué lo que debía ser, es decir que, joven, lleno de atractivos y amigo del placer, se hizo notable en los bailes, las comidas, las caza y las reuniones deportivas.

Pero la naturaleza había dado a nuestro hombre una apariencia frágil, delicados y finos rasgos. Ni una sombra de barba ensombrecía su mentón ni sus rosadas mejillas. Por otra parte, y contrariamente a lo que hubiera podido esperarse de un hombre tan gentil, no se le conocía ninguna aventura galante. Pronto circuló en Londres el rumor de que el agente enviado por Luis XV era una mujer disfrazada y todo el mundo o casi lo creyó. Las muchachas le escribían para saber la verdad y la leyenda crecía.

En seguida, es curioso constatarlo, d'Eon tomó la cosa a mal. Se enojó, protestó, distribuyó algunas bofetadas y declaró públicamente:

"Probaré a los ingleses, tanto como sea necesario, no solamente que soy un hombre, sino un capitán de dragones con las armas en la mano".

Nadie osó aceptar el desafío, pero la leyenda continuó extendiéndose no sólo en Londres sino también

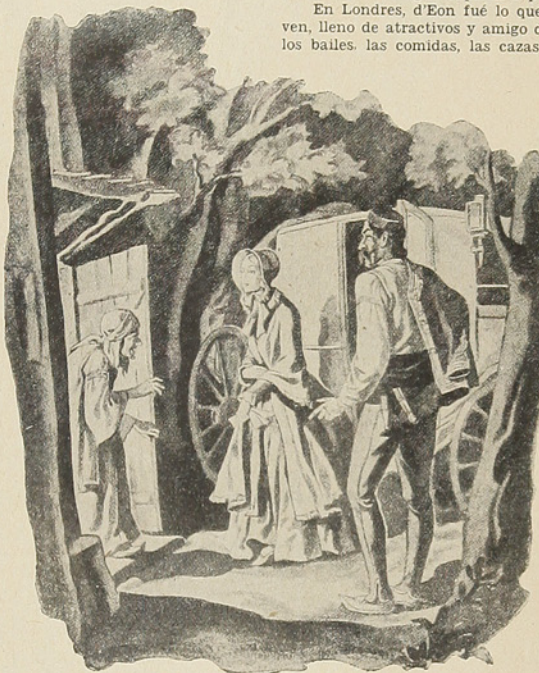
en Francia. Pero, sin duda d'Eon reflexionó. Pensó que esta nueva personalidad podía ser útil a sus designios. Dejó entonces cundir la voz y aún obró de suerte de acrecentar las dudas.

Finalmente se produjo este acontecimiento extraordinario: Beaumarchais, el padre de Figaro, había sido enviado a Londres por Luis XVI para tratar un asunto secreto y fué puesto en relaciones con d'Eon, que debía remitir al rey papeles de importancia. Se volvieron a encontrar. D'Eon le reveló "que era una mujer". Beaumarchais se convenció en el acto, y al dar cuenta de su misión a Luis XVI, escribió esta frase que ahora nos hace sonreír: "Cuando se piensa que esta perseguida criatura es de un sexo al cual se le perdona todo, el corazón se mueve a dulce piedad".

La mistificación no debía detenerse allí. Para cuidar de los papeles en cuestión, d'Eon había exigido una renta diaria de doce mil libras. Esta se le acordó, pero Beaumarchais puso una condición, a saber, que el marqués d'Eon no volvería a ser tal, sino que recobraría su verdadera personalidad y no volvería a llamarse sino la marquesa d'Eon.

"Exijo, escribía el autor de Figaro, que la farsa que ha ocultado hasta hoy la persona de una joven bajo la apariencia del marqués d'Eon, cese para siempre y sin procurar molestar a Carlos Genoveva Timoteo d'Eon con un cambio

(Continúa en la página 63)





# EL CUTIS

Casi se puede asegurar que un cutis áspero o manchado es señal infalible de alguna deficiencia en el estado general. Hoy día, que tantas cremas se venden y se emplean con prodigalidad, es punto menos que imposible el que exista una mujer de mediana cultura, cuyo cutis sea defectuoso por falta de limpieza. Pero no hay cremas, jabones ni agua que pongan diáfano y terso un cutis si la alimentación es falsa o el funcionamiento del cuerpo no es normal.

Si alguna de mis lectoras no está satisfecha con su cutis, pruebe el siguiente tratamiento durante unas semanas y es muy probable que el resultado sea satisfactorio. Al irse a la cama, untense el rostro con una crema que limpie, cuidando de que penetre bien en los poros. Después se moja un paño blanco y fino en agua y jabón caliente, eliminando toda la grasa. Si después de esto el cutis queda demasiado seco, aplíquese otro poco de crema, y si se notaran algunas arrugas, háganse desaparecer mediante un masaje facial.

La absoluta limpieza del cutis por la noche y los usuales cuidados durante el día es todo lo que necesita un cutis para mantenerse fino y terso por lo que respecta a medios exteriores. Si, a pesar de su empleo, el cutis no mejora y sigue áspero y con manchas, es indudable que la causa es interna. En ese caso es indispensable cambiar de régimen alimenticio, suprimiendo la mayor cantidad de grasas que sea posible, disminuyendo a la mitad el consumo de carne y aumentando considerablemente el de verduras cocidas o crudas y sobre todo la fruta. La carne, principalmente la de buey o cerdo, es difícil de digerir y sus fermentos producen acidez en el estómago y trastornos generales. Si después de unas cuantas semanas del cambio de alimentación no se halla mejoría, lo más prudente será consultar a un médico para que éste haga un detenido reconocimiento.

EDNA KENT FORBES

## LA R O N D A

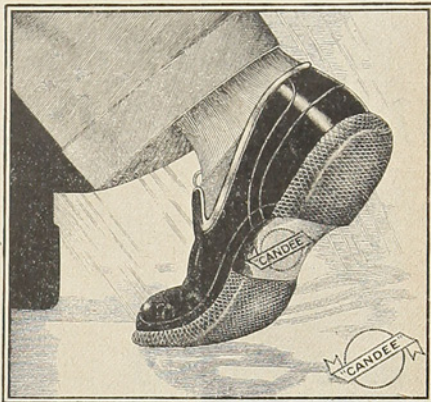
Si todas las mozas del mundo la mano se quisieran dar, en torno del mar un corro podrían formar.

Si todos los mozos del mundo se hicieran marinos podrían hacer con sus barcas un puente por encima del mar.

Y entonces en torno del mundo podríase un corro formar si toda la gente del mundo la mano se quisiera dar.

## EXIJA CANDEE

BOTAS Y ZAPATILLAS PARA LLUVIA Etc.



BUSQUE ESTA MARCA EN LA SUELA

PIDALAS EN TODAS

LAS ZAPATERIAS



# BOURJOIS

SOLICITE UD. DE SU PROVEEDOR TARJETAS PERFUMADAS.

Concesionario para Chile:

VALPARAISO

AUGUSTO MEYTRE

CALLE O'HIGGINS, 72, 74, 76.

LOS PERFUMES  
QUE ASEGURAN  
PERSONALIDAD



# Instituto de Belleza Ura. Elva de Tagle

«Mi tratamiento Bizzornini, que extrae radicalmente el vello, se compone de tres preparaciones: la primera extrae el vello de raíz y las dos siguientes son para que no vuelva más a salir. Su aplicación es de lo más fácil y no daña en absoluto el cutis. Pida prospecto gratis. Se envía todo pedido de provincias.» **-Dra. ELVA DE TAGLE - San Antonio 265, Casilla, 2165.**  
**NOTA.**—Mi tratamiento Bizzornini jamás se ha vendido bajo otro nombre; es de mi propiedad y está debidamente registrado con la marca de fábrica, bajo el N.º 11,978, desde el año 1914.

## MENU DEL DOMINGO

### ALMUERZO

Caldo de cabeza de cordero.  
 Budín de mondongo.  
 Tortilla improvisada.  
 Espumilla.

*Caldo de cabeza de cordero.*

Se le socan los sesos a una cabeza de cordero y se deja un rato en agua fría, se pone después a hervir en mucha agua.

## VIGILAD VUESTRO ESTOMAGO

Muy pocos pacientes dedican la atención necesaria a los primeros síntomas de un disturbio estomacal. Las más temibles afecciones estomacales tienen un origen benigno, empezando con ligeras molestias del tracto digestivo, tales como pesadeces, flatulencias y una vaga sensación de dolor después de las comidas; que después de cierto tiempo dan lugar a manifestaciones de orden crónico, algunas veces graves. Dedicad desde el período inicial la mayor atención a combatir tales disturbios estomacales, tomando al primer síntoma de dolor, media cucharadita de las de café de Magnesina Bisurada en un poco de agua caliente. La Magnesina Bisurada no solamente neutraliza el exceso de acidez, causa de la mayor parte de los disturbios mencionados del aparato digestivo, sino que además suaviza y protege los delicados epitelios de la cavidad gástrica. La Magnesina Bisurada (M. R.) se vende en todas las Farmacias.

Base: Magnesina y Bismuto.

añadiéndole sal, dos cebollas, dos clavos de olor, dos nabos, una zanahoria, perejil, un vaso de vino blanco y una taza de cebada perla; cuando la cabe-

y las zanahorias; se une bien todo y se le pone el arroz cocido y escurrido, sal, pimienta, pan rallado y dos huevos batidos. En una sartén se echa un poco de aceite, se le agregan dos dientes de ajo, y cuando están quemados se retiran y se hace la tortilla.

*Espumilla*

Se batien bien una docena de yemas de huevos con 500 gramos de azúcar; aparte se batien las claras a punto de nieve, se mezcla todo y se ponen a fuego, revolviéndolas hasta que se espesa.

### COMIDA

Macarones saltados.  
 Fritos de zanahoria.  
 Redondela de ternera.  
 Budín de nieve.

*Macarones saltados*

Se cuecen los macarones en leche o agua con sal, se cuecen y se colocan en una fuente; se les pone un pancito de manteca derretida y mucho queso parmesano rallado. Se les puede poner también salsa de tomate colada.

*Fritos de zanahoria*

Se cuecen las zanahorias con sal y se deshacen bien; se les pone tres huevos, leche, pan rallado, sal y azúcar; se forman croquetas y se frien en grasa bien caliente.

*Redondela de ternera*

Se dora en aceite una redondela de ternera. Aparte se hace una salsa poniendo a calentar aceite y grasa; se le agregan cebollas, tomates y pimientos, todo picado; se le pone caldo, sal, pimienta, un poco de vino y una cucharada de conserva de tomate; se le añade una cucharada de harina para espesar y una cucharadita de azúcar; se cubre la redondela con la salsa y se deja pasar a fuego lento.

*Budín de nieve*

Se batien seis claras con dos cucharadas de azúcar, se acarameña una budinera y se ponen a cocer al baño de María. Aparte se batien las seis yemas con seis cucharadas de azúcar y vainilla; y una vez que están a punto espeso se ponen a cocer al baño de María como si fueran papilla; cuando se espesa se retira. Se pone el budín en una complotera y el dulce de huevo alrededor.



za está blanda, se saca, se corta la carne en pedazos pequeños, se agrega el caldo y se sirve.

*Budín de mondongo.*

Se sancocha bien el mondongo y se le saca la tela de encima, se pica en la máquina y se mezcla con queso, pan rallado, huevos, pimienta, nuez moscada, sal y perejil; se une una budinera con manteca y pan rallado y se pone al horno a baño de María.

*Tortilla improvisada*

La carne que queda del puchero se pica bien, y lo mismo se hace con las papas

## CURA GÁSTRICA

Gelosa, Gelatina, Caolín purificado

ARDOR PESADEZ ACIDEZ CALAMBRES

# GASTRALOSE

M. R.  
 TABLETAS

*Dosis:*

DOS TABLETAS UNA MEDIA HORA ANTES DE CADA UNA DE LAS COMIDAS PRINCIPALES, POR LA MAÑANA AL LEVANTARSE, POR LA NOCHE ANTES DE ACOSTARSE, EN CASO DE NECESIDAD EN EL MOMENTO DE LAS CRISIS DOLOROSAS.

La GASTRALOSE tórnase al natural o disuelta en un poco de agua

LABORATORIOS LICARDY, 38, B<sup>d</sup> Bourdon - NEUILLY - PARIS



# El jardín de los poetas

## CORAZON DOLORIDO DE SUEÑOS

Con la hoz lunar sobre los hombros,  
Se va la noche por la pradera celeste de la madrugada.  
En la rama musgosa del tiempo  
Un nuevo día abre su flor de plata.

La bruja Silt hace bailar los siete colores  
sobre el globo azul de la brisa recién llegada.

Corazón dolido de sueños nocturnos,  
Hazte a la mar con el sol marino,  
Toma estas tres margaritas de oro  
para ir deshojándolas en el viento.

Toma esta caracola de nácar  
Para jugar a las escondidas con los ecos.

Cuando tires la red en el agua espejante,  
Arroja tu fiebre como pasto de los peces de la mañana.  
Corazón dolido de sueños, desnudos,  
Alíjate en la luz y vístete con la inocencia del alba.

## ¿COMO CAMBIAN LOS TIEMPOS!

¿Como cambian los tiempos! ¿No recuerdas? Un día,  
bajo el embrujamiento divino de tus ojos,  
negros como mis penas, provoqué tus enojos  
con decirte que al cabo tu rigor vencería.

¿Con qué extraña y sañuda, tenaz antipatía,  
pagaste desde entonces mis cálidos antojos!  
Para mí no tuvieron nunca tus labios rojos  
sino desgarradoras sonrisas de ironía.

Pero por sobre todo triunfó mi crudo empeño.  
De noble y fiel esclavo me convertí en el dueño  
de todos tus afectos, en tu único señor.

Y hoy, al ver lo mimosa que te muestras conmigo,  
pienso en aquellos tiempos pasados y me digo:  
"¿Cuán corta es la distancia que hay del odio al amor!"

JOSE GUILLERMO BATALLA

## BALADAS DEL HOSPITAL

Ecos de alma lejána,  
como un canto mortuorio,  
flotan dentro la ufana  
virtud del oratorio;  
presurosa la Hermana  
penetra al consultorio:

su faz de porcelana  
en cesto de ofertorio  
le sonríe a la mañana;  
y una mosca revuela en la ventana  
cual violín ilusorio.

El Cristo en ansia vana  
por abrazar se afana  
clavado en la pared...

—Hermana, buena Hermana,  
acérqueme la taza de tisana  
que me muero de sed.

La hora se engalana  
al calor enervante,  
con el sopor que emana  
el trozo de diamante  
que corta la ventana;  
la mosca su pavana  
ya no balla tremante;

lee un breviario la Hermana,  
y en la pieza olorosa a valeriana  
dormita el practicante.

El Cristo en ansia vana  
por abrazar se afana  
clavado en la pared...

—Hermana, buena hermana,  
retírame la taza de tisana  
que ya no tengo sed.

De la sala cercana  
surge un hábito yerto:  
ya no tose la anciana  
que mantuvo despierto  
mi sueño en la mañana.  
la mosca en vuelo incierto  
se va de la ventana  
por un vidrio entreabierto:  
y una voz extrahumana  
en la brumosa obscuridad arcana  
como que anuncia un muerto...

El Cristo en ansia vana  
por abrazar se afana  
clavado en la pared.

—Hermanita, mi Hermana,  
dámela otra vez la taza de tisana  
que estoy muerto de sed.

Jorge Mateu.

## L A P A L M E R A

Al llegar la hora esperada  
En que de amarla me fuera  
Que dejen una palmera  
Sobre mi tumba plantada.

Asi, cuando todo calle,  
En el olvido disuelto,  
Recordará el tronco esbelto  
La elegancia de su tallo.

En la copa, que su alteza  
Doble con melancolía,  
Se abatirá la sombra  
Dulzura de su cabeza.

Entregará con ternura  
La flor, al viento sonoro,  
El mismo reguero de oro  
Que dejaba su hermosura.  
Y sobre el páramo yerto,

Parecerá que su aroma  
La planta florida toma  
Para aliviar al desierto.

Y que con el deleite blando  
Hasta el nómada versátil  
Va en la dulzura del dátil  
Sus dedos de ámbar besando.

Como un suspiro al pasar...  
Palpitando entre las hojas  
Murmurará mis congojas  
La brisa crepuscular.

Y mi recuerdo ha de ser.  
En su angustia sin reposo,  
El pájaro misterioso  
Que vuelve al anochecer.

LEOPOLDO LUGONES

## E L E X T A S I S

Cose, en silencio, bajo la lámpara,  
una gorrita rosa.  
Jamás se vio tan linda y dulce cosa.

Vibra, de pronto, en la amplia túnica  
con extraña sonrisa  
La labor de su mano se desliza.

Aguarda así, atenta y pálida,  
trémulo el pecho:  
¿a qué luz se volvió su alma en acecho?

Nunca ege agudo espasmo de éxtasis  
dió a su rostro color  
al ceñirla los brazos del amor.

Nunca tan bella río entre lágrimas  
en la hora de pasión  
unidos corazón y corazón.

Así la bruna hija de Nazareth  
vió la sagrada luz,  
las dos manos, humilde, uniéndose en cruz.

Así escuchó la voz nueva y aterrífica  
que dice a la dormida  
ternura maternal: "Héme aquí,  
¡oh Vida!"

(De Ada Negri)

## A F I N A M E N T O

El alma, que me crece cada día,  
Va quemando mi carne adelgazada  
Y es sólo un haz de luz la carne mía  
Un velo transparente a la mirada.

Ya se me puede ver, dentro del pecho,  
Desmesurado, el corazón sangrante  
Y oír rodar el río palpitante  
De mi sangre a tumultos en su lecho.

Como una planta hacia la altura crezco,  
Si respira otra vida yo padezco  
Y zumba en mi pasión toda pasión.

Música dulce fluyen mis entrañas,  
Y si el viento me roza las pestañas  
Ya muere carne de mi corazón.

Alfonsina Storni



# EL RETO

Al entrar en su villa, Héctor de Combezón encontró en el jardín a su mujer, que salía.

—¿A dónde vas, querida?—le preguntó.

—A casa de tu abogado.

—¿Para qué?

—Porque tu conducta me desagrada. Tengo dudas acerca del amor que me tienes.

—Pero, querida, demasiado sabes que te quiero y que desde que nos casamos todas las aventuras amorosas de mi juventud pasaron a la historia.

—Pues eso es lo malo en tí. De tus éxitos femeninos de otros tiempos te ha quedado un aire de conquistador que resulta impertinente y molesto. Hablas a mis amigas en un tono que parece decir: "Ya puedes agradecer que yo no sea libre; porque si no caerías en mis brazos sin ofrecer la menor resistencia". Ayer tarde, sin ir más lejos, estábamos en el parque con los señores de Varenne. Laura es amiga de la infancia. Es una mujer seria, en la que tengo gran confianza. Está casada hace seis meses. Pues cuando la hablabas y la mirabas parecía que te dirigías a una mujer frívola de la que fuera facilísimo triunfar. ¿Crees que Laura es mujer capaz de escuchar una declaración de amor?

—No lo sé, hija; no he probado todavía.

"Todavía". Esa palabra es ya una confesión. Pues bien, inténtalo; te lo permito.

—Estás de broma.

—Nunca bromeo con las cosas del corazón. Te repito que intentes hacer el amor a Laura.

—¿Y si me niego?

—No volveré a dirigirte la palabra.

—Es decir, que insistes en que haga la corte a Laura, tu amiga?

—Sí. Quiero que veas humillada tu vanidad de Don Juan y aprendas que todavía hay mujeres honradas en París, y que Laura es una de ellas.

—Entonces, si tú lo deseas...

—¿Quieres darme una lección?

—Sí.

—¿Y si fueras tú quien la recibieses? Si conquistase a Laura, ¿me guardarías rencor?

—No. Este triunfo implicaría de tu parte una reputación tal de irresistible que no tendría más remedio que inclinarme y admirarme como el hombre a quien no pudo resistir la mujer más virtuosa. Serías un Don Juan moderno.

—Entonces, ¿convenido?

—Convenido.

Al día siguiente Héctor no fué a almorzar a su casa; al otro, no fué a cenar; al siguiente, no fué a dormir.

Al regresar por la mañana le preguntó:

—¿Cree que te había ocurrido algo.

—He pasado la noche en el

Círculo.

—¿Y Laura?

—Me parece invencible, y renuncio a la aventura.

—¿Vencido?— preguntó desdenosa.

—Y convencido de la honradez de Laura.

Por la noche, al arreglar el traje de su marido, cayó de un bolsillo una carta perfumada. La abrió y leyó.

"Querido Héctor: Cada hora que pasa me arrepiento más de haber correspondido a tu amor; pero no me pesa porque eres irresistible.—Laura"

Llena de ira fué a buscar a su marido.

—¡Caballero, voy a casa de mi abogado!

—¿Para qué?

—Porque quiero divorciarme. Acabo de saber que ha tenido usted relaciones con mi amiga Laura. No lo niegue. Esta carta suya me ha enterado de todo.

—¿Pero no fuiste tú quien me lanzó a ello?

—Yo nunca creí que te atreverías a engañarme con mi mejor amiga. Adiós; no nos volveremos a ver.

—Aguarda. Te voy a confesar la verdad. Yo nunca he tenido relaciones con Laura.

—¿Y esta carta?

—Es mía. Fíjate en la letra: la mía. Huele a tu perfume; el tuyo.

Entonces, ¿a qué esta superchería?

—Para pasar a tus ojos por un hombre irresistible a quien ninguna mujer sabe negar su cariño.

—Eres un intrigante—dijo ella sonriendo y descargando su corazón de un gran peso.

—Lo hecho merece disculpa por el gran amor que te tengo.

—¿Es verdad?

—Demasiado lo sabes.

Entonces dame un abrazo y recuerda siempre que nunca hay que retar al diablo.

—Ni a la mujer,—dijo él riendo.

GUY PERON.



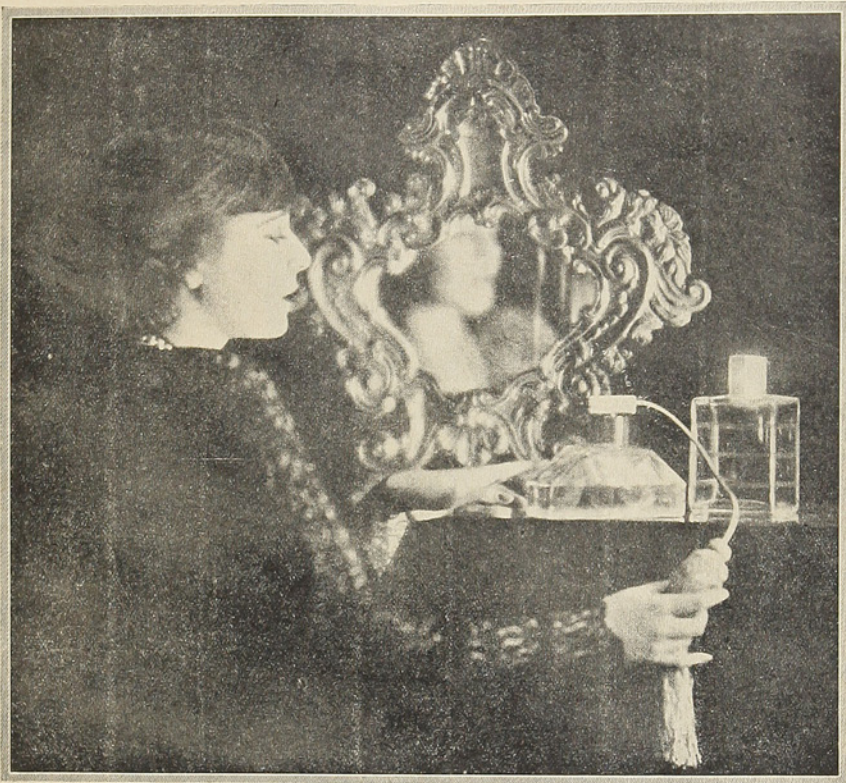
Amalia  
y las Bellas Portenas

de la época de la tiranía gozaban de un prestigio sin igual entre sus demás hermanas de la América del Sud. Este prestigio les provenía, en gran parte, de la singular belleza de su cutis, belleza que lograban conservar aún en medio de las más tristes vicisitudes de esos agitados días de tiranía y de guerra civil.

Y aún en nuestra época, agitada como ninguna por la intensidad de la vida moderna, consiguen las hermosas mujeres Porteñas conservar la nítida belleza de su tez, pues, gracias a la maravillosa acción de la cera mercolizada, el cutis se renueva constantemente, ofreciendo el más delicioso aspecto de tersura, suavidad y limpidez.



# La Tragedia de los 30 Años



Has tenido esta mañana una sorpresa desagradable y todavía no lograste tranquilizarte por completo. Más todavía: tienes la impresión de que no podrás recobrarla nunca jamás. Nada volverá a ser como antes, porque... ¡tienes treinta años!

No lo hubieras pensado de esta manera hace un año. Pero era que entonces todavía estabas en los veinte y... todavía podías tener la pretensión de llamarte una «chica moderna», y defender a la moderna juventud, ya que estabas en sus filas. Pero ¿ahora?

Es esa la edad en que se comienza a recapacitar. ¿Qué has hecho de tu vida? Mirando hacia atrás da la impresión de que, prácticamente, no has hecho absolutamente nada. ¿Trabajo? Sí, desde luego; has trabajado duro y parejo. Pero no has llegado a ser famosa. Eres, ni más ni menos, una de las que integran el millón de muchachas que se ganan la vida. Y si has logrado avanzar hasta un puesto en que, a fin de mes, te recompensaban con un sobre bien provisto, eso no ha sido suficiente como para apagar tus ansias de aventura... de romance. Es verdad que ahora te puedes dar el gusto de vestir muy bien, mucho mejor que antes; pero los vestidos no son en esta vida. ¡Si era mucho más entretenido cortar los propios vestidos tirados sobre el piso del dormitorio cuando tenías diez y ocho años!

Hoy día puedes costearle paseos más largos y más caros. Por fin podrás sacar pasaje en un vapor, cosa que, en un tiempo, constituía tu sueño dorado. Pero hace una semana que regresaste de París y confíasas que te aburrirte soberanamente.

Has perdido el entusiasmo de la juventud. Miras todo con ojos fríos, aunque claros. Las ilusiones, los sueños, las esperanzas han desaparecido. Los castillos en el aire se han derrumbado y yacen en ruinas. ¡El sentido cri-

tico ha pasado a ocupar el lugar de la irresponsabilidad! Algunas veces sientes impulsos de volver a obrar como una chiquilla, pero eso no sería bien visto en una mujer de treinta años.

Aquellas cosas antes tenían el poder de entusiasmarte... los bailes; un traje de fiesta; una obra de teatro; una creación encantadora; una linda película cinematográfica... ¿por qué ahora no tienen el mismo poder de antes? ¿Por qué no te entusiasman?

Todo parece ser anticuado.

Deseas que suceda algo que tenga poder suficiente como para excitarte, pero si sucediera, probablemente no te sentirías interesada. ¿Qué es lo que te pasa? Justamente esto: estás empezando a sentirte vieja.

Treinta años: he aquí dos palabras horribles, pero con sólo comparárlas con estas otras: setenta años, parec que adquieren todo el encanto de una nueva y brillante juventud. Sólo que si una consigue olvidar de que es una misma, los amigos se encargarán de recordárselo. ¿Es que ya no los has oído algunas veces?

—Pero desde luego, no podemos hacer eso a nuestra edad...

—Ahora que vamos para viejas no podemos esperar que causemos mucha impresión...

Y todos por el estilo.

Y es por eso que sientes, al fin del día, ese sentimiento de extremo cansancio, de estúpido cansancio. Una quisiera sentarse en un cómodo sillón y estirar las piernas cerca de la chimenea en vez de tener que vestirse para ir al baile del club. No es que tengas ganas de irte a dormir temprano ni que estés realmente cansada. ¿Será entonces que, realmente, te estás haciendo vieja?

Y no solamente se trata de síntomas que pudiéramos llamar

(Continúa en la pág. 55).



# Josefina Baker abre el Abanico de su Sonrisa y dice...



PARIS, RAYO DE LUNA.—

—No; no quiero hablar de mi niñez precaria. Aquella chiquilla del Misisipi está muy lejos de la Josefina Baker de hoy.

La célebre mulata que lanzó por los ámbitos del mundo el estruendo de su charleston descoyuntando, está aquí ante mí, en su camerino, adornado con sencilla elegancia, sin ese derroche de damascos, muebles frágiles y guesas alfombras que ostentan los *music-halls* parisinos. Josefina Baker ajusta sobre su cintura flexible de bayadera el característico ramo de plátanos, y cuelga de su cuello los largos collares de cuentas policromas. En uno de sus concisos gestos hace un guiño pícaro a la otra Baker, que le contempla remediándole desde el fondo del espejo.

La danzarina del Folies Bergère sugiere de cerca igual que entre los reflectores de la escena. Su cuerpo es delgado y ondulado, de un color canela, armónico y suave de líneas. Su boca, grande, de dientes blanquíssimos y recios como los de un

lobozno. El pelo, negrísimo, con fuertes reflejos azules, charolado, pegado al cráneo. Sus ojos, claros, en los que el *rimmel* pone sombras profundas, me miran de hito en hito interrogantes. — La Baker de hoy empezó en el *music-hall* de Broadway, en la revista negra *Shuffle along*, la primera de este género que se representó en el mundo. Fué para mí un éxito sensacional. Después, París, Charleston, triunfo definitivo y popularidad estruendosa.

La chiquilla de San Luis es célebre; su nombre recorre el mundo, y en los periódicos de todas las lenguas asoma su rostro negro, abriendo el abanico blanco de su sonrisa. De lo otro: noches angustiosas, días de hambre, no queda nada; se deshizo en el pasado.

Mientras coloca en sus tobillos unos gruesos aretes dorados que tienen al chocarse un sonido de cascabel roto, dice:

—Yo quise triunfar, y triunfé. Influjo en mí un cuento fantástico que lei de niña; uno de esos cuentos que hacen nuestras delicias infantiles. En lo alto de una montaña inaccesible, que con su cresta casi tocaba el cielo, un rayo de luna estaba prisionero en las viejas ramas de un árbol centenario.

Aquel rayo como de plata tenía una virtud: el que lo hiciera suyo vería cumplidos todos cuantos deseos soñara. Cierto día, un joven a quien ni arrebaban peligros, decidí poseerlo, a pesar de que cuantos hasta entonces lo intentaron hubieran perecido. Y una voz misteriosa, que sin duda pertenecía a un hada, lo animó, diciendo: «Escalala la montaña, no desmayes. Muchos pretenderán impedirlo; otras insultos, amenazas, gritos. Hazte sordo a todo y ve hacia lo soñado».

El joven, entonces, cubrió sus ojos con un tupido tafetán, llenó sus oídos de algodón, y guiado únicamente por su ilusión, sintió al fin en sus manos la caricia del rayo de luna deseado.

Así hice yo. Fui sorda a los insultos que me azotaban como látigos, me escurri de las intrigas que pretendían aprisionarme, y el rayo de luna, la *Ville Lumière*, tan soñada como esperada, fué mía, y con ella, el mundo.

Hace una pausa para pasar la barra por sus labios, que deja en ellos un rojo sangriento, y sigue: — Así logré todas mis ambiciones. Aquella muchacha que peregrinaba por el Brondway neoyorquino impuso el charleston desenfrenado, la estrambótica danza de los negros, y vió cómo altos y bajos, ricos y plebeyos, se trenzaban en sus contorsiones de locura. ¡Oh, charleston, saxofónico del Folies Bergère!

## JOSEFINA, SU SIMPATIA Y LOS PIMIENTOS DE RIOJA.—

Al regresar de Hamburgo D. Gregorio Roncero, de contrastar a Josefina en un gesto de empresario liberal y entusiasta, después de haberla visto bailar su sdnanzas descoyuntadas en el Hansa-Theater, me dijo entusiasmado: — Ya verás cómo baila la Baker; es algo nunca visto y de una simpatía atrayente, sugestiva.

Josefina Baker traía de sus andanzas por los continentes una leyenda de mujer vampiro, de demonio amoral, de fuerte perfume sensual que asustaba a las gentes. Teniendo delante a Josefina, contemplando su risa y sus ademanes, más que

la "vampiro" que pregonó su celebridad, veía yo en ella un cierto aire de ingenua muchacha sencilla y revoltosa a quien no cego su popularidad ni endiosaron sus triunfos. Josefina une a su arte de diablo de color, de dueña del baile desarticulado de ritmos extravagantes, una simpatía franca, que le hace hablar a todo el mundo como si fuera un amigo antiguo. Siempre está pronta a sonreír; y rie con los ojos y con la boca. Todo y todos cuantos la rodean han de estar a su tono.

En el teatro juguetea con los «botones», hace bromas a los tramoyistas, juega al escondite con los hijos del empresario y pone en el juego más entusiasmo que los pequeños. La enloquecen los niños.

— ¡Oh, niño *folle*! — exclama ante cualquier cabecita rubia. Y rie, hace fiestas y posturas raras hasta que contagia al chico en su alegría estruendosa.

— Es mi ilusión — dice — tener un *enfant*... ¿cómo se dice?... ¡travieso!... eso es: ¡travieso!

Al entrar la noche de su debut en el escenario del teatro Gran Metropolitano — ese suntuoso local, muy a lo americano, que los hermanos Roncero han alzado en la amplia avenida del Ensanche — no pude sospechar encontrarme a la «estrella» negra componiendo un cuadro de tan viva simpatía, y tomando parte (presidiéndolo vestida con el traje de escena y su abrigo de *pet-gris* sobre los hombros) en un festín popular.

Sirviéndola de mesa un cajón de decorado — viajero insensible de infinitas rutas — de madera sucia y astillada, rodeada del jefe de tramoya y sus carpinteros, en contraste los trajes y «monos» azules con el atavío exótico de la bailarina, ésta, en unión de los obreros, arremete valientemente contra unos *bistefs* traídos de un restaurante próximo, remojándolos con largos tragos de rubia cerveza coronada de espuma. La Baker come y rie — rie mas que come, — y al ponerla sobre la mesa (¿?) un colmado plato de pimientos de Rioja, bate palmas entusiasmada.

— ¡Oh, qué rico! — y arrastra la erre al pronunciarla.

Con su tenedor va ofreciendo a los comensales.

— ¡Voula!

Al ver que yo rehuso con un gesto, coge presurosa un cestillo que a su alcance tiene lleno de amarillos plátanos — «serán los que se coloca en la cintura para la *Danza sauvage*? — y me los ofrece sonriente. Mientras despacio tomo uno y le quito a tirones su envoltura, le pregunto:

— Mademoiselle Baker, ¿tenía usted deseos de actuar en Madrid?

— Muchos, muchísimos. Ansiaba visitar este país tan sugestivo, tan lleno de leyenda. Ya he dicho muchas veces que mi padre era español, de Barcelona.

Después de un momento de pausa, que aprovecha para engullir otro pimiento, sigue:

— Yo no quería haber llegado con nieve. Nieve al salir de París, nieve a llegar a Madrid. Me hubiera gustado sol, mucho sol; este de España tan proclamado. Me gustaría ver Sevilla, Granada, Barcelona. ¡Ah, y también una corrida de toros! ¡Fiesta gallarda!

Muestra deseos de saber cómo es una corrida, y yo, que de taurófilo no tengo nada, he de echar mano de mis cortos conocimientos en el arte de Cúchares y explicarle como Dios me da a entender la lidia de un toro, para satisfacer su curiosidad. Al preguntarme el sueldo que ganan los toreros y traducírselo yo en dólares, dice asombrada:

— ¿Tanto?

— ¡Tanto! — repito con un gesto bien poco asombrado, pero muy convencido.

— Y filmar, ¿no le gusta a usted filmar?

— Sí, mucho. He interpretado en París varios films. Uno, el más completo, lo dirigió Mister Nalpas, sobre un asunto que Maurice Dekobra escribió expresamente para mí. He filmado también la revista del Folies *Bon jour, Paris*, y alguna otra.

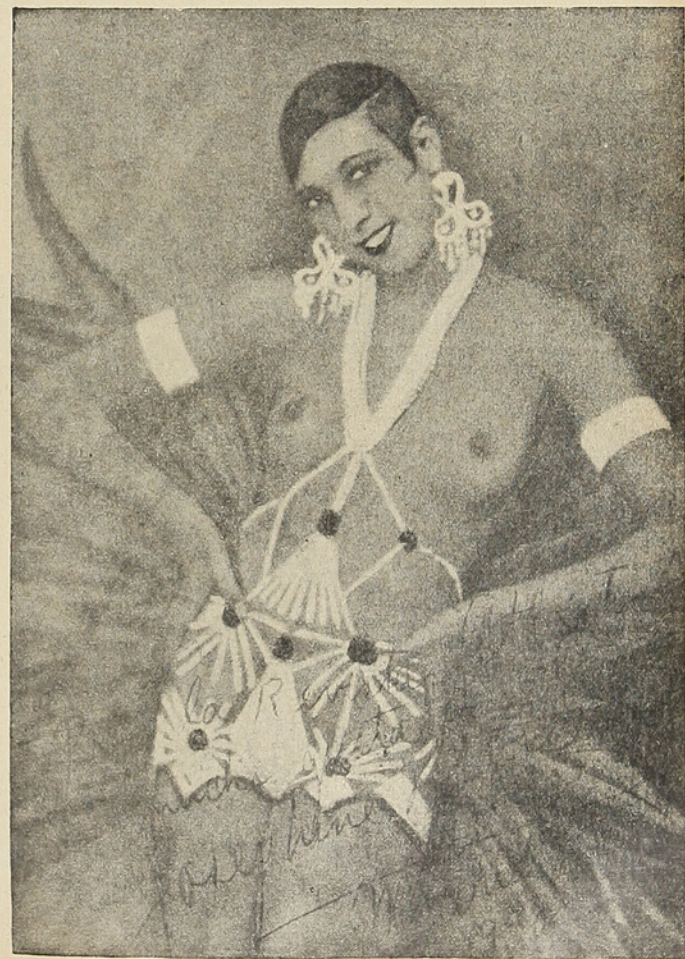
El timbre del escenario suena insistente. Josefina y los tramoyistas dan por terminado el festín y yo también, llevando a mi boca el último pedazo de plátano. La Baker, presurosa, entra en el escenario, y mientras me tiende la mano de uñas plateadas, dice en clarísimo castellano:

— Adiós. Hasta luego, que haremos la *photographie*.

La puerta del escenario, esas antipáticas puertas a las que empuja un fuerte muelle, se cierra en un golpazo.

¡Allá va Josefina Baker, «la Venus de ébano», a retorcerse una vez más en el estruendo de su charleston, que representa todo un momento y toda una evolución!

E. HERNANDEZ GIRBAL





# La Felicidad y el Amor

Confieso, ante todo, que creo en la existencia de muchos seres que, a pesar de estar dotados de cierta firmeza de carácter y regular percepción de las cosas, alternan con el mundo para sufrir toda la vida; a menudo he tropezado con personas prematuramente envejecidas que han hecho humedecer mis ojos con el triste relato de sus infortunios, y por algo fatalmente cierto se ha convenido en decir que habitamos en un mundo de lágrimas; sin embargo, me atrevo a afirmar que una gran parte de los seres que asisten como una sombra al luminoso espectáculo de la vida, deben sus pesares a la falta de serenidad.

¡Ser feliz!... Sueño dorado de todas las almas; motor de todas las maquinaciones, tierra de promisión de toda suerte de pregonajes, cuando a mi entender no es cuestión de ir hacia la felicidad, sino en saber alternar con ella.

Cuando queremos alegrarnos en una festividad, lo primero que procuramos es vestirnos de fiesta; deberíamos convenir, por lo tanto, en que es casi imposible ser feliz si ante todo no engalanamos nuestro espíritu con flores de felicidad.

Quisiera que mis lectores, principalmente los jóvenes, que entran de lleno a la algarada del mundo, profundizaran sobre mi opinión: la vida no es más que una serie de resultados que sumándose entre sí forman el total que leemos en la hora de la muerte; y como sea que uno de los sumandos de mayor importancia que juega en el problema de la vida es el amor, por eso llamo con preferencia la atención de la juventud.

Amese bien y no ciegamente, como sucede en la mayoría de los casos; libre de todo interés que esté reñido con la sublimidad del amor; sin otro cálculo que el de realizar una comunión perfecta de ideas y sentimientos con el ser amado; no amando nunca por puro capricho, sino porque el objeto que nos inspire amor sea digno de él, y hallaremos la fe-

licidad, que brota únicamente de una pasión serena, durable y verdadera.

Siendo las narraciones lo que más comúnmente comprueban la bondad de los procedimientos, puesto que se pueden apreciar en su aplicación a los hechos arrancados de la vida real, me permitiré hablarlos de Isolina, intuitriz en casa de los señores de Doar.

Su padre, hombre de poco corazón, había cifrado todo su sueño de felicidad en poseer una gran fortuna; vivía inquieto, amontonaba oro para exponerlo continuamente en empresas gigantescas inspiradas sólo por una ambición desmedida, y como la fatalidad se cerniera sobre sus cálculos, vino un día en que barrió todos sus planes del porvenir, hundió su obra de ambición, y el descrédito, seguido de una miseria espantosa, envolvió a su familia. Los periódicos se ocuparon de un suicidio, y madre e hija cayeron violentamente en el sotabanco de la sociedad.

Sobre sus cabezas rodaron los mismos coches que ellas habían ocupado, y ensordecidas por el estruendo de los que seguían luchando por la vida, no acertaban a tomar un partido que las pusiera a flote. Isolina fué la que experimentó todo el peso de la desgracia. Tenía un carácter firme, luchador; y como nunca hubiese creído que la felicidad proviene del dinero ni de sus joyas, hubiese resultado extraño su abatimiento, si no tuviera por causa otro suceso que aquellos apurados instantes la hacia verdaderamente infeliz.

Andrés, quizá el más infimo dependiente de las oficinas de su difunto padre, al que secretas y apasionadas promesas de amor le unían a ella, no se presentaba; nada sabía de él, y si en un principio temía por su salud, más tarde llegó a sospechar lo que al propio tiempo que la sumía en atroz desencanto, debía cambiar las ideas que abrigaba respecto al amor.

Andrés no la había amado nunca; su insaciable sed de honores y riquezas que habría habido de sospechar, le apartaban de ella, pobre niña que, abandonada de la suerte, tendría que luchar por el pan como una simple proletaria.

Y entonces Isolina se alegró en lo profundo de su alma, secó sus ojos y dijo a su madre, que no acertaba a explicarse el cambio que se operaba en su hija:

—La pérdida reparable de nuestra fortuna me ha librado de una irreparable desgracia: la pérdida de mi felicidad. Mi corazón gozaba de un engaño, libre de él, soy dueña de mi porvenir. Si a vos, madre mía, os hubiese acontecido lo propio...

—Hija mía... Respeto su memoria, pero mi padre era otro Andrés, que, prefiriendo la felicidad material marchó en contra de la felicidad verdadera... ¿Fue feliz acaso un sólo momento de su vida?... ¿Lo hemos sido





nosotras?... — Así va el mundo... profirió su madre en un triste suspiro. ¡Qué le vas a hacer?...

Amar únicamente lo que sea digno de amarse.

Y besando a su madre, se encerró en su humilde aunque limpia habitación de blanqueadas paredes.

La desgracia quiso que en su peregrinaje por la ciudad en busca del sustento hallase únicamente a industriales poco escrupulosos, lo que la decidió a aceptar el propósito de colocarse como institutriz en alguna casa de aristócratas.

Llamó a la puerta de los Sres Doar y fué atendida.

Muy pronto se granjeó la amistad de la señorita Marta, joven de dieciocho años con escaso conocimiento del mundo, que vivía atormentada en medio de las grandezas de su casa por un amor que consideraba imposible, dado el carácter severo de su padre.

—¿Es usted correspondida?, preguntó dulcemente cierta tarde mientras acariciaba los deliciosos bucles de la traviesa Anaís, pequeña de la familia.

— Me ama tanto, que en esto consiste toda mi pena. Desea verme, escribirme, sin hallar el medio para que nuestra correspondencia escape de la vigilancia de mi padre... Toda mi felicidad consistiría...

—Puedo procurar a usted esa felicidad, Marta... Mi casa será un asilo seguro...

Y así fué en efecto. Cada mañana, al presentarse Isolina en casa de los Sres. de Doar, entregaba furtivamente un sobre cerrado a la señorita Marta, contenta de procurar por la felicidad ajena. Lejos de sentirse ofendida por el lujoso espectáculo a que concurría huyendo de la miseria, olvidaba su pasado de ostentación y hubiese querido poder dotar al novio, a pesar de no conocerle, de todos aquellos atributos que pudieran arrancar del Sr. de Doar el anhelado consentimiento.

Esforzándose en este noble propósito, había logrado de la madre de Marta, que la tenía en mucha estima por las relevantes dotes que la adornaban, la necesaria complacencia para que insinuase en el corazón de su marido la lucha entre su inflexibilidad y el cariño que indubablemente profesaba a su hija.

Así las cosas, creyó en el deber de aconsejar a su protegida que combatiese todo exceso irreflexivo en amor.

—Debemos amar serenamente, la decía, puesto que de ello depende la felicidad de nuestro porvenir.

Y para dar fuerza a sus palabras, le reveló la equivocación que había sufrido su alma, sin darse cuenta que al descubrir un suceso tan importante de su vida, se hallaba obligada a contar toda su historia.

Marta volvióse reflexiva en un principio, debido, sin duda alguna a esta clase de conversaciones; escuchaba a la noble institutriz como a un enviado de la felicidad; llegó a sospechar del mundo y aprendió a andar sigilosamente, puesto que de los días de nuestra juventud parten los años de la vejez.

Isolina notaba este cambio, pero lo que la extrañó sobre manera fué que a medida que aumentaban las atenciones de la familia Doar para con ella, Marta se ponía triste y meditabunda. Sin embargo, este fenómeno duró muy pocos días, y Marta pronto apareció nerviosa y dichosa.

Una tarde en que Isolina se hallaba en el florido jardín de la casa haciendo un ramo de flores, oyó muy cerca de sí el crujir de la arena. Incorporóse sin sospechar la ruda prue-



ba que la aguardaba. Su protegida paseaba entonces del brazo de su ex novio Andrés.

Lo que pasó por su alma es indescriptible. Ella, que se había esforzado tanto en hacer feliz a su protegida, no había hecho otra cosa que abismarla en la infelicidad.

Pero la señorita Marta, que observaba la culpable turbación de Andrés, acudió a consolar el alma de Isolina hablando en esta forma:

—Usted, buena amiga, que me ha instruido en lo que debe ser el amor y la felicidad, deseo que en estos momentos me tome lección...

Y dirigiéndose sarcásticamente a su novio continuó:

—Caballero, hay casualidades que cambian el aspecto de las cosas. Afortunadamente, a través de sus fementidas cartas he leído un pasado que le humilla a nuestros ojos... Puede usted marcharse.



# Los Fantasmas de Galway

**IRLANDA ENTERA SE HA ESTREMECIDO AL SABER QUE HAN VUELTO A SER VISTOS**



**Una novela trágica vivida.**—Desde fines del siglo XV se cuenta de padres a hijos, no sólo entre las familias de los pescadores irlandeses, muy dados a las consejas, a leyendas y tradiciones, sino en los hogares todos de aquel país, la historia trágica del castillo de Lynch, uno de cuyos personajes fué un joven español.

Y esa historia toma mayor relieve y mayor interés cuando, de tiempo en tiempo, alguien asegura haber visto salir de aquel castillo los fantasmas rojos que suponen ser las almas de los protagonistas de la tragedia.

**Los aparecidos, vistos recientemente por una niña y un poeta.**—Hace poco, una niña de Galway, Patricia Lydon, a quien su madre encargó que fuese por un jarro de cerveza a una bodega próxima, para llegar a la cual había de pasar por delante del castillo de Lynch, dio un grito desgarrador cuando se hallaba frente al tristemente célebre castillo, y echó a correr, gritando:

—¡Los fantasmas! ¡Los fantasmas!

Los parientes de Patricia, personas inteligentes y cultas, echaron a broma el suceso y calmaron a la pequeña, que, ante los razonamientos de su familia, acabó por exclamar:

—¡Tal vez me lo he imaginado!...

Pero dos noches después, un joven poeta

Paidric Dreen, que después de cenar, paseaba por las calles de Galway, al pasar frente al castillo empezó a dar voces de «¡Socorro!», y dos policías que acudieron lo encontraron despaorido y transfigurado, pronunciando palabras ininteligibles. Cuando se consiguió serenarlo, dijo que había visto los espectros del viejo Lynch y del hijo de éste, a quien el viejo mató en las murallas del castillo.

Al día siguiente no se hablaba de otra cosa en Galway, y se daba por cosa segura que los fantasmas habían corrido por los muelles, por los barrios bajos, por los jardines de las casas de los ricos, por toda la ciudad. La noticia, ampliada y comentada, saltó de Galway a toda Irlanda, y todo el país se conmovió, horrorizado, ante la nueva de que habían sido vistos otra vez los fantasmas de Galway.

**La trágica historia.**—En 1493, Jaime Lynch Fitzstephen fue elegido Mayor de Galway. Tenía un hijo único, Walter, a quien quería entrañablemente, el cual se enamoró de la hermosa Ana O'Langhlin. Conforme el padre con estos amores, se fijó la fecha de la boda.

Pero ésta hubo de aplazarse porque los negocios del viejo Lynch hicieron preciso que Walter marchara a España a adquirir un cargamento de mercancías.

Llegó Walter a Bilbao y, aunque su amor por Ana era extremado, el sol, el vino y las mujeres de España le emborracharon de tal modo que, cuando llegó el momento de regresar a Irlanda, Walter se había gastado el dinero con que debía pagar las mercancías.

Tras insistentes gestiones, consiguió que el mercader que le vendía el género consintiera en que su hijo, Diego Gómez, acompañara a Walter a Galway y fuese hospedado en casa de Lynch.

El español conoció a Ana, y la tragedia surgió sin que nadie pudiera prevenirla. Diego Gómez se enamoró de Ana. Gómez la requirió de amores, y un día, en el momento en que el español intentó abrazar a la novia de Walter, éste lo vio. No pidió ni esperar explicaciones. Los celos le cegaron y, lanzando un terrible juramento, desenvainó un puñal y lo hundió en el corazón de Diego.

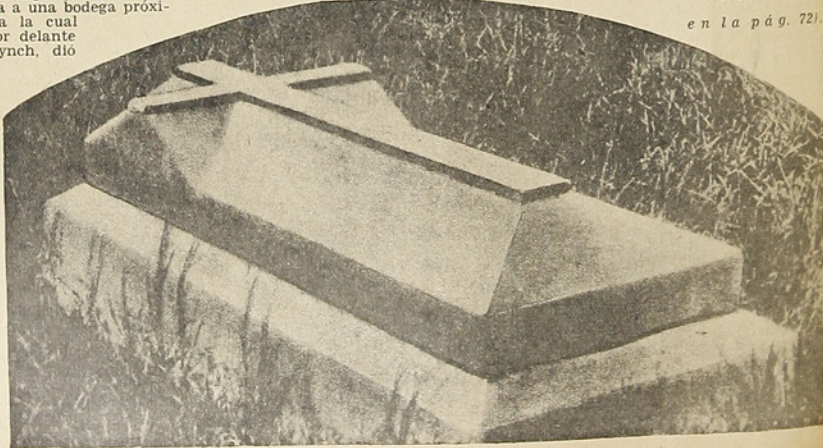
A Walter había de juzgarle el viejo Lynch, que era su padre y era también el Mayor de Galway. El delito era gravísimo, a más de otras circunstancias, por ser la víctima un extranjero huésped del asesino. Los deberes de hospitalidad son algo muy sagrado.

Y el mayor de Galway, que amaba locamente a su hijo, supo dominar sus sentimientos y condenó a Walter a ser ahorcado.

Pero aún no acaba aquí la tragedia. El crimen y la seve-

(Continúa

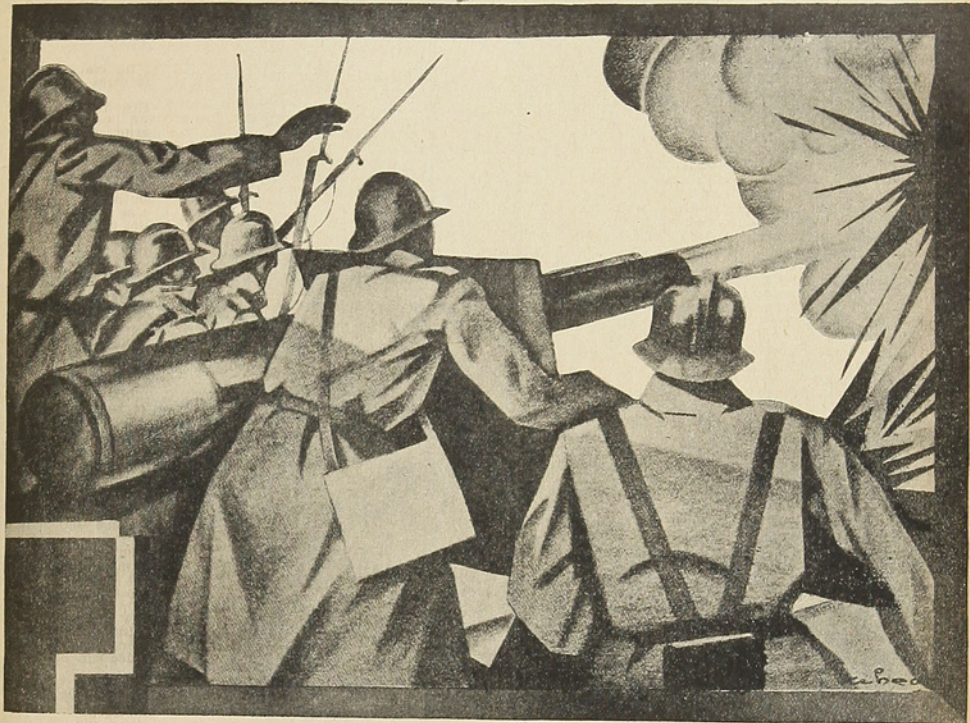
en la pág. 72).





## UN BESO

Por VICENTE BLASCO IBÁÑEZ



Esto ocurrió a principios de septiembre, días antes de la batalla del Marne, cuando la invasión alemana se extendía por Francia, llegando hasta las cercanías de París.

El alumbraido empezaba a ser escaso por miedo de los «taubes», que habían hecho sus primeras apariciones. Cafés y restaurantes cerraban sus puertas poco después de ponerse el sol para evitar las tertulias del gentío ocioso, que comenta, critica y se indigna. El paseante nocturno no encontraba una silla en toda la ciudad, pero, a pesar de esto, la muchedumbre seguía en los bulevares hasta la madrugada, esperando sin saber qué, yendo de un extremo a otro en busca de noticias, disputándose los bancos que en tiempo ordinario están vacíos.

Varias corrientes humanas venían a perderse en la masa estacionada entre la Magdalena y la plaza de la República. Eran los refugiados de los departamentos del norte, que huían ante el avance del enemigo, buscando amparo en la capital.

Llegaban los trenes desbordándose en racimos de personas. La gente se sostenía fuera de los vagones, se instalaba en las techumbres, escalaba la locomotora. Días enteros invertían estos trenes en salvar un espacio recorrido ordinariamente en pocas horas. Permanecían inmóviles en los apartaderos de las estaciones, cediendo el paso a los convoyes militares. Y cuando al fin, molidos de cansancio, medio asfixiados por el calor y el amontonamiento, entraban los fugitivos en París, a medianoche o al amanecer, no sabían adónde dirigirse, vagaban por las calles y acababan instalando su campamento en una acera, como si estuviesen en pleno desierto.

La una, de la madrugada. Me apresuro a sentarme en el vacío todavía caliente que me ofrece un banco del bulevar, adelantándome a otros rivales que también lo desean. Llevo cuatro horas de paseo incesante en la noche caliginosa. Sobre los tejados pasan las mangas blancas de los reflectores, regleteando de luz el ébano del cielo. Contemplo, con la satisfacción de un privilegiado, a la muchedumbre deshechada que se desliza en la penumbra lanzando miradas codiciosas al blanco. El reposo me hace sentir todo el peso de la

fatiga anterior. Reconozco que si los hulanos apareciesen de pronto, trocando por el centro de la calle, no me movería.

Una pierna me transmite su calor a través de una tenue faldamenta de verano. Me fijo en mi vecina, muchacha de las que siguen viniendo al bulevar por costumbre, pero sin esperanza alguna, pues el tiempo no está para bagatelas.

Tiene la nariz respingada, los ojos algo oblicuos y un hocico gracioso coronado por un sombrero de cuatro francos noventa. El cuerpo pequeño, ágil y flaco, va envuelto en un vestido de los que fabrican a centenares los grandes almacenes para uniformar con elegancia barata a las parisienenses pobres. Por debajo de la falda asoman unas pezuñas de terciopelo polvoriento. Sonríe con un esfuerzo visible, frunciendo al mismo tiempo las cejas. Se adivina que es una mujer ácida, de las que «hacen historias» a los amigos; una especie de calamár amoroso, que esparce en torno la amarga tinta de su mal carácter.

Conversa con una respetable matrona que vuelve llorando de la estación de despedir a su hijo, que es soldado. Junto a ella está una hija de catorce años, mirando a la vecina con ojos curiosos y admirativos. Los que ocupan el resto del banco dormitan con la cabeza baja o sueñan despiertos contemplando el cielo.

La burguesa, al hablar, gratifica a la muchacha ácida con un solemne *madame*. Hace un mes habría abandonado el asiento, a pesar de su cansancio, para evitarse tal vecindad. ¡Pero ahora!... La inquietud nos ha hecho a todos bien educados y tolerantes. París es un buque de peligro, y sus pasajeros olvidan las preocupaciones y rencillas de los días de calma, para buscarse fraternamente.

Sigo su conversación fingiéndome distraído. La madre es pesimista. ¡Maldita guerra! Parece que las cosas marchan mal. Le van a matar al hijo; casi está segura de ello, y sus ojos se humedecen con una desesperación prematura. Los enemigos están cerca; van a entrar en París «como la otra vez». Pero la joven malhumorada muestra un optimismo agresivo.



—No, no entrarán, *madame*. . . Y si entrarán, yo no quiero verlo, no me da la gana; no podría. Me arrojare antes al Senna. . . Pero no; mejor será antes que quede en mi ventana, y al primero que entre en la calle le enviaré. . .

Y enumera todos los objetos de uso íntimo que piensa emplear como proyectiles. Vibra en ella la resolución absurdamente heroica de los insensatos gloriosos que protestan para hacerse fusilar.

Algo pasa por la acera que interrumpe estos propósitos desesperados. Avanza lentamente un matrimonio de viejos: dos seres pequeños, arrugados, trémulos, que se detienen un momento, respiran con avidez, gimen e intentan seguir adelante. Ella, vestida de negro, con una capota de plumajes roídos por la polla, se muestra la más animosa. Es enjuta y obscura; sus miembros, flacos y nudosos, parecen sarmientos trenzados. Se pasa de mano a mano una maleta que tira de ella con insufrible pesadez, encorvándola hacia el suelo.

A pesar de su cansancio, intenta auxiliar al hombre, que es una especie de momia. Su cabeza de pelos raros aun parece más grande moviéndose sobre un cuello cartilaginoso, del que surgen los ligamentos con duro relieve. Los dos son de una vejez extremada; parecen escapados de una tumba. Les atormentan los paquetes que intentan arrastrar; caminan tambaleándose, como la hormiga que empuja un grano superior a su estatura. En este cansancio aplastante se adivina un nuevo suplicio, el de ir vestidos con las ropas guardadas durante muchos años para las grandes ceremonias de la vida: ella con falda de seda dura y crujiente; él, puesto de levita y paletó de invierno.

El viejo deja caer el fardo que lleva en los brazos, y luego se despijula sobre este asiento improvisado.

—No puedo más. . . Voy a morir. . .

Gime como un pequenuelo. Su pobre cabeza de ave desplumada se agita con el hipo que precede al llanto.

—Valor, mi hombre. . . Tal vez no estamos lejos. ¡Un esfuerzo!

La viejecita quiere mostrarse energética y contiene sus lágrimas. Se adivina que en la casa que dejaron a sus espaldas era la dirección, la voluntad, la palabra vehemente. Su diestra escamosa, abandonando a la otra mano todo el peso de la maleta, acaricia las mejillas del viejo. Es un gesto maternal para infundirle ánimo; tal vez es un halago amoroso que se repite después de un parentésis de medio siglo. ¡Quién sabe! ¡La guerra ha despertado tantas cosas que parecían dormidas para siempre! . . .

Yo me imagino el infortunio de esos dos seres que representan ciento setenta años. Son Filémon y Baucis, que acaban de ver sus apegaminados idilio roto por la invasión. Tienen el aspecto de antiguos habitantes de la ciudad que han ido a pasar el resto de su existencia en el campo, dejándose cubrir por las petrificaciones ásperas y saludables de la vida rústica. Tal vez fueron pequeños tenderos; tal vez ganó él su retiro en una oficina. Cuando no existían aun los hombres maduros del presente se refugiaron los dos en esta felicidad mediocre, en este aislamiento egoísta soñado durante largos años de trabajo: una casita rodeada de flores, con algunos árboles; un gallinero para ella, un pedazo de tierra para él, aficionado al cultivo de legumbres.

Entraron en este nirvana burgués cuando los ferrocarriles eran menos aún que las diligencias, cuando la humanidad soñaba a la luz del petróleo, cuando un despacho telegráfico representaba un suceso culminante en una vida. . . Y, de pronto, el miedo a la invasión alemana, que suprime un pueblo en unas cuantas horas, les ha impulsado a huir de una vivienda que era a modo de una secreción de sus organismos. Luego se han visto en París, aturridos por la muchedumbre y por la noche, desamparados, no sabiendo cómo seguir su camino.

—Valor, mi hombre — repite la esposa.

Pero tiene que olvidarse de su compañero para dar gracias, con una cortesía de otros tiempos, a alguien que le toma la maleta e intenta levantar al viejo.

Es la muchacha ácida, que da órdenes y empuja con irresistible autoridad.

Ahora reconozco que no lo pasará bien el primer hulaño que entre en su calle. Con un simple ademán limpia de gente una parte del banco para que se instalen con amplitud los dos ancianos.

Queda espacio libre, pero yo me guardo bien de volver a sentarme. No quiero recibir un bufido con acompañamiento de varios nombres de pescados deshonrosos.

Sin duda la presencia de estos viejos ha resucitado en la memoria de la muchacha la imagen de otros viejos largamente olvidados.

La trémula Baucis da explicaciones. Dos días en ferrocarril. Han huido con todo lo que pudieron llevarse. Su última comida fué en la tarde del día anterior; pero esto no les aflige: los viejos comen poco. Lo que les altera es el cansancio. Llegaron a las diez: ni un carruaje, ni un hombre en la estación que quisiera cargar con sus paquetes. Todos están en la guerra. Llevan tres horas buscando su camino.

—Tenemos en París unos sobrinos — continúa la anciana. Pero se interrumpe al ver que Filémon se ha desmayado, precisamente ahora que descansan. Los curiosos del bulevar, que esperan siempre un suceso, se aglomeraron en torno del banco. La protectora empuja e insulta, sin dejar de ocuparse de los viejos.

—¿Y viven cerca los parientes?

—Plaza de la Bastilla — contesta Baucis, que no sabe dónde está la plaza.

Un momento de tristeza; un gesto de lástima. Todos miran al extremo del bulevar, que se pierde en la noche. ¡Tan lejos! ¡No llegarán nunca! Circulan pocos automóviles; sólo de vez en cuando pasa alguno.

Los brazos de la bienhechora trazan imperiosos mandatos; su voz intenta detener a los vehículos que se deslizan veloces. Carcajadas o palabras de menosprecio contestan a sus llamamientos; da suelta al léxico de su cólera, intercalando con frecuencia la frase más célebre de Waterloo.

Cuando transcurren algunos minutos sin que pasen vehículos, vuelve al lado de los viejos para animarlos con su energía. Ella los instalará en un carruaje; pueden descansar tranquilos.

De pronto salta en medio del bulevar. Viene mugiendo un automóvil del ejército, desocupado y enorme, a toda fuerza de su motor. El soldado que lo guía cambia de dirección para no aplastar a esta desesperada que permanece inmóvil con los brazos en alto.

Su prudencia resulta inútil, pues la mujer, moviéndose en igual sentido, marcha a su encuentro. La multitud grita de angustia. Con un violento tirón de frenos, el automóvil se detiene cuando su parte delantera empuja ya a esta suicida. Debe de haber recibido un fuerte golpe.

El chauffeur, un artillero de pelo rojo y aspecto campesino, que lleva sobre el uniforme un chaquetón de cacho, inyecta a la muchacha, la insulta por el sobresalto que le ha hecho sufrir. Ella, como si no le oyese, le dice con autoridad, tuteándole:

—Vas a llevar a estos dos viajeros. Es ahí cerca, a la Bastilla.

La sorpresa deja estupefacto al soldado. Luego rie ante lo absurdo de la proposición. Va de prisa, tiene que entrar en el cuartel cuanto antes. Le grita que se aleje, que salga de entre las ruedas. Ella afirma que no se moverá, e intenta tenderse en el suelo para que el vehículo la aplaste al ponerse en marcha.

El artillero jura, indignado, tomando por testigos a los curiosos. Esto no es serio; le van a castigar; el cuartel. . . los oficiales. . . Pero ella está ya en el pescante, inclinándose hacia el conductor su rostro cenudo, esforzándose por encontrar un gesto de graciosa seducción.

—Yo te recomendaré. Llévalos y te daré un beso.

Sonríe el soldado débilmente, mirándola a la cara para apreciar el valor del ofrecimiento. No es gran cosa, pero, ¡qué diablo! un beso siempre resulta agradable.

La gente rie y palmotea, y la muchacha, mientras tanto, se aprovecha de esta situación para instalar a los viejos en el vehículo con todos sus paquetes.

El chauffeur pone en movimiento su motor.

—Gracias, *madame* — dice, lloriqueando, Baucis, mientras Filémon articula gemidos de gratitud.

Pero *madame* no les oye, ocupada en depositar dos besos sonoros en las mejillas del artillero, brillantes y ennegrecidas por la grasa de los engranajes. «Toma. . . toma».

Se aleja el automóvil y se deshacen los grupos. Las pezuñitas de terciopelo vuelven hacia el banco. Una de ellas cojea dolorosamente. Siento la tentación de besar también, de besar a la muchacha ácida, pero me inspira miedo.

Temto que interprete torcidamente mis intenciones. . .

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

## S O B R E L A M U J E R

Una ingenua es una planta de linda flor e insipido fruto.

. . . . .

La religión de las mujeres asemeja a la de los marineros: invocan a Dios cuando se ha perdido todo.

Las mujeres perdonan y justifican todo, excepto la indiferencia.



Una familia  
aristocrática  
y feliz



1. Una familia que especifica-  
remos: abuelo, madre y nieto.—  
2. Padre e hijo, en un re-  
trato fiel.— 3. Cinco delicias  
Mopse, la raza más solicitada  
de faldertillos.





La gracia y el arte  
exquisito de los nuevos  
sombreros



La toca de seda modelo de Jane Blanchot, creadora de los mejores sombreros



Toca negra con la fantasía de una bonita flor que la avisa



Elegante modelo de mediodía, modelo de Sorbier



Un modelo de Von Agnes





Abrigo de paño negro  
y armiño. Modelo de  
Philippe y Gastón



Abrigo «caracule» be-  
ige y zorro. Modelo de  
Martail y Armand.



Abrigo de paño negro  
con cuello y puños de  
zorro gris



Ensemble sport falda  
y echarpe de lana  
clara y pull over de  
diversos tonos. Modelo  
Racelay.



Vestido de mañana de  
lana y gris claro.  
Modelo de Gerlain.





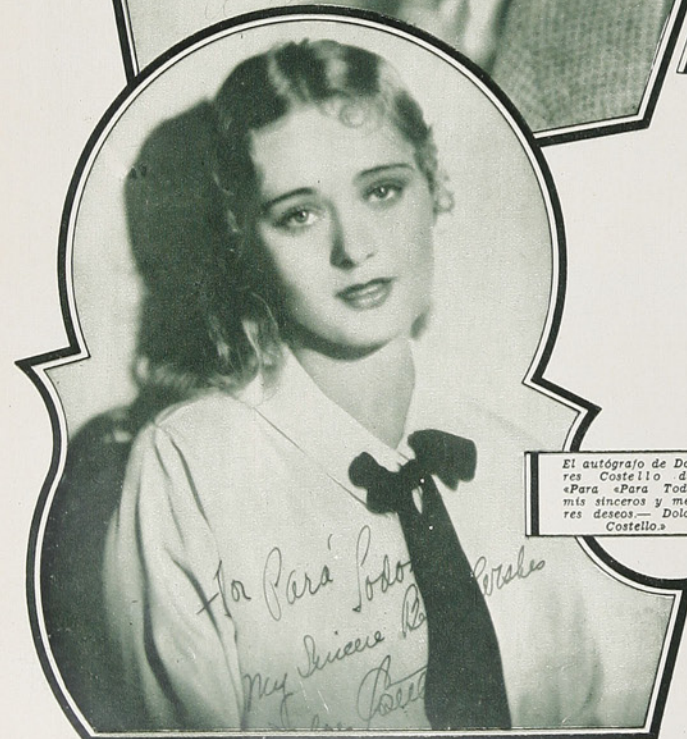
Un autógrafo de Menjou para nuestra revista



El autógrafo de Lily Damita, escrito por ella en español, dice: Que «Para Todos» dé al público de Chile mis mas afectuosos saludos.—Lily Damita



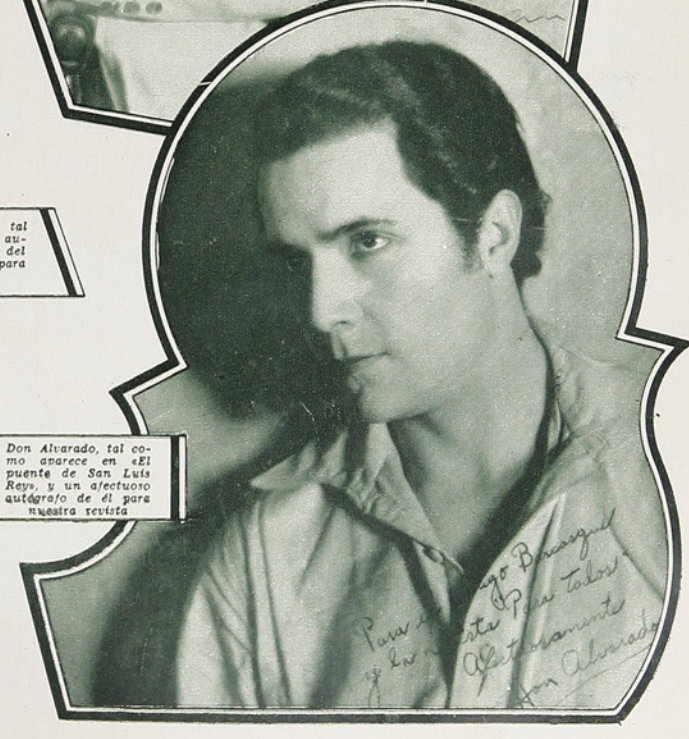
Autógrafo de Ronald Colman, el célebre actor inglés. Best wishes to «Para Todos» from Ronald Colman. Los mejores deseos para «Para Todos» de Ronald Colman.



El autógrafo de Dolores Costello dice: «Para «Para Todos», mis sinceros y mejores deseos.—Dolores Costello»



Antonio Moreno tal como es hoy día: autógrafo especial del famoso actor para «Para Todos»



Don Alvarado, tal como aparece en «El puente de San Luis Rey», y un afectuoso autógrafo de él para nuestra revista



# LAS MAS HERMOSAS

Srta. Ruth Ingrid Richard  
que obtuvo el 2.º premio.

Una foto portrate de Ger-  
trud Steckler.

Dorit Nitykowsky  
elegida Miss Ger-  
mana. (1930)

Charlotte Falk, que obtuvo  
el tercer lugar entre las  
concurantes.

Nanny Sach, también per-  
tenece a las 150 señoritas  
que se presentaron en el  
concurso de belleza Berli-  
nense.

La hermosa ru-  
bia Gerda Fran-  
kes.



# Madres dichosas



Johanna Hofer, la actriz  
berlinesa



Hilda Korber, que se ha  
retirado del teatro para  
ser sólo una buena ma-  
dre



Camilla Spira, una es-  
trella célebre



Marta Koppenhofer que  
asegura que su hijo vale  
más que el teatro



# J A U R I A



TAMBIEN TIENEN ELLOS SU EXPRESION.

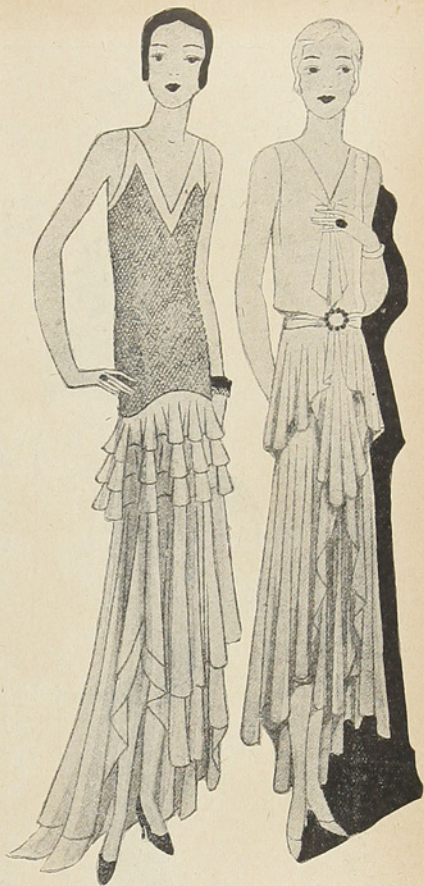


# LA NOCHE



Jamás moda de noche fué más eléctrica que la que vemos actualmente. Todo se lleva. No es raro, al encontrar en el mismo salón, mujeres vestidas de largos trajes de raso drapado, cerca de mujeres con toilettes de encajes con godets o de georgettes con volantes.

El sitio de la cintura ofrece al mismo tiempo efectos bien diversos.



Todas las mujeres no han adoptado, por diversas causas, la cintura estrecha. Al lado de tallas deliciosamente cimbreantes, orgullo de las muchachas, se ven numerosas tallas bajas con lazos cerca de las caderas. Muchas elegantes salvan la dificultad, llevando una especie de largos cuerpos rectos, estilo edad media, a los cuales se agregan nudos y volantes muy modernos.

El corto abrigo de crepe haciendo juego, o de muselina de seda completamente recto, transparente y ligero, sin mangas a veces, reemplaza sobre las espaldas de las friolentas, el echarpe pasado de moda. A veces un gran volero, agrega a estos trajes una nota imprevista.

Mientras que para este invierno, se nos permite exhibir los trajes creados en principio de estación, los costureros trabajan. Rodier que no se detiene, ha entregado al mundo, numerosas familias de nuevas telas.

CLAUDIA.



## LA NUEVA ESTACION

Abrigo en kashadrap habana claro, guarnecido de mara.

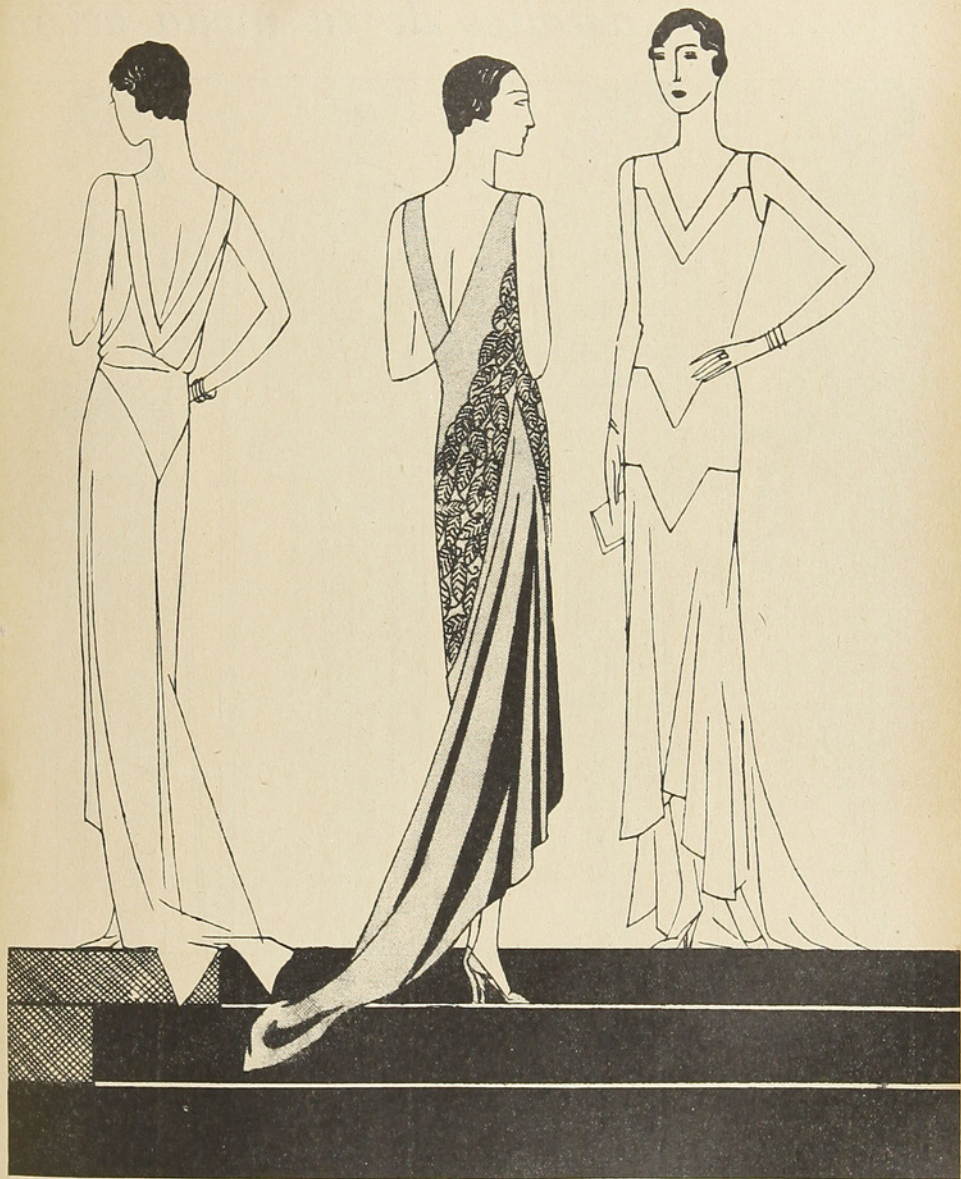
Abrigo de terciopelo de lana verde botella. Gran cuello chal y adornos de castor.

Abrigo en terciopelo inglés color gris platino, guarnecido de zorro gris.





# La cola reaparece en los trajes de noche



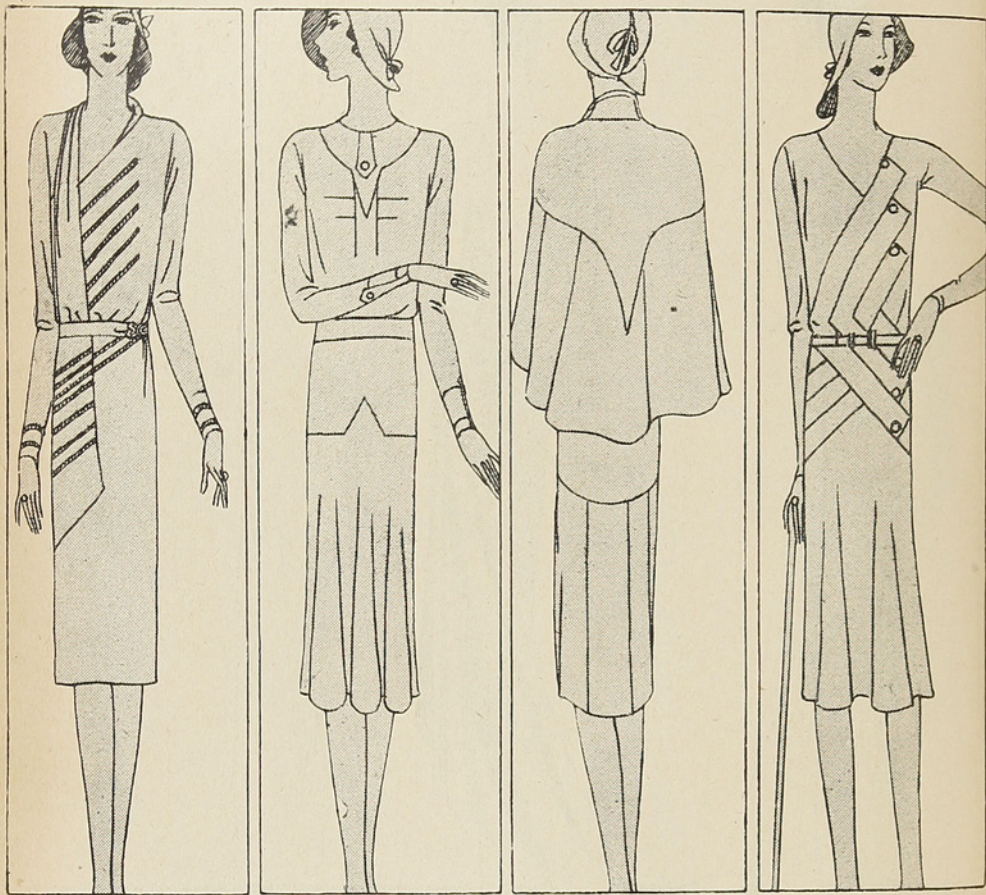
La cola reaparece en los trajes de noche, prolongando la línea de la mujer y dándole un aspecto muy noble. Aquí, en este modelo de raso blanco, ella se desdobra graciosamente.

Traje de terciopelo delgado, «salomé», cuya cola parte a la derecha, bajo un bordado de perlas que ciñe muy estrechamente el cuerpo. Este traje convendrá especialmente a las mujeres bien hechas.

El primer traje, visto por delante, debe admirarse la originalidad de la pieza de las caderas, que da amplitud y suma gracia a la falda.



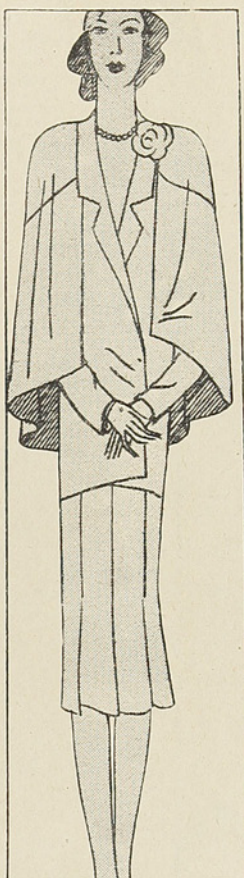
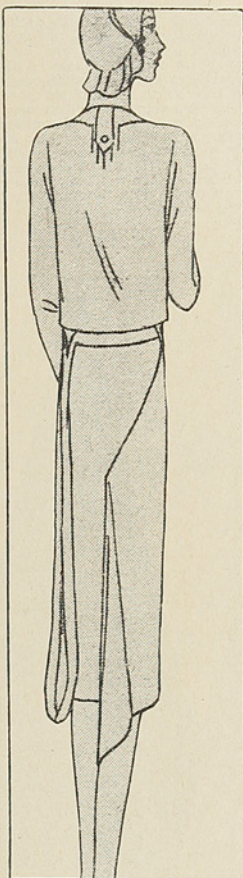
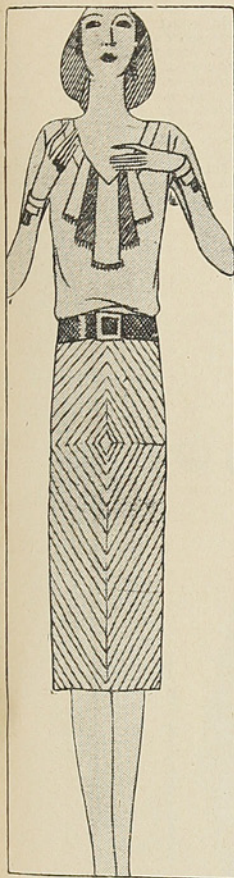
# Son más cuidados los detalles de la moda actual



El movimiento dado desde hace poco tiempo en París, en favor de los trajes un poco más largos, se continúa, pero no hay que olvidar que se llevan muy poco más largos, y siempre de aspecto deportivo, por las mañanas. Sin embargo, estos trajes encantadores, traicionan una elegancia rebuscada y exquisita a la que ya estábamos desacostumbrándonos. Casi todos estos trajes se hacen en lanillas lisas o de fantasía, en crepe liso o labrado. Una mirada sobre estos cuatro modelos ofrecidos hoy a nuestras lectoras, dirá para ellas más que muchos comentarios. El primero es de Magdalena Viennet, en crepe beige adornado con deshilados, y cuyo echarpe pasa por bajo el cinturón. El segundo es de Lucila Paray; es de marocain negro, con puños y cuellos de marocain blanco. Viene en seguida, una deliciosa capa en forma, de Lucila Paray y un precioso traje de Doeillet Doucet en lanilla gris, adornado con recortes, alforzas y botones.

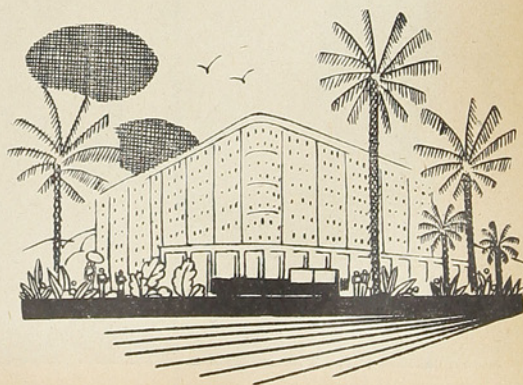


# Los trajes vienen apenas un poco más largos para la mañana



Es incontestable que los detalles en la moda actual, acusan cierto refinamiento que las hace mucho más elegantes.

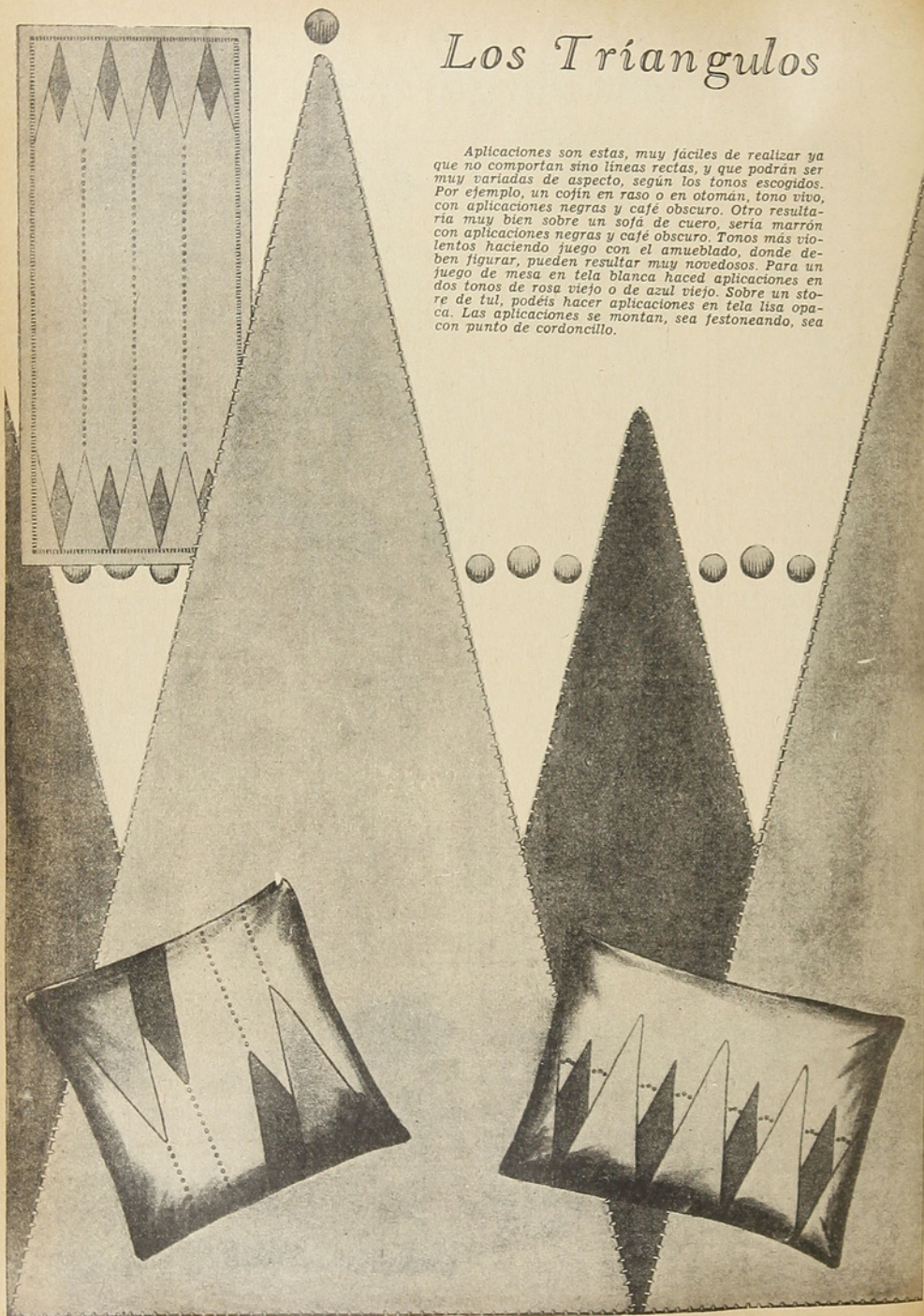
Un cuello, una flor, agregada a una línea más larga, más rebuscada que la del antiguo traje camisa, contribuyendo a su aspecto más «habillé». Pero al mismo tiempo, se les da un aire más gracioso y deportivo con el cinturón de cuero o de la propia tela de la cual están hechas, pero trabajado como el cuero. Así, por ejemplo, en este traje de Miranda, con falda de lanilla rayada gris y negra, unida a la blusa por un cinturón de cuero negro. La blusa es de crepe de China gris, a la cual se le agrega una corbata amarilla, negra o gris, que le da un aspecto muy coqueto. Los que siguen son modelos de Lucila Parayuno, sin capa y otro con capa, éste de marocaine blanco como la falda, con una rosa amarilla. El último es un «ensemble» de Leniel, lanilla azul gris y cinturón de cuero negro, adornado con grandes botones de madera.





# Los Triangulos

Aplicaciones son estas, muy fáciles de realizar ya que no comportan sino líneas rectas, y que podrán ser muy variadas de aspecto, según los tonos escogidos. Por ejemplo, un cojín en raso o en otoman, tono vivo, con aplicaciones negras y café oscuro. Otro resultaría muy bien sobre un sofá de cuero, sería marrón con aplicaciones negras y café oscuro. Tonos más violentos haciendo juego con el amueblado, donde debben figurar, pueden resultar muy novedosos. Para un juego de mesa en tela blanca haced aplicaciones en dos tonos de rosa viejo o de azul viejo. Sobre un store de tul, podéis hacer aplicaciones en tela lisa opaca. Las aplicaciones se montan, sea festoneando, sea con punto de cordoncillo.





(Continuación de la página 14)

# PEQUEÑA

po aquel instante de nuestra despedida, cuando ella, sintiéndose abrumada por toda mi crueldad, alzó contra mí el puño débil y tembloroso, me miró atónita, desprovista, y me dijo, distando de amenazas y maldiciones: «¿Serás feliz?»

—¿Nada más que eso?  
—Nada más; ¿te parece poco? Nos acabamos de decir mutuamente que Pequeña es una criatura extraordinaria; hemos advertido que tiene los ojos llenos del mar y llenos del sol, que vive casi en abandono a la sombra escasa de un viejo. Pues bien: así, desvalida, y excéntrica, me produce terror. Veo siempre aquella mano suya frágil y pálida, sibilística sobre mi destino; oigo su acento augural cuajado de lágrimas puras, y me recojo cada día la expresión celeste y espantosa de su cara, como un reproche y una advertencia que, en efecto, no me permitiesen ser feliz.

Juan Luque participa ahora de la intensa preocupación de su buen amigo.

Casi llega a suponer cómo será de bello y trascendente el rostro de Pequeña cuando se acentúe iluminado por un furor sublime. z z z z

—¡Inolvidable!—exclama.  
Y se apoya, meditativo, en el arcén del puente, donde se ha sentado Martival.

Sube la marejada por debajo de la carretera, bárbaramente el son, que en este solitario verano crece como nunca. Están vertiendo los astros al filo de la noche. Luque sale de su mutismo y se atreve a insinuar:

—Acaso sea imperdonable destruir la fe de quien nos ama desde el fondo de su inocencia con apasionado candor.

—Lo debe ser. Porque yo he cometido pecados que parecen mucho más graves y no me punzan, no me desvelan; sólo de éste me arrepiento y necesito la absolución. Por el hui de regresar a Villanoble, y al cabo he vuelto por él! No quise hablar de Pequeña ni buscarla, ante la posibilidad de que hubiese muerto sin rendir su mano activa y leve, cerrada contra mí; sin humanizar el gesto sombrío y misterioso que tuvo en la hora de nuestro adiós: me hubiera parecido, entonces, que se eternizaba su profecía con un poder angélico e invencible.

—Pero tendrás que ir a verla para que te libre y perdona.

—Lo intentaré, ya que no puedo vivir con esta inquietud. Mucho más tarde ambos amigos dejaron allí la pleamar tremenda y gritadora, cuando ya tenía el puente los anchos ojos trasapados de luna.

Con el aroma nuevo de la mañana se dirige Andrés Martival a la casita ribereña de don Martín y, llevado instintivamente por la vieja costumbre, busca la parte baja de la cerca, por donde tantas veces se asomó a ver a su novia.

Desde este sitio recatado admiraba el crecimiento del plantel, que ha hecho del jardín casi un bosque. Los árboles tendidos, copudos, en forma de parásito, parecen otros, de tan fuertes y grandes, recoletos en estrecha avenida hasta la casa pulcra y señorial.

Dírase que la entrada principal, abierta y oscura, se ha ido más lejos que antes, según se hunde en el fondo de un mantel de luz, bajo el desgarrón de la fronda.

Está la modesta finca muy cerca del mar, oyéndose rugir, y tiene al sur la belliza ruda y solemne de una montaña, que también ruge o solloza como el Cantábrico. Entre los dos grandiosos vigías la habitación y el jardín de Pequeña permanecen bien guardados y seguros, y al viajero le imponen lo mismo que una fortaleza inexpugnable.

## (Continuación de la pág. 13) LA MODA DEL MOMENTO

¡Oh sorpresa!, las uñas tenían el color verde vivo de un jade.

Ya nos habíamos habituado al rojo terracota en las uñas aunque encontrándolo vulgar.

¿Nos acostumbremos al verde?

Pasa la moda invernal, en **parade** continua, y empiezan a hacer su aparición tímidamente las primeras telas de primavera.

Son hechas para satisfacer tanto o más al tacto que a la vista y con ellas hay que desconfiar también de las apariencias, ya que se hacen telas que pa-

recen ser lanas siendo sedas, o creos tan suaves y brillantes que podrían creerse terciopelo.

La primavera sugiere las telas floreadas y para este año la colección de sedas con pequeñas flores es enorme.

El corte de los trajes actuales exige que el diseño sea pequeño, de manera que al siendo en flores, en rayas o en cuadrados, el tamaño es siempre reducido.

Los colores más a la moda serán: el marrón oscuro con blanco, el rojo oscuro con blanco y el azul zafiro—que reemplaza al azul marino tradicional—también con blanco.

En las sedas multicolores el fondo más chic es el negro.

Un soplo de violencia natural surge del huerto, cándido y apacible en sí.

—Es mi superstición—se dice Andrés, tratando de serenarse.

En tal momento sale Pequeña de la casa, se detiene al sol y se queda mirando al mar. Es la misma criatura esbelta y ríana que antano enamoró Andrés: los ojos azules, las trenzas largas, serafica y angustiosa la expresión. El propio nombre familiar la reduce y suaviza, casi la suprime.

Su puño, cerrado y colérico, no debe tener más peso que una flor; sus labios, muy dulces, de hijo no saben maldecir.

Pequeña viene hacia la tapia sin ver al hombre que la busca.

Trae los brazos caídos, el andar sonámbulo, en las pupilas marinerías y soleadas un estúpido, inmenso, tan atrozmente triste, que Andrés cree las suyas incapaces de sostener el volumen obscuro de aquella pesadumbre llena todavía de sorpresas y de interrogaciones.

Siente Martival como nunca todo el horror de haber traicionado la primera fe de una alma tierna y encendida, y renuncia para siempre al consuelo del perdón.

En su ansiedad tormentosa supone, mientras huye de Pequeña como de un imposible, que a la mañana en la playa seguirá levantando contra él, hasta más allá de la vida, el rencor de su puño endable y formidable.

CONCHA ESPINA

## LA TRAGEDIA DE LOS 30 AÑOS

(Continuación de la página 33)

mar de orden moral, también aparecen algunos síntomas físicos. Por ejemplo, algunas arrugas junto a los ojos. ¡Y si también va apareciendo un cabello blanco que se destaca violentamente sobre el negro de la cabellera! Es tiempo de recurrir, entonces, a los masajes faciales y de exponer las espaldas a la benéfica acción de la lámpara que produce rayos solares artificiales... o de exponerse directamente al sol.

Y no hay por qué descuidar el exceso de tejido adiposo que se está desarrollando bajo el maxilar inferior y alrededor de la cintura. Por cansada que te sientas, si no quieres aparentar vejez antes de tiempo tendrás que recurrir a todas estas artimañas físicas, por muy cansada que estés.

¿Pero con qué propósito? ¡Si de todos modos nunca más volverás a ser joven, y todo el mundo lo sabe! Quizás hayan perdido para ti todo su interés los paseos en compañía de tus amiguitas. Y si sigues adelante en tus tareas es por costumbre, pero sin encontrar ningún atractivo en ellas. La independencia, la soledad y la libertad de tu vida han perdido todo su encanto.

Muchas veces te pones a pensar si debiste dejar pasar o no aquella oportunidad que se te presentó cuando tenías veintitrés años. Desde luego reconoces que entonces te reiste de él. Te interesaba mucho la vida, querías vivir por tu sola cuenta. Y él pretendía llevarte por no sé cuántos años a una desolada región de la Patagonia.

Muchas veces te preguntas si debiste casarte con él. Era un muchacho muy simpático y quizás te hubiera hecho feliz. ¡Por lo menos ahora no estarías sola y desconsolada como estás! Quizás tendrías algún hijo. ¡Pero, bah, son tonterías! También en aquel entonces tuviste en cuenta esos detalles y, sin embargo, delaste pasar de largo la oportunidad. ¡Pero ahora te das cuenta de todo lo que has perdido!

Estás sola, completamente sola en lugar de ser la reina del corazón de un hombre y de un hogar. Eres una solterona de treinta años, que es una cosa muy distinta de ser una chica soltera de veintitrés!

## SOBRE LA MUJER

La señora de V... cayó en tierra desde su caballo, ante numeroso público. «¿A lo menos habrá caído bien?—preguntó poniéndose de pie—. Si, contestaron los espectadores—. No, repuso el marido».

Solo otra mujer puede curar las heridas causadas al hombre por una mujer. De donde se deduce que el remedio es peor que la enfermedad.

Muy de justicia es la celebridad que glorifica a la isla de Itaca: en ella vivió una mujer fiel.

La mujer es el objeto del culto de la mujer.



# VESTIDOS PARA DIARIO



Dos delantales por lo menos necesitan los niños que van al colegio y para ser prácticos deben hacerse de tejido de algodón, vichy o cualquier otro que sea perfectamente lavable. Junto a estas líneas se ven dos modelos, uno de los cuales servirá para una niña pequeña y el otro para la hermana mayor. El de ... aquélla es de tejido a cuadros azules y blancos y está montado sobre un canesú cortado en punta descendente. El segundo es de tela gris y su pequeñísimo canesú termina con una tableta para abrochar; un cinturón de cuero mantiene los frunces en el lugar conveniente.

Junto a estas líneas, delantal de tejido de algodón gris cuyo vuelo delante y detrás llevan grupos de pliegues y cuyo canesú está cortado en el escote en punta; las mangas son largas y con puñito estrecho. El segundo modelo es negro, con cuello blanco y corbata de lunares, que le dan una nota muy alegre. El último delantal es de vichy rayado en cuadrícula; la parte inferior va montada a pliegues fuelle sobre un canesú liso con mangas largas y puño pequeño. Como los otros modelos de esta página, se puede hacer muy fácilmente este delantal con un buen patrón, que podremos proporcionar ateniéndose a lo indicado en la sección de «Dicen que...».







...sí, Señora:

## Vd. Tiene Una Sola Cabellera

Si en lugar de una cabellera, tuviera usted varias cabelleras, podría exponerlas a pruebas que pueden ser fatales para sus cabellos. Como solo tiene una, debe meditar muy bien antes de decidirse por un preparado para teñir sus canas. Un error de elección puede ocasionarle daños irreparables.

Si— por un desmedido afán

de lucro — algún comerciante poco escrupuloso le ofrece otros pretendidos sustitutos del Agua de Colonia "La Carmela", rechácelos sin vacilar.

Compre Agua de Colonia "La Carmela". Usela por las mañanas, como una loción, en el momento de peinarse y sus cabellos volverán a tener el color natural de los veinte años.

En venta en todas las farmacias y perfumerías. Precio del frasco \$ 18 m/l

Agentes exclusivos para Chile: DROGUERIA del PACIFICO S. A. — Suc. de Daube & Cia.

VALPARAISO - SANTIAGO - CONCEPCION - ANTOFAGASTA

### CANAS

#### El Agua de Colonia "LA CARMELA"

es un producto digno de toda confianza. Reúne las siguientes propiedades características que son las que la distinguen de todas sus imitaciones:

1. *Desuelve al cabello canoso su color natural exacto: rubio, castaño o moreno.*
2. *Es absolutamente inofensiva.*
3. *Es de uso sencillísimo, pues no requiere lavados de cabeza: se aplica al peinarse, como cualquier loción.*
4. *No engrasa ni mancha en lo más mínimo la piel ni la ropa.*
5. *Higieniza el cuero cabelludo y disuelve la caspa en 4 días.*



# PATRON PARA OCHO TRAJECITOS



El primer modelo es hecho en crêpe de China azul lavanda. La falda plisada está montada sobre un canesú abierto y anudado por delante. Bocamangas y escote festoneados.

En muselina bordada, el segundo modelo es sencillamente realizado con pequeños volantes fruncidos de muselina lisa con bordes.

Para el tercer modelo de fino jersey, convendrán tres tonos degradés al beige y el motivo será en aplicaciones de fieltro rojo y beige.

El modelo 4 es en velo de seda rosa. La falda va atrave-

sada con largos pliegues religiosos, y va montada con nidos de abeja.

El siguiente es de tafetán escocés, rojo sobre fondo beige. Lo bajo de la falda, el cuello y la cintura, son de tafetán rojo liso.

Un traje de vestir hecho en linón blanco adornado de floritas bordadas a la inglesa.

Para quedarse en casa este traje de cretona amarillo vivo en el canesú y lo bajo de la falda. El resto es en cretona impresa. Para un traje elegante, resulta muy bonito este modelo en tafetán verde agua. Rucha en lo bajo de la falda.



# Para el Ama de Casa

La bolsa del kimono

Entre los accesorios para el casi indispensable viaje no deben faltar las respectivas bolsas para el kimono y las zapatillas, que, según los últimos dictados de la moda, deben ser confeccionados con el mismo género a fin de formar juego.

Estas bolsas ofrecen oportunidad para emplear en ellas unas marcas hechas a punto de ganchillo que, por su novedad, son actualmente las favoritas para marcar toallas, mantelitas, etc. Esta clase de bolsas tienen la forma de un sobre grande y generalmente se hacen de un satén liso o floreado, forradas de blanco o de un color muy claro, y es una nota de buen gusto el meter un par de *sachets* perfumados entre la tela y el forro. La bolsa para las zapatillas tiene el mismo corte, pero su tamaño es más reducido — naturalmente, ha de estar en correspondencia con las pantuflas que haya de contener.

## Dónde se ponen las iniciales

En la mayoría de los casos las iniciales se cosen en el centro del pico que cierra el sobre, pero no faltan innovadoras que las cosen en el centro del lado liso, alegando que es el sitio en que se escribe la dirección en los sobres. Como ya hemos dicho más arriba, las iniciales hechas a punto de ganchillo obtienen ahora la preferencia sobre las de cañamazo, bordado al pasado, etc.

## Elección de colores.

Es una idea muy acertada el hacer la bolsa para el kimono con la misma tela que éste, pero, en caso de que no se dispusiera de dicho género, sería conveniente escoger un color que se diferenciara mucho de los demás bolsos que hayan de formar parte del equipaje, con objeto de que pudiera ser encontrada con facilidad en las inevitables prisas que trae consigo un viaje.

## La letra V en punto de ganchillo

Como en todos los trabajos de *filet*, los agujeros constan cada uno de dos cadenetas (cd.) al aire y un palito (pl.) que siempre se engancha en el pl. de la vuelta anterior. Los puntos rellenos (pr. r.) constan de 2 pl. enganchados en 2 cd. o pt. r. de la vuelta anterior.

LYDIA LE BARON WALKER

# COMPRIMIDOS

**Pies.**—Muchas veces he buscado la razón del número considerable de tiendas de calzado que adornan las capitales del mundo. ¿A qué religión corresponde este abnegado culto? Paul Morand cuenta que en Cuba, las vitrinas de las tiendas de calzado, son de un lujo impresionante.

Lujo generalizado entre los árabes, los hispanos y los orientales, que solicitaban el pie elegante, la botita impecable. Un chino no puede contener su emoción ante un pie desnudo...

Dichosos Celestes. Allí la belleza del pie occidental, no es más que un recuerdo. Luis XV debe responder ante la posteridad de bastantes desaguisados, para que no se le eche en cara todo el tiempo, los famosos talones altos, instrumentos de tortura de la mujer moderna!

Todo París conoce a Mme. J. S. Esta yashwooman apasionada, se da un maligno placer en invitar a sus amigas a largos cruceros, simplemente porque ella posee un pie maravilloso, impecable, y la regla de abordo es atravesar el puente con los pies desnudos.

**Perritos.**—Un veterinario parisiense acaba de instalar baños de sol para perros. ¿por qué? El pекines y el showshow, tienen en el corazón de las mundanas, la porción que dejarán libres sus parecidos flirts. Jamás la afección de las mujeres por estos bichos fué más sensible.

Es sabido que en la escuela veterinaria de Alfort existe un servicio de consultas. El otro día una linda parisiense presentó al profesor C... un lindo pекines enfermo del intestino.

No es nada, diagnosticó el eminente práctico. Un poco de bicarbonato de soda en su sopa.

—Pero es que él no toma sopa, doctor.

—Un poco de bicarbonato de soda en su carne.

—Pero es que él no come carne, doctor.

—Pero entonces, un poco de bicarbonato de soda en su leche.

—Es que él no bebe...

—¿Pero cómo se alimenta entonces?

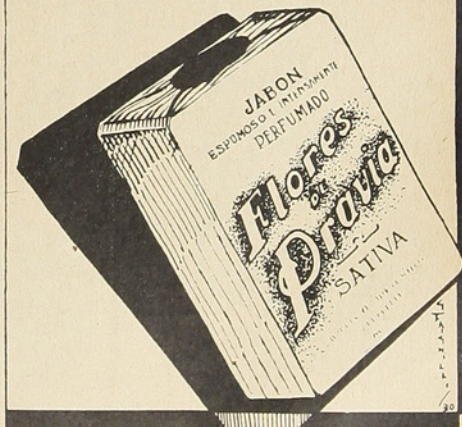
—De croquetas de chocolate, doctor.

Bicarbonato de soda en sus croquetas de chocolate, concluyó imperturbable el profesor C... en medio del atento círculo de sus oyentes.



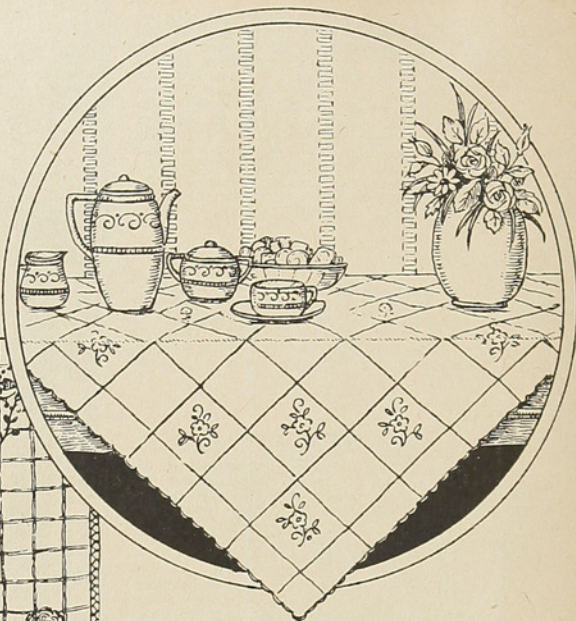
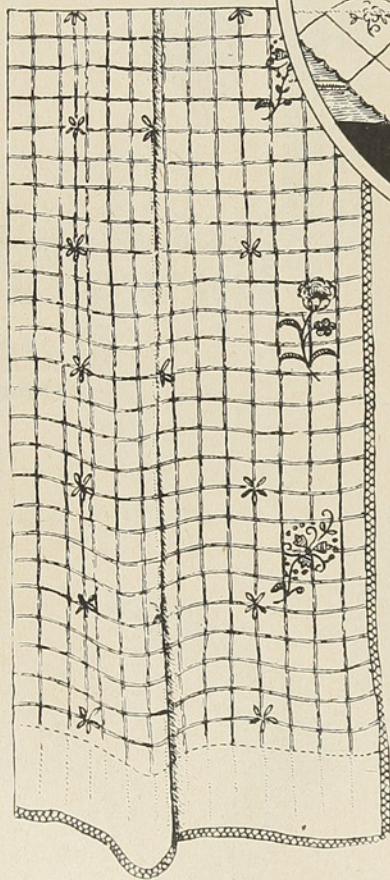
# Flores de Pravia

EL PREFERIDO  
de la gente chic





# Una Cor- tina y un Mantel para Té



Los tejidos a cuadros son sumamente alegres y prácticos para la lencería de mesa, pero por su aspecto no pueden ser usados a diario o en fiestas y reuniones de alguna ceremonia. Para estos casos, y con el fin de no dejar de emplear los cuadros de que tanto gusta la moda actual, se emplean tejidos rayados en cuadrícula o bien en tejido liso, sobre los que se hace el cuadrículado con un pespunte, punto de cordón, punto de cadeneta o con unas trencillas aplicadas. Sobre el tejido así preparado, se bordan, como la cortina, que está a la izquierda de estas líneas, unos motivos sueltos como caídos a voleo, es decir, sin excesiva regularidad, y se obtiene un efecto muy lindo, alegre y sumamente elegante. En el mantel de té se empleará también un tejido rayado en cuadros o cuadrículado por los procedimientos antes indicados para la cortina, pero los motivos, en vez de ser bordados sobre la cuadrícula, están inscritos dentro de los cuadrados y se harán con colores iguales a los del juego de té de cerámica que haya de usarse con él.



# DE LA EDUCACION

**Cómo debemos sentarnos.** — Tan pueril como parece el asunto reclama unas observaciones.

Todas vosotras habéis observado que no son los niños los que se sientan con más descuido y despreocupación. Sometidos a una disciplina escolar y a una educación recibida de sus padres, están más bien cohibidos y procuran no cometer ninguna falta, porque ignoran su importancia. Es luego, en el período en que la persona suele prescindir de la educación recibida para substituir la por la que le dicta su carácter cuando se afina o se perversa. Y son las personas de “criterio propio”, por decirlo con eufemismo, las que hacen caso omiso de las fórmulas sociales.

“Las sillas son para sentarse”, oímos decir a gentes que asisten a todas partes con una terrible familiaridad. Se arrellanan en el sillón, extienden las piernas, las cruzan, descalzan un pie sobre otro, y con inquietante nerviosidad pedalean y no se dan un momento de reposo. Se sientan otras con tal violencia que la silla gime bajo el peso de la desconsideración...

Entre estas personas las hay que completan la incorrección con una impertinencia mayor. Surge el comentario sobre la fragilidad de los muebles de ahora. Lejos de lamentar el perenne material de una silla que han roto al sentarse, lo agravan insistiendo en el tema de la imperfección de las industrias. Se levantan, quieren demostrar que la culpa es del mueble. Y al volver a sentarse, la silla queda en calamitoso estado. Hay que sentarse con cuidado, permanecer erguidos con naturalidad y no estar inquietas cambiando de posturas constantemente.

Los preceptos de urbanidad dictados en el colegio no deben limitarse al comportamiento en el establecimiento de enseñanza, y la parte teórica, perfectamente conocida por los alumnos, debe practicarse en todo momento en la escuela, como en la calle, como en casa, como en cualquier parte.

El respeto a los demás debe garantizar el que deseamos que se nos tenga. Cometer la falta de pedir disculpa para seguir cometiendo falta tras falta y seguir pidiendo disculpas, es servirse de los modales como antifaz que oculta nuestros verdaderos actos. Abrirse paso entre un grupo a fuerza de codazos y pidiendo permiso, luego de habérselo tomado, no es propio de persona correcta. Jugar en la calle, tomándola por campo de deportes, palear la pelota y dirigir la patada viendo venir a un transeúnte es no respetar a nadie y adueñarse de lo que a todos pertenece sin ser de ninguno.

Vivir en la ciudad exige el cumplimiento de los deberes de un correcto ciudadano.

**Cómo debemos hablar.** — En toda reunión de personas, a poco numerosa que sea, hay una persona más locuaz que las otras, lleva el timón de la conversación y tercia, habla, interrumpe y se entromete sin dejar expresar a los demás cuanto quería decir; él se anticipa y da forma al pensamiento ajeno... Suele ser impulsivo y no sabe dominar su incontinencia verbal. Pero existe el caballero reposado, consciente de su importancia social, que considera imprescindible expresar sus ideas revistiéndolas de un empaque más ceremonioso y solemne: este caballero es el orador que llamamos espontáneo...

Para hablar en público, es indispensable tener algo que decir que interese a todo por igual y saberlo decir de tal modo, que la voz de uno sólo exprese lo que dos hubiesen querido decir, aunque no todos lo hayan pensado. El que sabe expresar el sentimiento ajeno merece la aprobación general y es sinceramente felicitado. Eleva su persona sobre un pedestal de aplausos y tiene la simpatía de la concurrencia. La barra de algunos que se las dan de oradores, sólo logra de los que tienen el dolor de escucharlos, los bostezos y las muestras de aburrimiento.

**El mal hablador o blasfemo.** — Este ser asqueroso, inmundicia de la sociedad, halla también campo abierto en las reuniones y banquetes. Acostumbra tener empeño en querer haceros reír con sus simplezas, torces e insultantes palabras, que os falta al respeto y decoro a vosotros mismos, rebajando vuestra dignidad, poniendo en sus palabras la asquerosidad mezclada con las blasfemias más irritantes. Cuando os encontréis con esos bichos, mostrad vuestra disconformidad haciéndoles el vacío, dejad que se diviertan solos.

C. N. M.

## El Vendedor de Felicidad

Una revista literaria pregunta el mes último a sus colaboradores y amigos: “¿Cuál es el sueño de su vida?”

Tengo aquí el cuaderno donde se recogieron las respuestas. Tenerías, palabras ingeniosas, gritos de metafísicas, angustias, confidencias amargas, rasgos de hipocresía, suspiros elegíacos o bucólicos, de todo hay allí adentro. Y aunque los sueños de cada uno no se parecen al de los otros, y aun más, se contradicen, tienen todos un punto común: el egoísmo.

Gloria, honores, salud, ciencia, paz, he aquí lo que reclaman nuestros ilustres contemporáneos. La paz, sobre todo, que les hace, parece, una falta terrible: la vida moderna es dura para los hombres célebres. Andrés Bello, más modesto, se contentaría con una receta para la obediencia. En suma, la mayor parte son muy exigentes. Si ideal se encuentra por todas partes en el comercio, y si el destino quisiera molestarle un poquito, tener mejor dicho, algo de buena voluntad con los pobres mortales, los dejaría satisfechos a casi todos.

Una sola de estas demandas, da deseos de enviársela a su expeditor, dándole miles de gracias: es la del señor Henry Bordeaux.

“Si me fuera posible, dice él, escoger entre mis sueños, yo elegiría como Alfonso Daudet, el ser comerciante de felicidad.”

“¿Por qué no pide también la luna? Hay gentes que no son razonables.”

Yo sé, amigas de caritativo corazón, lo que vais a decir: “En fin, he aquí un hombre que no piensa solamente en él!”

Pero no nos equivoquemos. Yo conozco bien el sueño del señor Henry Bordeaux, por haberle sentido yo misma muchas veces. Es un lindo sueño, tan egoísta como los otros.

Allez, rien n'est meilleur, à l'ame que de faire une ame moins triste...

Verlaine dice la verdad. Es un placer de los dioses. Pero sin embargo, los propios dioses no parecen muy interesados en procurárselo. Pero no. Hay un dios que comprende la vida, y ese dios es Júpiter. Se pudo cambiar en cisne, en general de Tebas, en lluvia de oro...

— ¡Para seducir pobres niñas! Vaya un egoísta...

— ¡Egoísta! Un comerciante de felicidad, ha de lograr también su pequeño beneficio.

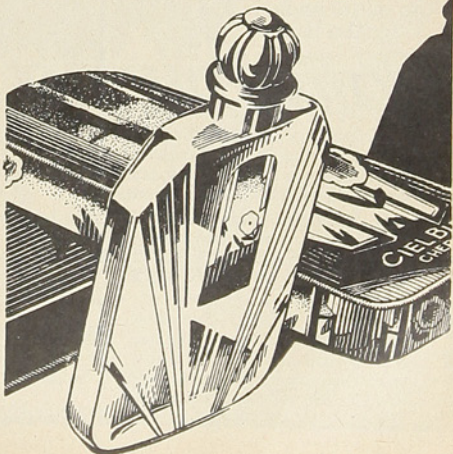
G. A. MASON.

# CIEL BLEU

(CIELO AZUL) MR

“VENTANA ABIERTA  
EN LO INFINITO  
DEL ENSUEÑO”  
NUEVO PERFUME  
DE  
CHERAMY

PARÍS MR





(De la página 26)

## RUPTURA DE RELACIONES

—Se trata de una cosa muy clara, caballero: ¡jamás, ¿comprende bien?, ¡jamás será usted el esposo de Giselda!... A menos que yo estuviese loco (¡créame que no lo estoy!), no podría dar mi hija a un hombre que le dispensa tan poco respeto que a menos de tres semanas de su matrimonio, cultivar aún relaciones culpables y se exhibe en público con una mujer indigna...

—¿Yo... yo... yo cultivo aún relaciones culpables?... — he tartamudeado, lleno de asombro. — ¿Yo... yo... me exhibo en público con una mujer indigna?... ¿Quién... quién... quién es el autor de esa absurda invención?

Papá Lemoutier se ha plantado frente a mí con los brazos cruzados, y ha exclamado, apocalíptico:

—¡No niegues usted, caballero! ¡Es inútil negar! ¡Lo sabemos todo!!! Escúcheme, hombre insensato, ya que es absolutamente necesario poner los puntos sobre las íes: esta tarde, a las cinco y doce minutos exactamente, mi esposa y yo—que pasábamos casualmente a esa hora por la plaza de la Concordia—hemos dividido a usted dentro de un taxi que se dirigía a los Campos Eliseos. Usted abrazaba a una mujer, una mujer cuyos rasgos no hemos podido distinguir, pues usted la ocultaba, pero que le hemos visto besar en los labios... si, le hemos visto tan bien como estoy viendo en este momento en que se rasca usted la nariz ineducadamente... Debía ser algo de muy distinguido la tal... señora... En fin, ¿se siente usted avergonzado ahora?, ¿convicto y confeso?... ¿Tenemos aún algo más que decirnos usted y yo?

—¿Eh? ¿Qué te parece la historia, mi buen amigo?... Papá y mamá Lemoutier nos habían visto a Giselda y a mí o, más exactamente, me habían visto a mí, a mí y a una mujer, una "mujer indigna" cuyos rasgos no habían podido distinguir. Supusieron en seguida que la tal "mujer indigna" era el objeto de una aventura cualquiera y que yo no había tenido el tacto, o el valor, de romper con ella hasta ahora...

—¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? ¿Qué habrías dicho?...?

En un principio he estado a punto de echarme a reír; en seguida, he experimentado deseos de indignarme y de decir a papá Lemoutier: "Es inconcebible, señor, lo que usted se atreve a insinuar... Usted me ha visto esta tarde, en la plaza de la Concordia con una mujer. Y eso le hace creer que yo no amo a Giselda... Pues bien, ¿quiere usted saber quién era la "mujer indigna" que yo besaba esta tarde, dentro de un taxi, en la plaza de la Concordia? Era su hija. Sí, exactamente, su hija, su hija Giselda, mi Giselda adorada, y no otra..."

Sin embargo, he comprendido en seguida la imposibilidad de expresarme así con un padre, con un papá Lemoutier; e, inclinando la cabeza bajo la tempestad, me he retirado — como se me invitaba a hacerlo — muy apenado...

Pero...

Pero mi noviazgo ha quedado bien roto. Y por el momento — te lo repito — no veo la solución de todo este enredo... A menos que, a menos que nos decidamos, Giselda y yo (y es quizá la única solución práctica), a hacer intervenir en nuestro favor a su abuela, la buena anciana Lemoutier, tan comprensiva, tan indulgente...

Por un momento yo había confiado en que, después de mi partida del hogar Lemoutier, las cosas se arreglarían por sí solas. Pero, ¡ay!, en lugar de arreglarse, parece que, por el contrario, en este momento se han complicado mucho más...

Giselda, que ha podido telefonearme hace un momento, mientras yo le escribía, me ha dicho, en efecto, que, puesta al corriente de mi "infame conducta" por sus padres ha insinuado, en la esperanza de apaciguar un poco a los esposos Lemoutier:

—Pero, en fin, vamos a ver, papá, mamá: si él besaba a una mujer en los labios, eso prueba que sabe besar! ¡Siempre es algo!

Ahora bien, el único resultado (sin duda poco lisonjero) obtenido por Giselda con esta intervención conciliatoria, ha sido el de hacer exclamar a mamá Lemoutier, a una mamá Lemoutier desdenosa y apiadada, esta sentencia fulminatoria:

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!... ¡Todo esto es más terrible de lo que suponía! ¡Cándida e ingenua como es esta criatura, si se hubiera casado con un aventurero semejante, antes de dos meses, antes de uno quizá, su vida se habría transformado en un verdadero calvario!...

MAX ALEX FISCHER

## CONOCIMIENTOS UTILES

Se ponen a hervir 400 gramos de azúcar, tres vasos de agua, una copa de jugo de naranja y el jugo de un limón.

Una vez hervidos, se pofen a enfriar; luego se les agregan 40 hojas de cola de pescado remojadas, dos claras de huevos batidas esto se deja hervir después en baño de María. Se cuela a través de una servilleta, se llenan las cáscaras de las naranjas cortadas por la mitad, y se dejan enfriar entre el hielo pisado.

Se sirven en una dulcera adornadas con hojas verdes de naranja.

## PUDING CABINET

Se hierve un litro de leche con un pedacito de vainilla, se retira un poco del fuego, se agregan ocho yemas y dos huevos batidos con media libra de azúcar.

Se hace un poco de caramelo claro en la sartén, se untan el molde con manteca. Luego se cortan en pedacitos 200 gramos de dulce de higos, naranjas, cidra y guindas, se lavan en agua tibia 50 gramos de pasas de Sultana; se ponen en un plato, se corta en pedacitos la primera preparación se pone en el molde y se salpica con pasas.

Así sucesivamente, hasta llenar el molde.

Los que están  
consagrados al  
alivio de la  
humanidad

saben que para  
los dolores,  
no existe nada  
igual a la

**Cafiaspirina**

No sólo calma el dolor en pocos momentos, sino que regulariza la circulación de la sangre y levanta las fuerzas, proporcionando así un saludable bienestar.

Los médicos del mundo entero la prescriben con absoluta confianza, porque NO AFECTA EL CORAZÓN NI LOS RÍÑONES

Dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; jaquecas; cólicos menstruales; reumatismo; consecuencias de las trasnochadas y los excesos alcohólicos, etc.



CAFIASPIRINA (M.R.) Eter compuesto estéril del ácido orto-oxibenzico con Cafeína

**PARODONTOL**

**EVITA  
CURA  
SANA**

**PIORREA  
(PARODONCIA)**

FRASCO, USASE SOLO POR GOTAS

BASE:  
YERBAS MACERADAS



(De la página 28)

**EL MARQUES D'EON O EL SECRETO DEL CABALLERO-MUJER**

de estado y de sexo cuya falta comienza en sus padres, y aún haciendo justicia a la conducta honesta y reservada, aunque varonil y vigorosa que ella ha mantenido bajo sus hábitos de adopción, exijo que el equivoco de su sexo que ha sido hasta aquí motivo de burlas malvadas y desprecios poco decentes; exijo, digo, y en nombre del rey, que el fantasma del marqués de Eon desaparezca enteramente y que una declaración pública haga neto, preciso y sin equívocos su verdadero sexo, y que la vuelta a tomar sus trajes de niña fije para siempre las ideas del público a su respecto..."

Después de tal decisión, ¿cómo quieren ustedes que d'Eon, de vuelta a Francia, no fuese considerada como una verdadera mujer? Para todos ya no fué sino la "señorita caballero". Se le escribían cartas de amor. Beaumarchais, cada día más ciego, declaraba con un pequeño aire de superioridad: "Todo el mundo dice que esa niña está loca por mí". Se vendían en la calle sus retratos con trajes escotados y diamantes en la sereja. Maria Antonieta le ofreció un trousseau. Mme. Bertin, la costurera de moda, le hizo trajes. Mme. Barnat un corset flexible y elástico. Brunet, el peluquero, un peinado de tres pisos. En vano la interesada declaraba a un ministro: "Desde que he dejado mi uniforme y mi sable, estoy más imbécil que un pato que ha perdido la cola. Trato de caminar con los tacos puntiagudos y los talones altos, pero estoy siempre a punto de caermé y romperme una pierna, y en lugar de hacer reverencias, siempre voy a coger mi peluca creyendo que se trata de mi sombrero o de mi casco". Pero d'Eon debía permanecer mujer.

Fué en ese punto cuando La Tour hizo su retrato al pastel y nos lo representa bajo el aspecto más femenino que es posible. Su imagen debía pasar así a la posteridad.

Brillantes horas que el héroe de esta increíble historia saboreaba, sin duda con alguna ironía. Rápidas horas que no debían durar.

La marquesa se encontraba en Inglaterra cuando estalló la Revolución. Comenzaron los años de miseria. D'Eon debió para vivir constituirse en profesor de francés, maestro de danza y profesor de esgrima. Un día lo hirieron cruelmente en la axila con un florete y quedó constreñido a la inmovilidad. Empeñó sus últimas joyas. Murio por fin en 1810 en una habitación solitaria y pobre, pero fiel al juramento hecho a Beaumarchais, protestó hasta su última hora de que él era mujer.

Se le creería tal vez sin los documentos irrefutables que desde entonces han llegado hasta nosotros y que ha puesto hábilmente a la luz el señor Charmain, su último biógrafo.

R. R.

**S I N D O L O R . . .**

Adiós, mujer... No quiero que haya en la despedida ni reproches ni quejas entre nosotros dos. Si nuestro amor se escapa al contemplar su huida agitemos la mano para darle un adiós...

Que no nos mire tristes porque nos ha dejado, que tampoco es motivo para sufrir por eso. Déjale que se escape que vuele libertado; ¡pobre pájaro loco, bastante estuvo preso!

Si ahora nos abandona no sentimos rencores. que si al fin es tristeza ventura fué primero; alegró nuestra vida con sus trinos mejores y nos hizo dichosos mientras fué prisionero.

Y ya verás que pronto será una triste ruina el castillo de ensueños que nuestro amor forjó, que por la misma senda donde el amor camina va el Olvido pisando las huellas que dejó.

Hasta hoy marcharon juntos tu destino y el mío porque amor los llevaba de la mano a los dos. Si ahora el Amor se escapa porque llega el Hastío sin lágrimas ni quejas te digo solo... "¡Adiós!"

Alejandro García Gutierrez

**SAL DIGESTIVA**  
**Béme-cé**

M. R.

Bicarbonato de Sosa, Magnesita, Carbonato de Cal

**ESPECIFICO DE LAS  
ENFERMEDADES  
del ESTOMAGO**

**Ardores y Dolores de ESTOMAGO**  
**Acideces — Flatulencias — Bostezos**  
**Pesadez e Hinchazon de ESTOMAGO**  
**Bochornos — Rojez del Rostro y**  
**Somnolencia despues de las comidas**  
**Dispepsias, Gastritis, Hiperacidéz, etc.**

DOSIS Una cucharadita despues de cada comida

de Venta en todas las Farmacias

**ANTI-REUMÁTICO  
ANALGÉSICO SEDANTE**

**NEURALGIAS, FIEBRE,  
JAQUECAS, GRIPE,  
CIÁTICA, REUMATISMO**

Resfrios, Dolores de cabeza y muelas

*Alivio inmediato:*  
sin efectos secundarios nocivos

**ASCEINE** M. R.

Comprimidos de Acido acetil-salicílico  
Acet fenetidina, Cafeína



De venta  
en todas  
las farmacias

Tubos de 20 tabletas.  
Sobrecitos de 1 y 2  
tabletas





# Transportes en Común

NOTAS DE PARÍS... QUE PUEDEN SER DE TODAS PARTES...

París ofrece verdaderamente al amateur del turismo, la gama de las modalidades de locomoción más ricas que se puedan concebir. Desde el viejo barco mosca, estival, que pasea por sobre las aguas de noche, una especie de isla de luz, y en el cual el capitán, único amo después de Dios, es igualmente el único pasajero, hasta el majestuoso autocar, empedrador de la calle, pasando por todos los diversos vehículos que asumen bajo tierra o en la superficie, el cuidado de

transportarnos, hay en el sistema circulatorio de la gran ciudad con qué satisfacer a un dilettanti y procurarle las sensaciones más dulces y las más violentas.

Por supuesto que a cada temperamento convendrá una manera de transporte diferente. Los impacientes, las gentes apuradas para quienes el deseo de llegar rápidamente vale más que el confort con que se viaja, y cuyo olfato no es muy quisquilloso, prefieren el metro.

La clientela del tranvía se recluta al contrario, entre los desocupados, los funcionarios, las esposas que van a dar una vuelta por los grandes magazines, de un modo general, entre las personas que tienen tiempo y que no desean ocupar éste, observando la vida, y siguen con divertida atención el cine de la calle. Por último, los nerviosos, los fatigados, los enamorados que corren a una cita, los hombres de negocios, los celosos, los políticos, los literatos y las gentes que tienen la conciencia intranquila, encontrarán en el taxi un colaborador inteligente que les proporcionará por medio de hábiles frenadas y vehementes toques de bocina, o por admirables maniobras cuya técnica es su secreto, un juego de emociones apropiado a su inquietud.

En cuanto a los voluptuosos, si no pueden pagarse el lujo de un medio de transporte individual o si su coche se encuentra en el garage, yo les recomiendo el autobús. Sin duda este paquidermo no tiene el estomago delicado del automóvil particular, bestia de lujo que sigue toda la vida un régimen muy estricto. El autobús es por esencia omnívoro. Le hace falta contentarse, lo mismo con la vendedora de pescado que con la linda dama que sale del teatro envuelta en un abrigo de petit-gris. Pero la verdad, ésta se introduce muy escasamente en su esófago o se desliza de un solo golpe hasta el fondo como un bombón forrado, mientras que la primera con su indigesto canasto, se detiene en la entrada.

Y qué exquisito es este medio de transporte para el que gusta de contemplar formas agradables! Por cuatro tickets se saca casi siempre en la lotería del autobús una linda mujer. Naturalmente, hace falta ayudar un poco el azar. Pero la estrategia no es complicada. Basta con instalarse desde la partida en la banqueta del fondo, de espaldas al chauffeur. Desde allí se la ve venir, y uno se puede bajar en el curso del camino según la fuerza de atracción que se desprende de la pasajera bajada en el último paro, y ello sin temor de que el señor de enfrente impute este cambio a otra causa que al deseo legítimo de no caminar retrocediendo. Por fin, exquisita atención a la cual los tímidos no pueden mostrarse insensibles, el autobús permite, gracias a sus vidrios que juegan el rol de espejos extraviados, el mirar a una mujer tan largamente como se desee, sin impertinencia y manteniendo el aire de contemplar el paisaje.

Me dirán usted, ¿qué es este pasatiempo no es mucha felicidad. Soy de esa opinión también, pero ello no quita nada para que yo sea partidario, entre todos los medios de transporte, del autobús.

G. A. M.

## SOBRE LA MUJER

Las mujeres alardean de su imperio cuando deberían emplear todo su arte en disimularlo. Todas las mujeres incurren en la humorada de disfrazarse de siervas, son reinas.

¿Quién más fuerte que una débil mujer?

El único milagro que aún se verifica en nuestros días es el de la encantadora Circe, que transformaba a los hombres en bestias.



## ¿Se Resfría Usted Fácilmente?

La potencia tonificante de las sales minerales y demás valiosos elementos científicamente combinados, hacen del Jarabe de Fellows un reconstituyente de gran alcance que se puede tomar en toda época del año.

ES una señal de debilidad orgánica... Con cada resfrío sus fuerzas se van minando y su organismo queda despojado de resistencia. Fortálzcalo a tiempo con el Jarabe de Fellows, el tónico que puede crear fuerzas en su sistema; estimular su apetito; ayudarle a extraer de los alimentos más poder nutritivo; devolverle su vigor físico y agilidad mental. Tome el Jarabe de

En las Farmacias de  
58 países es  
**FELLOWS**  
el tónico predilecto.

con la confianza que inspiran  
60 años de eficacia  
insólita.

M. R.

JARABE DE  
**FELLOWS**



Base: Hierro, quinina, estircina e hipofosfitos de manganeso potasa, sosa y cal.



C. Sócrates G. Teniente "C", Rancagua, 25 años, desea correspondencia con fines matrimoniales con señorita o viuda, sin familia, no mayor de 25 años. No exijo posición social, sino cariñosa, instruida, que reúna condiciones para formar hogar feliz.

Dallia G. San Javier, desea correspondencia con joven serio dispuesto a formar hogar con persona enemiga del modernismo.

J. Zamorano, desea correspondencia con jovencito no menor de 25, trabajador, cariñoso. Correo Galvarino.

José Ramírez, Regimiento "Talcahuano", de Artillería de Costa de Talcahuano, desea correspondencia con señorita de 22 a 26, ilustrada, seria y cariñosa. El es moreno, simpático, corazón noble.

Otto N. Benigno B. y Ciro A. Fuerte Borroño, Talcahuano, irresistibles marinos, buscan concurso de lectoritas, que se sirvan endulzar la vida amarga del mar. No importa que no sean bellas como Venus, si son buenas y sinceras.

Arnoldo Alvarado, Casilla 638, Concepción, 17 años, buenmozo, bigotitos a lo Ronald, desea correspondencia con señorita simpática.

Nina D. G., Correo 6, Santiago, busca amigo espiritual, confidente sincero, que sepa lo que es el dolor.

Betty Hermosilla, Correo 2, Chillán, 14 años, desea correspondencia con mocoso no mayor de 16, que sepa amar. Enviar foto.

Maggie U., Correo 2, Chillán, ojos verdes, 15 años, desea correspondencia con chiquillo hasta de 18. Foto.

Deseo correspondencia con jovencito que se tituló en la Escuela Normal de Chillán. Actualmente trabaja en la E. de Mecánicos de Valparaíso. Sus iniciales son R. G. M. G. Soy la chica que estudiaba en el L. P. A. en casa de B. V. A. Meche. Correo Cauquenes.

Carlos Yáñez V., Correo San Fernando, 26

## consultorio sentimental



años, moreno, atlético, sincero, leal, lleva en su corazón la imagen de una mujer que ha de ser encantadora, honrada, cariñosa, sumisa. Edad, 15 a 17 años; ojos verdes, pelo rubio o castaño, boca chica, regular estatura, y posición. La quiero para compañera de mi vida.

Toty, Tita y Taya, Correo Principal, Valparaíso, desean correspondencia con tres jóvenes santiaguinos, 18, 23, 26. Prefieren estudiantes. Contestar separado.

Lidia Varela V., Correo Central, Santiago, muchacha que ha sufrido y que amó; pero que huyó de ese amor, por encerrar un desengaño; busca amistad desinteresada sin mirar posición. Tiene escasa libertad.

Alberto Ferreira, Casilla 4616, pregunta a Luna de Plata por qué dejó de escribirle. Se interesa mucho por saber de ella. Retire carta del Correo 3, de Valparaíso.

M. López, Correo 3, Valparaíso, joven modesto, sin vicios, 33 años, desea conocer señorita simpática de más o menos 25, con condiciones para formar hogar que corresponda a mi situación. Preferiría de Santiago o Valparaíso. Ojalá foto.

Wallace y Art Acord, amigos de 19 años, desean experimentar amor puro y eterno con hermanas o amigas dispuestas a comprender a estos corazoncitos. Correo, Potrilloles.

C. C. Pérez, Manuel Infante 226, Santiago, joven chillanejo, actualmente en Santiago, desea entablar relaciones con fines matrimoniales con señorita santiaguina o pro-

vinciana de 18 a 25. El es alto, moreno, feo, pero agradable. Posee situación desahogada y ofrece muy buenas cualidades. No tiene vicios. Escribir y enviar foto.

Margot K., Correo 2, Valparaíso, 19 años, buena familia, no mal parecida, amante del cine, la música, la lectura, desea correspondencia con joven alto, simpático, ojalá marino o militar, no mayor de 23 años, bien educado, buena presencia, rubio, de Valparaíso.

La chiquilla de la Casilla 365, le ruega a Humberto Mansilla que le haga el servicio de devolverle el retrato que le tiene, y no quiere saber más de él en vista de su silencio. Por lo tanto, que se abstenga de escribir, porque ya es tarde.

Anny Spry Esmond, ruega a Enrique Nawrath que le devuelva su foto a la misma dirección de antes.

Nina Vicuña, Correo 18, declara que su ideal sería un cadete naval o militar, no mayor de 17, muy serio.

Amarthi y Astary, Correo, Linares, primas de 16 y 18 desean correspondencia con dos jóvenes que tuvimos la felicidad de conocer en la Plaza de Armas viendo girar "la rueda". Uno de ellos es de "La Bola de Oro". El otro no sabemos dónde está.

Carlos Astudillo. Falta dirección.

Juan Vicuña y Antonio Astudillo, Correo 2, Valparaíso; 18 años, desea correspondencia con señoritas de 16 a 18, cultas y de corazón sincero.

C. A. F. Fuerte Rondizón, Quiriquina, Talcahuano, desea correspondencia con chiquilla de 18 a 22, bonita, amante del cine y de la casa. Yo soy marino y me encuentro en la Compañía Disciplinaria por seis meses.

Maria Valdés Marchique. Falta dirección.

Yolanda de Montel, Marchuigue, "La Es-



Para personas "chic"  
Medias Der-Ven

Armónico complemento de las más hermosas prendas femeninas, las Medias DER-VEN son primicias de color, diseño y elegancia. La maravillosa suavidad de su rica seda no les impide, sin embargo, resistir firmemente el desgaste por uso intenso y frecuencia de lavados.

Combinan así calidad, distinción y economía.

Der-Ven

## ¿Es posible adelgazar sin que se debilite el organismo?

Esta es la pregunta que se hacen todas las señoras que sufren por su obesidad y que han empleado ya MUCHOS MEDIOS de combatir sin lograr el resultado tan deseado, obteniendo sólo perjuicios para su salud.

Sabido es que la causa de la OBESIDAD cuando no proviene de exceso de comer, se debe al MAL FUNCIONAMIENTO del cuerpo tiroideo y esto se fácilmente remediable ayudando a este órgano de secreción interna con sus propios EXTRACTOS o con los PRINCIPIOS ACTIVOS DE SUS SECRECIONES (combinaciones yódicas).

Este es el criterio que ha inspirado a los técnicos del LABORATORIO GEKA, para incluir en la fórmula de la DELGADINA el EXTRACTO TIROIDES como un principio activo de ella.

Aconsejamos a las personas que usen la DELGADINA, someterse a la vez a un régimen alimenticio, absteniéndose de las grasas, aceites, féculas, etc., pudiendo en cambio ingerir verduras frescas en CUALQUIER CANTIDAD sin temor de debilitarse.

Recomendamos la DELGADINA como el ÚNICO MEDIO SEGURO de combatir científicamente la gordura sin perjuicio alguno en la salud.

No lo olvide, la DELGADINA es preparada por especialistas, a base de Extr. Tiroides, Extr. frangul, Extr. fucus ves, Tint. Rubarbo, Tint. Iodo Iod. Alcohol, Agua y azúcar.

PÍDALA EN TODAS LAS BOTICAS DEL PAIS

LABORATORIO GEKA

CASILLA, 3867

MAESTRANZA, 1169.

SANTIAGO





# Labios Tangee

## MATIZ

### RADIANTE

Labios seductores, radiantes, frescos, pero naturales. El Lápiz Tangee, de fama mundial, al aplicarse suavemente a los labios cambia su matiz hasta armonizar con sus facciones, como la obra misma de la Naturaleza. Un milagro realidad. El Lápiz Tangee no deja rastro de grasa o pigmento; produce el color radiante de la juventud y belleza. Protege y suaviza los labios. Pruebe también el Colorete Compacto, la Crema Colorete, el Polvo Tangee, la Crema Nocturna, la Crema Alba y el Cosmético.

Representantes

Klein & Cia. Ltda.

Santiago, Chile

# TANGEE

SE PRONUNCIA "TANY"



THE GEORGE W. LUFT CO., D. de E.  
417 Fifth Avenue, New York, E. U. A.

Por 20 cts. oro americano enviamos una cajita conteniendo los seis productos principales.

Nombre.....  
Dirección.....  
Ciudad..... País.....

trella", 17 años, alta, delgada, físico no despreciable, dispuesta a querer de verdad, busca amigo no mayor de 22, simpático, educado, buenos sentimientos.

Graciela Vicuña, Correo 18, hermanitas serias, sinceras, desean correspondencia con aviadores.

Odette Moraga, Correo Central, Santiago, busca amiga o amigo, porque no quiere amor, que siempre es falso, para cambiar ideas sobre literatura y otras ciencias.

"Misterioso", Talcahuano, Correo, 22 años, educado, desea amar y ser amado por señorita de corazón libre.

Nely Aguilera V., Correo, Concepción, 19 años, amante del hogar, nada exigente, desea encontrar un lectorito de "Para Todos" que sepa comprender para llegar a ser grandes amigos.

Chel X., Correo 2, Valparaíso, desea amigo feo, pero simpático, retórica sencilla, pero emotiva, educado, y que sepa amar.

Morocha Pinochet, avisa a sus correspondientes que no es linda ni joven, sino vieja y humilde. Agradece, pues su atención para con ella, y desde este rincón les saluda cariñosamente, mientras toma un matecito. Correo Talca.

Luis Villegas Z., moreno, 22, desea conocer jovencita de 16 a 20. Correo 2, Valparaíso.

Lionel Prado, Correo 7, Santiago, romántico empedernido, busca la última mujer romántica que quede todavía sobre la tierra.

Tita, Nena y Lía, Correo Viña, desean correspondencia con jóvenes viñamarinos. Enviar foto.

Mary y Adriana, 17 y 19 respectivamente, morena y rubia respectivamente, desean conocer simpáticos rubitos de ojos azules. Ojalá bigotitos. Correo 17.

Manuel. Falta dirección.

Incógnito, Correo 5, desearía ser el amigo y confidente de la linda y triste señorita que vive en Campo de Marte, primera cuadra. Viste de luto.

Ilusión Marchita, Correo Central, cualidades y físico aceptables. 22 años, morena, pelo ondulado, quiere todo un hombre que sepa comprender el dolor en un corazón ajeno.

G. E. M., Valparaíso. Falta dirección.

R. E. H., Correo 3, Valparaíso, desea conocer joven educado, cariñoso, y buena presencia, no mayor de 18. Ella es morena, simpática y tiene 16. Ruega enviar foto.

Gloria G. y Marcela A., desean correspondencia con lectores de "Para Todos", buenos amigos, porque nosotras somos inseparables y contamos con 16 años. Correo Talca, por separado.

Navita Ramírez, Correo 4, ha quedado completamente enamorada de un joven de Calera, que se llama Bernabé Mesías.

Maggi Geldert, Correo Chillán, desea correspondencia con joven no mayor de 20; prefiere alemán. Ella: 17 años, rubia, sincera.

Muñeca, Correo Parral. Estoy enamorada de un jovencito calabacado, hermosos ojos azules. Raúl A., me ofrece para consolarte.

Julio Abrego y Julio Pinto, dos marineros enfermeros, 17 y 21 años, desean cartearse con chiquillas que sepan querer. Hospital Naval, Valparaíso.

Lector, no preguntes, ¿será, rubia, morena, joven... No es mi deseo dar tales detalles, porque bien comprendo que no es el físico el que impera en la vida de las almas y éstas no tienen color ni edad, pero sí, pueden ser grandes o pequeñas, según sus sentimientos, y hacer felices o desgraciadas a las personas que nos rodean. Luz Maya, Talca, Correo.

Brisa Portaña, Correo 3, Valparaíso, 19 primaveras, ojos verdes, simpática, desea en-

contrar entre los lectores de esta Revista, joven alto, simpático, ojalá extranjero, que ame con amor sincero, y tenga muy buenos sentimientos.

S. V. Kross, Correo 3, Valparaíso, 22 años, buen suerdo, rubio, desea amistad con fines matrimoniales, ojalá morena.

Alma en Pena, desea correspondencia con estudiante de la Escuela de Artes y Oficios, cuyo corazoncito no tenga dueña. Correo, Talca.

Ramón Navarro, Correo Talca, desea correspondencia con la simpática sanjaverina cuyo nombre es Ester C., que vive, si no me ha engañado, en la calle Sargento Alda esquina Esmeralda.

Marta S., Correo Talca, desea correspondencia con el jovencito sanjaverino a quien una vez di mi dirección. Su nombre es René, pero yo le decía siempre Nenito.

M. y M., Casilla 206, Ovalle, extranjero, 25 años, profesional, recién llegado, desea conocer con fines serios, señorita distinguida que sepa inglés, francés o alemán, amante de la música y del deporte, de 18 a 21 años. Ruego envíe foto.

Rodolfo Ocampo, Correo 11, Providencia, desea amistad con chiquilla de 17 a 18 años, buen físico, morena o rubia, que le guste cine y auto. Soy moreno, 20 años, simpático y poseo un folleto cerrado cinco asientos.

Sergio Stephen D., Correo Principal, Valparaíso. Hace años soy admirador de Bertita Gambo y espero siempre que algún día tan adorable persona corresponda al amor que le profeso. Sería muy feliz si contestara.

Nieve del Valle y Judith Briceño, Correo 3, Talca, desean correspondencia con jovencitas de 17 años, querendones y de buena familia. Ojalá foto.

Sofía Delux, Correo Central. Me cuento en el número de las mujeres simpáticas, situación económica y social buena. Creo hacer la felicidad de un hombre exigente. Lo deseo alto, moreno, buena situación, muy simpático, canas en las sienes, capaz de amar y comprender y valorizar la virtud en la mujer.

Diana, Casilla 219, Parral, 20 años, seria, trabajadora, juiciosa, desea correspondencia con joven de sentimientos nobles y culto. Pelo castaño y ondulado.

Rosalía Letelier, Correo Linares, 18 años, ricachona, bonachona, desea correspondencia con joven de 18 a 20, educado, culto, sentimental, fino, instruido. No importa fíjese ni situación.

Augusto Soberano, Correo Angol, español, 29 años, instruido, culto, importante empleo bancario, presencia caballerosa, desearía relaciones con fines matrimoniales con señorita chilena o hija de españoles, simpática, bonita y culta, residente en Temuco, Lautaro o Victoria.

Carmencita. Falta dirección.

Norma Drake, Correo Central, señorita que teme quedarse solterona. 25 años, buenas cualidades, trabajadora, modesta, amante de su casa y del que vaya a ser su marido, desea correspondencia con joven trabajador de familia respetable.

Muchacha sin pretensiones, moderna, gordita, simpática, desearía trabar amistad con lector de "Para Todos", de 17 a 20 años. Bertita Jirón S. Estación Perallito, Calqueque, Colchagua.

Rosenda. Falta dirección.

Alejandra Fusler. Carta y dirección ilegibles.

E. R. Zañartu. Falta dirección.

Marte Luise Latour, Correo Central, Valparaíso. Portefincha admiradora de Manuel C., jefe de la firma Buchanan Jones, desearía saber si su corazón era libre. Escriba si se interesa por esta incógnita.

Maritza Sillies, Correo 3, Valparaíso, 18 años, no fea, simpática, desea correspondencia



cia con extranjero de buena familia, formal, 22 a 28 años, sentimental.

Aurora Herrera, Correo Central, Santiago, 22 años, desea tener amistad con joven de 28 a 25, serio educado. Sólo desea un amigo que la acompañe al cine y a paseo. Su físico es bueno que regular. ¿Será mucho pedir, una amistad sin compromiso alguno?

Mónica, Correo Concepción, Simpática, 18 años, morena, alta, amante de la música desea correspondencia con universitario penquista. Ojalá medicina.

Lucy C., Correo 3, Valparaíso, desea correspondencia con el simpático violinista de las rotativas del Colón. Antes usaba bigote. Conteste, si su corazón no está comprometido.

Margot V. Z., Correo, Talca. Mi ideal será siempre mi querido Osvaldo Correa, secretario de la Caja Agraria de San Javier. Te quiero hoy más que ayer y menos que mañana. Contesta.

J. B. B., Correo 5, Santiago, desea correspondencia con el joven de azul que viajaba en el tren que sale de Cartagena a las 4.40 horas, para llegar a Santiago a las 8 horas. ¿Se acuerda de la chica de verde?

Lola Magda, Correo, La Serena, desea encontrar un verdadero amigo, no importa físico si sabe querer. Ella: 19 años, seria, franca.

Gloria Smiyh e Inna Tallman, desean correspondencia con jóvenes de 20 a 25, ojalá extranjeros, que sepan castellano. No importa físico. Correo 2, Temuco.

Jorge Aravena G. Tú eres mi ideal siempre. ¿Adivinas quien soy?

Japonesa, Correo Central, Valdivia, figura agradable, dispuesta a amar, desea correspondencia con joven de 20 a 25 años, educado, atractivo.

Antonieta, Correo, Viña, desea correspondencia con el simpático chiquillo que vive en Las Salinas y estudia en el Liceo de Viña. Lo veo diariamente en la góndola de El Recinto. Se lo pide una chica, también estudiante, que no sabe estudiar sola.

Ketta Ravelot, Correo, Curicó, desea correspondencia con joven honorable, buena ocupación, de 26 a 30 años.

Mercedes Salinas, Daniel 956, desea noticias de los hermanos Chipe y Lalo Sauré, que se encuentran en Concepción.

E. F., Correo, Collipulle, desea correspondencia con joven de familia distinguida, que sea médico, de Santiago o Concepción.

“Freddy”: reconozco que he procedido mal, pero ha sido involuntariamente. Desearía explicarle lo que pasó. Si usted me ha perdonado, desearía continuar esa bella amistad. Fresca, San Fernando.”

E. C. F., Casilla 355, Quillota, a Saladino Reyes, Correo, Osorno. Lei su parrafito y desearía datos de su persona o mejor foto.

L. Venegas, Correo Central, 24 años, desea encontrar una alma que lo acompañe en sus horas de tristeza. La prefiere viuda, no mayor que él. No importa físico, pero sí, que sea cariñosa y de buenos sentimientos.

Blanca Estela del Mar, Correo, Talca, desea correspondencia con joven de 28 a 35 años. De cualquier punto del país. Sin violencias, con un corazón capaz de comprender y sentir una amistad libre de toda pasión. Ella tiene 22 años. Sencilla, trabajadora, no es bonita, pero sí simpática.

Fred Lenn, Correo Central, Santiago. Vi una preciosa chiquilla en el Septiembre, del domingo 2 de marzo, acompañada de su hermana. Vestía traje color lila, cinturón blanco, collar de perlas finitas, preciosos zapaticos. ¿Podría seriamente con alguien? Yo soy el joven de negro que la miró mu-

cho en el teatro y la siguió hasta su casa, calle Claras.

Charles Grace, Correo, Iquique, 23 años, rubio, ojos azules, amante a los deportes y música, buena familia, atrevido sin pretensiones, desea correspondencia con lectora de esta importante revista, para ofrecerle lo que su corazón encierra.

Vera Velásquez, Correo Providencia. Soy muy pobre, y deseo amar con todas las fuerzas de mis primavera desbordantes de ternura, ¿dónde estará ese corazón hermanito?

Nelly del Campoamor, Correo, Ovalle, 20 años, romántica, dueña de casa, muy formalita, desea correspondencia con joven profesional, doctor o farmacéutico, pero sólo con fines matrimoniales. Soy del campo, y nunca he poleado.

R.— A una que desea vida tranquila.— Debe usted esperar. Es usted muy razonable para no tener sino 17 años, por la misma razón creo que atenderá nuestro consejo. No se case usted hasta que ame a su novio. Es peligroso casarse sin amor. Pero es casarse enamorada y con un mal hombre, pero usted está en circunstancias de esperar. Con el tiempo, es probable que olvide a su primer novio, tan precozmente amado por usted. Si, con el tiempo también se enamora del segundo, resuelve usted el caso en forma doblemente favorable. Pero es mejor que no se case, mientras continúe queriendo al primero. Ello no implica ser mayor para amar de veras. No se apresure. Las muchachas no deberían hecharse encima las cargas del matrimonio, hasta pasados los veinticinco años. ¡Es tan dulce la juventud de una muchacha solterita, cuyos padres son buenos! Siempre a su disposición.

Della T., Santiago, Correo 3, Profesional, admiradora del mar y sus marinos, desea hábil piloto que pueda llevar el timón de un corazón sensible y bueno. Indispensable foto.

Sirena de los Mares, Correo Central, Valdivia, 25 años, simpática, desea correspon-

**El desinfectante que toda mujer debe usar diariamente para su higiene íntima**



**NEOLIDES**

M. R.

**antiséptico vaginal  
ni cáustico - ni tóxico**

**Comprimidos bactericidas,  
cicatrizantes, astringentes,  
ligeramente perfumados,  
desodorizantes.**



**Previenen  
y alivian  
demuchas  
dolencias  
femeninas**

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS



**Segura, Inofensiva, Rápida para aliviar la Gripe y los Resfriados**

**FENALGINA NO DEPRIME EL CORAZÓN  
RECETADA EN EL MUNDO ENTERO**

No puede saberse nunca cuando va a venir un catarro. Pero si podemos saber cuando se va a ir, tomando las tabletas de FENALGINA. Un catarro no debe realmente alarmarnos, pero hay que atenderlo porque rápidamente puede convertirse en una bronquitis, o en una pulmonía mortal si no se cura a tiempo. Un resfriado, por fuerte que sea, desaparece en una noche si se toma FENALGINA. En cuanto se sientan los primeros síntomas de un resfriado —pícor en la garganta, tos, estornudos, escalofríos o fiebre, tómense 1 o 2 tabletas de FENALGINA. Léanse las instrucciones que vienen en cada cajita. Pueden tomarla hasta los niños pequeños.

NO ACEPTE SUSTITUTOS. ELIJA SIEMPRE QUE LE DEN

**PHENALGIN**  
(FENALGINA)



FENALGINA M. R.: Fenilacetamida carbó-amoniada. Se vende también en sobresitos de 4 tabletas o \$0.60 cada uno. Único distribuidor: AM. FERRARIS—Casilla 29 D, Santiago de Chile





## Uñas Perfectas... Sencillamente...

**QUE** encanto el de unas manos atractivas, con uñas bien cuidadas! ¡Y qué fácil es tener uñas perfectas! ¡Y qué feas se ven si se descuidan! Debe atenderse de preferencia a la cutícula. Esta nunca debe cortarse. Suavícesela y désele forma con este sencillo método Cutex.

**PRIMERO:** Mótese un pedazo de algodón en CUTEX Removedor de Cutícula, pasando suavemente debajo y en torno de la uña, empujando la cutícula hacia atrás, dando así a las uñas una forma perfecta lo que hace resaltar la media luna. Observe como el Removedor de Cutícula remueve cualquier mancha en las uñas. Enjuáguese las manos en agua pura y remueva la cutícula muerta que el Removedor haya desprendido.

**SEGUNDO:** Dé a las uñas ese natural brillo que solo CUTEX Esmalte Líquido puede darle, o si Ud. prefiere, pule las uñas con cualquiera de los famosos Brillos Cutex.



Las preparaciones Cutex se venden dondequiera que haya artículos de tocador.

# Removedor de Cutícula Cutex

6 manicuras completas por Tres Pesos

Envíe Ud. Este cupón con Tres Pesos y recibirá un Estuche de Presentación que contiene todo lo necesario para la manicura a domicilio.

ENVÍE ESTE CUPON HOY MISMO

GUSTAVO BOWSKI, Edificio Mutua de la Armada,  
7.º piso, Oficina, N.º 10, Casilla 1793, Santiago

L. O.—4

Incluye Tres Pesos en sellos de correo para un Estuche de Prueba de Manicura de Cutex.

Nombre.....

Dirección.....

dencia con joven que la supere en edad y tenga buen porvenir. Inútil escribir sin enviar foto.

**Esperanzado,** Correo 11. Desde hace tres años, es mi único ideal la simpática morenita. L. Muñoz, que estudia y vive cerca de mi casa. La quiero con toda mi alma. Ojalá no reciba estas frases sinceras con la indiferencia con que pasa junto a mí. ¿Sabra quien soy?

**L. Valencia,** Correo Antofagasta, 20 años, no creo en el amor pero quiero creer. Soy un Valentino en mi barrio, pero aún no he encontrado muchacha que me guste. Ojalá la encuentre entre las lectoras de esta revista. Mido 1,75, peso 70 kilogramos, pelo negro, moreno. Ofrezco mi corazón en pública subasta.

**F. Fallow.**—Falta dirección autorizada por usted.

**Flor de Lys,** Correo Central, Valdivia, 19 años, morena, ojos matadores, desea correspondencia con joven que la supere en edad, estatura y físico agradables.

**Elena Suárez,** Correo, La Serena, desea correspondencia con joven de 23 a 30 años, serio, educado. Ojalá de Talita, puerto o salitreras, porque pronto partiré para ese lugar.

**Incrédulo,** Casilla N.º 1, Potrerillos. Soy alto, moreno. No creo en el amor. ¿Hay alguna lectorcita que crea en él y sea capaz de convertirme. Le agradeceré su correspondencia, y que me haga cambiar de opinión.

**J. Aguayo,** Correo, Casilla 12, Palliaco—Agricultor, 45 años, alto, delgado, buena figura, joven de cuerpo y espíritu, buena educación y conducta excelentes, desea correspondencia amorosa y trabajar en sociedad con soltera o viuda, de 30 a 50 años de edad. La prefiero gordita. Agradecería foto.

**Maria Antonieta,** Correo, Viña, 29 años, buena dueña de casa, pasado cristiano, desea correspondencia con joven de 30 a 40, de las salitreras o de la Braden Cooper. Prefiere extranjero.

**Regina Lals,** triste de no sabe qué tristeza, busca consejo y consuelo. Correo, Chillán.

**C. Mayorga,** Correo Galvarino, morena de ojos grandes, desea correspondencia con jovenito rubio, ojos claros.

**Dama de las Camelias,** Correo Central, Santiago, joven poseedora de cien mil pesos, más una casita amoblada, desea conocer joven de 30 o 25 años, rubio o moreno, simpático.

**R. M.,** Correo Principal, Valparaíso, desearía conocer a una chica muy simpática que vende en el Almacén San José, Cerro Larraín.

**Luciana Montalva,** Correo 5, Santiago, escribió a un señor Ferdinand Pels, Talcahuano. No le contestó. ¿Por qué?

**Luciana Montalva,** Correo 5, Santiago, desea correspondencia con muchacho amigo de los libros. Se trata de una chiquilla de 23, a la antigua, que no ha pololeado jamás.

**Morucha y Bessie,** chiquitas y morenas, trabajadoras como las hombreras, desean correspondencia con alemanes. Ojalá de Valparaíso. Correo 3.

**R. O. V. G.,** Correo Central, Talcahuano, desea correspondencia con una señorita de 16 a 18, educada, amante del hogar, morena, esbelta, prefiere no sea de Concepción. Yo soy alto, moreno, regular posición, establecimiento propio, 26 años. Mi aspiración es casarme en seguida.

**Lorelev Davis,** Correo, Temuco, desea correspondencia con joven honorable, no mayor de 24. Ojalá foto.

Desearía saber si la señorita Berta Salazar Prieto, no ha recibido la carta que le he escrito, o si mis cartas no han sido de su agrado. Correo 2, Santiago, Manríquez H.

**Grenal, Hat, Torado,** jóvenes serios, con intenciones de amar, desean correspondencia



con tres chiquillas simpáticas, que sepan querer. Ojalá foto. Correo Conchi, Chile.

Renato del Río, Correo Concepción, 23 años, sencillo, serio, situación, desea encontrar una joven de 18 a 26, familia honorable, porte mediano, excelente salud. Prefiere de esta ciudad o campesinita de los alrededores, cuya aspiración sea formar un hogarito aproximado a la felicidad.

Inés Pereira, Angol, Correo, desea correspondencia con joven de 18 a 22, ojalá militar. Me encantan los deportes. Soy de buena familia. Educada en Santiago, Colegio Juana de Arco. Por ahora, veraneo en mi fundo. Envíe foto.

Dalia, Correo Central, Santiago.—Mi ideal es un jovencito muy simpático que vive en Carmen 189.

Sonia y Mirela, Correo Central, Santiago, desearían conocer a dos jovencitos, V. Arre y R. Troncoso, que conocieron este verano en el simpático pueblo de Victoria. Los dos son empleados en Grace y Cía.

Tatiana, Correo Central, Santiago, ama en secreto al teniente López del Grupo Sotomayor de Victoria. Es morocha, y nada mal parecida.

Leonie, Correo Central, Santiago, desearía ser amada por el joven A. V., empleado en el Banco Español de Victoria.

W. H., Correo Central, desea saber si le amará algún día la encantadora nena Hebe S. C. En diciembre de 1929, en Valparaíso, le recogió una revista que se le cayó cuando venía saliendo de la clínica del doctor Tomacello. ¿Recuerda que la siguió hasta Cañabanco y después hasta el lago Peñuelas? Conteste por favor a este pobre gringo que no puede olvidarla.

Pola Negri, Correo, Talca, adora a un joven de apellido Álvarez, que vive en Valparaíso, frente al Teatro Cinesa Star. Soy la chiquilla de blanco que él encontró varias veces en la Semana Porteña, una de las veces en la semana argentina. Él la siguió durante todo el paseo. Después nos encontramos varias veces en la Avenida Pedro Montt y en las rotativas del Colón.

A. G. Alarcón. Creo corresponder a su ideal. Soy rubia, regular estatura, hija de familia. Casilla 355, Quillota.

Para O. Z., de Coquimbo.—Oiga: ¿me recuerda? Yo no olvido los domingos felices en que jugábamos a las bolitas y a las cartas. Conserve en mi dedo la ilusión que me diste. Detén tus miradas en los años 22 al 26, y te verás junto a mí, en medio de la más grata dicha infantil. Si aún me eres fiel, escríbeme al nombre y dirección que sabes. Tu amigo de Antaño.

Violeta M. B., Falta de nuevo su dirección.

Wid Cat., Casilla 1, Potrerillos, desea correspondencia con señorita de 16 a 22, instruida y cariñosa, corazón libre, dispuesta a mitigar las penas de un corazón destrozado.

Carnet 154750, Correo 3, Valparaíso, jóvenes aburridos, amigos, desean conocer letradas serias, buena familia, simpáticas, vistan bien, amantes del cine, música, baile. Ojalá foto. Mandar fotos, que serán cuidadosas y reservadamente devueltas si no agradan.

Gappi, Villa.—Falta dirección.

C. del Tebe, Correo, Coronel, desearía saber del subteniente que ahora pertenece al Regimiento Exploradores No. 8, Antofagasta, que conoció el año 1927. Recuerde el nombre que escribió en el fondo de su gorra.

Ruth y Noemí Valenzuela, Correo Renca, buscan su ideal. 14 y 15 años respectivamente. Esas les desea moreno, de 20 a 25. Noemí lo quiere de 18 a 22. Las dos son bien diletas.

Alberto Piepper, Correo Principal, Valparaíso, desea una mujercita con buenos sentimientos, sincera, dispuesta a hacerse pasar una vida agradable. Soy joven, alto, delgado y no feo.

Ormu y Atiman, Traiguén, Casilla 183, espíritus definidos y extraordinarios, solicitan correspondencia con almas femeninas también extraordinarias. Escribir separadamente, cuidando de no equivocarse en la dirección, lo que sería de fatales consecuencias, dado lo extraordinario de este sueldo.

Lina B., Correo, Curicó, desea correspondencia con teniente de 20 años, simpático y querendón.

L. Petersen, Rancagua, Tte. C. Rubio, ojos verdes, desea correspondencia con una linda chica rubia y admiradora de "Para Todos".

Carnet 8469, simpática fortuna, desea correspondencia fines matrimoniales con señorita que sepa amar. Correo Potrerillos.

J. M. S. P., Correo Serena, 29 años, regular fortuna, desea relacionarse con fines matrimoniales, con señorita de 20 a 22 años, bonito cuerpo, pobre, pero culta y amante del teatro.

Mary Torres, Buenos Aires 408, Santiago, morenita 18 años, habla inglés, desea correspondencia con marino o joven que sea inglés o lo hable, pues le encanta practicarlos.

Luceita, Correo, Parral, desea hombre que sólo con su inteligencia haya surgido en la vida. Simpático.

José Crespo y Jorge O'Brien, Correo San Javier, desean correspondencia con señoritas de 20, que sepan corresponder.

Jhon Gilbert, Correo, Talca, desea saber si se encuentra en Santiago la señorita M. Lobos que estudiaba en Santiago. Ojalá me haga saber su dirección.

Sara Olmo, Correo 5, morena, pobre, pero decente, desea conocer joven oficial de carabineros, serio, edad 27 a 35.

Nora, Correo, Parral, desea encontrar amigo o camarada para cambiar impresiones.

La Tarde Violeta, Correo 2, desea saber si Humberto T. A. T., está enamorado, o es el Heraldito de San Fernando su única entretenición.

Villeta de las Torres, Correo Central, Talcahuano, desea correspondencia con joven 22 a 23, moreno, ojos verdes. Ella es simpática, morena ojos verdes. Si se interesa, mande foto, que yo no tendré inconveniente en mandar la mía.

Hortensia Romero, Correo, Rengo, 20 años, educada, familia honorable, desea correspondencia con joven de las mismas cualidades.

Alumno tercer año de la Escuela de Mecánicos de Valparaíso, desea correspondencia con señorita del sur, noble de corazón, aunque no bonita. Dirigirse N. N.

Selma Rubens, Correo 2, Santiago, solteronica 30 años, no fea, no aspira al matrimonio por haber sufrido una gran desilusión, pero desearía correspondencia con soltericonico 35 a 45, inteligente, culto, capaz de ser un buen amigo espiritual.

María de los Milagros, Correo, Concepción, sabe querer como pocas lo saben, ardiente y tiernamente. Si alguien padece, que venga a mí.

Gusty Fernández, Correo 1, Temuco, rubita que florea del cine, 15 años, familia honorable, desea correspondencia con joven sincero.

Furton C., Correo, Mina El Teniente, no feo, 23 años, estudiante, busca niña que le consuele de decepción amorosa. Es pobre. Su petición es seria. No quiere pastimeos. Ha de tener 18 a 25 años.

Ana Karenina, idealista, romántica, busca hombre sincero, y asegura que el que conteste no se sentirá apesadumbrado. Concepción, Correo.

Telsmith, Casilla 2 V., Valparaíso, busca chica bonita, 16 años, sepa lo que es amor, que me quiera sin conocerme. Yo, ya estoy muriendo de amor por ella.

Emmy y Elisa Wilson, Correo, Copiapó, hermanas, morena y rubia respectivamente, de-

sean correspondencia con jóvenes simpáticos, educados, sin vicios. La rubia lo prefiere oficial de carabineros, o extranjero, hasta 35 años.

Nona, Correo 2, Valparaíso, alma solitaria, espera encontrar amigo sincero entre los lectores de "Para Todos". No importa físico.

Rex, Casilla 2 V., Valparaíso, 19 años, buena estatura. Amaré sinceramente a la muchachita que me quiera lo mismo.

G. F., Correo 2, Valparaíso, morenita sim-

## VAHIDOS Y ATURDIMIENTOS LA ENFERMEDAD DE LOS RINONES AFECTA TAMBIEN LOS NERVIOS



ESTE MEDICAMENTO QUE DATA DE MAS DE CUARENTA AÑOS, LE HARA SENTIRSE ALIVIADO.

Puede ser que la mayoría de hombres y mujeres que se quejan de vahidos, dolores en la espalda, coyunturas y músculos, e irritabilidad, pérdida de vigor, no se den cuenta que es muy probable que su enfermedad provenga de los riñones.

Los riñones son órganos vitales, pues de ellos depende la pureza de la sangre y, por lo tanto, el estado de los nervios y músculos. Cuando los riñones fallan, los venenos se acumulan en la sangre, causando dolores en los músculos y articulaciones, en consecuencia, los nervios llegan a desgastarse e irritarse causando la debilidad y los vahidos.

¿Qué bien pueden hacerle los tónicos en esos casos? ¿Para qué debilitar su cuerpo con purgantes, cuando el medio más seguro y lógico para restablecerse y conseguir salud y vigor es restablecer el funcionamiento normal de los riñones?

¿Sabe Ud. que miles de personas han comprobado que después de seguir un breve tratamiento con las Píldoras de Witt, para los Riñones y la Vejiga, se hallaron en el sendero de la salud?

Miles de personas recomiendan este medicamento que se vende por millones en el mundo entero.

### PRUEBE ESTE MEDICAMENTO GRATIS

Para que Ud. pueda comprobar por sí mismo su verdadero valor, le ofrecemos una muestra gratis de las Píldoras de Witt para los Riñones y la Vejiga, que tienen fama de curar estas afecciones.

Cuando Ud. haya recibido su obsequio y después de 24 horas haya observado, por el cambio de color en la orina, que las Píldoras de Witt han empezado a hacerle bien, pase Ud. a la botica, compre un frasco y póngase en camino de recobrar la salud. Solicite su tratamiento hoy mismo. Escriba su nombre y dirección completa en una hoja de papel y diríjalo a E. C. De Witt & Co. Ltd. (Dpto. P. Todos), Casilla No 3312, Santiago de Chile.

## Píldoras DE WITT para los Riñones y la Vejiga

(Marca Registrada)

FORMULA: A base de Extractos Medicinales de Fichu, Buchu, Enebro y Uva Ursi como diuréticos y Azul de Metileno como desinfectante.

F. 2803 A.



pática, 25 años, desea correspondencia con joven de 25 a 30, buena presencia; prefiere guardiamarina o teniente de aviación.

Morena Jhon, Correo, Concepción, desea correspondencia con el simpático estudiante del Liceo de Hombres de ésta. Su nombre es Mario Garry. Conteste pronto.

Yoli y Lala, liceanas, 15 a 18, morenas, ojos negros y verdes, desean correspondencia con jóvenes simpáticos, 17 a 19, no muy altos, delgados.

Elena Jhon, Correo, Concepción; mi ideal es un muchacho que se fué de esta ciudad a Iquique. Sus iniciales son I. A. Estudiaba en el Liceo de Hombres.

Violeta Díaz, Concepción, desea correspondencia con un jovencito empleado en la Ca-

sa Williamson. Su nombre es Carlos G., Correo.

Pola y Nena Fernández, Correo 2, Chillán, desean pololear con marinos no mayores de 25.

D. L. F. M., Rancagua, Teniente "C", 24 años, empleado, ojos verdes, desearía corazoncito amante. ¿Habría lectorcita que se decida? La correspondencia puede enviarse en francés o castellano.

Carnet 1065349, Correo Central, 20 años, ocupado en un Banco de ésta, busca nerita educada, cariñosa, bonito cuerpo, dispuesta a amar y ser amada con amor muy grande y puro.

L. Duarte, Correo Chillán, desea saber por qué el señor Carlos Fernández, de la Serena, no contestó su carta.

Cendrillon, desea conocer joven francés o mestizo, 30 a 40 años buena familia, nobles y elevados sentimientos, capaz de apreciar una joven buena, bastante simpática, excelente dueña de casa. Correo 4, Santiago.

Doris Kenyon, Correo Central, alta, delgada, riza, bonito cuerpo, 17 años, profesional, cariñosa, trabajadora, desea correspondencia con joven 25 o 30, alto, figura distinguida, moreno, ojos verdes, educado, familia honorable.

N. F. H., Casilla 79 C., Concepción, rubio, no feo, 16 años, sincero, desea correspondencia con señorita, aunque sea fea pero que sepa amar.

Rubia Margarita, regular estatura, lindas trenzas, amante del trabajo, la tranquilidad y la sencillez, desea correspondencia con joven alto, no importa físico, familia honorable. Ella no ha amado nunca. Correo, Coronel.

Amador Amado.—Falta dirección.

Ilusión del Valle, Correo, Concepción.—Quiere correspondencia con algún jovencito que lea esta revista. Ella es una chiquilla jugetona, pero sin embargo, bastante romántica.

Erminda Díaz, Correo, Ovalle, desea correspondencia fines matrimoniales, con joven trigüenito, 20 años, educado, profesión. Ella tiene 16, educada, buena dueña de casa.

Elena Moné, Casilla 274, Temuco, 18 años, desea correspondencia con joven moreno, buena familia, amante de los deportes.

Violeta S., Correo, Concepción.—Mi ideal es un estudiante de medicina que pasa todos los días frente a mi casa. Es alto, delgado, y he oído decir que su nombre es René. ¿Recordará a la rubia de negro con quien habló una vez en la Alameda?

Silvia Kente, desea correspondencia con persona optimista, corazón generoso y entusiasta, capaz de todas las ternuras y sacrificios. Correo, Concepción.

Segundo M. Galindo, Correo Central.—Quiero para mi hogar una reina que lleve por diadema la virtud en que brillen con diamantino fulgor, el pudor, la piedad y la nobleza de sentimientos. Ha de ser culta y distinguida y poseer las demás cualidades que las madres cristianas deben sembrar en el corazón de sus hijos. Confío en que, así como he sabido a pesar de mi juventud honrar a mi Patria, pueda, gracias a mi preparación y profesión, mantener incólume tal reinado.

Quela F., rubia, mediana estatura, 14 primaveras, desea correspondencia con estudiante del Liceo, moreno simpático, de 16 a 18. Foto. Correo, Concepción.

Lupe Vélez, Correo, Osorno, desea correspondencia con el señor A. Pizarro C., Mineal "El Teniente", que expuso su ideal en esta encuesta. Agradecería foto.

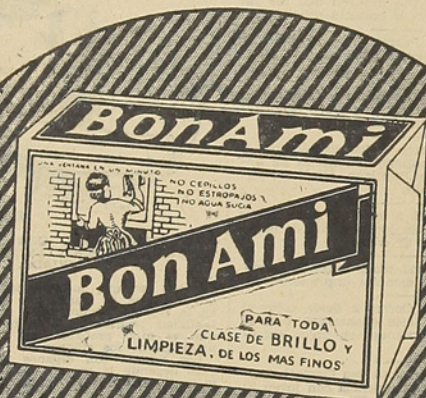
Circe y Sonia, Correo, Talcahuano, blanca y morena, respectivamente, 18 años ambas, serias, francas, dispuestas a querer con la fuerza del primer amor, desean correspondencia, la primera, con el teniente II ejecutivo Langlois, y la segunda, con el teniente 1.º, ejecutivo, Carlos Lagos.

Nanita, Casilla 3, Concepción, desea correspondencia con joven educado, alma soñadora, amante de la pintura, y la poesía, capaz de otorgar amistad sincera. Tengo 18 años, y soy amiga verdadera a la cual pueden confiarse penas y secretos.

Arturo Molina, Correo Americano, Chiquicamata, rubio, ojos verdes soñadores, amante de la música, desea correspondencia con señorita culta, querendona, amante de su casa, no mayor de 24. Fines serios.

Puerto Montt, Correo.—Cipriano Oyazco, viudo, bienes de fortuna, buen mozo, sin hijos, ojos encantadores, desea correspondencia con chiquilla 18 primaveras.

M. Mainey, Correo 6, desea conocer joven 20 a 25, moreno, alto, simpático, buena situación, familia honorable. Soy morena, 17



## Limpia más rápida y fácilmente y mucho mejor

BON AMI, el limpiador de las mil y una aplicaciones caseras, como mágico talismán, limpia a maravilla todo lo que toca—cristales, batería de cocina, servicio de loza—todo brilla—todo queda limpiísimo bajo la acción rápida del Bon Ami.

Sólo es preciso poner una ligera capa de Bon Ami con un trapo húmedo—dejarla secar durante breves instantes y limpiar la superficie con un trapo blando. El resultado maravillará a Ud.

De venta por todas partes



años, físico regular, dispuesta a amar al que sepa corresponderle.

Lily, Correo Osorno, desea correspondencia con chiquillo empleado en “Zig-Zag”. Se llama Lalo A.

Carlos Marincovich, Playa Ancha, desea correspondencia con una santiaguina que conoció el año pasado. Es absolutamente en serio, y seguramente, al saber más datos, tiene que interesarle. Escriba a Tita Hope, Correo 5, Santiago.

Beatriz y Violeta, Correo, Viña, desean entrenarse por carta en el simpático deporte del polo con marinos o militares, ojalá de la Escuela de Comunicaciones.

O. J. T., Correo, Valparaíso, deseo saber por qué la señorita Elcira Mena no contesta las cartas a quien la ama sinceramente, por una amiguita suya que están en su poder.

María Sepúlveda, Correo 1, Valparaíso, quiere conocer joven simpático, regular estatura, serio, 23 a 27 años. Ella es morena, bajita, 20 años.

Chloé Thon, mi ideal eres tú, Mario Gary, Correo, Concepción.

Desearía saber de Emilio Alarcón, empleado en la tracción eléctrica. Política L. Concepción, Correo.

Betty Hansson, Estación Peralillo, desea correspondencia con muchacho de 20 a 25, correspondencia puramente amistosa. Desea saber si su correspondencia no se aburiera algún tiempo, y se retirara sin dar una explicación.

Leonidas E. A. T., calle Colón 825, Valparaíso, instruido, alto, moreno, porvenir asegurado, quiere encontrar entre las lectoras de esta revista, jovencita rubia, 18 a 20, que sepa endulzar las amarguras de la vida y despertar el amor dormido.

Marquesa de Atravante, Correo, San Felipe, desea conocer joven sincero, nobles sentimientos. Ella es alta, triguera, pelo castaño, ojos claros.

Perla del Mar, Campamento Americano, Chiquimata, no fea, desea encontrar joven buena presencia, educado, profesión.

R. A. S. R., Correo Galvarino, desea correspondencia con el contadorcito recién titulado que vive en Arenal, Talcahuano. Se llama Alberto Henríquez.

Timida, Correo, Curicó, mi ideal es un joven que viva en Curicó, hoy en Panguelmo. Es extranjero y viste de luto.

Enrique C., Casilla 138, Traiguén, joven,

22 años, desea correspondencia con señorita buena familia, 18 a 20 años, simpática, seria, noble corazón.

Nené F. S., Correo Concepción, moreno, ojos verdes, mediana estatura, desea correspondencia con el simpático joven René Gotuzo.

María Antonieta, Correo 2, Chillán.—Mi ideal sería joven 20 a 28, estatura regular, vista elegante, familia honorable, respetuoso, educado. Ojalá de Santiago o Concepción.

G. D. y A. Ch., Ovalle, Calle Socos 118, nada mal parecido, desean encontrar entre los habitantes del Mineral Potrerillos jóvenes que deseen formar hogar. G. D. lo desea de 30 a 35 años, trabajador, no exigente en materia de físico, pero de familia decente. Ella es huérfana, buena dueña de casa. A. Ch. lo desea de 25 a 30, sin vicios, serio cariñoso, familia decente, sincero, y que no quiera distraerse con nuestras cartas, sino pensar seriamente en casarse.

Lali F., Correo, Concepción, desea saber del jovencito que estaba empleado en la Barraca Cautín, de ésta, y ahora se encuentra en Santiago. Su nombre es Alfredo Viñuales.

Nilda Díaz, Correo 2, Valparaíso, 16 años, busca amiguito sincero.

Ketty Moreno y Nena Carrasco Valdivia, 16 años ambas, distinguidas familias, alegres, bonita figura. Una, morena, lindos ojos, las dos instruidas, desean correspondencia con el guapísimo del cruceo “Chazabuco” y del destructor “Videla”, que sean finos, alegres, buena figura. Correo.

O. C. A., Sewell, 20 años, educado, desea correspondencia con chica de 20, dispuesta a querer. Ojalá foto.

Deseo correspondencia con joven de 25 a 35. Lo prefiero alto, culto, franco, sincero, leal. Hoi, Correo Central.

Kid Fox, Casilla 40, Valdivia, 20 años, desea correspondencia con señorita 16 a 20 años, admiradora de los deportes.

C. Ana B., Correo, Santa Juana, deseo correspondencia con el jovencito C. Sanhueza, actualmente en Talcahuano. Ojalá no busque amor de las portafolios, porque aquí padece un corazón por él.

Mi ideal sería encontrar un jovencito de 19 a 21, moreno, físico agradable, cariñoso, ojalá porteño. Tiene 18 años, serio, buena, capaz de querer. Mary González Pérez, Correo 3, Valparaíso.

Irene de la Vega, Correo 2, adora al jo-

venito rubio, de ojos azules, que se llama Julio R. V. Vive en Campo de Marte. Ojalá conteste.

Luisa Latorre, Correo 1, se acuerda siempre de las hermosas cartas de Alberto Lathrop. ¿Quieres saber quién soy?

O. H. H., Correo, Calera, 18 años, desea amistad con joven marino, 20 a 35, corazón sincero. Ella es simpática.

E. C. H. J., Correo, Concepción, 17 años, descendiente de padres alemanes, alto, amante de diversiones y deportes, desea correspondencia con chica simpática, 14 a 17 años.

Chela Beltrán, Correo 2, Valparaíso, desea correspondencia con joven 18 a 21, regular estatura, delgado, pelo negro, cariñoso, sincero, enemigo de la moda.

Luis Carrasco B., Correo Principal, Valparaíso, desea entablar correspondencia con jovencita de 15 a 18, de cualquier punto del país. El es rentista, ojos verdes.

Ariel L. B., Correo, Maule, pregunta por qué no contestó la última carta Judith Blew, de Concepción. Si no la recibí, es porque ella me ha dado otra dirección. Espero alguna explicación de lo sucedido.

Rabbi Dom y Roberto Damas, Casilla 25, Parral, son dos simpáticos y atractivos jóvenes y desearían correspondencia con señoritas de iguales condiciones.

Ivette Bravo, calle Santa Elvira 715, Providencia, Santiago, desea correspondencia con un joven de cualquier punto del país, con tal que no sea de Santiago. Lo deseo constante para que alcancemos a cambiar tres o cuatro cartas, y que escriba bien, para que me describa las bellezas de su tierra. Ojalá sea de un punto apartado de la capital. En mi respuesta conocerá el motivo de esta especial petición. Soy chilena.

María S., Correo, Concepción, desea consolar tristes.

Manuel Toro S., Correo, Chillán, desea correspondencia con señorita que viste de luto y vive en la calle 5 de Abril. Sus iniciales son E. H. Fines matrimoniales y absoluta seriedad.

Baledam, San Carlos, desea mantener correspondencia con la señorita que vive al lado del Mercado, en una bodega de frutos del país; es alta, gordita, muy simpática, tiene bonita voz. Si soy correspondido, conteste. Mi físico es: alto, gordito, calzo 43 y soy gringo. Correo.

L. R., Carnet N° 0035011, Correo, Talca, 22 años, amante del cine, busca lectorcita de “Para Todos”, ojalá menor que él, muy simpática, afectuosa, sincera.

Dos simpáticos amigos, de 18 a 19, católicos, serios, de buena familia, desearían correspondencia, sin llegar a conocerlos, con dos chiquillas, también serias y católicas. P. M. J. es rubio, de ojos oscuros, y B. N. M. es moreno, alto y de mal genio. Casilla 7, Rancagua.

Violeta Garfield, Correo 2, Valparaíso, chiquilla de 17 años, educada y cariñosa, desea amistad con joven de 18 a 24, amable y sincero.

Cuatro chiquillas, dos rubias y dos morenas, 17 y 18 años, desean correspondencia con jóvenes de buena familia, de 20 a 25 años. Somos simpáticas y de honorable familia. Las morenas peinan a lo Dolores del Río y las rubias a lo Greta Garbo.—Greta, Ruby, Myriam, Lila, Correo, Concepción.

Corazón que Sangra, Correo, Concepción, ruega al distinguido joven R. Quiroz, que no la olvide. Cesaron para mí sus encantadoras cartas, y no tengo más esperanzas, sino que el arrepentimiento llame a su corazón, y comprenda que no le será fácil encontrar otro cariño tan puro, invariable y sincero.

M. L. V., Valparaíso, Correo 2, desea correspondencia con joven serio y educado.

Fior Urzúa, 23 años, desea correspondencia con joven de vasta ilustración, moreno, alto, 28 a 35, situación holgada. Ella dará

## Después del Vermífugo...

Cuando el médico receta un vermífugo para las lombrices, por lo general recomienda que se tome una purga después. Laxol es ideal para después del vermífugo: su eficacia está probada, porque Laxol es aceite purísimo de ricino.

Y, sin embargo, Laxol, a causa de su combinación con esencias aromáticas, es grato al paladar y carece de sabor y olor repulsivos. Hasta los niños lo toman sin reñunfuar.

Lo venden las mejores farmacias, en la copicida botella azul.



# LAXOL

A. J. WHITE LIMITED, 70 WEST 40th STREET, NUEVA YORK, E. U. A.

Acetate de Ricino Purificado 39.96 gramos  
Esencia de Menta 0.90 gramos  
Sacarina 0.14 gramos  
Total 90.00 gramos



por carta detalles de su persona. Valdivia, Correo Central.

Rafael Barralosa, Regulares de Melilla, número 2, Ametralladores del 1.º Tabor, militar de la legión extranjera, desea correspondencia con señorita chilena, cualquiera situación, para que se digné endulzar mis penas.

Me gustaría mantener amistad con joven de 22 a 30, serio, educado, físico me es indiferente. Tengo 19 años. Carmen Laserna D., Correo 5, Barón, Valparaíso.

Diana de la Roque, Correo, Concepción, desea mantener amistad con joven empleado en la Caja de Seguro Obligatorio de Coronel. Su nombre es Domingo Fuentes.

Eduardo G. V., Correo, San Carlos, desea correspondencia con la señorita Alicia E., que se encuentra en la capital.

Luz del Castillo.—Falta dirección.

Chunney, Estrella y Emmy Ojeda, de una familia honorable y antigua de esta encantadora isla, desean encontrar marido profesional. Las dos primeras, lo quieren de 26 a 30. La última, de 23 a 25. Son excelentes dueñas de casa, serias, educadas, inteligentes e ilustradas. Poseemos muy buenas relaciones. Simpatías y fieles hasta la muerte. El que se interese por cualquiera de las tres, puede dirigirse a la primera, y añadir, para entregar a, Correo, Ancud.

Sañadora, Valparaíso.—Mi ideal sería un marino de 25 a 30, que se pareciera a John Gilbert, para que con sus caritades endulzara la monotonía del otoño que va a empezar. Correo Principal, Valparaíso.

Hace algunos años nos conocimos con el entonces cadete A. A., siendo para mí un serio y correcto compañero. Últimamente lo he vuelto a ver con alguna frecuencia, comprobando con placer que él tampoco ha cambiado en sus gustos. Cuánto me gustaría ser nuevamente su compañero, pero la plaza parece estar tomada, porque de lo contrario, se habría diligenciado para acercarse a mí.—Gaviota, Correo, Valparaíso.

F. Z. D., Correo 2, Valparaíso, desea tener correspondencia con un joven serio, simpático, trabajador. Yo soy una muchacha sencilla, no bonita, pero simpática y de buen corazón.

Al simpático M. Rodríguez. ¿Te acuerdas de aquella tarde en el Hotel de Santa Cruz? ¿Recuerdas que te acercaste a la ventana donde yo estaba? ¿No habrás olvidado lo que me prometiste? Sería muy feliz si me escribiras diciéndome que siempre me amas. Acuérdame que me prometiste darme tu dirección, pues yo pienso ir luego a tu casa para que me presentes a tu mamacita (nuestra). La gordita que te hechizó. Hotel Santa Cruz.

L. C. M., Teniente C., Rancagua, 21 años, no feo, desea correspondencia con señorita igual condición, prefiere pobre, pero de corazón noble.

Royé Condé, Temuco, Correo 2, de 27 años, regular estatura, sentimientos nobles y generosos, desea correspondencia con señorita hasta de 21 años, rubia, ojos azules o verdes, cariñosa con el que va a ser su marido.

## LOS FANTASMAS DE GALWAY

(Continuación de la pág. 38)

rididad espartana del viejo Lynch impresionaron tan hondamente al vecindario, que no hubo quien se prestara a ejecutar al criminal. Y entonces, el Mayor de Galway, padre amoroso, pero juez inflexible, con sus propias manos colgó a su hijo, al hijo a quien tanto quería, de una viga de la cornisa del castillo.

Poco después, y abrumado por el pesar, murió el pobre viejo.

La triste popularidad de «la ley de Lynch» tiene su origen en esta ejecución.

Una lápida y una inscripción.—Sobre la puerta del castillo se colocó, en 1624, una lápida en la que aparecen graba-

ridito. Soy tipo de buena situación y no feo. Ojalá foto.

Rubio de 19 años, desearía conocer señorita de 16 a 18, morena, para que alegre este corazón que aún no ha tenido la dicha de amar. Correo Principal, Valparaíso. Arturo Zapata.

Tita Fernández, Correo 6, desea encontrar hombre capaz de quererla con toda el alma, educado, familia muy honorable, 28 a 35 años, rubio o moreno, profesional y simpatísimo. Ella tiene 27, no fortuna, pero sí un corazón muy querendón.

S. O. S., Vapor «Don Alberto», Lota, inseparables marinos abandonados, desean encontrar tres dulces corazoncitos que deseen compartir con ellos las penas y alegrías de la vida del mar. Tienen 20 y 23 años. Se ruega enviar fotos.

Mi ideal sería un joven de 18 a 20 que vista decentemente. Tengo 16, alta, delgada, trabajo en una cigarrería, soy seria. Correo Central.—Marta Díaz.

Raquel Miranda, Correo, San Felipe, desea encontrar militar de 20 a 22, dispuesto a amar sinceramente. Soy rubia, ojos verdes, 19 años.

Stella y Betty Brown, Correo, Chillán, simpáticas chicas de 17 y 16, desean correspondencia con jóvenes de 18 y 19.

G. Seguel, Carahua, ojos castaños, moreno, alta, traviesa, desea correspondencia con chica de 16 a 18.

Rosguile, Carahue, desea correspondencia con chiquilla de 18, sencilla, nobles sentimientos.

Nancy Bustos, Correo Central, Valdivia, desea correspondencia con teniente o aspirante del Regimiento Buin, educado, serio, de 23 a 30.

Teresa Valle M., Correo 7, busca extranjero que sea moral, sincero. Yo soy católica, hacendosa, buen carácter, fiel y cariñosa con el que sea mi marido.

Nelida, Correo, Talca, simpática, morena, ojos verdes, fortuna, desea correspondencia con joven iguales condiciones. Moreno y del Norte.

Nay y Ary, Correo 2, Valparaíso, desean correspondencia con militares de cualquier Regimiento, no importa feos, pero que sepan querer. Somos estudiantes de medicina de esta localidad.

Marina, Correo Central, Santiago.—A pesar de no contestarme, quiero que sepas, teniente Arteaga Llanos, que mi corazón solloza la nostalgia de tu amor, y que no puedo olvidarte.

Simpáticas chiquillas, María y María Palacios, 15 y 16, desean correspondencia con los subtenientes del Regimiento Guías de Concepción Arturo Sepúlveda y Alberto Corsi, Correo, Concepción.

Marcos Nobel, Correo 3, Santiago, estudiante próximo a recibirse, desea conocer señorita educada. Escribir enviando foto.

S. Pérez M., Correo, La Mina, Potrerillos, persona correcta y seria, moreno, simpático, 26 años, desea correspondencia con se-

ñorita seria, 18 a 26. La prefiero rubia. Ojalá enviara foto.

Héctor Bolognini, 21 años, violoncellista, desea correspondencia con chiquilla de 16 a 20, buena familia, amante de la música y el cine. Correo 2, Valparaíso.

R. W. Ch., desea correspondencia con la encantadora morenita, que creo que se llama Lolita Núñez. Ojalá conteste. Correo Chillán.

Tres talquinas simpáticas desean correspondencia con jóvenes de 20 a 23. Miya, tiene 19 años, sería, desea joven delgado y apasionado. Gloria, 18 años, lo quiere rubio, honorable familia. Lila, 17 años, lo quiere rubio, también. Contestar Correo, Talca.—Gloria Portales.

Zenale Lamartine, Correo 3, Valparaíso, considera su ideal al joven de ojos azules y pelo castaño, que forma parte del equipo de la división de honor del Club B. F. A.

V. F. A., Tenencia de Carabineros, Oficina Brac, Iquique, desea correspondencia con chiquilla simpática, del sur o del norte de Chile, que desee mantener esta correspondencia con un fin sincero. El 24 años, moreno, ojos pardos, nariz perfilada, gustos refinados, sin vicios.

T. E. M., Correo Central, Concepción, 15 años, estudia en el Liceo, desea correspondencia con señorita no mayor de 18.

Por error, tal vez ha venido una carta para la señorita Z. Z., en respuesta a la que de ella se publicó en el número 33 de esta revista, en el mes de octubre. Puede pasar a reclamarla cuando quiera, a Antonio Bellet 98.

J. Avila M., Correo Central, Santiago, quisiera tener amistad con la simpática Gladys C.

Nina Merino, 19 años, desea correspondencia con joven sentimental, de corazón libre. Indispensable foto. Correo, Lirquén.

Estrella del Mar, Correo, Lirquén, desea correspondencia con alguno de los simpáticos lectores de esta columna. Ha de tener 20 a 25. No importa foto, pero instruido.

Elena Silva y Nora Bustamante, estudiantes, poseedoras de un corazón puro y bendado, desean correspondencia con jóvenes sinceros. Correo Central.

Nelly Sumanbille y Mary Wilson, dos chicas simpáticas, hijas de españoles, desean encontrar dos jóvenes de 24 a 30, españoles o gringos. Correo, Angol.

Mac Nolan, Correo 5, Santiago, 23 años, gordo, sin vicios, tímido, desea relacionarse con señorita o viudita sin hijos, 18 a 25. Sólo exige seriedad y fines sinceros.

Mi ideal es un jovencito muy simpático, que trabaje en la Compañía Marítima Roldan. Su apellido empieza por B. Somos dos liceantitas que paseaban por la calle Elucor, una de azul y la otra de color.—Violeta Solitaria, Correo 3, Talcahuano.

Linette Basualto Z., Correo, Concepción, desea correspondencia con un muchacho que vive en Iquique, cuyo nombre es Gustavo Valles C. Lo conozco por retrato. Ojalá enviara unas líneas.

das una calavera y dos tibias cruzadas y bajo las cuales se lee: «Acordaos de la muerte. Vanidad de vanidades. Todo es pura vanidad».

Y una tablilla explicatoria dice: «En conmemoración de la austeridad justicia de Jaime Lynch, Mayor de la ciudad en 1493, quien condenó y ejecutó a su propio hijo Walter en este sitio».

La historia es cierta, indudablemente. ¿Lo es también que dos fantasmas rojos vagan por el castillo y hacen a veces correrías por la ciudad?

Podrá no serlo, no lo es seguramente; pero, de tiempo en tiempo, algunos de los que pasan por las cercanías del castillo aseguran haber visto al viejo Lynch y a su hijo Walter como dos sombras rojas que se escapan por las próximas cañales y lejeles. Y siempre que alguien, como ahora esa niña y ese poeta, asegura haber visto los fantasmas, la noticia corre como un reguero de pólvora por toda la ciudad y por toda Irlanda.



# COMO SE CONQUISTA A UN HOMBRE

(Continuación de la página 7)

a ver en un balneario o colonia veraniega, ansia que él le haga el amor... ¡Celia, a la mujer!

Debe, en fin, ser diferente del recuerdo que él guarde de ella... Debe tratar de hacer suave su voz, debe ser dúctil, debe recordar, ante todo, que el hombre es un animal polígamo, un dominador, descendiente del cazador primitivo, y, perdiendo de vista estas circunstancias, hacer ver a Enrique que al fin ha encontrado la compañera que le conviene, la que es, ante todo, capaz de comprenderle. No necesita para ello fingir ni engañar, puesto que si Celia realmente está enamorada de Enrique, deseará comprenderle. Y, en consecuencia, hablará con Enrique de las cosas que a él le interesan, sin empeñarse en hacerle escuchar las que le agradan a ella, ya que ella es la que solicita, no la solicitada.

No debe nunca tratar de retenerlo un momento más cuando él se dispone a separarse de ella, ni—esto sobre todo—mostrar, en ningún aspecto, su deseo de conquistarlo. Debe espiar el efecto que causan sus palabras y sus actos y, según lo que observe, guiarse por estas observaciones para su conducta futura. Como ya he dicho antes, “no debemos empeñarnos en dar azúcar a un pájaro si el azúcar le sienta mal o si otro alimento le conviene más”. Es preciso que Celia busque lo que atrae a Enrique y que sea esto lo que le dé. Entonces, cuando está encendida la chispa del interés, es cuando se requiere la mayor habilidad para encerrarse en un pequeño misterio, para correr un velo que él debe esforzarse en descubrir, para despertar su instinto de dominador, de conquistador, en fin. Y sobre todo, debe Celia lograr que él, a su lado, se sienta siempre halagado, satisfecho de sí mismo, hasta que la atracción llegue a un grado en que sea precisa una pequeña expansión, a la que ella, en cierto modo, debe estimularlo. Mas si Celia, animada por verdadero deseo de amar y ser amada, ha estudiado atentamente la idiosincrasia de Enrique, olvidándose, ante todo, de sí misma, de un modo instintivo, comprenderá lo que tiene que hacer después. Entre esto que deberá hacer se cuenta el “representar escenas” ni dejarle sentir que tiene interés por conquistarlo; antes, al contrario, procurará darle la sensación de que él es quien conquista, de que es de él de quien parte todo avance, toda iniciativa.

Como, aparte los instintos fundamentales, los hombres son tan distintos unos de otros, son distintas también las cosas que les atraen. Algunos se dejan vencer por la dulzura y la suavidad femeninas, otros por el desecreto, la alegría, la independencia de carácter; otros, en fin—bastantes, aunque no todos—por la indiferencia. He aquí por qué, para no emplear un sistema equivocado, es preciso el previo estudio del carácter de Enrique.

Mas, sea cual fuere el sistema empleado, Celia debe usarlo con perfecta sencillez y naturalidad, desechando toda afectación. Al decir que debe estudiar a Enrique, no quiero significar que tras este estudio debe representar una comedia, sino sencillamente que debe emplear la misma o mayor inteligencia que emplearía en complacer a un superior o en escoger un instrumento determinado para facilitar la ejecución de su trabajo. Deberá siempre recordar que Enrique es aún por completo libre, y que si no despierta en él el sincero deseo de volver a verla, es dueño de darle una excusa y alejarse para siempre. Por tanto, la única probabilidad es mostrarse tan interesante, hacer que a él le parezca tan grata su conversación, su compañía, que ansie renovarla.

La tendencia dramática de la mujer echa a perder sus mejores intenciones. Son raras las que pueden resistir a la tentación de presentar las cosas de un modo exagerado, romántico, de sentir su orgullo lastimado cuando no existe ofensa, de reprochar cuando nadie las ha querido ofender. Introduciendo un elemento de discordia no hacen, sino (¡oh, si Celia fuera capaz de comprenderlo así!) desahogar su natural excitación nerviosa, dándole suelta a su propensión al dramatismo. En estos casos, la mujer pone el puñal en el pecho al hombre para que tome una decisión... ¡y en nueve casos de cada diez, el hombre, en cuanto puede reflexionar, media vuelta y ella no le ve más!

Después de cada una, una mujer pueda hacer de cuando en cuando y durante los primeros tiempos una escena a su marido, sin perderlo del todo, porque él no va a separarse de ella por tan poca cosa, pero en el caso de Celia, que

desea conquistar a Enrique, sería una tontería imperdonable. Una vez que Celia haya logrado hacerse agradable a todas horas a los ojos, a los oídos y a la mente de Enrique, se mostrará siempre natural y digna, y se hará valer ante él cuanto pueda. El antiguo método del “buen camaraderismo” no le sirvió de nada. ¿A qué continuarlo? Enrique ahora quiere ver en ella algo nuevo.

Por lo general, en América, donde los hombres están en mayoría, las mujeres pueden darse la importancia que les plazca, pues la conciencia de su supremacía les presta cierta atracción magnética, pero aún así las mujeres feas o vulgares se ven en situación poco ventajosa y la lucha por el marido—ya que actualmente es, en verdad, una lucha—resulta cada día más enconada. Y fuera tontería decir que la tal lucha es indigna de una mujer o de una señorita. ¡Se trata de un mandato de la Naturaleza, y esto basta!

La batalla por el marido se regule en cada país por el estado de los números. ¡Qué locura disfrazar el origen del asunto, sacando a relucir desatinados convencionalismos! Cada mujer debe preguntarse a sí misma qué es lo que realmente desea. ¿Acaso mostrar el “digno orgullo” en que ha sido educada—y que muchas veces, sin embargo, se convierte en brusquedad, en repelente rudeza—o atraer la admiración y el amor de un hombre determinado? Si fuera esto, entonces, ¿para qué usar sistemas que, sin poderlo evitar, han de llevar al fracaso? El conocimiento es el poder. Estúdiese, pues, al hombre, para conocerlo. Claro está que sería mejor para las feías, pero, como en todas partes, donde fueran preferidas a las guapas, pero, como es en una utopía, Celia—la muchacha vulgar, desprovista de “ello”—habita en un lugar donde existen a cientos las mujeres más atractivas que ella.

Por lo tanto, si en realidad desea atraer a Enrique (ahora hablo particularmente con Celia), no seas tonta, domina todo particular egoísmo, toda vanidad, y emplea toda tu inteligencia en estudiar qué es lo que le atrae. Acaso le agrade tu dulzura o tu simpatía... o tus caprichos, pero te repito que debes observar el efecto de tu sistema como un marino observa su barómetro, ya que, como antes te he dicho, siendo tú quien pretendes, no te encuentras en la feliz posición de poder mostrarte según tu propia personalidad, sin preocuparte de si así le atraerás a él o no. Si así fuera, sería señal de que poseas ese irresistible magnetismo que inconscientemente atrae y del que ya hemos hablado.

Cuando un hombre ama a una mujer y ella no se interesa por él, ella es quien tiene en su mano las riendas y puede mostrarse tan egoísta como le parezca ser. Cuando no es así, se requiere toda la inteligencia de una mujer, todo su valor y todo su dominio de sí misma, para atraer al hombre. Y una vez le ha atraído, son precisos nuevos esfuerzos para retenerle. Pero ésta es otra cuestión que ya trataremos... Ahora que me importa es, tan sólo, que la pobre Celia conquiste a Enrique.

Jamás deberá Celia mostrar su ansiedad. La naturalidad, la sencillez, son encantos poderosos. La naturalidad guiada, claro está, por aquella fina intuición que comprende cuando empieza a aburrir... Celia no puede ser inconscientemente natural, porque obedece al secreto designio de atraer a Enrique, y, por tanto, su naturalidad estará ayudada, dirigida, por los recursos de su inteligencia. Los hombres en general, no gustan de las mujeres que hablan y se mueven sin cesar; se molesta el ruido, del que están cansados. Tampoco son tontos: el trabajo ha agudizado su ingenio, y de aquí que la alegre criatura ruidosa, charlatana, que fuma, que baila, que bebe, la mujer “Jazz”, como yo la llamo, sea una distracción de un modo superficial, para pasar con ella el rato más no es fácil que en este tipo de mujer cifre el ideal de la que ha de ser la compañera de su vida.

Para esto, casi todos los hombres desean una mujer tierna, dulce, encantadora, que llene sus aspiraciones y sea el descanso después de la lucha. Por ello Celia podrá, con su carácter propio, ser la buena amiga, la “camarada” de muchos hombres, pero no será la adorada de Enrique si no estudia sus gustos y aversiones, sus simpatías y antipatías, y, en consecuencia, emplea todo su talento en presentarse ante él tal como él la desea.

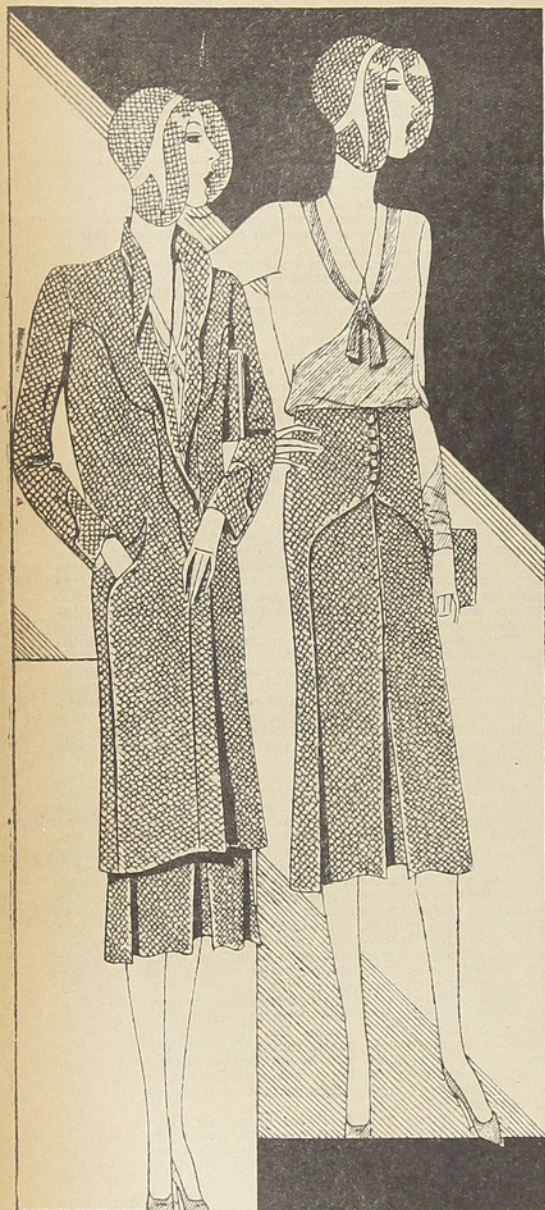
Lo que nunca deberá olvidar ninguna Celia, es que ningún Enrique la amará si a la vez no la respeta. Desde el momento en que ella pierda el derecho a este respeto, su juego quedará descubierto; en cuanto demuestre lo que desea y tienda abiertamente a conquistar a Enrique, sin reparar en los medios, despertará en él un antagonismo que le hará huir de ella. A todas las horas debe Celia decirse: “Yo estoy en la desdichada situación de quien pretende; por lo tanto, yo soy quien debe emplear todos los recursos de la inteligencia en hacer que él me ame y me ame agradable.”

Los hombres, al parecer inconscientemente, se fijan en todo. Una posición desmañada al sentarse, una costumbre antipática: el mordorse los labios, o arrugar la frente o palizarse las mejillas, por ejemplo, son detalles que a veces los sublevan o, sin llegar a tanto, los desilusionan. Pues bien, Celia, es preciso tener cuidado con todas estas pequeñas cosas, conviene no desilusionar a Enrique.

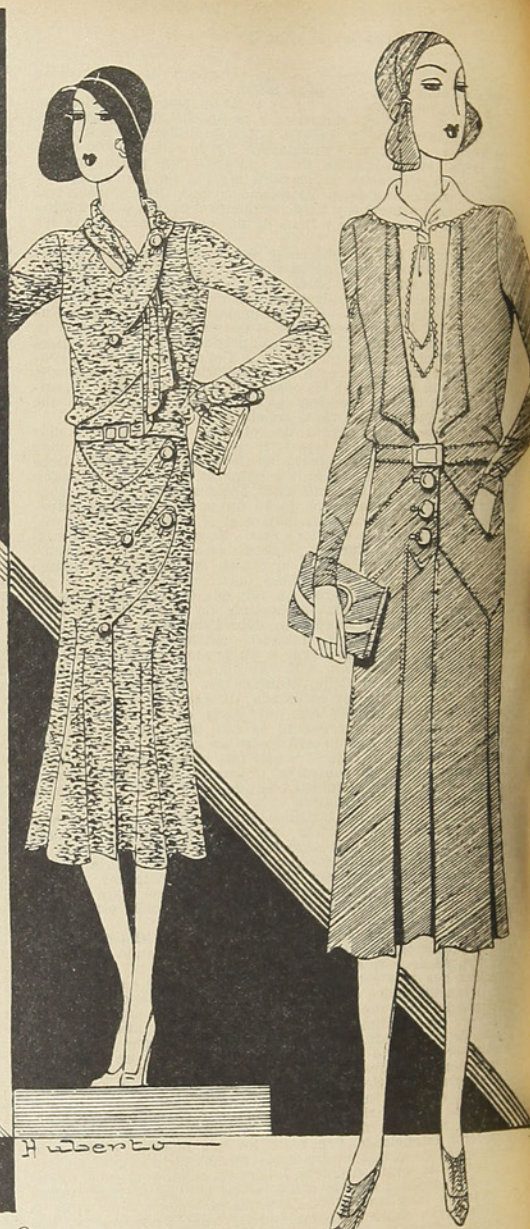
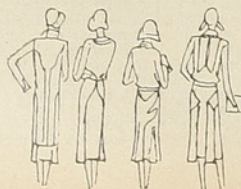
(Continúa en la pág. 77).



# U N T R O U S S E A U N U E V O



Ensemble sport. Abrigo tres cuartos y falda tweed negro y blanco a recortes y pliegues cruzados. Blusa en jersey blanco y gris.



Trajecito en tweed jersey marrrón, beige y amarillo, con recortes respunteados adornado con gruesos botones amarillos.

Traje tailleur en lanilla rizada verde almendra, con recortes respunteados y pliegues redondos. Corpiño y cuello en crepe blanco. Botones blancos.



Traje de tarde en crepe satin azul marino aclarado con crepe blanco en el escote e inscrustado con bandas de crepe mate.

Traje de té, en crepe georgette negro, que cae en los costados. Volantes lisos superpuestos. Escote oblicuo anudado en punta.



Ensemble de vestir. Traje de raso impreso negro y blanco, que cae atrás. Abrigo tres cuartos en raso negro, con mangas formando pelerina y cuello echarpe de armiño.



# Un Abrigo, un Traje y tres Cuellos



La mujer chilena tiene con justísima razón, reputación de elegante. Pero la verdad, es que cada día le cuesta más sostener esa reputación. Creo pues, hacer un verdadero servicio a las señoras y señoritas que me leen dándoles algunas ideas para que puedan variar el aspecto de sus vestidos con un mínimum de gastos. Este es el objeto de esta pequeña crónica.

De mis encendidos labios, no oiréis hoy, sino consejos prudentes, virtuosos, clásicos, consejos tales, que si los dejáis leer a vuestro marido, a vuestro padre, es seguro que cada año os renovarán la subscripción de esta interesante revista. ¿No es verdad?

Para no derrochar demasiado dinero, y tener sin embargo un aspecto nuevo y variado, cualidad tan preciosa en la intimidad, (ved el Ecclesiastés), como en el mundo, (leed los Consejos prácticos de la Condesa Nash), es preciso encontrar ideas de detalle. El tema del Claro de Luna de Mozart, no es nada. ¡Pero las variaciones, las variaciones!...

En este sentido, los cuellos y las mangas tienen un particular interés.

Ved ahora este "ensemble" que se compone de un abrigo de lana negra adornado con recortes, anudado con una

corbata de caracul blanco arrasado y de una túnica de crepe de China negra con volantes en forma, montada bajo un severo ajustamiento de caderas.

La versión número 1.º será muy «costura», gracias a los adornos de crepe georgette rosa anudados en chal y rodeados de grandes filetes redondeados.

La versión número 2.º será muy juvenil, gracias a los adornos de batista de hilo, bordeados de un pequeño volante de batista muy fino (y endiablidamente odioso para aplanchar).

La versión número 3.º será muy «grand monde» a causa de los adornos de espesos encajes ocre o de viejos encajes de familia.

La molestia de estos viejos encajes de familia, es que jamás se osa cortarlos de ninguna manera, y naturalmente, no nos prestan ninguna utilidad.

Lo mejor en tal caso, es comprar los viejos encajes de familia, a las familias que no tienen medios de conservarlos. En las tradiciones de los otros se puede cortar como se quiera. Lo esencial es salvaguardar las suyas.



(Continuación de la página 73)

# COMO SE CONQUISTA A UN HOMBRE

Para jugar con los niños a un juego cualquiera, aunque sea a la gallina ciega, es preciso emplear alguna perspicacia. Si se trata del bridge o del ajedrez, hay que poner ya toda la inteligencia; y lo mismo en el golf, en el tenis y en los demás deportes. Ninguno de esos juegos puede ganarse si se descuidan las reglas, y en lugar de prestar atención al juego del contrario se fija uno en otra cosa.

¿Cómo vamos a imaginar que algo tan difícil como ganar a un hombre va a venirnos a las manos sin ningún esfuerzo de la mente?

No hagas nunca, Celia, nada que rebaje tu dignidad, pero ten cuidado de que sea tu dignidad y no tu vanidad o algún convencionalismo anticuado y ridículo lo que te impulse. En los momentos en que no estés con Enrique, trata de adquirir personalidad, que es, sin duda, una de las cualidades que proporcionan mayor atracción. Piensa que si te sientes nerviosa y desasosegada cuando estás con él, esta intranquilidad se le comunicará, y el resultado no será otro que incomodidad de su parte y falta de atracción de la tuya. Domina, pues, tus nervios, y trata de mostrarte del modo que hayas comprendido que mejor lo atrae.

Y cuando lo hayas atraído y asegurado..., entonces procúpate de conservarlo.

(Continuación de la página 6)

# GRETA GARBO, LA EXPRESIVA

gra... Y se alza el telón, porque la comedia debe empezar, según los anuncios y según la dirección. «Peer Gynt», Nueve y cinco. Los ruidos desalojan la sala.

Greta sigue con viva atención las peripecias de Peer Gynt y los gestos de los actores. Sólo los niños saben cuándo los pies de una actriz se enredarán en la alfombra mal colocada, y cuándo un trapasente mira por un agujero de la decoración, y cuándo a un actor se le ha rasgado una manga de su traje. Sólo a los niños, al llegar a casa, se los puede preguntar si los cómicos sabían su papel, o si la actriz tenía el pelo obscuro o canoso, o si los pies de los actores eran deformes o perfectos. Los mayores discutirán si la obra es entretenida o aburrida. Sólo los niños discutirán si el telón baja por cuerdas o por ruedas, o si a un árbol de la decoración le sobraba o le faltaba una hoja.

—Papá, ¿cómo dices que se llama el que ha hecho ésto?

—Isen.

—Peer Gynt está un poco loco, ¿verdad?

—Acaso. Los héroes siempre suelen ser un poco locos. Por eso nos divierten.

Sin embargo, hoy ha sucedido algo que no sucedió ayer: una niña salió del teatro del brazo de su padre, marino. Ciertamente, otros días también saldrán del teatro niños del brazo de sus padres, marinos. Pero la niña que ha despertado aquí su vocación, la niña que más tarde será actriz, la niña que después de un año subirá, llena de seducción, a todas las pantallas del mundo, sólo ha salido hoy del teatro del brazo de su padre, marino, sin que la gente, ni las luces, ni la ciudad advirtieran nada.

Al entrar Greta en la habitación, sus hermanos se despiertan. Todos preguntan curiosos:

—¿Qué, ¿era muy bonito el teatro?

Y Greta les cuenta la obra, exaltándose y gozando en la referencia.

—¡Solveig!

Ahora, en un ambiente de confianza, Greta actúa de pequeña actriz. Cambia la voz. Produce gestos. Hace referencias mimicas.

—¿Vosotros no sabéis nada de la obra? ¡Solveig es una muchacha muy buena! Sale de la cabina, y se encuentra al final con Peer Gynt. Mira: tú haces de Peer Gynt. Y yo de Solveig. Ven aquí. Yo te tomo en mis brazos.

Greta toma entre sus brazos a su hermano pequeño, y recita con emoción los versos finales de la obra:

Duerme en —az, niño mío, yo te voy a mecer dulcemente.

El niño ríe y juega en brazos de su madre. Ellos pasan juntos una vida entera.

El niño sonríe y duerme sobre mi seno. Que la vida es buena, ¡oh mi dulce tesoro!

El niño tiene inclinada su cabeza, cansada, sobre mi corazón. Así ha pasado mi vida.

Yo te meceré, niño mío. Sueña tranquilo sobre mi corazón.

Todos aplauden a la pequeña actriz. Y el padre, al oír el ruido, entra en la habitación de los muchachos.

—¿Qué es esto? ¿Por qué no dormís?

—Greta nos está contando la obra. Hace de actriz.

—Greta— dice el padre—: no te compararé al libro si no te acuestas en seguida y dejas que tus hermanos sigan durmiendo.

Al poco rato se acaba la improvisada representación. Duermen. La luz se oculta en la sombra. El silencio tensa la habitación. Sólo Greta, entre las sábanas, sigue viendo y hablando al amistoso fantasma de la obra.

—¡Solveig!

(Continuación de la página 8)

# EXPERIENCIAS DE MUJER

un buen recuerdo; no en vano había sido la compañera de mi infancia y siempre fui buena conmigo, mejor que yo para ella. Como estaba casi todo el día sola, me pareció de perlas que viviera cerca de mí, y aun quise arreglarle una habitación en nuestra propia casa, pero Rafael me opuso; no la conocía y le resultaba molesto tenerla de huesped; le busqué una pensión no lejos de donde vivíamos.

Legio Victoria; seguía sin ningún atractivo físico, al parecer, y, sin embargo, había algo en sus ojos, en su voz; una distinción y una elegancia en su persona que atraían irresistiblemente. Como con nosotros, y aquella tarde, por primera vez en su vida de casado, mi marido no salió de casa. Estuvieron hablando de muchas cosas que yo no entendí y, cuando, por la noche, se marchó Victoria a su pensión, él asombrado que me decía Rafael.

—Se me ha pasado la tarde volando. ¿Sabes que esta mujer es maravillosamente atractiva? Yo creo que resulta mal que viva en una fonda sola, teniendo nosotros casa suficiente. Podías decirle que se viniera con nosotros: una mujer como ésta es siempre agradable, y en la intimidad aun más.

Y yo, que estaba muy segura de mi belleza rubia, que aun se acentuaba con la comparación de la insignificante y menudita figura de Victoria, fui a suplicarle que viniera a vivir con nosotros. «Así mi marido no se aburrirá tanto en casa» pensé.

No quise aceptar nuestro ofrecimiento, pero allí, para estar más cerca de nosotros, una especie de estudio de pintor, más bien una buhardilla grande, que había desahogado en el último piso de nuestra misma casa. Yo me reía pensando en lo mal que iba a vivir allí, pero cuando ya instalados, todos, subimos a verla Rafael y yo, nos quedamos maravillados. Victoria había hecho de aquella buhardilla una maravillosa vivienda cómoda y confortable. Era biblioteca, despacho, comedor y alcoba, todo junto. Cuadros, cerámica, hierros artísticos, butacaes cómodos, telas bonitas y, sobre todo, muchas revistas y libros y por todas partes muchas flores y mucha luz.

Desde entonces, apenas acabábamos de comer, Rafael se subía a charlar con Victoria. Yo también iba a la hora del té, que la dueña de la buhardilla servía con más que lo intentaba. Y a mí me era imposible adueñarme por más que lo intentaba. La que creía mi tia que no sabía nunca gobernar un hogar más que de una vez dío recetas de cocina y enseñó a la perfecta ama de casa labores útiles y bonitas.

Yo un día, un poco celosa de Victoria, aunque sólo veía en ella un buen camarada de mi marido (como mujer no me inspiraba ningún cuidado: aún creía en mi superioridad), le reproché a Rafael el poco tiempo que estaba en casa, y tuve la amargura de oírle decir:

—Escucha, Elvira; tú eres una mujer muy guapa y una buena ama de casa, pero... ¡nada más! Me has llenado el piso de juguetitos, útiles y cursis, de pañitos con encajes que se enganchan en todas partes, de mueblecitos incómodos. Me clasificas los libros por tamaños y no hay quien encuentre uno sin perder media hora en su busca. Constantemente he de estar pendiente de la ceniza del cigarro para no ensuciar con ella el piso... He de preocuparme de ver dónde coloco, para que no te molesten, libros y revistas. La habitación mejor y más clara de la casa la tienes ocupada con el salicilato, de quiero y no puedo, para recibir a unos amigos que cuando vienen me estorban mi trabajo. Comprendo que esté todo muy limpio y muy ordenado en estas habitaciones pequeñas que cada una sirve para que en ella se realice un acto de nuestra vida; pero me atrae aquella otra de arriba, un poco desordenada si quieres y, sin embargo, donde me encuentro muy a mi gusto. Además, no debes sentirlo: antes perdía las tardes en el café, ahora, al lado de Victoria, trabajo más y mejor, pues ella siempre encuentra la palabra o la idea que a mí se me escapan y aun en el descanso me proporciona con su conversación nuevos motivos para el trabajo; desde que ella está aquí gano más dinero, que tú, mi buena administradora, sabes gastar y distribuir tan bien.

Y, dándome un beso precipitadamente, le vi con un montón de libros correr escaleras arriba para recuperar el tiempo que había perdido hablando conmigo.

Yo, como había querido mi tia, era una buena administradora de mi marido, ¡nada más! La compañera, la amiga, la que se había apoderado de su alma, era Victoria, aquella mujer incapaz de enamorar a ningún hombre, según ella.

A los pocos días subimos, como siempre después de comer, a casa de Victoria, pero había tenido prisa de salir y bajamos otra vez a casa; Rafael, muy desilusionado, iba a leer a su ya imprescindible amiga un trabajo sobre unos cuadros que habían visto juntos en una exposición.

Toda la tarde la pasó de mal humor; ya, a las siete se asomó al balcón para fumar. Yo me puse a su lado, y como vivíamos en un entresuelo, todos me miraban, al pasar, con



la admiración que estaba acostumbrada a despertar; pero entonces ¡cuánto la agradecía! Así mi marido se daría cuenta de que estaba casado con una mujer que llamaba la atención de todos por su belleza. Rafael, sin embargo, no se apercibía de nada, siguiendo su vista, vi que la tenía fija en la pareja que formaban Victoria y un hombre que charlaba animadamente con ella un poco alejados de nosotros. Pude observar que Rafael fruncía el ceño y se agarraba fuertemente a la barandilla del balcón.

—¿Tiene novio, Victoria? — se volvió a preguntarme. pálido y demudado.

—Si — le contesté: — van a casarse pronto.

Yo sabía que el hombre que hablaba con Victoria era un compañero suyo de oficina, casado con una señora conocida mía; pero el objeto de mi mentira estaba logrado. Vi claramente, por el efecto que le hizo la noticia, que mi marido estaba enamorado de Victoria.

—¿Qué suerte la de ese hombre! — dijo con un gran acento de pena. — Cada día estará más enamorado de su mujer.

Muerta de celos, incapaz de luchar con una rival tan poderosa, subí aquella noche a casa de Victoria y, llorando de rabia y de despecho, la injurié, le dije las peores frases que una mujer puede oír. Ella, sin embargo, me oyó con paciencia.

—¡Pobrecita Elvira! — me dijo cuando estuve más calmada. — Has sido una víctima de la incomprensión de tu tía. El hombre se acostumbra pronto a la belleza del cuerpo que no se renueva: es preciso que encuentre el mejor amigo en su mujer, y que no se le vaya nunca.

Acabé por pedirle perdón; yo sabía que ella no había hecho nada por atraerse a mi marido. Estaba en mi la causa de mi desgracia; en mi educación anticuada, en mi falta de cultura, en mi incapacidad de retener una hora a mi lado a Rafael sin que se aburría.

Victoria me prometió alejarse cuanto antes, pero yo comprendí que no seríamos felices mi marido y yo nunca. Se quedaba sin la compañía, sin la amiga y confidente. Algo muy difícil de encontrar en la vida. A mí, con una mujer cualquiera bien pagada me podría haber substituido.

A los dos días Victoria se marchó al extranjero: perdí su magnífica colocación y aun tuvo la delicadeza de hacer ver a Rafael que se marchaba por su conveniencia.

Rafael ha vuelto a su vida de café y de círculo. Trabajaba poco y está descontento de su obra.

Yo he quitado de su despacho muchos cuadros, figuras y pañitos, pero no se substituirá por lo que a mi marido le gustaría tener. Quiero instruirle; entender la literatura, de arte, pero... ¡es demasiado tarde! Perdí los mejores años. Y hoy deseo decir a las muchachas. Haces cultas, intruís, pones al nivel del hombre, conservando vuestra feminidad. Aprended las labores de vuestro sexo, pero no os limitéis a ellas. Sed de esas mujeres de quienes los maridos necesitan cada día más.

## EL ANEURISMA

(Continuación de la pág. 9)

que Julia para hacer feliz a un hombre honrado y serio, el literato no comprendió y la romántica clorótica concluyeron por amarse en secreto.

Afortunadamente para la dignidad y el buen nombre del matrimonio, aquel amor extra conyugal no traspasó los límites del platonismo.

—Pero el marido les sorprendió a lo mejor, — interrumpió Dotres. — les creyó culpables; les mató a los dos y los ciudadanos honrados se acostaron tranquilos.

Nada de eso, amigo Dotres, — replicó Garnica. — la vida está llena de dramas que no acaban con los vuestros. ¿Queréis saber el desenlace del mío? El esposo, sin saber la infidelidad moral de su esposa y de su amigo, infidelidad del alma, mucho más grave que la infidelidad material de los sentidos, hizo morir a los dos culpables.

Todo el mundo se miró con estupor.

—¿De remordimiento? — preguntó un tertuliano.

—Voluntariamente? — dijo otro.

—No acertáis — contestó Garnica.

—Un nuevo amigo, indignado, venga al esposo?

—Tampoco.

—Si se trata de descifrar un enigma, propongo que se sirvan unas copas de coñac.

—Leonardo igual, — continuó el narrador — era un expansivo, un hombre leal, de gran corazón, que ponía en sus afectos todo el ardor, toda la franqueza de su probidad. Se casó enamorado de Julia y después del matrimonio su amor aumentó en vez de disminuir. A veces se sentía con el corazón demasiado pequeño para contener su inmensa ternura. Aquel grande amor, aquel efecto sin límites, aquellos nobles sentimientos, engañados, se vengaron por sí mismos, siendo la causa del castigo. Leonardo igual no se vengó, ni le vengó nada, y sin embargo, quedó vengado.

—Supongo que no morirían de accidente — interrumpió un joven partidario de la novela psicológica. — Yo no admito accidente como desenlaces.

—Cerca le anda usted, joven, — exclamó Garnica, irónico. — Pero hay accidentes que en nada se parecen a los que usted recorta de las gacetas para «documentarse».

Julia Mendoza padecía una enfermedad que no le permitía entusiasmarse a emociones violentas.

Cuando Carlos Oltra se retrasaba en sus habituales visitas, Julia tenía que comprimir con ambas manos las violentas palpaciones de su corazón. La inquietud, la duda y la impaciencia le mataban lentamente. El toque del timbre de la puerta de entrada, precipitaba la violencia de los sobresaltos de aquel corazón enfermo. Dejábale caer en un sillón, y Oltra la encontraba a veces tan morbidamente pálida, que le preguntaba temiendo:

—¿Qué tienes?... ¿Estás mala?

—En cuanto llegas, todos mis males desaparecen.

La verdad es que ella ignoraba el mal que la consumía, poniendo en peligro su existencia. El médico le había ocultado su diagnóstico. La prescripción facultativa se limitaba sin emociones, comida de convaleciente. Con semejante régimen, podía vivir noventa años.

De ahí dedujo ella que no tenía enfermedad ninguna, y continuó su vida misteriosamente apasionada, que ponía en febril actividad su cerebro y su corazón.

Leonardo conocía el mal de Julia. El médico le había dado pocas esperanzas.

De pronto a su tristeza se unió un pesar inmenso. Leonardo perdió toda su fortuna en una especulación desechada.

¿Cómo enterar a Julia?

Una fuerte emoción podía causarle la muerte.

Al fin, una noche, cuando ella estaba completa, que después de la vida acomodada iban a llegar a la miseria y el hambre.

¿Qué hacer?

El marido tomó la resolución de marcharse a América, donde tenía amigos que podían ayudarle a rehacer su fortuna.

Pero no podía llevarse a su mujer, cuya salud era más precaria de lo que se figuraba ella misma.

Lo mismo le ausentaba de Madrid con cualquier pretexto, escribir a Carlos, suplicándole que subviese durante un año las necesidades de la vida de Julia, sin que ésta sospechase la verdad; que la preparase a la idea de una separación más o menos larga, calmando sus temores y su natural desesperación. Por ningún concepto había que anunciarle bruscamente resolución tan grave.

Concebido el plan, Leonardo lo puso en práctica. A la mañana siguiente, dispolió de su esposa, diciéndole que marchaba a Santander para un negocio importante, sin fijar el día de su regreso.

Dejó para Carlos una carta en que le explicaba su conducta, sus propósitos y lo que esperaba de su amistad.

El mismo día, cuando Oltra se presentó, a la hora de costumbre, en casa de sus amigos, Julia le anunció con júbilo:

—¡Tenemos, al menos, ocho días de libertad!

Era una radiante mañana de invierno.

Abrieron el balcón y el claro ambiente les embriagó como una promesa de tiempo primaveral.

—Iremos a dar largos paseos por el campo — dijo ella.

—Bien sabes que no eres libre, Julia, y que nunca podremos amarnos a la faz del mundo.

—¡Señorito Carlos! — gritó ella — voy en la antesala.

Oltra dio algunos pasos hacia la puerta.

—Esta carta para usted — añadió el ayuda de cámara de Leonardo.

Carlos tomó la carta, la abrió y la leyó rápidamente mientras el criado se alejaba.

—¡Al fin, — exclamó de pronto en una explosión de júbilo — al fin eres mía! Se ha marchado a América.

Julia le escuchaba sin comprenderle.

—¿Qué quieres decir?... ¿Quién se ha marchado a América?

Poco a poco la sangre se retiraba de su rostro.

—¡Tu marido! — contestó Carlos.

—¿Leonardo? ¿Y por qué?

—Está arruinado... ¿Comprendes?

—No; no comprendo — dijo ella en voz débil, levantándose con la mano puesta sobre el corazón.

—Pues es muy sencillo. Te confía a mí.

—Entonces tú me vas a mantener...

—Para que vivas feliz.

—¡Vivir!... Vivir feliz!... — murmuró ella con voz doliente; y sin una convulsión, cayó inerte a los pies de su amigo.

Carlos levantó el cuerpo de Julia, que se dobló en los brazos.

Colocó el cadáver en un sofá, cogió un revólver, cinó el tallo de su amiga con el brazo izquierdo, apoyó su cabeza en la de la muerta y, sin vacilar, se levantó a tapa de los sesos.

Un estremecimiento corrió por el auditorio.

Garnica añadió:

—Carlos no había leído la postdata en que Leonardo le revelaba la gravedad del aneurisma de Dotres.

—Y el marido? — preguntó.

—Murió al llegar a América.

Entonces el poeta melencólico añadió sentenciosamente, con sus ribetes de ironía:

—Creo que toda falta lleva en sí misma su castigo... Creo que el orden trastornado se vengará...

—¡Silencio! ¡Fuera! — vociferaron los demás tertulios.



(Continuación de la pág. 5).

A R R E P E N T I M I E N T O

—Mira: si tú no quieres ir, no vayas, pero yo si que iré... Quiero ver ese baile, pues dicen que será una fiesta muy artística.

—El señor Caley tiene mucha razón—intervino la amiga de Juana.—¿Por qué no ha de ir al baile?

—Pero si yo no me opongo—murmuró suavemente la esposa.—Es más: me gustará mucho que se divierta.

Aquella noche la pasaron sin salir de sus habitaciones, y a la siguiente, todos, menos la madre, fueron a la fiesta.

La señora Caley pretextó que aún estaba cansada, y para hacer mejor su papel se acostó.

Sin poder dormir pasó algunas horas bastante aburridas, hasta que a eso de las once y media se presentó su marido.

—¿Qué?—le preguntó ella.

—Que te has perdido una fiesta magnífica. ¡Qué lujo! ¿Qué gusto tan exquisito en los trajes! Pero, sobre todo, Ester, la amiga de Juana, es una chica encantadora.

—Está bien—dijo la señora, disponiéndose a soltar el discurso que ya tenía preparado.—Creo que ya ha llegado el día en que ocupe el puesto que me corresponde junto al fuego.

—Pero estás loca? ¡Ahora, en pleno verano!...

—No me entiendes.

—¿Quizá no te entiendas; pero, si es que te encuentras mal, puedes mandar que te traigan un calentador.

—¡Y dale! ¡No es eso! Me encuentro muy bien de salud.

—Lo que tú necesitas es descansar y aquí podrás hacerlo a tu gusto.

...

Pasaron unos días de triste reposo para la pobre señora. Juana no sólo demostró su extrañeza por los nuevos trajes que usaba su madre, sino que llegó hasta el extremo de no invitarla a que saliera con ellos.

A Miguel le ocurría algo por el estilo, y llegó a conformarse con la idea de que su madre se hallaba cansada y prefería el reposo, sentada en el sitio más retirado del salón, donde, por lo regular, se entretenía haciendo labor.

No había quien hiciera caso de ella.

En vano se decía a sí misma:

—Esto es lo que yo deseaba...; ésta es la conducta de una verdadera madre de familia.

Pero la iba invadiendo la más pesada tristeza, hija de la monotonía que la rodeaba.

Lo que le referían sus hijos la parecía extravagante y poco satisfactorio, y a medida que ella se retiraba con prudencia, su esposo parecía rejuvenecerse.

Si se trataba de una excursión, él era el primero, siempre que Ester fuera una de las del grupo. Cuidaba mucho de sus vestidos, y las personas que no le conocían le creían soltero. También el buen señor había protestado varias veces, desaprobandos los ridículos trajes de su esposa, pero no había medio de convencerla, acababa por dejarla en paz con su manía.

En vez de bailar con ella, como otras veces, lo hacía con Ester, y claro, estaba encantado de la vida.

...

Hacia diez días que se hallaban en Folkestone, y la señora Caley dió inequívocas muestras de inquietud.

Eso ocurrió una noche en que sorprendió en su hijo Miguel un elocuente gesto de disgusto al ver bailar a su padre con la amiga de su hermana.

—¿Sufriría el chico porque veía a su padre en ridículo?

—Sería que el esposo buscaba una distracción fuera del hogar?

No; el señor Caley nunca había demostrado esas tendencias ni había disgustado seriamente a su esposa.

Así pensaba la señora, cuando Juana pasó, bailando, junto a Miguel.

Los dos hermanos se miraron, volviendo después los ojos hacia su padre, el cual no dejaba un momento a Ester.

—No es posible—se dijo la señora Caley.—La amiga de Juana es una chica juiciosa. Mis hijos deben ver el asunto bajo otro prisma.

Pero seguían las miradas de Juana y Miguel, y siguió éste con sus movimientos nerviosos y su malestar.

La madre se puso en pie y se acercó a Miguel, diciéndole:

—¿Quieres que salgamos al jardín? Aquí hace mucho calor.

El muchacho continuaba preocupadísimo, pero trató de disimular.

Ambos salieron a la terraza.

—¿Acaso buscas a papá?...—le preguntó el joven.

—¿Sabes hacia dónde ha ido?

—No.

La madre sabía que no decía la verdad, más procuró llevar la conversación por otro derrotero.

—¿Por qué no bailas esta noche?—le preguntó.

Miguel vaciló y contestó después:

—Espero la fiesta de mañana. Se trata de una cena muy original en la que hay que presentarse con disfraces. Supongo que asistirás.

—No lo creo oportuno a mi edad.

—¿Y por qué?—preguntó Miguel con decisión.—Yo deseo que tú te diviertas como el año anterior. Es muy triste tu retraimiento para Juana y para mí.

En este momento pasó Ester, corriendo junto a ellos, perseguida por el señor Caley, el cual, viendo a su esposa y a su hijo, llegó hasta ellos completamente sofocado.

Nada se dijeron, pues la situación era bastante difícil para los tres, y acabaron por entrar en el hotel sin pronunciar ni una palabra.

...

A la hora de irse a dormir entró la señora Caley en la alcoba de Juana. Lo primero que hizo fué contemplarse en el gran espejo, y sonrió al ver su anticuada y ridícula indumentaria, causa evidente de lo que estaba pasando.

—Madre—dijo bruscamente la muchacha—esto no puede seguir así. Tú no eres la misma de antes.

—He decidido vestirme como vosotros—interrumpió la señora Caley—y he decidido también asistir a la cena de trajes, pero desearía saber como nos disfrazaremos.

—¡Bravo!—exclamó Juana, abrazando a su madre con alegría.—¡Ya era hora!...

Y las dos, de acuerdo, se dijeron lo que tenían que hacer para presentarse con arreglo a las circunstancias.

...

A la mañana siguiente, el peluquero se encargó de restaurar aquellas ondas y rizos que la señora Caley había lucido y que ahora tenía ya descuidados hasta hacerlos desaparecer.

Del resto se encargó Juana, que era muy diestra y cumplió maravillosamente su cometido.

El traje, de pura fantasía, era de un efecto extraordinario.

—Me parece que te voy a eclipsar—le advirtió la madre, sonriendo con infinita bondad.

Juana contestó con verdadero entusiasmo:

—¡No importa!... Esta noche quiero que seas tú la que más brille en la fiesta.

La señora Caley estaba verdaderamente llamativa.

Un murmullo de aprobación acogió su presencia en la antecala del hotel. Pero el que más sorprendido quedó fué el propio señor Caley.

—¡Magnífico!... ¡Oh!... ¡Mi mujer está espléndida!...

¡No me lo podía figurar! ¡Esta noche será el rey de la fiesta!

Esto se lo decía a su hijo Miguel sin darse cuenta. Y el joven, tan sorprendido como el padre, acabó por aplaudir también a la que se había conquistado el título de reina.

Aquella noche, Miguel bailó con Ester, y el señor Caley no abandonó a su esposa, sin tener tiempo para contestar al chaparrón de felicitaciones.

Después bailaron los esposos.

—¿Pero de dónde has sacado este magnífico traje?—preguntó él, sorprendido.

—Es uno, ya viejo, que hemos arreglado entre Juana y yo.

—Pues mañana saldrás de compras conmigo. Esta vez quiero ser yo el que te compre el traje de *soirée*—dijo el señor Caley.

—Pero...

—La reina de la fiesta merece eso y muchísimo más... Pero no has de bailar con nadie más que conmigo.

—¿Te sientes celoso?

—Orgullosos es lo que me siento, esposa mía!—exclamó él.

(Continuación de la pág. 3).

EL MAR ESTABA ESPERANDO...

—El pobre viejo Hans se fué al fondo—dijo Reidar. Todos creíamos sucumbir en ese horrible temporal; yo estaba a su lado y lo vi; fué inútil todo intento de salvación; pero no me olvidaré de sus ojos, Astrud. Se hundió sonriendo y feliz e inmediatamente el mar se calmó como si sólo deseara al pobre Hans. El siempre decía que tenía que reunirse a su amada que yacía en el mar; y que el amor es más fuerte que todo...

Astrud contestó, mirando emocionada a su amado:

—Y tú, Reidar, ¿no crees que realmente, el amor es más fuerte que todo?...



# CUATRO MODELOS DE ALICE BERNARD

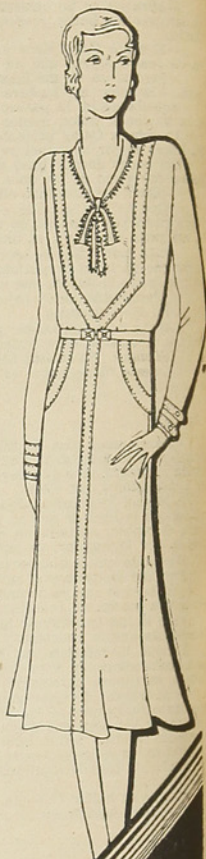
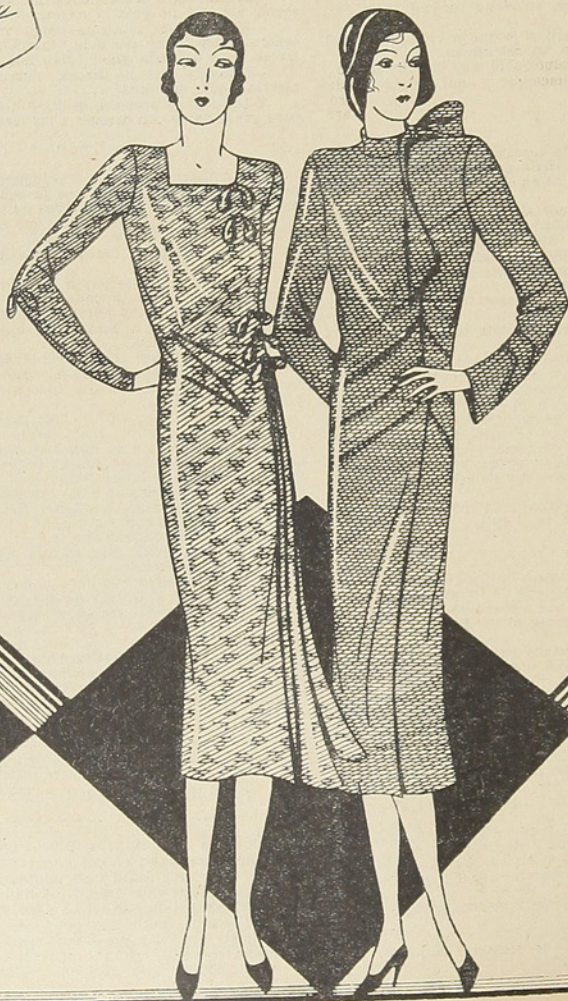
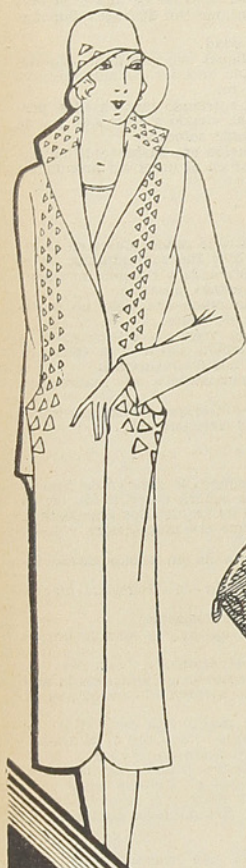
*Abrigo en kasha nattier guarnecido de motivos picados y en relieve.*

*Traje en moiré delgado impreso en tonos beige, adornado con nudos.*

*Abrigo en lanilla inglesa guarnecido de recortes, formando «ensamble» con el traje precedente*

*Traje en crepella azul nattier guarnecido de bandas pespunteadas.*

*Cuello de linón blanco con piquitos azules*





# Las Damas Blancas de Worcester

Por FLORENCIA BARCLAY autora de "EL ROSARIO"

—Lo más generoso en la Reverenda Madre—dijo el Obispo—está en que, desde el primer momento, se hallaba dispuesta a no aprobar esta oferta de libertad para la intranquila monja. Ya puedes comprender que por la responsabilidad de la buena conducta de la comunidad entera, que depende de la Priora, está obligada a mirar con prevención cualquier innovación que pueda provocar el escándalo.

El Obispo no levantó los ojos, pero de haberlo hecho, hubiese visto que la desesperación substituía a la cólera en los del caballero.

Aunque, aparentemente, ha obrado con la mayor fidelidad exponiendo a María Serafina mi opinión respecto a este asunto, le dió a entender que estoy inclinado a mostrarme indulgente en lo que se refiere a los votos pronunciados sin verdadera vocación, y también cuando ésta no existe y los recuerdos mundanos están en contraposición con la vida monacal, yo considero que su presencia en la comunidad sería más perniciosa que el cortísimo escándalo que podría suscitarse en el caso de una fuga.

El caballero se movía impaciente en su asiento.

—¿Os parece, señor Obispo—dijo—, que podríamos enterrarnos del mensaje de la Priora del que me habíabais hace poco?

A eso vamos, hijo mío—replicó el Obispo fingiendo la mayor indiferencia.—Modera tu impaciencia. Nosotros, los que pertenecemos al Claustro, nos vemos obligados a movernos despacio, con mesurado paso, de modo que cada uno siga cuidadosamente al que la ha precedido, y no andamos saltando como los laicos. A su debido tiempo ya llegaremos a lo del mensaje.

—Bien; pues, como te decía en nuestra conversación, la Priora siguió, según parece, mis consejos, exceptuando uno de los más importantes detalles, acerca del cual hizo uso de su propia discreción. Con toda libertad de acción que dije—era a Serafina que estábamos enterados de su llegada y que, según me constaba, todas las tardes, cuando las Damas Blancas van a Vísperas, tu te situas en la cripta de la Catedral. En resumen, mi querido caballero, incluso llegué a sugerir que si sor María Serafina daba un paso a un lado, apartándose de la fila, por entre las numerosas columnas, tú sabrías ya qué hacer en tal ocasión.

—Pero la Reverenda Madre escribe—y por fin el Obispo empezó a leer—: "Estoy tan segura, a juzgar por vuestra descripción del noble caballero que acudió a Vuestra Reverencia en la tribulación en que se halla, de que no puede ser el amante de sor Serafina, que creí mejor no decirle nada de su llegada, ni mencionar tampoco, vuestra idea de que la mujer que busca se encuentra en este convento".

Una exclamación ahogada, que surgió entre los labios del caballero, manifestó a la vez el triunfo, el alivio y también una amarga carcajada.

—Así es cómo la Priora—añadió el Obispo,—usando de su propio juicio, desdena mi superior conocimiento de los hechos y hace burla de mi autoridad. Sin embargo, posee una hermosa naturaleza y es digna de toda clase de respeto y de cariño. Pero tiene una voluntad impetuosa y una fuerza de carácter desusado en las mujeres. Si hubiese permanecido en el mundo y se hubiese casado, no hay duda de que su marido habría tropezado con algunas dificultades en modelarla a su voluntad. Aunque el poseer semejante mujer habría valido la pena de correr el riesgo. Mas no debo entretenerme, querido muchacho, hablándole de la Priora cuando, sin duda alguna, estás ansioso de conocer la decisión de Serafina.

—Temo que las noticias que he de darte serán desagradables para ti. La Reverenda Madre escribe: "Sor María Serafina se manifestó satisfecha por completo con la vista convencional. Declaró que su deseo de volver al mundo había sido una cosa pasajera, de la que estaba curada ya por la oportuna disciplina de la Madre Sub-Priora y por el hecho de que, juntamente con sor María Gabriela, había sido designada para bordar paños del nuevo altar de la capilla. Habló con el mayor interés de un punto de bordado que está aprendiendo de sor María Gabriela, mucho más que de cualquiera de aquellos recuerdos, ya bastante débiles, que parecían haber revivido con tanta intensidad en ella: de manera que me costó bastante trabajo lograr que distrajera su atención del punto, para ella muy absorbente, de como obtener un color exacto al de las granadas en el bordado que lleva a cabo. Por eso, señor Obispo, a una hermana tan entusiasmada por las labores manuales, casi no me habría atrevido a mencionarle que su amante en el mundo desea recobrarla, aunque hubiese sabido que vuestro caballero anda buscando a Serafina, pues el

corazón de ésta parece definitivamente identificado con el claustro".

El Obispo levantó los ojos y, hablando al caballero, le dijo: —Por consiguiente, hijo mío, hemos de llegar a la conclusión de que tu entrevista secreta, cualquiera que fuese el lugar y la ocasión en que la lograste, no tuvo efecto alguno y no ha de dar tampoco fruto.

Pero Hugo d'Argent, frente a frente con el suspendido rastriero de su destino, destrozaba todas aquellas sutilezas con sus impacientes pies.

Humedeció sus secos labios y dijo:

—El mensaje.

El Obispo levantó la cara.

—Pero—leyó—si creéis que vuestro noble caballero es el amante de Serafina, rogadle que me permita decidir que ninguna monja merecedora del amor de un hombre digno consentiría en quebrantar sus votos. Una monja que abandonara el convento para acudir a su lado, perjudicaría a él y a sí misma, pues no llevaría ninguna bendición a su hogar. Mucho mejor es un hogar vacío que aquel en que hay una maldición. Os ruego, ilustrísima, que deis este mensaje de mi parte al noble caballero, diciéndole que se lo manda la Priora de esta casa y que le recomiendo que se aleje en paz, rogando por un corazón sumiso a la voluntad de Dios".

La voz del Obispo dejó de oírse. Hasta entonces había sido apacible y queda, mas, por fuerza, tuvo que elevarla algo para realizar estas frías finales de la Priora, que incluso le causaron cierta emoción.

Hugo d'Argent se inclinó hacia adelante con los codos apoyados en las rodillas. Luego dejó caer su cabeza entre las dos manos y se quedó inmóvil.

El rastriero había caído ya y sus espigones de hierro atravesaron su alma.

Ella le pertenecía, y, sin embargo, la había perdido para siempre. Aquella palabra final de su autoridad, aquel modo de dirigirse a él valiéndose del mismo Obispo, aunque revestida de la dignidad de su elevado cargo, todo le parecía preparado expresamente para desposeerle del último rayo de esperanza que pudiera colmar.

Y mientras estaba así, silencioso, con la cabeza inclinada y con el cerebro casi vacío de ideas, vióse, de pronto, otra vez en el subterráneo con ella. Estaba arrodillado a sus pies, en el amable círculo de la luz de la linterna. Y las manos, sus manos de mujer, sus manos firmes y cariñosas cayéron sobre su cabeza. Los dedos se movieron iniciando un suave contacto con su cabello. Luego, su amor y su añoranza pudieron más que su fuerza de voluntad; se rindió a él.

Y mientras estaba en sus brazos, ¿por qué la dejó? O, ¿por qué, cuando abrió la puerta y entró la luz gris como de un amanecer en el mar, procedente de la cripta, por qué, como un tonto, subió solo aquellos escalones y la dejó atrás? ¿Por qué no la envolvió en su capa y no se la llevó, sin tener en cuenta para nada su deseo? ¿Por qué?, gritaba en su alma el demonio de la desesperación. Sí, ¿por qué?

Pero, un entonces, su leal corazón le dió la respuesta. La había perdido precisamente porque la amaba demasiado para llevarse a la fuerza, cuando ella parecía desear quedarse. Y se marchó solo, porque nunca sería capaz de obligar a una mujer a que se fuera con él contra su voluntad. Su propia fuerza era la mejor salvaguardia de la debilidad de ella.

Entonces Hugo oyó el ruido que hacía el Obispo al doblar la carta de la Priora. Levantó la cabeza y extendió la mano a tiempo que el Obispo la guardaba en su cinto.

Se quedó inmóvil con la mano tendida, mientras sus ojos imploraban.

No, querido hijo—dijo el Obispo.—No puedo dártela porque menciona a las Damas Blancas por su nombre, a la Orden y a la pobreza y tornada Serafina. Pero por ti hará una cosa: prométeme que si tú no poseses esta carta, no estará en poder de nadie más.—Y diciendo esto, el Obispo desplegó de nuevo la carta de la Priora y la echó entre los ardientes lenos.

Los dos espectadores de aquella escena se quedaron observando como se enroscaba y ennegrecía el pergamino. Luego se abrió otra vez y ardió poco a poco. Y mucho después de haber quedado reducido a cenizas, aún aparecía perfectamente visible la frase: "Vale más un hogar vacío, que aquel en donde hay una maldición". Las llamas habían devorado el pergamino, pero la tinta continuaba siendo visible, aunque de color más claro sobre el fondo negro del pergamino. Luego los caracteres se transformaron en letras de fuego sobre cenizas grises.



De pronto el caballero cogió el hierro que servía para atizar el fuego y de un golpe destruyó aquella frase.

—¡Me atrevería a correr el riesgo de ser víctima de la maldición! exclamó con apasionado acento.—Por el agua de Pilatos, que quisiera arriesgarme.

—Ya lo sé, hijo mío—repuso el Obispo,—y por la corona de Nuestra Señora te habría permitido que lo hicieras, creyendo como lo creo aún, que todo acabaría en una bendición. Pero escucha, Hugo! al pedir lo que pediste no sabías lo que hacías. No me digas que si ni que no, pero me inclino a creer, con la Reverenda Madre, que la mujer a quien buscabas no era la alocada Serafina, a la cual el relicho de un caballo fue bastante para sacar de quicio y que luego una sencilla labor de bordado redujo a la conformidad y a la obediencia. En este convento hay mujeres que valen mucho más y cualquiera de ellas puede ser la prometida que has perdido. Pero podemos estar seguros de una cosa y es de que, quien quiera que sea, la Priora la conoce y conoce también a quien escribía cuando te mandó ese mensaje. Goza de la confianza absoluta de todas en el convento, y creo perfectamente que conoce mejor a sus ovejas que el mismo confesor, hombre muy santo, aunque corto de alcances.

"Ahora escuchame. Dije que no sabías lo que pediste. Si tú, hijo mío, hubieras logrado llevarle a tu prometida, habrías tenido mucho que aprender y mucho que olvidar. Créeme: conozco a las mujeres, como sólo puede conocerlas un sacerdote que las ha tratado durante muchos años. Las mujeres son malas o buenas. Las malas están muy por debajo de la comprensión de un hombre, porque su maldad no contiene la más pequeña partícula de honorabilidad; hecho que aun los hombres peores no comprenderán nunca. En cuanto a las buenas están por encima de su corazón hacen de un hombre, porque la perfección de su corazón hace que su espíritu triunfe de la carne y su instinto amoroso es un instinto de propio sacrificio. Toda mujer leal es una mujer en el hogar o lo sería si el hombre se lo permitiera. Para tal mujer cada promesa de maternidad es una Anunciación, el asombro y la maravilla de Nuestra Señora resuenan nuevamente en el templo de su ser interior, porque su amor ha edificado al hombre que ama y le parece que un hijo de ambos debe ser un niño santo, nacido al mundo para redimirlo. Y así sería si pudiera seguir su propio camino. Pero muchas veces el hombre no comprende y destruye tan perfectas esperanzas, y ella, para quien el amor equivale al sacrificio, lo sacrifica todo, incluso sus ideales más nobles, en cuanto su amor deja de ser perfectamente correspondido. Mas te repito que si su instinto de Virgen pudiera desarrollarse por completo, el mundo habría ya sido redimido a la santidad, a la felicidad y a la salud.

"Miraste a gran altura, hijo mío, y también tu amor estaba muy alto. Te has mostrado un hombre fiel, a pesar de creer que habías sido traicionado, y ahora debe ser tu consuelo el conocimiento de que también ella fue fiel y de que una doble fidelidad es la que le impide contestar al llamamiento de su amor. Busca tu unión con ella en un plano espiritual, y algún día, en el Reino en donde todos los seres nobles alcanzarán la perfección más absoluta, ambos podréis felicitaros de que vuestro amor no tuviera que salvar los peligrosos obstáculos de una unión terrenal."

El caballero miró el delicado rostro del Obispo, que sonreía y mostraba su extremado refinamiento.

Así hablaba el prelado, el idealista y el místico, pero el caballero era un hombre enamorado. El moreno rostro se tiñó de rubor y sus ojos brillaron con fuego más intenso del que podría comprender el Obispo.

—No quiero saber nada de planes espirituales ni de reinos de perfección—dijo.—Deseo a mi esposa, deseo mi hogar y podré tener la seguridad de que si hubiera conquistado a una y a otro, le habría elevado lo bastante para saltar felizmente todos los obstáculos que se atravesaron en su camino.

—Tienes razón, hijo mío—dijo el Obispo asintiendo con carifio, porque Simon de Worcester siempre admitía de un modo invariable un punto que no hubiera sido bien comprendido.—Tu gran fuerza bastaría para elevar a tu dama sobre los obstáculos, pero eso me recuerda una escena de los días pasados que deseo referirte antes de que nos separemos.

## CAPITULO XXII

### LO QUE TENIA QUE DECIR FRAY FELIPE

El Obispo se reclinó en su asiento, como si mentalmente contemplara un cuadro que le producía cierta diversión. Sin fijarse, al parecer, en el sombrío silencio del caballero, empezó el relato con el alegre tono de voz que conquista por anticipado el interés del oyente.

Mientras la Priora y yo estábamos discutiendo acerca de tus esperanzas, hijo mío, y yo, defendiendo tus intereses, abogaba porque se permitiera la fuga de sor Serafina, infor-

mó a la Reverenda Madre de que si llevaban a cabo tus planes, cuidadosamente preparados para evitar todo escándalo relacionado con las Damas Blancas, eso obligaría a Serafina a viajar a caballo por espacio de muchas horas, hasta llegar a Warwick, en donde se hallaría en seguridad una vez en la hostería de la Estrella. Esto, desde luego, no sería nada para el amante que, muchas veces, la había visto correr a caballo durante todo el día en los terrenos pantanosos. Pero para nosotros, que conocemos el efecto de la vida monástica y cuán rápidamente se descostumbra uno a estos ejercicios, esta romántica carrera a caballo, en una noche de verano, podía convertirse en un serio obstáculo para el éxito de la fuga de Serafina. Por consiguiente, y con objeto de que nuestro pajarillo pudiera ejercitar sus alas y recobrar su dominio equestre, así como para evitar la fatiga y los dolores que habían de seguir a tan largo viaje, persuadí a la Reverenda Madre de que concediese un día de asueto a las monjas, en honor a mi visita, y les prometí mandar mi blanco palafreño, debidamente enjaezado, al cuidado de un buen hermano lego, de manera que todas las monjas que quisieran pudiesen dar un paseo por el prado contiguo al río. Tal vez no te lo habrías figurado nunca—dijo sonriendo,—pero el caso es que las Damas Blancas gustan mucho de este ejercicio, siempre que se les permite. Tienen una vieja burra en la que, alegremente, montan por turno, en los días de asueto, en el patio y en el prado, de manera que los ejercicios equestres no les son desconocidos en absoluto, aunque mi palafreño "Iconoclasta" es, en cierto modo, un progreso sobre su vieja asnila "Saba".

Los ojos del caballero brillaron al oír los nombres de los animales.

—¿Por qué se llama Iconoclasta?—preguntó interesado, pues tal nombre le pareció muy raro para un caballo.

A la pregunta contestó el Obispo de que, poco después de haberlo comprado, en un acceso de alegría loca me destruyó por completo algunos arriates de flores a los que había dedicado mucho tiempo y esquisitos cuidados y por los cuales sentía gran cariño.

—Es una brutalidad—observó el caballero.—Yo, en vuestro lugar lo habría llamado "Diablo", pues lo merecía después de semejante diablura.

De ninguna manera—replicó el Obispo en suave tono.—El Diablo habría dejado en paz mis arriates de flores, pues eran un lazo para mí.

—¿Y por qué se llama "Saba" la burra?

—Le di yo mismo este nombre al regalarla a la Priora—dijo el Obispo,—en respuesta a una pregunta de la Reverenda Madre. La burra era ya vieja y mansa, pero también un animal muy bonito y de excelente raza. La Priora me preguntó si no sería demasiado riva de genio todavía para manejarla las Hermanas Blancas. Yo contesté que su nombre era Saba.

El Obispo hizo una pausa y se frotó las manos suavemente, muy satisfecho con aquel recuerdo, pero el caballero miraba intrigado como si no comprendiese.

—¿Y eso satisfizo a la Priora?—preguntó más por el placer de pronunciar aquel nombre que por otra causa.

—Perfectamente — contestó el Obispo.—Sonrió y dijo: "Muy bien". Y la burra recibió ese nombre, aunque tan sólo la Priora y yo conocíamos su significado.

Y ¿qué querías decirme acerca del asueto?—preguntó el caballero cada vez más impaciente.

—¡Ah, sí! De eso hablábamos. El día elegido fue el de hoy por la tarde, a fin de que la Priora pudiera cumplir su cometido con sor Maria Serafina, dejándola todo dispuesto para nuestro experimento. Aunque fue escrita ayer por la tarde, yo no había recibido la carta decisiva de la Reverenda Madre cuando mandé a "Iconoclasta" y debo confesar que esperaba los acontecimientos con el mayor interés y ansiaba interrogar al hermano lego a su regreso. Según ya te he dicho, tenía mis dudas acerca de Serafina, si bien estaba seguro de que la Priora vería de lograr que mis intenciones se realizaran en el miembro de la comunidad a quien concernían, ya fuese Serafina u otra, y sin duda alguna podría averiguar no sólo la identidad de la dama, sino que también el probable curso de sus actos una vez estuviera informada de si las monjas habían tomado en serio la lección de equitación. Por consiguiente, con verdadero anhelo esperé el regreso de "Iconoclasta" al cuidado del hermano Felipe.

El Obispo levantó la horquilla de atizar el fuego e inclinándose hacia el hogar empezó a amontonar los troncos, apresurando la combustión.

—¿Y ¿qué ocurrió?—preguntó impaciente el caballero tascando el freno.—¿Qué ocurrió, Ilustrísimo?

El Obispo dejó la horquilla en el rincón acostumbrado.

—¡Hice una pausa, hijo mío, a fin de que tú vieras tiempo de preguntarme: "¿Por qué se llama Felipe?"

—Los nombres de los hombres no me interesan para nada—contestó impaciente el caballero.—Solamente puede ocurrir que me interesen los nombres de los animales.

—Muy bien—dijo el Obispo.—Añadé otro nombre a los animales y Eva a los hombres. Sin embargo, me habría gustado que me hubieses preguntado: "¿Por qué se llama Felipe?" porque la Priora me preguntó eso mismo al oír que llamaba al hermano Marco con este nuevo nombre.



—¿Por qué se le llama Felipe?—preguntó el caballero sin el menor interés.

—Porque “Felipe” significa “amante de los caballos”. Llamé así al buen hermano al observar que demostraba el mayor afecto hacia todos los caballos de mis cuadras. En fin, regresó el hermano Felipe llevando de la brida al palfreñ. Yo había estado paseando por las colinas que rodeaban la ciudad, montado en mi yegua negra “Sulamita”.

—Al entrar en el patio, precisamente cuando llegaba el hermano Felipe con el palfreñ, le ordené que, ante todo, se ocupase en prodigar a éste sus cuidados y que luego viniese a mi estancia a darme cuenta de lo sucedido, y no tardó en presentarse.

El hermano Felipe es un excelente narrador. No necesita esforzarse para contar historias con añadidos, porque su rapidez de observación sorprende en el acto todos los detalles y su excelente memoria no los olvida. Posee la facultad de recordar escenas pasadas en imágenes y refiere una historia como si estuviese ocurriendo en aquel momento ante su visión mental: el sólo defecto que tiene tan excelente narrador es que si la escena que se refiere es cómica, se ve sobrecogido por espasmos de diafragma y ya no puede continuar la descripción. Y en esta ocasión advertí en seguida que la relación del hermano lego iba a ser rica en sucesos divertidos y me dispuse a escuchar.

“Parece que, en efecto, había habido escenas estupendas y la mayor alegría y, según dijeron las mismas hermanas legas al hermano Felipe, se habían divertido más que en cualquiera otro asunto.

“Iconoclasta” fue llevado, con gran ceremonia, desde el patio al prado, contiguo al río. En los primeros momentos las monjas se apresuraron a ir a darle palmaditas cariñosas en el cuerpo y a acariciarle las crines del cuello y tocándole los arcos; proferían gritos de alabanza y de admiración y trataban de darle toda suerte de cosas de comer que no le convenía en lo más mínimo.

“Iconoclasta”, según me enteré, se portó como suelen hacerlo algunos machos cuando son el objeto de la admiración de muchas mujeres. Manoteaba orgulloso movía la cola, arqueando el cuello y mirando de un lado a otro. No aceptaba las tortas que le ofrecían y miraba sacoronamente al hermano Felipe. Por fin, sin hacer caso de todas las demás, dirigió una cariñosa mirada a la Priora, única entre todas las damas que permanecía apartada, mirando la escena, pero sin tomar parte en la adulación general.

“Por fin empezaron a montar a caballo; el hermano Felipe sostenía con firmeza a “Iconoclasta”, mientras que todas las monjas se apresuraron a montar a la que habían elegido para que fuese la primera. Y cada vez que el hermano Felipe trataba de darle cuenta de esta parte de la fiesta, se veía acometido de tales espasmos en la región de su cinturón, que no podía hablar; apenas podía hacer otra cosa que sujetarse los cordones para no reventar de risa, y cuando empezaba a serenarse, una nueva visión mental de la escena le obligaba a retorcerse otra vez.

Y por eso, aunque prefiero las historias completas, desde el principio hasta el fin, me vi obligado a ordenar al hermano Felipe que pasara a relatar escenas que le permitieran articular claramente las palabras.

La severidad de mi mandato dio al buen hermano la necesaria compostura y con voz aún débil e insegura, pero que recobraba gradualmente su firmeza, describió los ejercicios equestres.

Muchas de las monjas no recorrieron a caballo más que algunos metros, y aun sostenidas por numerosas manos amigas de manera que a cierta distancia no se divisaba más que la cabeza del noble “Iconoclasta” sobre la movible multitud, y dominada, a su vez, por el aterrado rostro de la monja que se apresuraba a exclamar que el placer que experimentaba no debía hacer aguardar más a sus compañeras su turno respectivo, y así se precipitaba a caer en los brazos que la esperaban para recibirla. Y una vez se veía de nuevo sobre sus pies, se convertía en la más atrevida consejera de la que iba a ocupar su puesto en la silla de “Iconoclasta”.

“Sor Maria Serafina” ausó a todas una decepción. Había hablado tantas veces de su propio palfreñ, de su habilidad equestre y de las cacerías a que había asistido, que las demás monjas esperaban ver como haría galopar al caballo por el campo.

Primeramente tuvieron lugar los ensayos tímidos y cortos de las monjas que nunca montaron a caballo. Luego, sor Serafina, haciendo que todas las demás le dejasen sitio y se alejaran a un lado, subió a caballo, ayudada por una hermana muy alta.

“Tomó las riendas debidamente, y ordenó al hermano Felipe que soltara el caballo, pero éste, al sentirse libre de la molestia y molesta multitud que lo había rodeado, hizo, para manifestar su contento, una alegre corveta.

La cual, a Maria Serafina, que apenas se había sentado en la silla, hizo dar un grito de espanto y ordenar al heraspezo por haberlo hecho.”

“Entonces guió a “Iconoclasta” al prado, seguida por todas las monjas en procesión; mientras tanto, sor Serafina no cesaba de quejarse, primero de la silla, que le cogía de donde no debía, dejando, en cambio, un lugar vacío en donde

se necesitaba apoyo; luego de los pasos del caballo y también de una arruga en su traje, de manera que la comitiva se detuvo por dos veces para arreglarla. Entonces se quejó de las orejas de su montura, que se movían de un lado para otro sin razón que lo justificase y que luego apuntaban a algo, cosa que indicaba claramente el miedo de que el animal estaba poseído, y por fin de sus ojos, que miraban de reojo y parecían expresar sus malas intenciones.

Entonces, la Sub-Priora, ya cansada de aquellos paseos y decidida a no darse atrás mientras las demás se divertían, exclamó que si los ojos del animal indicaban sus malas intenciones, sor Maria Serafina debía desmontar en el acto y que el caballo se llevara a donde la Priora estaba sentada contemplando la escena.

“Serafina consintió de buena gana y la procesión de las monjas regresó con la mayor compostura al extremo del campo.

“Pero la alegría volvió a reinar en breve gracias a la anciana lega Antonia, quien, provista del consentimiento de la Reverenda Madre, insistió en montar a su vez.

Numerosas manos dispuestas a ayudarla, calculando mal el peso de la anciana lega, la levantaron mucho más de lo necesario, por encima del lomo del caballo, y entonces Maria Antonia, abriendo las piernas, quedó montada a horcajadas.

“Pero se quedó sobre “Iconoclasta”, firme como una roca, y los esfuerzos de las monjas no pudieron lograr que cambiara su posición. Dijo al hermano Felipe que se fijara “en el señor Obispo” y que en vez de quedarse allí quieto, sosteniendo el caballo, lo que debía hacer era pasearla. La anciana Antonia recorrió el campo triunfalmente, bendiciendo a las monjas, a derecha e izquierda, cuando pasaba.

“Nunca se habían oído allí tan alegres gritos. La misma madre Sub-Priora tuvo que sentarse para no caerse de risa, y todas las quejas de Maria Serafina se olvidaron en un momento.

“Maria Antonia dió dos vueltas al campo, con los dedos levantados, en actitud de bendecir. El mismo “Iconoclasta” andaba con sumo cuidado, arqueando el cuello y con la mayor preocupación, como si estuviera bien enterado de que llevaba sobre el lomo noventa años de valerosa alegría.

“En resumen, eso hizo que el día de asueto fuera un éxito. Pero... lo mejor no había ocurrido aún.”

El Obispo volvió a atizar el fuego, como si encontrara difícil de decir lo que faltaba.

El caballero respiraba agitado. Su cuerpo, sentado, estaba inmóvil; sin embargo, los rubies de su pecho brillaban continuamente, como otros tantos fieros ojos.

El Obispo continuó su relato, hablando rápidamente, con la horquilla de hierro en la mano y el rostro vuelto hacia el fuego.

—Por fin, entre todas, desmontaron a la vieja Antonia y nuevamente se congregaron en torno del caballo, dándole palmadas cariñosas y dirigiéndole toda suerte de elogios, cuando mano Felipe que le llevara el caballo al patio y que las monjas se quedarán en el campo, donde estaban.

“Estas observaron al magnífico animal mientras desaparecía por el arco de la puerta, más ninguna sospechaba siquiera lo que iba a suceder. Felipe las sorprendió luego mientras discutían.

“Algunas creían que el Obispo había mandado por su caballo; otras, que la Reverenda Madre había temido por la seguridad de la anciana hermana lega, o tal vez tratara de impedir que, en vista de su valeroso ejemplo, las demás se mostraran demasiado atrevidas. Y los ojos expectantes de todas estaban vueltos hacia el arco de la puerta, esperando algo.

“Y entonces...

“Oyeron los cascos de “Iconoclasta” al golpear contra las losas del patio. Luego llegó hasta ellas la voz tranquila de la Priora. “Acaso sería ella la que se acercaba?”

“De pronto, a la luz del sol, a través de la puerta, sola y sin miedo, salió la Priora, montada a caballo. En su rostro se advertía la tranquilidad de quien no tiene el más pequeño temor, y el mismo palfreñ andaba como si estuviera orgulloso de la carga que llevaba.

“Ella sonrió y hasta habría dirigido alegres gritos a los grupos, mientras pasaba por su lado, pero, de común acuerdo, las monjas se dejaron caer de rodillas con las manos unidas y los rostros levantados, en actitud de adoración, pues siempre la habían, siempre la reverenciaban y siempre la creían hermosa. Mas la visión de la Priora, a quien nunca viera nadie a caballo, lanzando hacia el campo inundado de sol sobre el palfreñ blanco como la nieve, llenó sus corazones de maravilla y del deseo de expresar su admiración.

“En cuanto al hermano Felipe, apoyado en la puerta, observaba atentamente. Sabía que ya no era necesario para sostener la brida, desde el momento en que vio a la Reverenda Madre, con las riendas con la mano izquierda, apoyar con suavidad la derecha sobre el cuello de “Iconoclasta” e inclinarse luego para hablarle al oído.

—Montaba a caballo—me dijo Felipe—como sólo puede hacerlo quien se acostumbró desde la infancia.

“Guió su montura haciéndole dar una vez la vuelta al



prado, y luego, agitando suavemente las riendas, le hizo tomar el trote. Una vez llegó al extremo del campo, le hizo dar media vuelta y emprender el galope. Las monjas estaban mudas de asombro y contenían el aliento para ver mejor, en tanto que la Madre Sub-Priora, aunque nadie pudo averiguar la causa, se volvió hacia sor María Serafina y la sacudió con violencia.

En aquel momento la Priora llegaba junto al grupo de monjas, al paso de su espaladura, y se arreglaba el velo que había volado a su espalada mientras el caballo galopaba; y también se inclinó para hablar a algunas monjas cuando pasaba.

En sus ojos parecía advertirse nueva vida. Sus mejillas estaban enrojecidas y parecía una chiquilla.

«Hizo avanzar un poco más a «Iconoclasta» y, deteniéndose junto a la madre Sub-Priora, le dijo:...

El Obispo se interrumpió para dejar cuidadosamente la horquilla en su rincón acostumbrado.

«Hizo una pausa—continuó—y dijo: «No hay necesidad de que quise aquí más de lo que quieran las monjas. En cuanto a mí, ya que estoy a caballo y en vista de que nuestro Lord Obispo no tiene prisa por que se le devuelva su palafreñ, tengo la intención de emplear una hora en este ejercicio.»

Simón de Worcester se volvió para mirar cara a cara al caballero y añadió:

—La Priora estuvo una hora, a la luz del sol y sobre la fresca hierba, LA PRIORA PROBO LA FUERZA DE SUS ALAS.

## CAPITULO XXIII

### LA LLEGADA A MEDIANOCHE

Hugo d'Argent se quedó mudo, devolviendo al Obispo la mirada que éste le dirigía. En su rostro no había temor alguno, sino que expresaba la mayor sorpresa.

Entonces en los ojos de ambos hubo una mirada que casi era una sonrisa, cierta expresión de pena, pero completamente confiada por una y por otra parte. Una mirada que sólo el Obispo podía comprender.

De manera, Ilustrísima, que lo sabiais todo—dijo Hugo d'Argent.

—Sí, hijo mío. Lo sabía.

—¿Desde esta mañana?

—¡Ca! Desde el primer día en que viniste a referirme tu historia, pues me hiciste cuidadosas preguntas con la mayor indiferencia aparente. No te enojas contigo mismo. Hugo. Has sido fiel a más no poder, pero... nunca un enamorado fué buen diplomático. Los asuntos que tienen mayor importancia en la vida no pueden ser disimulados por los corazones enamorados a las miradas atentas.

Entonces ¿para qué hablar tanto de Serafina?—preguntó el caballero.

—Serafina, hijo mío, nos ha sido sumamente útil en varias conversaciones. En ninguna otra circunstancia, en toda su egoísta vida, ha sido tan generosamente útil como ahora.

Tú estabas ahí sentado, oyéndome y figurándote que yo estaba falto de juicio por completo, siendo así que me esforzaba en no parecer demasiado enterado de lo mucho que debo al rostro de Serafina, hinchado por el llanto.

Señor!—exclamó el caballero acribado por la vergüenza.—¿Señor! ¿Como estabais enterado?

—Tranquilízate, muchacho. No forma parte de los sagrados deberes de mi cargo seguir los pasos de mi Maestro y tratar de discernir los pensamientos y las intenciones de los corazones? Por otra parte, no sólo respetaba, sino que también aprobaba las razones de tu reticencia, y tal vez te habría dejado marchar sin que sospecharas lo enterado que yo estaba de lo que tanto deseabas tener oculto, si no fuera porque tenemos necesidad de examinar juntos este hecho: «A pesar de que fué enviado este mensaje de finalidad clara y precisa, la Priora ha probado la fuerza de sus alas».

Una explosión de alegría inundó el rostro del caballero.

—Reverend Padre!—exclamó.—¿Creéis que hay esperanza para mí?

Simón de Worcester examinó con todo cuidado esta pregunta, sentado en su actitud favorita y con los labios comprimidos contra las puntas de sus dedos. Por fin dijo:

—Creo que eso no significa más que lo siguiente: se trata de una situación embarazosa para ella, de una lucha entre la mente y su ser físico; entre la razón y el instinto; entre el pensamiento y el sentimiento. La mente, tranquila y reposada, te mandó el mensaje de negativa final. El cuerpo sensible, vibrante de vida, se prepara de un modo instintivo para la posibilidad del viaje a caballo contigo, hacia Warwick. Esto equilibra la cuestión. Pero puede ocurrir que se presente en tercer factor para decidir el asunto. Este será el que falle en definitiva. Y ni tú ni yo, ni la tierra o el cielo, así como tampoco las cosas pasadas, presentes o futuras podrían lograr convencerla.

Y ese tercer factor, ¿cuál es?—preguntó el caballero.

—El Espiritual—contestó con tono solemne el Obispo levantando el rostro.

Entonces fue cuando el caballero se sintió confundido. Por vez primera empezó a ver el asunto tal como debía apa-

recer a los ojos del Obispo y de la misma monja, y su obstinación egoísta le avergonzó.

—Habeis sido muy bueno para mí—dijo con humildad.—Habeis sido muy bueno y generoso, aunque yo os había dado causa más que suficiente para que os enojaraís.

El Obispo dejó de mirar al techo e interrogó con los ojos a Hugo d'Argent.

—Enojarme, hijo mío? ¿Por qué?

—Porque he tratado y trato todavía de tentar a la Priora para que obre indebidamente.

La interrogadora miró al Obispo adquiriendo extraordinaria brillantez e intensa expresión irónica.

—¿Tu tentaría? ¿A ELLA? ¿Tentarla para que obre indebidamente? No hay hombre en la tierra capaz de conseguirlo. Ten la más completa seguridad de que no vendrá a ti, a menos que no crea deber hacerlo y que quedarse sea mal para él. Si yo creyese que eras capaz de tentarla, ¿te figuras que me limitaría a observarte y a presenciar el desarrollo de los acontecimientos? ¿De ningún modo! Si me limito a ser espectador y a esperar, es por saber que mientras tanto ella, con visión más clara de las cosas y como se halla más cerca del Cielo que tú o yo, discernirá lo recto y lo justo y, al escogerlo, rechazará lo equivocado. En caso que se convenza de que su vida contigo es verdaderamente la voluntad de Dios, y te confieso con toda franqueza que atribuiré a milagro que tal suceda, ten la seguridad que vendrá a ti. Más no vendrá a menos que, haciéndolo, esté persuadida de que elige lo más duro para ella.

—¿Lo más duro!—exclamó el caballero.—Olvidáis, Padre, que ella me ama!

—¿Que lo olvido?—replicó el Obispo.—¿Has notado que sea olvidadizo? El hecho de que te ama es, precisamente, la razón más poderosa contra ti, en estos momentos. A tales mujeres llega siempre el sentimiento instintivo de que lo más agradable puede ser, casi siempre, lo equivocado, y que el pesado camino de la renunciancia es el único verdadero. No ascendes al monte Sión para alcanzar la corona, sino que das la vuelta y emprenden el camino por Getsemani hacia el Calvario, seguras de que tan sólo así siguen el camino verdadero. ¿Y qué podemos decir nosotros? ¿No siguen acaso las huellas del Hijo de Dios? Yo temo que mi naturaleza tome otro camino, pues me inclino a seguir al rey David o a Salomón en toda su gloria, entonando alegres cánticos de Ascensión desde el palacio del monte Sión al templo del monte Moria. Todo lo armonioso, tanto en sonido como en color y forma, me parece bueno y, por consiguiente, justo. Largos años de permanencia en Italia me han infiltrado la adoración de lo bello, inextricablemente mezclado con la adoración de lo divino. Desconfío mucho de mi propio raciocinio y temo—dijo el Obispo, cuya cariñosa caridad había ganado a tantas almas a la religión—temo, en verdad, hallarme muy lejos de seguir el ejemplo de Cristo. Pero siempre que tengo la ocasión de verlo, reconozco el espíritu de la crucifixión que muchos eligen para sí mismos. Y el aviso que te doy, no es porque ovide, sino porque recuerdo.

Cuando estas últimas palabras resonaron en la estancia, después de salir de los labios del Obispo, el silencio que siguió fué alterado por el fuerte tañido le campana exterior, seguido por el ruido que producían apresurados pasos en el patio inferior. Acto seguido se vieron brillar algunas antorchas a través de los vidrios de las ventanas y se oyó como alguien quitaba la tranca de la puerta.

—Debe ser cerca de medianoche—dijo Hugo d'Argent.

—Extraña hora para llegar.

El comedor situado en el piso superior del palacio, tenía ventanas que daban al patio en el extremo opuesto de la puerta.

El caballero se dirigió a una de esas ventanas. la abrió y, arrodillándose en el banco que tenía delante, miró hacia abajo.

—Entra un jinete—dijo—un jinete que acaba de dar una larga y rápida carrera. Su corcel está cubierto de espuma y tandeada con las narices dilatadas. El jinete ha entrado sin tañer de que vuestros hombres, señor, se ocupan del caballo.—El caballero volvió a su sitio, exclamando:—Es un excelente animal! Me parece que harían muy bien dándole un pienso con cereza.

Simón de Worcester no contestó.

Estaba eruido en su asiento, con las manos plegadas, y en sus mejillas se advertía la afluencia de la sangre mientras prestaba atento oído a los pasos que se acercaban.

Pon fin llegaron y la puerta situada en el extremo opuesto de la estancia se abrió para dar paso al flaco capellán, que hizo una reverencia.

—¿Qué hay?—preguntó el Obispo prescindiendo de las acostumbradas formalidades.

—Ilustrísima, vuestro mensajero ha regresado y solicita una audiencia sin la menor dilación.

—Hacedle entrar—contestó el Obispo asiendo los brazos de su sillón e inclinándose hacia adelante.

El capellán se volvió a medias e hizo una señal con la mano levantada: luego se situó a un lado al oír que se acercaban los rápidos pasos.

Apareció en el marco de la puerta un hombre joven, vestido con traje de viaje manchado y sucio por la larga jornada. Sin entretenerse en hacer saludos al estilo de los monjes ni



genufflexión alguna, dió media docena de pasos por el comedor; luego se quitó el sombrero, se detuvo con los pies unidos, de manera que las espuelas estuvieran en contacto, y se inclinó con un saludo propio de soldado, hacia la chimenea.

Después se llevó la mano al pecho, sacó un paqueto provisto de muchos sellos, y tendiéndolo al Obispo, le dijo:

—Traigo de Roma para mi señor, Lord Obispo de Worcester, una carta de Su Santidad el Papa.

El caballero se puso inmediatamente en pie. El Obispo se levantó, mostrando su noble figura envuelta en carmesí y oro y adornada por la elevada dignidad de su cargo. Guardando completo silencio, extendió la mano para tomar la carta. El empolvado viajero se apresuró a acercarse, se arrodilló a los pies del Obispo y puso la misiva en sus manos.

Entonces el prelado levantó la carta del Papa e, inclinándose la cabeza, besó el sello pontificio, en tanto que el caballero, doblando una rodilla, apoyaba la mano en el pomo de la espada y tenía los ojos inclinados al suelo.

Así, por espacio de un momento, reinó el silencio en el comedor. La soberanía de Roma, extendiendo un poderoso brazo a través de los mares, mostraba también su poderío en aquel comedor inglés.

Luego el Obispo puso la carta sobre una mesita que había a la derecha, se sentó he hizo señas a los dos hombres para que se levantarán.

—¿Como te ha ido, Roger—preguntó en tono bondadoso. —«He llegado a tiempo. Reverendo Padre?»—preguntó el joven con ansiedad. —Seguí puntualmente vuestras órdenes. No he ahorrado gasto alguno. Fleté el mejor barco que pude encontrar y al cabo de una hora de haber llegado al puerto emprendimos el viaje por mar. Tuvimos buena travesía y, habiendo sido afortunado en encontrar relevos de caballos durante todo el camino, llegué a Roma veinticuatro horas antes del tiempo calculado. Entré en la Ciudad a la puerta del sol y gracias a vuestro nombre y a vuestro sello se me abrieron todas las puertas de manera que vuestra carta, ilustrísima, se halló en manos de Su Santidad antes de que el último rayo de sol se hubiese desvanecido tras de las distantes colinas.

«Fui magníficamente tratado por el cardenal Ferrari; y, a decir verdad, un lecho blando y unas colchas de seda fueron bien recibidos por mí después de muchas noches de alojarme sin comodidad alguna en las posadas que hallaba en mi camino a lo largo de Normandía y de Italia. Además, como había conseguido ganar tiempo, me creía autorizado para tomar una larga noche de descanso.

«Pero a la mañana siguiente, apenas empezaban a arrullar los alamos, me llamaron recomendándome ir aprisa. Luego, mientras tomaba mi desayuno, compuesto de extraños y sabrosos platos, sentado en un patio de mármol en el que había fuentes de exquisito gusto y parras cuyas hojas colgaban sobre mi cabeza, regresó el Cardenal que había sido llamado ya al dormitorio del Papa, en donde estaba escrita y sellada la respuesta de Su Santidad.

«Por lo tanto, ilustrísima, no perdí tiempo, sino que emprendí el regreso, encontrando, en mi camino, los mismos montes que dejara a la ida, hasta que llegué al puerto en donde me esperaba la nave.

«Entonces, por desgracia, hubo un retraso y mucho me alegré de no haber cedido a la tentación de entretenerme en Roma, porque los vientos eran contrarios y transcurrieron algunos días antes de que pudiésemos emprender el viaje; y cuando, por fin, pude convencer a los marineros de que intentáramos la travesía, nos cogió una terrible tormenta en medio del Canal, amenazando con destruir las velas y, después de levantarnos a grande altura, lanzarnos a nuestra perdición. Desesperados ya, porque los marineros habían perdido el gobierno del barco, hice voto de que si cedía la tormenta y llegábamos al puerto sanos y salvos, yo, cuando sucediera a mi padre en sus posesiones de Gloucestershire, haría donación al digno Abate de una Abadía en su agra, mis nuestras tierras, de un prado cerca del cual él y sus monjes han sembrado muchas veces el décimo mandamiento, y otros varios también, y de una corriente llena de truchas que lo cruza, pues la mayor delicia del Abate es una trucha gorda para su cena; en cuanto a los monjes, muchas veces se pasan las horas muertas tratando de hacer salir a las truchas de sus frescos agujeros debajo de las orillas de la corriente. Pero si los descubre mi padre así entretenidos y echados boca abajo, los monjes se apresuran a ponerse en pie o por lo menos lo intentan. Por eso, en el centro del canal, al amanecer, mis peccados, recordo, muchas veces, había ido corriendo a avisar a mi padre, de que si se apresuraba encontraría a los monjes echados junto al arroyo, con las mangas arremangadas, las cabezas sobre el agua y muy entretenidos en hacer salir las truchas. Luego me apresuraba a volver por el camino más corto, para esconderme por entre los avelanos y observar como mi padre se aproximaba a pillar descuidados a los monjes. Mis burlonas y juveniles carcajadas parecían resonar a través de las jarcias del barco como por la tempestad, y por eso hice voto de que si amainaba la tormenta y llegáramos sanos y salvos al puerto, los monjes serían propietarios de aquel prado. La tempestad se calmó y llegamos al puerto... aunque no sé lo que dirá mi padre. Y temiendo que un retraso pudiera causarnos algún quebranto, en cuanto salí a tierra

monté de nuevo a caballo y aquí vine con toda la rapidez que consentió mi excelente montura. ¿He llegado a tiempo?»

El Obispo sonrió al mirar los ojos azules y el franco rostro de Roger de Berchelai, joven muy fiel dedicado a su servicio. Aquel también tenía facilidad de recordar escenas y Simon de Worcester gustó de las vistas de viajar al galope, del olor salobre de las brisas marinas y del apresuramiento que evocara la voz vehemente y expresiva de su mensajero.

—Si, hijo mío—dijo el Obispo.—Has vuelto no sólo a tiempo, sino que todavía nos sobran dos días. Nunca hubio tan veloz emisario como tú. Elegi muy bien y deposité merecidamente mi confianza en ti. Ahora ve a cenar y a gozar de un largo descanso bien ganado, querido muchacho; y mañana vendré a decirte si te viste obligado a gastar más de lo que yo te di.

Levantando la voz el Obispo llamó al capellán, de modo que otra vez apareció su siniestra figura en el marco de la puerta.

El prelado le dió instrucciones acerca de como debía atender al caballero de Berchelai y luego añadió:

—Haced que iluminen la capilla, padre Benedicto. Tan pronto como la aurora aparezca en el horizonte diré la misa en acción de gracias por la bendición de una carta del Santo Padre, y por el feliz regreso de mi mensajero. No necesitare vuestra presencia ni la de ninguno de vuestros compañeros, salvo la de aquellos que por casualidad... Benedicte.

—Deus—contestó el padre Benedicto inclinándose.

El joven Roger, alegre y satisfecho, se arrodilló y besó el anillo pastoral del Obispo; luego, retrocediendo, apartó de su frente un mechón de hermoso cabello que había caído, diciendo:

—Un baño, ilustrísima, sería aún más agradable que la cena y el lecho. Me avergüenzo casi de haberme presentado así, manchado por el polvo del viaje, no solo ante vos, sino que también ante ese noble caballero.

Y al mismo tiempo dirigió un saludo a Hugo.

—De ninguna manera—contestó Hugo sonriendo amistosamente.—Las manchas y el polvo debidas a un viaje como el vuestro son más deseables que la seda y el fino lienzo. Mucho me gustaria irme esta noche a descansar después de haber hecho lo mismo que vos.

—Ve a bañarte, muchacho—dijo el Obispo.—Eso dará más tiempo a mis monjes para pescar y preparar algunas truchas para tu cena. Y acuerdate de que ese campo es Corban. Cena bien, descansa mejor y que la bendición del Señor sea contigo.

El joven atravesó la puerta y se alejó, y en cuanto la flaca mano del padre Benedicto hubo cerrado la puerta, el Obispo y el caballero se quedaron otra vez solos.

## CAPITULO XXIV

### LA ORDEN DEL PAPA

Nuevamente se habían quedado solos el Obispo y Hugo d'Argent y ambos permanecieron sentados algunos minutos sin pronunciar palabra.

Luego el Obispo adelantó la mano, tomó el pliego de Roma y miró al caballero.

Hugo d'Argent se levantó, se dirigió hacia la ventana y se asomó a ella para contemplar la tranquila noche de verano. Pudo oír como el Obispo rompía los sellos de la carta del Papa. Abajo, en el patio, todo estaba quieto y tranquilo y el caballero se preguntaba si los palafreneros habrían secado bien el sudor del caballo, abrigándolo luego, y si le dieron un pienso caliente con cerveza.

Oyo entonces como el Obispo desplegaba el pergamino, que crujía.

La luna que estaba en su cuarto creciente, navegaba por el cenit. Las torres de Santa Maria parecían negras al perfilarse sobre el cielo.

El palacio estaba en el mismo lado de la Catedral que la calle principal, que conducía directamente a la puerta exterior, al Diezmo y al convento de las Damas Blancas en Whytstone. ¿Cuán extraño parecía el caballero recordar que debajo de él se extendía el paso subterráneo de una milla de largo y sumido por completo en la obscuridad; que precisamente debajo del palacio, tan cerca de la Catedral, ella y él, andando juntos, habían llegado al final de su extraña peregrinación! Sin embargo, entonces...

Pudo oír como el Obispo volvía el pergamino.

La luna navegaba en libertad por aquel cielo tempestuoso, como un noble rostro que tranquilamente mirase más allá, por entre toda suerte de perplejidades y de dudas.

Dos noches más tarde la luna estaría casi llena. «Se iría entonces solo a Warwick o lo acompañaría ella?»

Como dijera el Obispo, él la había visto varias veces cabalgando todo el día, como un pájaro, por las tierras partañosas. Pero ahora prefería imaginársela cabalgando en «foc-noclasta» por el prado contiguo al río, con el velo flotante a su espalda.

Pero ¿vendría. ¿Vendría o se quedaría? ¿Se quedaría o vendría?

La luna habíase ocultado tras una nube; más, el borde de ésta estaba pintado de plateada luz.



Si la luna salía completamente de la nube antes de que pudiera contar hasta doce, ella vendría para huir con él.

Empezó a contar despacio. Al llegar a nueve, la luna se hallaba todavía oculta y el corazón del caballero se llenó de angustia.

Pero cuando llegaba a diez, el Obispo llamó: "¡Hugo!", y el caballero, volviendo el rostro, contestó a la llamada.

El prelado tenía en la mano la carta del Papa y también un documento de aspecto legal, del que colgaban algunos sellos.

—Esto te concierne muy particularmente, hijo mío—dijo el Obispo con cierta emoción, dejando el pergamino en manos del caballero.

Hugo d'Argent podría haberse enterado del contenido a la luz de la vela que ardía junto al asiento del Obispo. Pero inexplicable movimiento instintivo le obligó a dirigirse hacia la mesa que había en el centro de la estancia, alumbrada todavía por cuatro velas de cera. Se quedó en pie para leer el documento, vuelto de espaldas hacia el Obispo y con la cabeza muy próxima a la llama de las velas.

Una vez, dos y hasta tres veces leyó el documento antes de hacerse cabal cargo de su significado. Sin embargo, estaba muy claro y explícito: era una dispensa, firmada y sellada por el Papa, liberando a Mora, Condesa de Norelle, de todos los votos y promesas pronunciados y recibidos cuando entró en el convento de las Damas Blancas de Worcester, en Whytstone, en la parroquia de Claines, y del cual, más tarde, había llegado a ser Priora; añadía el documento que se le daba plena absolución a causa de haber llegado a conocimiento de Su Santidad que aquella noble dama había entrado en el claustro a consecuencia de una intriga maliciosa y criminal que tendía a arrebatarse su castillo y sus posesiones, y también para separarla de un valiente caballero que peleaba en la Guerra Santa, y al cual estaba prometida.

Además, el documento daba facultades a Simón, Obispo de Worcester, o a cualquier presbítero nombrado por él, para unir en matrimonio al caballero Cruzado Hugo d'Argent y a Mora de Norelle, antes Priora de las Damas Blancas de Worcester.

El caballero volvió junto al hogar y se quedó en pie al lado del Obispo, sosteniendo el pergamino en la mano.

—¿Señor Obispo!—exclamó, ¿No sueño?—  
—De ninguna manera, hijo mío—contestó sonriendo el Obispo.—Seguramente ningún sueño que pudiera tener estaría firmado por Su Santidad ni llevaría colgado el gran sello del Vaticano. El documento que tienes en la mano contesta por sí mismo todas las preguntas y asegurará la posición de tu esposa en la Corte y en el mundo, en el caso de que resuelva volver a él.

Pero, que lo haga o no, ello no es asunto sobre el cual la Iglesia debe pronunciarse; además, el Santo Padre añade, en esta carta que me dirige, importantes instrucciones.

En primer lugar, que debe ser deseo de la Priora y decisión espontánea, libre de toda clase de presión indebida exterior, el abandonar o no su cargo y aceptar la dispensa que la libera de sus votos.

Segundo, que debe salir del convento y de la vecindad del mismo secretamente; si es posible apareciendo en su nueva situación en la vida como esposa tuya, sin que trate demasiado de dónde vino.

Tercero, que cuando su ausencia sea conocida en el convento, estoy autorizado para anunciar con toda solemnidad que ha sido trasladada por mí, en secreto, con el conocimiento y aprobación del Santo Padre, a un lugar en que era necesaria para más elevado servicio.

El Obispo sonrió al pronunciar las últimas palabras y en sus ojos se advertía una expresión de triunfo. En cuanto al caballero, le miraba aún como si soñara, si bien su rostro reflejaba la alegría expectante de que se hallaba poseído.

—¿Qué noticias para ella, ilustrísima!—exclamó.—¿Vais a mandárselas por la mañana o se las llevaréis vos mismo?

El Obispo se oprimía los labios con las puntas de los dedos. —Lo ignoro—contestó despacio.—No sé aún si se las mandaré o si yo mismo le haré entrega de ellas.

—Sería preferible lo segundo ilustrísima—se atrevió a decir el caballero.—Esto tendría la ventaja de que solventaría muchas dudas y alejaría numerosas dificultades.

—No corramos de esa manera!—exclamó el Obispo.—Casi no me atrevo a casarte con una mujer que tan poco conoces. En la seguridad de que ni por un solo momento ha considerado en sus dudas, lo que la Iglesia o el Estado puedan decir o hacer. Para ella el asunto es mucho más sencillo, pues se reduce a sus límites aseciales, sin complicaciones de leyes ni de dogmas. Ella se pregunta tan sólo: «¿Debo hacerlo o no? (Es la voluntad de Dios que haga eso?»)

—Pero, Reverendo Padre, ¿qué podrá decir ya?—  
—¿Qué podrá decir?—Simón de Worcester se echó a reír silenciosamente al recordar unas palabras muy recientes que se le venían a la memoria.

—Tal vez dirá: «¡Me asombráis, ilustrísima. En verdad, me asombráis. Su Santidad el Papa puede gobernar en Roma; vos», señor Obispo, gobernáis en las ciudades que consti-

tuyen la diócesis, pero yo gobierno en este convento, y mientras esté a mi cuidado, eso no será nunca!»

El Obispo se volvió las manos con suavidad, como tenía por costumbre cuando un recuerdo le producía vivo placer mental.

—Esto es lo que probablemente diría la Priora, mi querido caballero, si yo fuese lo bastante imprudente para mosé. Puede ser conveniente mandárselo o mostrárselo sin hacer grandes comentarios; sólo para que pueda ver el efecto que en la mente del Santo Padre ha causado el conocimiento de todos los detalles del caso.

—¿Milord!—exclamó el caballero con el mayor interés.—¿Cómo llegó a enterarse Su Santidad de todo lo ocurrido?

—Cuando por vez primera viniste a referirme la triste historia de traición de que fuisteis víctimas, me dije que, si lo grabas ponerte en comunicación con Mora, necesitaríamos estar mejor armados, con la máxima autoridad, para darle la bota y para el regreso de Mora al mundo, a fin de evitarle muchas penas y muchos dolores y hasta, quizás, peligros para ti. Por consiguiente, resolví exponer el asunto al Papa, sin la menor pérdida de tiempo. Conozco muy bien a Su Santidad, su inteligencia clara, su caridad y su bondad, así como su deseo de obrar con justicia y su natural misericordioso. Además, su amistad por mí, que no me negaría una petición que le hiciera y hasta, en su bondad, estaba seguro de que se dejaría guiar por mi propio juicio.

Así, pues, en cuanto tuve conocimiento de todos los hechos, algunos por haberme referido tú, otros porque ya los sabía y los restantes por haberlos deducido de ambas fuentes de información, mandé a Roma a Roger de Bercheil, con cuya inteligencia y devoción puedo contar, le di lo que podía necesitar para el viaje y para su manutención, en el menor tiempo posible, y le despaché a Roma con una relación escrita del asunto, sellada con mi sello privado y dirigido todo ello a Su Santidad el Papa.

El caballero escuchó este relato del Obispo con ojos interrogadores y luego dijo:

—Esta bondad vuestra, señor, excede de cuanto se pudiera imaginar. El haberme tolerado mientras os refería la historia de mi dolor ya es mucho; que fácilmente me permitierais hablar a mi prometida, era más todavía. ¡Pero que mientras que yo no os hacía más que confidencias a medias y ella no os refería nada en absoluto, vos estuvierais gastando, reflexionando y trabajando en nuestro favor, arriesgando mucho si el Santo Padre hubiese tomado a mala parte vuestra extremada generosidad y desinterés... ¡Y todo esto lo habéis realizado por Mora y por mí! El hecho de que fuisteis, según me habéis dicho, un huésped frecuente de mi casa durante mi infancia y que tuvieseis la mayor estimación hacia mis padres, podría justificar la excelente y bondadosa acogida que me reservasteis. Pero por tal generosidad, por tan maravillosa bondad, me siento confundido. Que hayáis hecho algo tan grande, que puede tener como resultado mi matrimonio con la Priora, sobrepaja a todo lo concebible.

Cuando Hugo d'Argent cesó de hablar, Simón de Worcester no contestó en seguida, sino que guardó silencio unos momentos. Estab asentado, mirando al fuego, acariciando con los dedos de la mano izquierda la cruz de oro que colgaba de su pecho, mientras con los de la derecha tamborileaba en la cabeza del león que formaba el brazo de su sillón.

Pareció como si el Obispo se quedara inquieto ante la gratitud del caballero, o que se le hubieran presentado ciertos pensamientos que no quería expresar y que fuera preciso alejar antes de tomar de nuevo la palabra.

Por último, pleorando las manos, contestó el caballero, sin dejar de mirar al fuego, adoptando cierta frialdad que parecía rodearle como escudo invisible, aunque impenetrable.

—Me agobias, querido Hugo, con tu gratitud. Nunca creí que mi intervención en este asunto necesitase recibir las gracias, ni explicaciones de ninguna clase. Hay ocasiones en que el hacer menos de lo que podemos sería pecar contra lo más sagrado. Para mí, la mejor definición del pecado que se hace en las Sagradas Escrituras es la del apóstol San Jaime, el más práctico de todos los escritores inspirados, cuando dice: «El que sepa cómo hacer bien y no lo haga, peca». Yo sabía perfectamente cómo hacer «bien» en este caso y, por consiguiente, no se me debe ninguna gratitud por haber dejado de incurrir en él.

—Por otra parte, hijo mío, muchos que parecen merecer la gratitud de otros serían juzgados en distinta forma si se pudiera revelar la verdad interior que les movió a obrar como lo hicieron. En cuanto a mí, siento casi la manía de que todas las cosas buenas lleguen a realizarse por completo.

—Puede ser que yo estuviera mejor dispuesto para com-

prender tu historia, porque por el amor de una mujer estuve desterrado siete años de esta tierra, tiempo de que mi gran pasión por ella hiciera el mágico de que su joven corazón, aún no despierto al amor, se inclinara a corresponderme.

Nunca me pasó por la imaginación quebrantar mis votos y, por otra parte, no soy partidario del trato amoroso del hombre y la mujer entre los cuales es imposible el matrimonio, porque, en el mejor de los casos, hay un egoísmo criminal por parte del hombre, que impide a la mujer entrar en su



propio reino. La corona de la femineidad es ofrendar hijos al hombre que ama, ocupar su sitio en el hogar como esposa y como madre. El hombre que no puede ofrecer todo eso y, sin embargo, se interpone en el camino de otro que pueda hacerlo, es un pobre e indigno enamorado.

El Obispo hizo una pausa, separó las manos, alejó su mirada del fuego, y se recostó en su asiento. La piedra de su sortija había adquirido el color azul, el color del nomeolvides junto al arroyo de un prado.

Entonces miró al silencioso caballero, y en sus ojos, más bien que en sus labios, había una cariñosa sonrisa. Me parece haberle dicho, mientras cenábamos, que muchos años atrás la conocí en la Corte cuando yo era confesor de la Reina y preceptor de sus damas. Pero entre la Priora y yo no se había hecho la más ligera mención de que nos hubiésemos conocido anteriormente. Y estoy persuadido de que no había reconocido en el débil y arciano prelado de blancos cabellos, llegado de Italia, al presbítero vigoroso, cuyo rostro estaba adornado por una barba de sus días de la infancia y de la primera juventud, que entonces llevaba el nombre... y el Obispo se detuvo para mirar fijamente al caballero—que llevaba el nombre—continuó—de padre Gervasio.

«Padre Gervasio!» exclamó Hugo d'Argent levantando la mano derecha para persegirse como solía siempre que nombraba a un difunto. Mas se detuvo en su movimiento instintivo por haber visto algo significativo en aquellos ojos azules.—El padre Gervasio, ilustrísimo, pereció en una tempestad en el mar. El barco que le llevaba se hundió y jamás se vió a ninguno de sus tripulantes. El caballero hablaba con la mayor convicción, pero mientras tanto la asombrosa verdad se iba abriendo paso en su mente y la sobrecogía de estupor.

«Padre Gervasio» comprendí por qué los ojos del Obispo habían conquistado en el acto su confianza. Era porque un amigo fiel y querido de su infancia le había mirado desde lo más profundo de ellos. Muchas veces, desde que el Obispo le había dicho que le conocía desde la infancia, habíase maravillado al no recordar ni remotamente a Simón como huésped de la casa de su padre.

Ahora, en aquel momento de revelación, veía con toda claridad la figura del sacerdote famoso, vestido de hábito de color pardo, cubierto por una capa, y una capucha, con una cuerda rodeada a la cintura, la cabeza tonsurada, la barba castaña corrida y los pies calzados por sandalias, mientras paseaba por el gran hall, o permanecía en la armería o trepaba las colinas de Cumberland para visitar la Capilla del Monte Sagrado y al ermitaño que allí vivía.

Y como ocurre siempre que se traen a la mente los recuerdos de la infancia, los detalles más triviales eran los que más claramente se le ofrecían. El presente estaba olvidado, y el futuro no le preocupaba al recordar de nuevo las queridas memorias del remoto pasado.

El Obispo le dejó tiempo para que recordase y luego habló, diciendo: —Es cierto que se hundió el barco, Hugo, y también que no se volvió a saber nada de ninguno de sus tripulantes. Pero si te digo que uno de ellos, buen nadador, después de traer bastante agua y de luchar con la tormenta, logró arribar a la rocosa costa y que por espacio de muchas semanas permaneció en firme y a punto de morir en la humilde cabaña de un pescador; que se levantó, por fin, como sombra pálida de sí mismo, viendo que su cabello se había vuelto blanco en aquella terrible noche y que todos ignoraban su nombre y su estado, siéndole posible abandonar al padre Gervasio en el fondo de las olas, afetarse su barba y encaminarse a Roma bajo el nombre que mejor le pareciese. Díciéndote todo esto, te confío un secreto, Hugo, que nada más ha conocido esta persona en su Santa Sede el Papa.

«Padre!» exclamó el caballero profundamente emocionado.—Padre!

Y luego, sin poder continuar, dobló una rodilla ante el Obispo y cogió las manos que éste le tendía.

Había ocurrido una cosa muy extraña. Un ser muy querido y por largo tiempo llorado habíase levantado de entre los muertos; sin embargo, la que más le había amado y más lamentara su pérdida, había ya ido al Reino de las Sombras y no estaba en aquella estancia para alegrarse y maravillarse.

«Padre—dijo Hugo en cuanto sintió su voz más firme,—en las últimas palabras que me dirigiste mi madre, habló de vos. Fui a su dormitorio para desealar buena noche y los dos

juntos arrodillados ante el Crucifijo: «Repítamnos—dijo mi madre—aquellas palabras santas y consoladoras palabras que el padre Gervasio recomendaba pronunciar a sus penitentes cuando estaban arrodillados ante el moribundo Redentor. «Madre—dijo,—no las conozco». «Eras tan pequeño, hijo mío—me contestó,—cuando el padre Gervasio estuvo con nosotros por última vez». «Decídmelas esas palabras—le rogué,—pues me gustaban mucho—oír las de vuestros labios». Y así, levantando sus ojos hacia el Cristo muerto, mi madre pronunció, reverentemente y con intenso gozo reflejado en su semblante: «El siempre vivió para interceder por nosotros». Y a la aurora del nuevo día su espíritu pasó a mejor vida.

El Obispo posó la mano sobre la inclinada cabeza del caballero.

—Hijo mío—dijo—de todas las mujeres que he conocido, tu buena madre es la dotada de más santo carácter. ¡Ojalá hubiese muchas como ella en nuestros hogares ingleses!

«Padre—exclamó Hugo,—sabéis lo mucho que había tenido que soportar! Las terribles querellas de mi padre con todos, acabaron por obligarla a llevar una vida de absoluta soledad. La colera de mi padre contra la Santa Iglesia y su antipatía por sus sacerdotes, privaron a mi madre del consuelo de vuestras visitas. Su enemistad de toda la vida con el Conde Eustaquio de Norelle fue la causa de que nuestras familias, aunque vivían a tres distancias, que se podía salvar cabalgando en tres horas, no se trataron poco ni mucho. Jamás había yo entrado en el castillo de Norelle hasta que llegué a él desde el Sur, portador de un mensaje del Rey para Mora. Y a partir de aquel día, Mora no ha estado ni un momento en el patio de mi castillo. Cuando nos prometimos, no me atreví a comunicarlo a mis padres, aunque ya habían muerto el Conde Eustaquio y su esposa, por miedo a que la colera de mi padre pudiese alcanzar a Mora durante mi ausencia. Las nuevas de su muerte, recibidas cuando estaba en tierras lejanas, me trajeron otra vez a mi hogar, que por fin era un hogar verdadero, pues había en el paz y alegría, en vez de la violencia y de la turbulencia que antes reinaban. Os digo eso, padre, porque sé que mi cariñosa madre temía que no le hubiera comprendido y que creyerais que había cesado en sentir por vos el afecto que siempre os tuvo.

Simón de Worcester sonrió. —Y lo había comprendido así, querido hijo. —Y ¡por qué—exclamó Hugo apasionadamente,—por qué ha de verse destruida así la vida entera de una mujer y otras vidas han de ser ensombrecidas y entristecidas por los gritos coléricos y soeces de un...!

—¡Silencio, muchacho!—ordenó apresuradamente el Obispo.—Estás hablando de tu padre, y, además, de un difunto. Algo muere en los vivos cada vez que hablamos mal de los muertos. Conoció a tu padre; y aunque él no me quería, debo decir, honradamente, que Sir Hugo era un buen hombre y un hombre leal, valeroso y honrado. Su ausencia me había empañado nunca y era temido por sus amigos y por sus enemigos. Era valiente y no conocía el miedo. Sólo de una cosa carecía y a veces, por desgracia, quienes carecen de una cualidad carecen de todas las demás.

Tu padre, Hugo, ignoraba lo que era el amor al prójimo. El ser hombre era atraerse su antipatía, y todas las cosas humanas merecían su desdén. El contemplar el mismo paisaje, respirar el mismo aire y pisar la misma tierra que lo sustentaba, era interponerse en su camino y suscitaba su ira. Sin embargo, en sus maneras rudas amaba a su mujer y a su hijo. Por otra parte, no era presuntuoso y en sí mismo tenía a su peor enemigo. Y para no caer en este mismo vicio, lo mejor es que todos los días dirijamos esta súplica: «¡Oh, Vos que amasteis tanto a la humanidad, concededme que ame a mi prójimo, que me esfuerce en honrarlo hasta que se muestre indigno de ello; que confíe en él, hasta que no le merezca; y hasta que confíe en su arrepentimiento y en su enmienda más de lo que confío en mí, pensando mejor de él que de mí mismo». Debemos marchar por el camino de la virtud y no buscarlo en el camino de los demás, no lo malo, porque podemos dejar de advertir lo primero si no nos fijamos en ello; y en cuanto a lo malo, por desgracia, ello mismo irá a nuestro encuentro en seguida aunque no lo busquemos.

De pronto Hugo levantó la cabeza. —¿Os acordáis del estornino padre? Aquel estornino que encontramos en el bosque con una ala rota y que llevasteis a casa; allí lo curasteis, lo amaestrasteis y lo enseñasteis a decir: «Hugo». Cada vez que yo le daba comida, vos decíais: «¡Hugo! ¡Hugo!» y muy pronto, cuando el estornino me veía llegar, decía también, a su vez: «¡Hugo! ¡Hugo!» ¿Os acordáis, padre?

—Perfectamente—contestó el Obispo.—Me parece que te veo ahora atravesando el patio y llevando pan y carne en la mano. Eras un muchachito e ibas con la cabeza descubierta a la luz del sol, muy satisfecho porque el estornino, yendo a tu encuentro, gritaba: «¡Hugo!»

—Entonces oí, padre. ¡Ah, cuántas veces había deseado decirlos esto! Poco después de vuestra marcha, el estornino me dio una cruel lección. Cuando recobré las fuerzas, un día salió el pájaro a través de la mancha que me había túr por el jardín. Yo le seguí silbando y observándolo, y pude ver que el pájaro se hallaba muy contento al pisar



nuevamente la hierba. Acababa de llover y la huerta estaba húmeda. En aquel momento un gusano imprudente, deslizándose por su agujero, se aventuró al exterior. El estorñido se dirigió al gusano, llamándolo: «¡Hugo! ¡Hugo!» Y así exclamando, se acercó a él, lo asió con el pico y lo arrancó de su grán, del agujero. Y mientras picoteaba, no cesaba de exclamar: «¡Hugo! ¡Hugo! ¡Hugo!» Luego, pronunciando otra vez mi nombre, se lo comió. Yo me quedé con el corazón apesadumbrado, porque hasta entonces había creído que el pájaro me quería de veras y por mí mismo, cuando acudía a mi encuentro pronunciando mi nombre. Pero comprendí que sólo daba mi nombre a la comida que yo le ofrecía, y que a quien quería era a ésta y no a mí. Contento, vi cómo se marchaba volando, pues me impresionó penosamente que a los gusanos y a los orugas, a los caracoles y a las babosas les diere mi nombre y a todos los llamara «Hugo».

El Obispo se sonrió y luego exhaló un suspiro.

«¡Pobre corazón inexperto!—exclamó.—Te viste precisado a aprender tan dura lección tú solo, sin que nadie te acompañara. Pero es una lección, muchacho, que más pronto o más tarde aprenden entre tristezas todos los corazones generosos... Y ahora, dejando al pasado con todas sus memorias, volvamos al presente y veamos de atisbar el incierto futuro. También, mi querido caballero, debo rogarte que aunque estemos solos recuerdes que tu viejo amigo el padre Gervasio, con su traje de color, parándose a los charcos del fondo del océano, por su embargo, tu nuevo amigo, Simón de Worcester, a ti y a tus intereses os tiene muy cerca de su corazón. El Obispo extendió la mano y Hugo, tomándola, la besó, comprendiendo que aquél era su adiós al padre Gervasio.

Luego se puso en pie. El Obispo no dijo nada, si bien se observó en su rostro un cambio indefinible. Otra vez extendió la mano y entonces el caballero se arrodilló y besó el anillo pastoral.

—Os doy las gracias, ilustrísima—dijo—por vuestra gran confianza en mí y os aseguro que no seré indigno de ella.—Y dicho esto se levantó y se sentó en un nuevo.

El Obispo, empujando la horquilla de hierro, aplió cuidadosamente los troncos que ardían en el hogar.

—¿Que estábamos diciendo, mi querido caballero, cuando nos desviábamos en nuestra conversación? ¡Ah, ya recuerdo! Te daba cuenta de que fui nombrado para ocupar la sede de Worcester, pero me atreví a creer que la Priora no reconoció en mí al antiguo amigo a quien tratara antes, hace bastantes años.

El Obispo dejó a un lado la horquilla de hierro que tenía en la mano y apartó su mirada del fuego.

—Al verla encontré con que había cumplido más que suficiente las espléndidas promesas de su radiante adolescencia. Estaba cambiada. Mostraba signos evidentes de que había pasado por el fuego purificador del dolor, mas el oro puro podía resistir perfectamente el horno. La misma firmeza en el propósito, la noble visión de la vida, la ternura graciosa para los demás habían madurado en ella, desarrollándose al mismo tiempo. Y ni siquiera las necesarias restricciones de la vida monástica podían modificar las líneas generales, tanto mentales, como físicas, en que la Naturaleza la había moldeado.

Me estorcí en no pensar acerca de ella más que en aquellas cosas que se pudieran imaginar siempre de una noble y santa dama que ha pronunciado votos de castidad. Sin embargo, al verla tan bien dispuesta para una vida dichosa en el hogar con su marido, ayudándolo, enalteciéndolo y haciéndolo cada día mejor y más noble, y capaz de haber sido madre de una hermosa descendencia de hijos, lamenté extraordinariamente que se hubiese visto inclinada a dejar el mundo por una razón que no podía llamarse, en realidad, vocación y que a sí misma le hubiese privado del ejercicio de tales facultades y posibilidades.

Así pasaron los años, sirviendo apaciblemente a Dios y a la Iglesia. Sin embargo, siempre me pareció que sobrevendría una crisis y que cuando ésta llegara ella me necesitara.

El Obispo hizo una pausa y miró al caballero, cuyo rostro estaba en la sombra, pero mientras el prelado tenía la vista fija en él, los rubies de su pecho brillaban al resplandor del fuego, como si algún repentino pensamiento los hubiese puestos temblorosos.

Al observarlo, el Obispo pareció resolverse y con firmeza y rápidamente, como si no quisiera darse el tiempo de arrepentirse, habló, diciendo:

—Por consiguiente, mi querido Hugo, cuando viniste a referirme tu historia de maldad y de traición, de un modo inconsciente, con cada una de las palabras que pronunciabas acerca de tu prometida, la dabas a conocer al hombre que la había amado mientras tú eras todavía un muchacho y no habías ganado las espuelas y tenías ante ti la vida entera.

En tu llegada, y en la extraña historia que me referiste, vi una maravillosa oportunidad para que ella alcanzara el pleno desarrollo vital para el que estaba tan bien preparada. En verdad, parecía ironía del hado que, en tanto que yo hui y estuve desterrado para que mi presencia no pudiese apartarla del matrimonio, la traición de los demás la hubiera confinado también a la vida celibataria.

Por consiguiente, gracias a mi tácito consentimiento, empecé a trabajar por mí mismo y mientras tanto yo mandé al mensajero a Roma con una relación completa de todo para el Santo Padre, pidiendo la dispensa de unos votos pro-

nunciados a causa de una decepción y de un desengaño, y rogando, también, el permiso para unir en el santo sacramento del matrimonio a los dos amantes que tanto habían padecido, comprometiéndome, en cambio, a que ningún escándalo se suscitara a causa de ello, ni en el convento ni en la ciudad de Worcester.

Como ya has visto, mi mensajero ha regresado esta noche, y ahora estamos armados con la completa sanción de Su Santidad siempre que la Priora, por su propia y libre voluntad, desee renunciar a la alta situación que ha conquistado en su santo empeño y prefiera venir a ti.

Su voz tranquila cesó de hablar; el caballero se levantó lentamente, y por unos momentos permaneció silencioso. Luego habló con tranquila dignidad, que daba pruebas de merecer la confianza del Obispo.

—¿Y si vuestras edades y condiciones fuesen distintas de lo que son, de modo que pudiéramos pelear por la mujer que amamos, me sentiría orgulloso de cruzar con vos la espada que he conquistado en mi vida.

El Obispo estaba mirando al fuego y débil sonrisa se dibujó apenas en las comisuras de su boca de delicado dibujo. Las luchas que sostuvo consigo mismo por la mujer que amara, habían sido mucho más graves de lo que pudiera serlo un desafío caballeresco.

Hugo de Argenteau habló de nuevo:

—Profundamente os agradezco, Reverendo Padre, todo lo que habéis hecho; y aún todavía más lo que no hicisteis. Seis años después de su primera estancia en la corte encontré a Mora, la amé y la conquisté; y se muy bien que el dulce amor que me otorgó era un amor cuya flor ni siquiera había aspirado hombre alguno.

Hugo hizo una pausa, en tanto que los vivos y amables ojos del Obispo estaban aún fijos en el fuego. Acaso el Prelado se arrepentía de que el secreto de su vida hubiera pasado, por su propia voluntad, al conocimiento de otro.

Hugo dio un paso hacia adelante.

—Y profundamente os amo, Reverendo Padre, por vuestra maravillosa bondad para con ella y, como es natural para conmigo. Y ruego al cielo—añadió Hugo de Argenteau—que si ella viene a mí, nunca sepa que conquistó una vez el amor de un hombre mucho mejor que el que logró ser correspondido por ella.

Dicho lo cual el caballero hincó una rodilla y con gran humildad besó el borde del hábito del Obispo. Simón de Worcester estaba muy conmovido.

Hijo mío—dijo—tú y yo no somos más que uno en desear su felicidad y su mayor bien. En cuanto a lo demás, Dios y el purísimo corazón de ella deben guiar sus pasos por la senda de la paz.

El Obispo se levantó y se acercó a la ventana.

—Ya apunta la aurora por oriente y el alba se acerca. Ven conmigo, Hugo, a la capilla. Rezaremos por Su Santidad, expresando nuestro reconocimiento por su bondadosa carta y por su orden; también daremos gracias por el regreso de mi mensajero y ofreceremos nuestras devotas oraciones a fin de que la Priora pueda discernir con claro juicio sobre los dos caminos que se le ofrecen y para que nuestra empresa llegue a feliz conclusión.

Así, pues, el caballero se arrodilló solo en la débilmente alumbrada capilla, y mientras tanto, en el alto altar, absorto en el acto supremo de su oficio sacerdotal, estaba el Obispo celebrando la misa.

Y ascendía al cielo una sola súplica de los corazones de ambos.

A la pálida luz de aquel nuevo día la mujer por quien rogaban el caballero y el Obispo, se hallaba también despierta en su celda ante el altar de la Virgen.

—Bendita Virgen—decía—tu que amaste a San José y fuiste su prometida, pero que, sin embargo, te guardaste como sagrado santuario consagrado al Señor y a Su necesidad de ti: concédeme, te lo ruego, la fuerza de alejarte de mi este tormento constante, pensando en los sufrimientos de quien recibí una vez en mi vida y que vuelva a consagrarme totalmente al servicio de mi Señor.

Así, aquellos tres personajes estaban arrodillados mientras apuntaba el nuevo día.

El caballero suplicaba:

—¡Dáme, Señor!

El Obispo, por su parte, rogaba:

—¡Guíad sus pies por la senda de la paz!

Y la Priora, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos elevados, decía:

—Permíteme discernir la senda por la que debo avanzar; para esto, Señor, eleva hacia mí mi alma.

Los pálidos rayos de la aurora se tiñeron de dorado color como heraldos del sol naciente.

Entonces, en el jardín del convento, se oyeron suavemente las primeras notas, intensas pero dulcísimas, del canto del petirrojo.

## CAPÍTULO XXV

### MARIA ANTONIA RECIBE AL OBISPO

A la mañana siguiente del regreso de Roma del mensajero del Obispo, la vieja hermana lega Maria Antonia cruzaba por casualidad por el patio del convento cuando resonó fuerte llamada en la puerta exterior.

(CONTINUARÁ)



*La gente chic fuma*  
**PICCARDO**





BIBLIOTECA NACIONAL  
CHILE  
- SECCION -  
DIARIOS, PERIODICOS Y  
REVISTAS CHILENAS

# CINZANO

VERMOUTH  
M.R.

